
Jack X.
Faber
Konkubine

La Concubina



Libro 1: La concubina
Libro 2: El amante de la emperatriz
Libro 3: Los bastardos del emperador
Libro 4: La Dama Dragón Negra

Contacta con el autor: mailto: JackFaber@gmx.net
— ¡Le encanta recibir cartas!

LIBRO I:
La Concubina

von Jack Faber © 2023

“Queridos míos, como narrador profesional, viajo por todas partes, y me alegra que tantos de ustedes hayan venido a la fogata. Guarden sus monedas; mi recompensa será un bocado de su carne, que se está cocinando allí. Mi nombre es Bo Teng, y el caballero Bo Lai, que aparecerá en mi historia, era mi padre. Me encontró de niño en un charco cuando tenía apenas un año y medio, me adoptó como su hijo y me entrenó para ser un guerrero. Me llevó a la corte real de Qin, donde era un hombre muy respetado, y serví en la guardia real durante doce años. Muchos villanos intentaron robar el tesoro del rey; tuvimos que aplastar muchas cabezas, y por supuesto, nadie puso sus manos sobre el tesoro. Un manejo descuidado de una carga de pólvora provocó una explosión que costó muchas vidas y a mí la vista. Me convertí en narrador y he estado viajando por el Imperio Celestial durante más de cuarenta y cinco años. El señor Tschin, quien me recibió hospitalariamente, me permitió... «Elige entre sus sirvientes quién será mi compañera». ...deberían calentarles los pies por la noche. Las muchachas susurraban mientras las desvestía una por una y las examinaba con la punta de los dedos. Espero haber hecho una buena elección. Pero me desvío del tema, ¡perdónenme! Hoy les voy a contar la apasionante vida de una princesa que, poco antes de ver la luz del día y los cielos, cerró los ojos y se fue a reunirse con sus ancestros. Una vida llena de emperadores y concubinas, asesinatos y caos, intrigas y veneno. Se librarán batallas, tanto en el campo de batalla como en el lecho. Las emperatrices gemirán de amor como las damas de compañía y las mujeres chinas comunes. Sí, que las jóvenes se sienten en la primera fila, ¡para que mis viejos ojos puedan deleitarse con su tierna carne femenina! Un trago más de tu cerveza aguada, para que mi garganta sea flexible y mi voz plena, pero también para recordar al desafortunado maestro cervecero que te sirve algo como cerveza.

El anciano, medio ciego, ya había palpado los cuerpos de las chicas y elegido a una. No ocultó que había elegido a una virgen, pues aún era lo suficientemente joven como para disfrutar de la desfloración. Las otras chicas debían llevar faldas ligeras y sentarse en la primera fila, donde se las pudiera ver con claridad, porque a pesar de su ceguera, aún podía ver un poco, ¡y quería ver sus vulvas mientras hablaba! Las chicas asintieron; era perverso, pero aceptable. Hizo que la virgen se recostara en su regazo y apoyara la cabeza en su brazo. Le aflojó el cinturón para poder acariciar todo su cuerpo, hasta sus pequeños y incipientes pechos bajo el vestido. Los presentes solo vieron esto, pues le tocó el clítoris con mucha delicadeza. No la masturbó hasta el orgasmo; lo reservó para cuando ella lo hubiera llevado a su cama y se hubiera acostado a su lado. Cuando notó que se acercaba el orgasmo, soltó inmediatamente su clítoris y colocó sus dedos sobre sus pechos. El orgasmo no llegó; ella volvió a cerrar las piernas porque no había ocurrido. Al cabo de un rato, la excitó de nuevo, pero tuvo cuidado de no provocarle el orgasmo. Los que estaban cerca solo se percataron de su excitación porque abrió mucho las piernas y su falda se subió tanto que se le veían la vulva y el clítoris. Pero el anciano no la llevó al orgasmo. Ella ya estaba tan excitada tras horas de caricias que con gusto le permitió desflorarla y follarla hasta que él se cansara.

¡Que comience la historia!

* * *

Habían transcurrido ochocientos años desde que el primer emperador, Qin Shi Huang Di, conquistara los siete reinos y los unificara en el Imperio Chino. Había cambiado, mejorado y decretado muchas cosas. China ya no era una colección de príncipes y tribus en guerra, sino un estado ingeniosamente organizado que no tenía nada que envidiar a los imperios babilónico, asirio o egipcio. Una reforma que duró mil años fue la de su moneda. Hasta entonces, solo existían monedas equivalentes de bronce y, más recientemente, de cobre, que el emperador Qin dejó como moneda de curso legal para el pueblo. Inventó las pequeñas barcas de plata, cien de las cuales formaban una barca del tamaño aproximado de una mano; cien de estas formaban una barca de plata dorada que pesaba medio kilo. A modo de compa-

ración, diez pequeñas barcas de plata podían comprar un buen caballo, quince un semental. El sello imperial estaba estampado en la parte inferior, pero el pueblo no se dejó engañar. Aquello no era un sello imperial, sino la pequeña vagina de la joven emperatriz, en la que el pene excesivamente grande del emperador Qin se alzaba, listo para eyacular. El emperador había desflorado a su hija favorita a los 12 años, y ella le dio 11 hijas. Ella permaneció fielmente devota y tímida en su estera de dormir durante 40 años. Se le permitió desflorar y tener relaciones sexuales con sus 11 hijas por turno. Había elevado a su hija favorita a emperatriz a los 18 años, y le permitió tener relaciones sexuales con todas ellas si le convenía. Ella introdujo la costumbre de que una mujer china decente y honorable debía masturbarse durante el acto sexual. No hay registros de esto, pero muchos eruditos suponen que era adicta a la masturbación y a los orgasmos. Desafortunadamente, el emperador Qin sucumbió a la charlatanería y mezcló mercurio en su comida para alcanzar la vida eterna. Tristemente, esto lo llevó a la locura y a una muerte rápida después de seis meses. Se fue desnudo a los matorrales espinosos, los partió en dos con su espada y violó triunfante a sus esposas. Naturalmente, se hirió con las mujeres espinosas, y la horrorizada emperatriz hizo que sus damas de compañía, con almohadas atadas a la espalda, recibieran al emperador en plena batalla entre los matorrales espinosos. Ahora estaba aún más convencido de su capacidad para violar a las esposas e hijas de los vencidos, hasta que un día se desplomó y murió. Los emperadores habían sentado las bases de una corte títere, pero ya no podían detener su proliferación tumoral.

El emperador y la doncella

El Emperador ordenó detener la litera. El Canciller corrió hacia adelante y se quedó haciendo una profunda reverencia. La mano blanca del Emperador interrumpió la ceremonia. «Esa muchacha junto al estanque, averigua todo lo que puedas sobre ella. Me llamó la atención». El Canciller corrió hacia el estanque, pero la dama de compañía mayor le bloqueó el paso. «¡Por el Emperador!», gritó el Canciller, apartándola con fuerza. Un sirviente colocó una silla plegable bajo las nalgas del Canciller, y este le hizo una seña a la muchacha para que saliera del agua y se acercara. Ella comprendió que debía ser un alto funcionario de la corte y se acercó hasta quedar justo frente a él.

Ella respondió a todas las preguntas con gran elocuencia, lo cual el Canciller observó con aprobación. Se llamaba Li, tenía quince años y vivía al cuidado de su tío, un funcionario imperial. Señaló la gran propiedad. Sabía leer y escribir; había leído muchos libros sobre los emperadores anteriores, y su tío la estaba instruyendo en los modales de la nobleza. Estaba destinada a contraer un buen matrimonio. El vestido de seda blanca se le pegaba al cuerpo, empapado, y el Canciller la observó con atención. A pesar de su edad, quedó impresionado por su belleza, pues la camisa mojada no ocultaba nada. Hizo un gesto con la mano; la conversación había terminado. El Canciller se dirigió a la litera imperial, evitando el contacto visual directo con el Emperador, y le dio su informe. El Emperador, mucho más joven que el Canciller, no apartó la vista de la muchacha ni un instante. Levantó la mano; ya había escuchado suficiente. Quería ver a Li en el palacio al día siguiente. Golpeó la litera con su abanico dorado y continuó su recorrido mensual por la ciudad.

Al día siguiente, trajeron a Li, la bañaron, la ungieron con aceite y perfume, le peinaron el cabello y la vistieron con un hermoso vestido. La condujeron a un salón, donde le permitieron sentarse y tomar su té. Sabía, por supuesto, que el Emperador la había llamado y, como era de esperar, estaba emocionada. Una hora después, su emoción disminuyó y se mostró sorprendentemente tranquila cuando el Emperador entró.

Tuvieron una conversación de una hora que comenzó superficialmente pero pronto se tornó muy personal. Li reconoció de inmediato que el emperador, un hombre agradable y culto de unos cuarenta años, estaba enamorado de ella. Sabía que era la gran oportunidad de su vida y que debía aprovecharla. El emperador habló sobre el cuerpo de las mujeres con un entusiasmo que ella encontró amable y amigable. Se inclinó hacia ella y le levantó el vestido por encima de los pechos. Se tensó interiormente mientras él examinaba sus pechos con atención, pero se recompuso, pues esta era su oportunidad. Lenta y segura, levantó la mano y se cubrió los pechos con una sonrisa. El emperador sonrió; le había dado un vestido aún más hermoso: ¿no le gustaría ponérselo de inmediato? Dos sirvientes silenciosos se acercaron y la acompañaron tras una cortina transparente. Li les permitió desvestirla y se quedó de pie, orgullosa y desnuda, tras la cortina. Era consciente de que una docena de pares de ojos estaban fijos en su desnudez, pero solo un par importaba. Sonriendo, se giró y se contoneó ante ellos, permitiéndoles examinar cada centímetro de su cuerpo durante varios minutos. Los sirvientes la vistieron con el magnífico vestido y la acompañaron de vuelta a su asiento frente al emperador. Él sonrió cálidamente, con las orejas y las mejillas sonrojadas.

Preguntó en voz muy baja si tenía experiencia o si aún era virgen. Ella lo miró fijamente a los ojos y respondió con la misma suavidad. Su tío la había convertido en mujer hacía dos años y le había enseñado todo lo que necesitaba saber. El emperador asintió, complacido de no haber encontrado a una joven inexperta. Quería saber más y acercó su oído a la boca de Li; no quería revelar esto a todos los seres invisibles. Li susurró que la había visitado a diario durante las primeras semanas y meses. No había sido fácil para él, ya que era bastante mayor. Pero no quería deshonrarla permitiendo que se acostara con otros hombres más jóvenes que podrían haberlo encontrado más fácil. Su entrenamiento sexual había terminado, había dicho su tío, y ahora solo la visitaba una vez por semana. Ella se había comportado como su tío le había indicado y no se había acostado con ningún otro hombre. La habría deshonrado, dijo Li, acostarse con alguien que no fuera su maestro. El emperador asintió con gran satisfacción y susurró lo impresionado que estaba.

Si ella viviría con él como una de sus concubinas, le preguntó directamente. Por supuesto, se lo pediría a la Emperatriz por formalidad, pero Li percibió en su tono que la detestaba y que para él era solo un trámite. Bajó la mirada por primera vez. Tendría que pedirle la mano a su tío, dijo Li con voz temblorosa, pues no sabía si esto también se aplicaba a un Emperador. El Emperador rió a carcajadas y le tomó la mano. «Podría mandarle cortar la cabeza si dice que no», dijo con audacia, y ella se estremeció. «Permítame despedirme de mi casa, Su Gracia», dijo Li, «no deseo huir como una ladrona sin decir adiós». El Emperador la hizo traer a casa en una litera y ordenó a su tío que apareciera de inmediato. El Emperador y el tío negociaron a puerta cerrada.

Li no volvió a ver a su tío hasta la mañana siguiente; él estaba radiante. “Te deseo una vida maravillosa, hija mía, ¡asegúrate de ello! Recuerda siempre que los dioses te han tendido la mano, ¡y toma todo lo que puedas! Sé que no me traerás ninguna vergüenza. A pesar de mi edad, te he dado una buena follada todos los días y te he enseñado todo lo que necesitas saber. El Emperador estará encantado contigo, ¡porque ahora eres una follada verdaderamente fantástica!” La abrazó durante un largo rato y le besó la frente. Li se despidió de todos de nuevo y la llevaron al palacio en una litera. Le dieron una litera en el gran dormitorio donde vivían las 40 concubinas del Emperador. Solo la Emperatriz y dos favoritas tenían sus propias habitaciones; el heredero al trono, de aproximadamente 13 años, todavía dormía con su madre, la Emperatriz.

Esa noche, el emperador la había llamado. Dos sirvientes bañaron, ungieron y perfumaron a Li, quien, vestida solo con una capa, caminó desde el baño hasta la alcoba del emperador. Él yacía desnudo en su cama, leyendo informes escritos con tinta en estrechas tiras de bambú. Solo después de leerlos y, si era necesario, hacer correcciones, las tiras de bambú se transferían al papel. Cuando ella entró, él dejó las tiras de bambú en el suelo, y los dos sirvientes se retiraron al rincón más alejado de la gran habitación. Ella lo saludó con exquisita cortesía, miró a los jóvenes sirvientes y lo observó con curiosidad. El emperador sonrió. En el palacio, siempre había alguien presente y disponible para lo que uno necesitara. Uno nunca estaba solo; el palacio tenía ojos y oídos, y uno tenía que vivir con eso. Dijo que uno se

acostumbraba a que, si uno quería mantener algo en privado, solo podía susurrarle al oído a alguien mientras lo abrazaban. Ella asintió. “Esto es nuevo para mí, pero me acostumbraré”, dijo Li.

Se giró de lado después de follarla. “Tomemos un pequeño descanso. Quiero follarte de nuevo más tarde.” Cuando le preguntó en voz baja si solo se masturbaba durante el sexo, ella respondió con la misma voz baja. Sí, eso era lo que su maestro le había enseñado, hacerlo solo durante el sexo, de lo contrario sería indecente. “Solo cuando era niña, lo hacía todas las noches…” Le tapó los labios con la mano. No era asunto suyo y no debía decirlo en voz alta, susurró. Asintió y suspiró. “Ya verás lo decentes que son mis concubinas.” Le preguntó si quería una copa de vino, pero Li negó con la cabeza. No estaba acostumbrada a beber vino; prefería un zumo de frutas. Un sirviente desapareció y regresó un momento después, trayendo una copa de vino y un zumo de frutas. “Así son las cosas aquí, princesa Li”, dijo. “Los sirvientes están todos bien entrenados.”

Li miró a su amo. Tenía 46 años, había dicho, y se veía muy atlético y saludable. Su pene era algo más grande que el de su tío; el hombre era bastante bueno en la cama y esperó cortésmente después de eyacular hasta que ella terminó de masturbarse antes de retirar su pene de su vagina. Le preguntó qué había aprendido, y ella los enumeró: cisne, paloma y grulla; caballo, perro y mono; camello y búfalo de agua… Él la interrumpió con una sonrisa: “Así que, todo lo que nuestros ancestros inventaron sobre follar”. Li acarició su pene ahora erecto. “¿Te gustaría, Su Alteza?” Por supuesto que sí. Ella lo dejó follarla de nuevo y se masturbó más rápido para que él no eyaculara antes de que ella llegara al orgasmo. Él rugió y se giró de lado, sonriendo satisfecho. “¡Aaah, eres realmente buena en esto, Princesa Li!” dijo con una mirada de aprecio. Ella sonrió cuando vio a las dos sirvientas. —Esta noche harán muy felices a sus maridos —susurró con una sonrisa, asintiendo con la barbilla hacia las dos chicas. El emperador sonrió con picardía: —¡Lo harán, estoy convencido! Li sonrió aún más al ver que las dos se sonrojaban profundamente.

Li le dio al emperador tiempo para un descanso más largo. “¿Te gustaría repetirlo, Su Alteza?”, preguntó suavemente, y él asintió. “Pero la serpiente tendrá que ayudar”, respondió. Ella tomó su pene

en su boca y lo acarició hasta que se puso rígido. Luego se sentó a horcajadas sobre él. “Grulla”, susurró, acostada con la parte superior de su cuerpo sobre su pecho y girando sus nalgas. Él gruñó de placer. Ella se levantó cuando él estaba a punto de eyacular y lo cabalgó rápido como un reloj. Él la agarró de las caderas y la abrazó con fuerza mientras expulsaba unas gotas más. Eso fue suficiente, jadeó, recuperando el aliento desesperadamente. Permanecieron en silencio uno al lado del otro por un rato. “Te haré una habitación nueva mañana; ¡serás una favorita!”, dijo con firmeza. Ella lo provocó: “¿Solo una favorita, o la favorita?”. Él no dijo nada en respuesta. ¿Acaso era demasiado exigente, demasiado egocéntrica? Dijo que la quería de vuelta mañana por la noche. Las dos doncellas aparecieron junto a la cama, le entregaron la capa y dijeron: “¡Por favor, princesa Li!”. Fue una despedida solemne, pero el emperador siempre dormía solo, confirmaron las chicas mientras la acompañaban al dormitorio.

¡Cuánta razón tenía el emperador! Ella se tumbó en la estera y todos guardaron silencio, como si esperaran a que hablara. «Que los dioses te arrullen hasta que te duermas», dijo Li en voz baja, un saludo de buenas noches habitual. El murmullo volvió a empezar. Algunas mujeres yacían juntas en una estera, haciendo el amor; otras suspiraban y jadeaban mientras se masturbaban. Li se giró de lado e intentó conciliar el sueño.

Cada noche el Emperador la mandaba llamar, y cuatro días después tenía su propia habitación junto a las de sus favoritos. Todas las noches se bañaba, se ungía con aceite y se perfumaba. Eso era lo que su amo deseaba. Una sirvienta que le lavaba los genitales insinuó que se masturbaba, pero ella inmediatamente le ordenó que se detuviera. Quería seguir siendo una muchacha verdaderamente respetable. Unos días después, los otros dos favoritos llamaron a su puerta. «Hoy vamos a ver al amo», dijeron. Los tres yacían desnudos en la cama; extrañamente, el amo aún no había llegado. Entonces llegó una cuarta mujer: la Emperatriz.

Li nunca la había visto antes; era una mujer mongola de unos 45 años. A pesar del maquillaje, su piel vieja y arrugada era visible, y era sorprendentemente fea. Dejó caer su manto. Sus pechos eran pequeños y colgaban flácidos y tristes. Su abundante vello púbico había si-

do cuidadosamente recortado para ajustarse al ideal chino. Las mujeres chinas solo tenían un pequeño y delgado vello sobre la hendidura, mientras que las mongolas tenían un vello espeso y poco atractivo. Sin saludar, se tumbó en el centro, separó las piernas y esperó. Todos esperaban.

Más tarde, Li se enteraría de que la corte había elegido a la princesa mongola como esposa del emperador para evitar que los bárbaros mongoles volvieran a invadir el imperio. El complejo contrato matrimonial estipulaba que ella debía darle un heredero y que él debía tener relaciones sexuales con ella al menos una vez al mes. Según el contrato, ella podía tener como amante a cualquier hombre, ya que él también podía tener como concubina a cualquier hombre. Pero la princesa mongola solo tenía relaciones sexuales con su hijo, el heredero al trono. Los favoritos también lo habían seducido y quedaron impresionados por su virilidad y la destreza del joven de 14 años. Supuestamente, él tenía relaciones sexuales con la emperatriz cinco veces o más al día, pero seguramente era una exageración. Esto se incluyó en el contrato matrimonial como una posibilidad para ella, ya que era la costumbre entre los mongoles; en China, sin embargo, una madre así habría sido expulsada de la aldea en desgracia. Y así fue, y las cuatro mujeres esperaron al emperador.

Llegó visiblemente estresado. Se tumbó junto a la Emperatriz, que no se movió, no levantó un dedo. Una de sus favoritas tomó su pene en su boca y lo estimuló hasta que estuvo bien erecto. La mujer mongola abrió su coño con el dedo, revelando la piel negra del interior. Intentó sonreír y dijo con voz ronca por el alcohol: “¡Cabálgame fuerte, cálame salvajemente, querido esposo!”. Él penetró la vagina de la Emperatriz, que permaneció completamente rígida. Con evidente reticencia, embistió y folló el feo coño mongol. Li estaba molesta; ¿acaso la Emperatriz no sabía que se suponía que uno debía masturbarse mientras follaba y era follado? Extendió la mano con descaro y masturbó a la Emperatriz. La Emperatriz pareció despertar y lanzó sus miradas venenosas, pero entonces la lujuria lo superó todo, y la Emperatriz tuvo un orgasmo con un grito ahogado. El Emperador eyaculó tan rápido como pudo y se bajó de la Emperatriz. “¡Todos ustedes presenciaron cómo follaba a la Emperatriz!”, dijo solemnemente. La

emperatriz se levantó, asintió con la cabeza a la princesa Li y se marchó, seguida de sus doncellas.

El Emperador sonrió al principio, luego estalló en carcajadas, y las dos favoritas se unieron. Li no se rió, pues no sabía por qué. Una de las favoritas le explicó. Quince años atrás, antes de que la Emperatriz quedara embarazada, una de sus favoritas se había atrevido a masturbarla, pero al día siguiente la Emperatriz la mandó azotar cinco veces en su cuerpo desnudo frente a toda la corte reunida. «Así que tengo curiosidad por ver si mañana te hará azotar desnuda, Princesa Li». Li se enderezó. «¡No lo hará, o le arrancaré el clítoris la próxima vez!». El Emperador alzó un poco la voz: «¡Basta, señoras! ¡No habrá azotes ni arrancamientos a menos que yo lo ordene!». Li bajó la mirada: «¡Perdóname, Su Gracia, por hablar tan vulgarmente!».

El buen humor se había desvanecido; bebieron una copa de vino y charlaron hasta que el emperador se excitó visiblemente. Montó a una de sus favoritas, tanto que Li se quedó sin aliento. Nunca había visto a nadie más tener relaciones sexuales, pero la favorita realizó un movimiento tan hermoso, tembloroso y brillante como el de un cisne que a Li se le llenaron los ojos de lágrimas de asombro. El emperador estaba exhausto y envió a las damas a casa. Se sentaron juntas durante un largo rato en una de las habitaciones, y Li conoció mejor a las damas Xchi y Chang. Las tres se hicieron amigas. La dama Xchi dijo que habían estado con el emperador durante años, que en realidad eran demasiado mayores, ya que uno tenía que abandonar el palacio a los 30, pero el emperador no las dejaba ir todavía, simplemente no las liberaba.

La princesa Li no fue azotada; masturbó a la emperatriz con impunidad cada vez, y ahora se unió a las risas porque, al parecer, la fea anciana disfrutaba bastante de ser masturbada. A Li le gustaba el emperador como hombre y jamás soñó con entregarse a nadie más. Las damas Xchi y Chang tenían sus amantes silenciosos y secretos que arriesgaban sus vidas. Li tampoco tenía intención de acostarse con el heredero al trono, aunque Xchi y Chang hablaban del joven señor con gran entusiasmo.

Pasaron tres años. La princesa Li gozaba de gran popularidad y pasaba cuatro o cinco días a la semana con su señor. Había asumido plenamente su papel de consorte principal y, con tristeza, se despidió de las damas Xchi y Chang, quienes, ricamente recompensadas, emprendieron nuevas vidas. Li había aprendido la danza del cisne, llena de temblores, y deleitaba a su señor con su interpretación. Entonces, una hermosa y soleada mañana, el emperador fue hallado muerto en su cama. La emperatriz anunció que el heredero al trono era ahora el emperador y que ella, de acuerdo con las leyes vigentes, debía asumir las funciones del imperio hasta que él alcanzara la mayoría de edad. ¡Un mongol en el trono imperial!

En cuestión de horas, circularon rumores de que había sido envenenado, y otros que lo negaban. La corte no ofreció ninguna explicación clara, y Li no solo estaba increíblemente triste, pues durante esos años había llegado a amar un poco al emperador. No, estaba furiosa porque nadie hablaba con franqueza. Buscó al médico jefe de la corte y le puso el cuchillo en la garganta. El acero le cortó la garganta, y su mirada le indicó que se la abriría sin pestañear. Se orinó encima, pero la princesa le espetó que hablara o se fuera al infierno en silencio. Gritó de terror, pues había observado todos los signos de envenenamiento, pero no podía identificar qué veneno se estaba usando, al menos ninguno de los conocidos en China. La princesa le clavó el cuchillo más profundamente en la garganta. Probablemente era un veneno extranjero, tal vez de Mongolia, siseó el médico. Pero el canciller le había prohibido, bajo pena de muerte, pronunciar una sola palabra. La princesa ya había oído suficiente y dejó que el médico sangrante cayera al suelo. Al marcharse, le comentó a su colega que el médico se estaba desangrando en la habitación de al lado.

Inmediatamente ordenó que la acompañaran en todo momento cinco guardaespaldas. Entonces comenzó su campaña de venganza, aceptando que podría costarle la vida. El viejo canciller fue hallado flotando en el estanque cinco días después. Debió de resbalar y ahogarse. Dos días después, la regente, la emperatriz viuda de Mongolia, fue encontrada sentada en el trono por la mañana. Había sido estrangulada y asesinada con múltiples puñaladas en el abdomen. Para concluir su campaña de venganza, la princesa Li aún tenía varias cosas que hacer. El canciller estaba muerto, al igual que la regente; una

comisión debía investigar. Li habló con varios funcionarios de alto rango, confidencialmente por supuesto, mientras paseaba por el jardín donde no podía ser espiada. El Consejo Imperial debía reunirse ese mismo día y declarar mayor de edad al heredero al trono y proclamarlo emperador. Luego debían decidir si encargaban o no la investigación.

El emperador encuentra su favorito

La princesa Li lo había conseguido todo. Convocó al asesino a través de su eunuco favorito, del que hablaremos más adelante. «Cinco barcos de plata para el Canciller», calculó Li para el asesino. «Diez barcos de plata para la mujer mongola, eso es lo que acordamos. Y otros diez barcos de plata por tu silencio». Li hizo una pausa. «Ayer por la mañana le puse un cuchillo en la garganta al médico jefe, y casi se desangra, como seguramente ya sabes. Eres un buen asesino, pero yo tampoco soy aprensiva. Con este dinero, puedes comprarte un gran restaurante o una buena posada. Así que sé prudente y guarda silencio para siempre». El asesino asintió y desapareció tan silenciosamente como había llegado. Los barcos de plata, la moneda de la época, valían mucho. Li apenas tenía dinero propio, pero cuando su amado fue envenenado, se había llevado todo de sus arcas. El propio Emperador le había explicado una vez el mecanismo, para cuando lo necesitara con urgencia. Ahora había llegado el momento. Luego encargó una caja de hierro y guardó todo el dinero en ella: barquitos pequeños, grandes y de plata dorada. Una fortuna.

El Consejo Imperial ya había proclamado emperador al heredero al trono al día siguiente. Se encogieron de hombros; ¿acaso importaba la edad? Li lo había resuelto todo. Había consultado a su tío para conocer su opinión. Era un hombre sabio. No le gustaba la violencia. Pero solo reflexionaba sobre las cosas hasta que terminaba su taza de té. «De entre todas las malas soluciones, elegiste la mejor. Si me hubieras preguntado antes, hija mía, te habría aconsejado que no hicieras nada y confiaras en los dioses. Pero ese habría sido un mal consejo».

La princesa Li había heredado a los eunucos personales de las damas Xchi y Chang. Los nuevos favoritos eran, en efecto, muy guapos, muy jóvenes y excelentes en la cama, pero, por desgracia, eran bastante torpes. Li reclamó al eunuco para sí misma, y las dos muchachas, poco inteligentes, no pusieron objeción. Se llamaba Bo Lai y tenía unos 35 años, diez años mayor que ellas. Se habían conocido cuando Xchi y Chang aún vivían. Desde su primer encuentro, ambas supieron que sus vidas estaban entrelazadas.

Li habló con Lai por primera vez después de que las mujeres se marcharan. “¿Cómo es posible que fueras el amante secreto de Xchi y Chang?”. Lai la miró con calma, aunque el tema lo incomodaba. “La mayoría de los eunucos son castrados de niños, como ovejas. Les atan el escroto con fuerza y luego se lo cortan. No pueden tener erecciones ni engendrar hijos. Nosotros, los chinos, aprendimos esta práctica bárbara de los mongoles. Algunos, sin embargo, son castrados más tarde, generalmente con el mismo resultado. Algunos, entre los que me incluyo, aún podemos tener una erección, pero claro, no podemos engendrar hijos. Cometí el tonto error de embarazar a la dulce hijita de un hombre rico. Él me castró. Cuando me recuperé meses después, el hombre rico había desaparecido; nadie volvió a saber de él. Entré al servicio de Lady Xchi, quien apreciaba mis erecciones y sabía cómo mantenerlas en secreto. Se lo confió a Lady Chang, que es muy discreta, como la única persona que conocía. Así fue; ni siquiera se lo contaron al Emperador, aunque ambas lo querían mucho. Deben de tenerte en muy alta estima, Princesa Li, para haberte revelado mi secreto y haberme... “Te lo han dado”.

Li había tomado la mano de Lai cuando él habló de ser castrado. Ella aún lo sostenía cuando él terminó. “No sé qué será de mí. Soy siete años mayor que el nuevo emperador, y me temo que me colmará de riquezas y luego me desterrará. Solo puedo prometerte que compartiré mi último plato de arroz contigo, o te liberaré. ¡Tú decides!”

Lai era inteligente, culto y perspicaz. Hizo una sugerencia: «Princesa Li, no cierre la puerta esta noche. Quizás el viento traiga a su habitación un espíritu bondadoso, un espíritu bueno que la complacerá tan bien que olvidará toda su pena y su sed de venganza. Y luego, mañana, pregúnteme de nuevo». Li asintió: «¡Así será!».

Li esperó expectante, pero no lo oyó venir. Solo cuando se tumbó desnudo a su lado sobre la estera lo vio. Bajo la pálida luz de la luna, se dio cuenta de que tenía un pene bastante impresionante. En completo silencio, hicieron el amor, turnándose para estar encima, luego ella. Al principio se masturbó, pero incluso cuando se detuvo, tuvo orgasmos. Ningún hombre la había follado tan bien, ni su tío, ni siquiera el emperador. Le pidió que parara porque no podía respirar

por los constantes orgasmos. Cuando recuperó el aliento y se calmó, lo abrazó por el cuello y lo besó en la boca. “Quiero que te quedes conmigo. Si tengo que irme, compraré tu libertad; el emperador me dio suficiente dinero”. La princesa Li notó que él asentía con la cabeza. “Solo tenemos que tener cuidado mientras estemos en el palacio”. Lai era más alto que ella, de hombros anchos y musculoso. “Un Han”, susurró ella, y él lo confirmó. “Me encantan los hombres que matan por pasión, ya sea por amor o por venganza”, dijo la princesa Li. Lai la abrazó. «Mi hija murió durante un aborto, junto con nuestro hijo, porque su padre la confió a la mujer equivocada. Merecía morir, al igual que el corrupto canciller y la emperatriz viuda mongola. A veces, la muerte es la mejor opción». Li dijo que estaban unidos, como un árbol y la enredadera que lo envolvía. Susurraron un rato más, y luego Lai desapareció tan silenciosamente como había llegado.

El joven emperador dedicó su primer día a nombrar a sus ministros y consejeros. Cada noche la pasaba con tres de las concubinas de su padre. Aunque no lo decía explícitamente, todas eran demasiado mayores. No lo suficientemente mayores como para reemplazar a su amada madre, pues la echaba mucho de menos. Por la mañana, cada una recibía un cofre lleno de plata y una litera para llevarla a la ciudad. Durante once noches, la princesa Li esperó a ser llamada y enviada lejos. Sorprendentemente, el emperador la mandó llamar al jardín. Ella acudió de inmediato; nunca lo había visto de cerca ni había hablado con él, a pesar de que ambos habían vivido en el palacio durante años. Le sorprendió que no tuviera ningún rasgo mongol. Era un hombre chino realmente apuesto y se parecía mucho a su padre, de quien ella había sido amante. Él miró a su alrededor; había ordenado cercar el jardín. Podían hablar sin interrupciones y con libertad.

Hablaba con cariño de su padre, a quien solo había llegado a apreciar de verdad en los últimos años, después de haberse distanciado emocionalmente de su madre. Decía que quienquiera que la hubiera asesinado era una liberación de sus garras. Ella lo había convertido en su esclavo sexual. Lo había disfrutado durante muchos años, porque ella le había enseñado todo y siempre era buena en la cama. Pero era una bruja celosa que lo golpeó más de una vez por acostarse con

otra chica, y no lo toleraba. Decía que se había dado cuenta de su existencia cuando supo que su madre se masturbaba durante sus encuentros sexuales mensuales. No lo demostraba externamente, pero en su interior le complacía que una princesa —es decir, ella— se atreviera a practicar lo que se consideraba una refinada costumbre china durante el sexo. Para una mujer mongola, por supuesto, esto era muy humillante, pero para entonces ya se resistía.

La princesa Li aún no había dicho palabra, no porque hubiera que esperar a que el Emperador la llamara. No, ella lo dejó hablar, pues así podía tantear el ambiente. Él dijo que, por respeto a su padre, había pasado una noche con sus concubinas y las había despedido con honores. Se rió: "¿Qué haría yo con 40 concubinas?". La princesa solo sonrió. Dijo que se había quedado con dos. Eran las dos últimas adquisiciones de su padre, exóticas criaturas rubias del lejano oeste, traídas aquí por traficantes de esclavos de tierras lejanas. No hablaban ni una palabra de nuestro idioma, y el suyo era incomprensible. Pero ambas eran jóvenes, más jóvenes que él, de una belleza exótica, con grandes ojos azules, y al principio solo se mostraron algo cohibidas. Pero a medida que avanzaba la noche, se soltaron y tuvieron un sexo bastante bueno. Él les había indicado que debían masturbarse mientras tenían relaciones sexuales. Le preguntaron dos veces si se refería a "eso", y cuando él asintió, estaban dispuestas a tener sexo con él como cualquier otra buena mujer china. Ya habían pasado tres noches con él, y él quería quedarse con ellas. Lo único que no entendían era que debían regresar a su habitación después del sexo. No parecían comprender que un emperador dormía solo. La princesa alzó la vista. «¡Puede que no sepa lo que es un emperador, Su Alteza!». Él asintió. «Ya verá, ahora vamos a verla a usted, Princesa Li».

Li esperó su explicación. «Mi padre siempre hablaba de concubinas, y eso eras tú. Decía que eras mucho más valiosa que cualquier flor sensual de su jardín. Podía hablar contigo con más sinceridad que con algunos ministros o consejeros. Siempre te escuchaba con atención, y casi todo lo que decía era cierto. Decía que una mujer debía ser para él algo más que alguien que le diera un hijo o que fuera buena en la cama. Recuerdo un comentario suyo en particular: la princesa Li habría sido la mejor esposa para él si no hubiera habido consideraciones de Estado». La princesa se estremeció; el emperador

nunca le había dicho eso, susurró. «Con el tiempo le tomé mucho cariño, pero pensé que era un amor no correspondido».

El joven emperador mencionó que conocía a su tío. Su padre, el emperador, lo había contratado para que lo instruyera en la administración pública, pues lo consideraba muy idóneo. Al principio no se mostró entusiasmado, pero pronto se dio cuenta de que podía aprovechar los conocimientos de su tío. Lo había invitado a tomar el té unos días antes, ya que deseaba que ocupara un puesto de alto rango. El tío no mostró interés en la oferta. Conocía bien la corte y sabía que lo agotaría. Prefería terminar su gran obra, un libro sobre la historia de China. Desafortunadamente, no pudo hacerle cambiar de opinión. Pero siempre recurriría a su consejo si lo necesitaba. «En ese momento, pensé en lo estrechamente entrelazadas que están nuestras vidas. ¿Debo tomar esto como una señal o es simplemente una coincidencia?». La princesa Li permaneció pensativa en silencio, pues ella tampoco sabía la respuesta.

El joven emperador sonrió. «Me gustaría saber si somos compatibles. Una cosa sí sé: me importa un bledo la razón de Estado, las intrigas cortesanas que traerían desgracia a mi lecho por un pedazo de tierra. ¡Soy el emperador; puedo hacer que rueden sus cabezas!». La princesa Li no se impresionó por su emotividad. «Hay momentos en que la razón de Estado es la opción correcta, quizás la única, Su Majestad». Guardó silencio un instante, pues rara vez alguien se atrevía a contradecirlo. «Empiezo a comprender qué impresionó tanto a mi padre». Sonrió. «¿Me harías compañía esta noche en la cena, luego en las copas, y tal vez incluso en mi cama?». La princesa Li murmuró que rara vez bebía vino, prefiriendo el zumo de frutas. Pero los sirvientes lo sabían.

—¿Puedo hacerle una petición, Excelentísimo Señor? —preguntó ella—. Me refiero a si nos sentiríamos más libres, y tal vez podríamos ser más abiertos, si nuestros sirvientes no se quedaran en nuestra habitación, sino en una o dos habitaciones más allá. Siempre podemos llamarlos si los necesitamos. Él negó con la cabeza. —Por la noche, siempre hay dos guardaespaldas armados junto a la cama del Emperador. —Reflexionó un momento—. Los colocaré fuera de la habita-

ción, o al menos pondré una mampara, mientras usted esté conmigo. Podrán volver después.

Li se preparó meticulosamente para la velada; tanto su futuro como el de Bo Lai dependían de su éxito. Lai permaneció a su lado, acompañándola a las aposentos del Emperador. Los jóvenes sirvientes los seguían. Lai permaneció sentado en los escalones. «¡Que los dioses te concedan fuerza y habilidad! ¡No belleza, pues ya eres hermosa, Princesa!». Li le agradeció, inclinando la cabeza. «¡Descansa, mi protector!». Nadie podría haber adivinado por sus palabras el profundo afecto que sentían el uno por el otro.

La princesa escuchaba atentamente cada palabra, aunque los sirvientes estuvieran fuera del alcance del oído. El palacio tenía ojos y oídos; nunca lo olvidaba. Sin embargo, cada vez era más evidente que era siete años mayor que el joven emperador. Él era culto, curioso e inteligente, de eso no cabía duda. Seguía muy apegado a su padre, aunque solo lo había conocido realmente en los últimos dos años. Quería saberlo todo, y a Li le encantaba hablarle de su padre; llevaba diez años conversando con él, debatiendo y desentrañando los misterios de la gente. No le ocultaba al muchacho la insaciable sed de aventuras sexuales de su padre, pero nada de su comportamiento podía minar su respeto por su señor.

Cuando hicieron el amor, ella se sorprendió gratamente de lo bueno que era. Se dejó llevar por su deseo y estimuló su clítoris con el dedo. No tuvo que fingir con él; se entregó por completo al placer que su dedo le provocaba. No era el tipo de sexo excitante que había tenido con el viejo emperador o con Bo Lai; era un sexo placentero, donde podía perderse en su excitación y explotar. Durante los descansos, susurraban sobre todo tipo de cosas. Él quería saber, sobre todo, cómo veía y juzgaba ella su futuro como emperador. Ella, en especial, reforzó su confianza en sí mismo y su disposición a escuchar los consejos de la corte solo como tales. Siempre debía tomar la decisión final él mismo, no un ministro ni un general. Ellos tenían su lugar, y él el suyo. Nunca debía dejar que ella lo olvidara. Él persistió. La corte es altiva, arrogante y estrecha de miras. Seguramente te dan por sentado que eres solo un niño al que pueden moldear, deformar y usar para sus propios fines. A la corte le importa principalmente la

corte misma, no el pueblo. A la corte le importa un comino el bienestar de las familias, los artesanos, los comerciantes o los campesinos, siempre y cuando paguen sus impuestos, cumplan con su trabajo y no se rebelen. Es así de simple, si no te adentras en los detalles. La princesa Li permaneció en silencio, pues sabía que la vida era mucho más compleja en los detalles. Si él también lo sabía, ella aún no lo sabía. Él negó con la cabeza. «En resumen, un nido de víboras, dirías», dijo. «¡Pero me sacarán los colmillos, te lo garantizo, dulce princesa! Si algo aprendí de mi madre, es esto: yo soy el emperador, tú no».

Hicieron el amor una y otra vez hasta el amanecer; ella lo encontró muy placentero y se ocupó de sus propios deseos. Se preguntó si le gustaría ser su concubina, si eventualmente le gustaría su forma de tener relaciones sexuales. Podía responder afirmativamente a ambas preguntas; sin duda era un buen amo y un buen amante. Al amanecer, se llevó la mano a la boca dramáticamente. «¡Mi pobre guardaespaldas! ¡Ha estado parado afuera de la puerta toda la noche, vigilándome!». El emperador la miró con sentimientos encontrados: ¿a quién le importaban los sirvientes o el guardaespaldas? La princesa, sin embargo, ya había aplaudido y enviado a la criada a traerle a su guardaespaldas una copa de vino y un tazón de arroz.

—Te preocupas por él más de lo normal —murmuró el joven emperador. La princesa se enderezó y se encogió de hombros. —Se lo ha ganado, Majestad —dijo con mucha formalidad. Hace cinco años, durante la revuelta, los insurgentes avanzaron hasta aquí, a la casa de las concubinas. Los guardaespaldas no pudieron detenerlos. Violaron a las concubinas del Emperador y subieron a la fuerza las escaleras para violarnos también a nosotras, sus favoritas. Solo Bo Lai, de hombros anchos, permanecía en el pasillo, apoyado en su bastón como un anciano. Los insurgentes pronto descubrirían que ninguno podía superarlo. Los golpeaba con su bastón, como quien espanta serpientes. Apiló los cadáveres hasta la altura de la cabeza en el pasillo y les sonrió, invitándolos a acercarse. Había cientos de ellos, Su Majestad, que se detuvieron en seco, y cuando el hombre alto dio un paso hacia ellos, huyeron despavoridos. Se volvió hacia nosotras tres, mujeres, muertas de terror, y señaló la montaña de cadáveres, disculpándose por haber arrojado semejante montón de tierra frente a nuestra puerta. ¡Jamás volveré a tener otro guardaespaldas, él es el

mejor, Su Majestad! Li lo miró muy seriamente. Sabía que él y su madre habían estado bajo estricta vigilancia de los guardias del palacio, al igual que el Emperador, y que solo se había enterado de la revuelta de la noche anterior por la mañana, mucho después de que hubiera terminado.

Inmediatamente se dio cuenta de su error. Haciendo gala de carácter, se disculpó, explicando que había restado importancia a la situación por ignorancia y que lo lamentaba sinceramente. La princesa Li le sonrió amablemente; el joven tenía carácter y era consciente de su propio error. «No se disculpe, Su Alteza, no podía saberlo». Mantuvo la cabeza inclinada y murmuró: «¿Y qué aprende su humilde alumno de esto, querida princesa?». Ella no pudo evitar reírse de aquella farsa. «Si de verdad fueras mi alumno, querido amigo», dijo con tono confidencial y conciliador, «te señalaría que es muy fácil dejarse llevar por los impulsos automáticos de la imaginación y soltar cosas sin pensar en lugar de esperar con atención a ver si la situación, aparentemente extraña, tiene otra explicación. Grandes generales han llevado a sus ejércitos a la ruina precisamente por cometer este error. Eso es, a grandes rasgos, lo que te diría como mi alumno si fuera tu maestra y tú no el Emperador». Li permaneció en silencio, sonriendo, y el emperador reflexionó con los ojos cerrados.

Cuando abrió los ojos, ella le preguntó cuál de las esposas e hijas de su padre le había parecido particularmente atractiva sexualmente. Él, hipócritamente, comenzó a elogiarlas, pero ella lo interrumpió bruscamente. «Sé que soy la mejor en kilómetros a la redonda, que entre mis piernas no hay un lago tranquilo, sino un volcán latente, listo para entrar en erupción al más mínimo roce de mi dedo». Ella rió con una risa contagiosa. Volviendo a ponerse seria, repitió la pregunta.

La miró fijamente; no tuvo que pensarlo ni un instante. «De las concubinas, casi ninguna valía la pena; todas follaban bastante bien o eran bastante buenas siendo folladas. Sin embargo, ninguna merecía otra noche, aunque todas eran cariñosas y deliciosas en la cama. Solo las dos favoritas de mi padre, las damas Xchi y Chang, me habían impresionado profundamente. Dominaban el arte de follar en todas sus variantes, incluso mejor que mi amada madre, que era una

verdadera maestra. Florecían como las flores más preciosas y desplegaban sus alas como mariposas exóticas, extendidas ante mí únicamente para mi placer y admiración. No nombrarlas las mejores me habría avergonzado profundamente. Les di el triple de lo que mi padre les había prometido como regalo de despedida. Sin embargo, me até estrictamente a la costumbre de que las concubinas y favoritas no podían tener más de 30 años. Consideré seriamente cambiar esta costumbre en aquel momento, y quizás lo haga algún día».

La princesa le estrechó la mano. «Gracias, Excelentísimo Señor, por responder con tanta franqueza y sinceridad. Conocía bien a las dos damas y era consciente de que aún tenía mucho que aprender de su arte de hacer el amor». Ante un asentimiento del emperador, un sirviente trajo té. Bebieron en silencio, cada uno absorto en sus propios pensamientos. Él reflexionaba sobre cómo convencerla de que se quedara, y ella sobre cómo convertirse en su concubina y, algún día, en su favorita. Recogió la capa del suelo y se la echó sobre los hombros. Ambos comenzaron a hablar al mismo tiempo y, de repente, ambos guardaron silencio.

Bajó la mirada. «¡Usted primero, Su Majestad!», dijo con firmeza, y solo entonces se dio cuenta de que lo estaba tratando como a una alumna. Cerró los párpados con fuerza para que él no pudiera vislumbrar su alma. El joven emperador se aclaró la garganta y habló: «Debo agradecerle, querida Princesa, la encantadora velada y la maravillosa noche. Mi padre tenía razón al considerarla su favorita. Quería pedirle que se quedara conmigo como mi favorita; las dos muchachas rubias son meras concubinas para las aburridas y frías noches de invierno. Me complacería que la mandara llamar de vez en cuando para decirle que la alumna necesita el consejo del maestro, para que entonces viniera rápidamente a mí como un pájaro, se posara en mi hombro y me susurrara al oído. Eso es todo lo que pido. ¡Por favor, Princesa!».

La princesa Li no mostró ninguna señal de alivio ni de felicidad ante su decisión. Lo miró a los ojos color ámbar. «¡Exactamente como usted ordene, Su Alteza!». Él le había preguntado lo que ella quería decirle antes. Bajó la mirada para que él no viera la picardía en sus ojos. «Quería agradecerle la excelente cena de anoche; los cocine-

ros hicieron un trabajo magnífico y merecen mi gratitud». Dejó la frase inconclusa, invitando a una pregunta adicional.

La miró con ojo crítico. “¿Y qué? ¡No me dejes con la intriga, querida princesa!”. Ella lo miró a los ojos con una sonrisa, y él le devolvió la sonrisa, reconociendo la picardía en su mirada. “Oh, solo quería decir que lo que siguió merecía un 3, no, quizás un 4 en la escala de diez dedos”. Sus ojos ahora reían con picardía. “¿Qué, solo cuatro dedos?”, exclamó con fingida indignación. “¡Me mato a trabajar como un obrero, solo para obtener un mísero 4!”. Ella rió, y él le siguió el juego. “Bueno, rara vez doy un 5, y nunca a un hombre que no tenga un control perfecto sobre sus dos tigres hambrientos”. Él también rió. “Y que te haya perdonado no solo a los tigres cojos, sino también a los búfalos furiosos, para que tú, delicada flor, no te desmayaras, ¡eso debería ser suficiente para un 6 de gratitud! Así que, ¡una mano entera y un dedo de la otra mano, si no sabes contar, mi digna princesa!”. Se rieron juntos y se tomaron de las manos. “Para un 7, mi señor, la serpiente habría tenido que retorcerse, contorsionarse y sacudirse en la gruta después de escupir, ¡la descarada serpiente con el cuerpo gordo y obsceno y la boca que escupe!” Sonrió de oreja a oreja. “Un 8 probablemente sería apropiado, porque mi pajarito estaba tan aterrorizado de la gran boca de pez cuando chasqueaba y chasqueaba tan horriblemente con cada explosión.” La princesa le acarició la cara, suave y delicadamente. “Te daría un 9 si el babuino desdentado hubiera mordido la codiciosa concha muchas más veces, ¡oh, mi amo!” Se rió a carcajadas. “¡Con gusto renuncio al 10! ¡Me rindo, te ruego tu misericordia, antes de que me mates a trabajar!” La princesa Li le tomó la cara con ambas manos y lo besó justo en la boca, presionando su lengua contra la de él y luchando con ella, girando rápidamente y lamiéndole la lengua perezosamente hasta que pudo respirar. Lo soltó y lo miró seriamente. “¡Seré tu favorito, completamente, con todas mis habilidades! ¡Lo prometo, mi señor!”

Y así fue. Ella iba a verlo casi todas las noches, y a las chicas rubias solo cuando se sentía mal. Dejaba al joven emperador, que tenía que dormir solo, y dejaba que el fiel Lai la acompañara a casa. Él dormía a su lado en la estera todas las noches y era el primero en levantarse por la mañana, mandando a los sirvientes a la cocina a preparar té y desayuno para su favorita y las dos concubinas. Si la princesa estaba

demasiado cansada y apática, Lai iba a ver a las chicas rubias y las despertaba. A ellas les encantaba que él las follara o follar con él. Era realmente muy resistente, y el sexo tonificaba sus músculos. Cada mediodía, antes del almuerzo, practicaba con su bastón en un tocón de árbol sin corteza en medio del patio. Este era el momento en que Li quería descansar sin ser molestada en su estera y se complacía intensamente con su clítoris, como en sus noches de juventud.

Una vez, ella le preguntó a Lai qué pensaba de las dos concubinas rubias. Lo único que él había averiguado era que venían de una tierra gélida donde perros salvajes o lobos devoraban a los niños pequeños. Al parecer, provenían de un pueblo de pescadores, y una vez que se dio cuenta de esto, a menudo les preparaba pescado. A veces las llevaba a la cocina, donde freían el pescado directamente sobre el fuego, de modo que el cocinero, horrorizado, salía corriendo despavorido. Pero así era como a las chicas les gustaba comer pescado. "¿Y son buenas en la cama?", preguntó Li, y él sonrió ampliamente. "Son realmente buenas; follan como las mujeres chinas, frotándose el clítoris con el dedo". Lai sospechaba que esto no era común en su país. Supuso que al menos eran hermanas, tal vez incluso gemelas. A menudo las observaba haciendo el amor lésbico, pero realmente les encantaba tener sexo con hombres —con pasión y deseo— con el emperador, con él, a veces con los sirvientes, y con menos frecuencia con los soldados, a quienes aterrorizaban. Tuvo que quedarse de pie y asentir con aprobación mientras dejaban que una docena de soldados se turnaran para follarlas con fuerza. En realidad, disfrutaban bastante de ser folladas con fuerza por varios hombres. Luego sonreían, saciadas y contentas, como gatos. Desde luego, no entendían qué era un emperador ni que le pertenecían. No sabían escribir, y sospechaba que nunca habían tenido un maestro ni habían aprendido absolutamente nada.

El accidente de caza

El joven emperador murió en el tercer año de su reinado, con menos de 21 años. Estaba de caza cuando cayó de su caballo y se rompió el cuello. Cuando los gritos y los lamentos llenaron el patio del palacio, la princesa bajó corriendo, seguida de cerca por Lai. Todos se colocaron en círculo alrededor del cuerpo, que yacía en una camilla improvisada. La princesa se arrodilló junto a él y lloró desconsoladamente. De repente, Lai se acercó, palpó el cuello del joven emperador y luego golpeó el suelo con su bastón de guerra con tanta fuerza que Li se estremeció. Se dio la vuelta y se dirigió furioso al burdel, subiendo las escaleras. Li miró una vez más al muchacho que tanto se había esforzado por acostarse con ella, al igual que su padre, y que finalmente había fracasado. El muchacho que había estado locamente enamorado de ella y que había pateado el trasero de los cortesanos cada vez que le traían una nueva novia. Les hizo saber a las chicas que no tenían la culpa de su ira y que se acostaría con cualquiera de ellas toda la noche si ella realmente lo deseaba. Y había bastantes que deseaban acostarse con el chico guapo y fuerte. Ahora yacía allí, pequeño, flaco y pálido. La princesa le puso una mano en el pecho y se despidió en silencio de su amo. Luego se dirigió a la casa de las mujeres, a Bo Lai.

Se sentaron uno frente al otro en silencio. Li notó lo enojado y molesto que estaba su eunuco favorito. Se devanó los sesos, pero no encontró explicación. Lai y el joven emperador no eran lo suficientemente cercanos como para justificar su ira. Le preguntó. Él la miró con furia, pero su mirada se suavizó al reconocerla.

—¿Qué te dijeron que pasó? —preguntó. Ella puso su mano sobre la de él, pero él la apartó. —¿Y qué? —preguntó de nuevo, como si quisiera oírlo de ella. —Se cayó del caballo mientras cazaba y... —Agitó la mano con desdén—. ¿Se cayó del caballo, eh? —La miró—. ¿Se cayó del caballo? —Ella asintió con incertidumbre. ¿Qué demonios quería oír?

La miró con gravedad. «Fui soldado durante mucho tiempo, Dios sabe. Vi a muchos caerse de sus caballos, y la mayoría se levantaban

enseguida». Le exigió que le dijera qué heridas había visto. Ella lo miró desesperada. «¿Qué heridas? Su cuello estaba...» Él la interrumpió bruscamente. «¿Qué heridas viste con tus propios ojos? ¿Ves?», repitió enfáticamente. Ella se quedó helada. «Ninguna. No vi ninguna herida externa». Sintió un escalofrío recorrerle la espalda, una clara señal de que estaba a punto de decir algo terrible.

Vi a una docena de hombres que se habían caído de sus caballos. Tenían terribles raspaduras en la cara o dientes rotos, algunos tenían brazos fracturados por un reflejo automático. Casi todos tenían las rodillas raspadas y la ropa más o menos hecha jirones. ¡Ahora te toca a ti, Princesa! Inmediatamente dijo que él no tenía nada de eso. Ninguna herida en la cara, las manos o las rodillas. Su chaqueta estaba polvorienta y sucia, pero para nada hecha jirones. Contuvo la respiración. "¿Cómo es posible?", preguntó, pero sabía la respuesta. Permanecieron en silencio durante varios minutos. Dijo en voz muy baja: «El palacio tiene ojos y oídos. Le palpé el cuello. Está roto, pero no por delante como en una caída, sino por detrás, como si alguien le hubiera golpeado en el cuello por la espalda con un saco de arena. Eso es lo que me enfureció tanto. El grupo de caza está mintiendo, mintiendo descaradamente. Sobornar al médico de la corte no debería ser difícil, aunque no lo conozco. Miré los rostros de los miembros del grupo de caza; podría ser cualquiera de ellos, o ninguno. El asesino podría haberse marchado hace mucho tiempo. Piénselo, Princesa, ¿quién querría matarlo ahora, o sobre todo ahora? El asesino no importa, ¿pero quién le pagó?».

Se levantó rápidamente. «Bajaré como todos los días y lucharé con el árbol. Que nadie piense que tú o yo estamos pensando. Y por favor, ten cuidado, no preguntes por ahí. Tu cuello es incluso más delgado que el de ese pobre hombre». Él se fue a entrenar, y ella se quedó pensativa, repasando mentalmente a todos sus conocidos. No tenía ganas de jugar con su clítoris en ese momento.

Emperador y General

El Consejo Imperial se reunió ese mismo día. Había un claro heredero al trono, el sobrino del antiguo emperador; de eso no cabía duda. Era general del ejército imperial, destinado en el cuartel general, supervisando los suministros. Tenía casi 49 años, ya lucía una ligera barriga y vivía en una elegante casa con tres concubinas y varios sirvientes. Fue convocado de su puesto y proclamado emperador por el consejo. No estaba preparado, pero se había ganado su posición como general. Inmediatamente estuvo a la altura del nuevo desafío; era prudente, culto e inteligente. Ni la princesa ni Bo Lai lo conocían bien, sin embargo, ella fue convocada ante él el primer día.

Desde el primer momento supo que jamás se enamoraría de él. Pero tampoco creía que él hubiera ordenado el asesinato. Sin embargo, él quería hablar con ella a solas; al fin y al cabo, ella era su primera opción. La princesa pidió tener la conversación en privado. Él llamó al guardia; quería que nadie lo molestara ni escuchara a escondidas. El guardia, uno de sus hombres y bien entrenado, cerró la pesada puerta de madera.

—Con mucho gusto responderé a cualquier pregunta, Su Majestad —dijo ella con la reverencia de rigor. Él le pidió que se sentara a su lado en el banco y susurrara: —El palacio tiene ojos —dijo él, y ella añadió con una sonrisa—: ¡y oídos! Se miraron, y la primera impresión de Li fue la misma de siempre: se llevarían bien y tal vez incluso se gustarían, ¿pero enamorarse?

Sin embargo, quedó muy sorprendida cuando él le preguntó sobre las habilidades ecuestres del difunto. Ella no montaba a caballo, nunca lo había hecho, y lo único que sabía era que el Emperador —¡perdón!, el difunto Emperador— disfrutaba de la caza a caballo. Nunca había oído que hubiera tenido un accidente. El nuevo Emperador asintió con la cabeza. «Ya he puesto a todo el grupo de caza en aislamiento, y mis cuatro mejores investigadores —dos detectives y dos jueces militares— los interrogarán minuciosamente. Cuando me enteré, ¡no podía creer que un tipo que llevaba montando a caballo des-

de los siete años pudiera romperse el cuello! ¡Eso era sumamente sospechoso!».

Li preguntó si debía llevar a su eunuco favorito ante los investigadores; había sospechado algo similar y había sido soldado el tiempo suficiente para saberlo. El emperador Teng ("antes general Teng, ahora emperador Teng") accedió; los tres irían después ante los investigadores. Pero ahora quería saber cómo se había convertido en la Primera Favorita. Escuchó con los ojos cerrados, haciendo preguntas de vez en cuando, y la princesa Li le dio una explicación completa. Levantó la cabeza. "¿Cuántos años tiene, Primera Favorita?" Ella respondió: "27; en ocho meses cumpliré 28". Él asintió; eso era lo que le habían dicho. No podría llevar a sus hermanas al refugio para mujeres; tenían casi 40 años, una incluso 41, y conocía la regla. Ella preguntó: "¿Hermana? ¿Creía que eras concubina?" El emperador Teng sonrió con dulzura. «Olvídense de todos los rumores sobre mí. Siempre he vivido con mis dos hermanastras, y han sido mis concubinas desde nuestra juventud, para decirlo sin rodeos. Les daré mi parte de la casa de mi herencia y que sigan con sus vidas. Serían muy infelices en la corte, y quiero evitarles eso». Miró fijamente el escritorio y dijo: «¡Qué lástima! Disfrutaba siendo soldado, general, y disfrutaba estando en el campo de batalla. Con el tiempo, me necesitaron en la oficina, y eso fue duro. ¡Y ahora los dioses y los cortesanos me han puesto en el trono, maldita sea! ¡Estaba acostumbrado a dar órdenes, y ellos huyeron! ¡Golpeé la mesa con el puño, y rodaron cabezas!». Volvió a sumirse en sus pensamientos. La princesa dijo en voz baja: «Ahora eres más que un general, emperador Teng. Puedes dar órdenes y te obedecerán. Golpearás la mesa con el puño, pues ahora eres el emperador Teng, y si es necesario, ¡rodarán cabezas! Intuyo a qué te refieres, pero déjame decirte que el difunto emperador no se dejaba intimidar por los cortesanos. Depuso a muchos de ellos y los envió al desierto. La corte no tenía poder sobre él, a pesar de su corta edad. Pronto se dieron cuenta de que, si bien escuchaba sus argumentos, siempre tomaba la decisión final. Eliminó muchos aspectos negativos, con más valentía que su padre, que tenía un corazón demasiado bondadoso. Fui la esposa de este joven solo tres años, pero fui testigo a diario de su verdadera fortaleza. Lo lloro con el corazón destrozado, aunque solo fui su concubina».

El emperador Teng sonrió. «Déjame ver si aún puedo dar órdenes, ¿de acuerdo?». La princesa Li asintió con sentimientos encontrados; esto podía salir mal fácilmente. Él la miró fijamente. «Yo, el emperador Teng, te ordeno, princesa Li, que sigas siendo la Primera Favorita. —¿Y bien, qué dices?». La princesa sonrió e inclinó la cabeza. «¡Como usted ordene, mi señor y amo!». El emperador Teng sonrió. «Me has dado un buen consejo, y no te arrepentirás. Disfruto bebiendo, disfruto comiendo, y haré felices a las hermosas esposas de mi pobre predecesor. Prometo escuchar siempre tus consejos y considerarlos antes de dar órdenes».

«¡Ahora, vamos con los investigadores!», ordenó el emperador Teng, pidiendo que trajeran de inmediato al guardaespaldas de la princesa, Bo Lai. La puerta se abrió y Lai entró, haciendo una profunda reverencia. «¡Aquí estoy, Su Majestad!», exclamó Teng, apenas disimulando su sorpresa. El hombre era muy rápido. «Siempre está cerca de mí», murmuró la princesa Li, siguiendo al emperador. Caminaba con paso ligero; no necesitaba una camilla para tan solo unos pasos, le dijo a Li. Los investigadores se pusieron de pie de un salto e hicieron una profunda reverencia. El emperador ordenó: «¡Escuchen a este buen hombre e interróguenlo; tal vez tenga algo que decir!».

Teng, acompañado por Li, pasó junto a las celdas. Los prisioneros no tenían forma de comunicarse entre sí, aunque seguramente lo habrían hecho hace mucho tiempo si fueran culpables. Teng abrió cada ventana y observó cada rostro. No pudo discernir su culpabilidad. Salió con Li al patio del cuartel. Sus cuatro guardaespaldas y su asistente los siguieron. Preguntó cómo estaban las otras dos concubinas. «Seguro que quedará muy satisfecho, Su Alteza», respondió Li, buscando las palabras adecuadas. «Mi anterior amo estaba muy complacido con ellas, salvo por su mudez». El emperador Teng arqueó una ceja. «No, no son mudas, pero no hablan nuestro idioma, y nosotros no hablamos el suyo. Pero mi amo y otros me han dicho que son muy buenas en la cama, que disfrutan mucho durmiendo, y que también han aprendido cómo dormimos las mujeres chinas. Nunca he oído más que elogios». Teng les preguntó: «¿Son rubias y vienen del lejano oeste?». La princesa asintió con la cabeza, y el emperador Teng llamó a su sirviente, quien salió corriendo a su orden como si los demonios lo persiguieran. La princesa Li sonrió. «¡Ahora entiendo a

qué se refería, Su Alteza! ¡Yo ordeno y ellos corren!». El emperador rió entre dientes y sonrió para sí mismo.

Se sentó en un banco de piedra y dejó que Li se sentara a su lado. Tenía unos 14 años cuando mi padre regresó del Imperio Nihon. Lo habían enviado allí como embajador imperial antes de que yo naciera. Se casó con una noble japonesa, y mis hermanastras son fruto de ese matrimonio. Esta segunda esposa, al igual que mi madre, murió en el parto. Quedé completamente cautivado por mis nuevas hermanas y enamorado de ambas. Por las noches, siempre me escabullía a sus habitaciones y pasaba media noche con ellas. Las desfloré a ambas esa misma noche, antes de que cumplieran los 13, y hemos dormido juntos desde entonces. No tuve ninguna relación seria con ninguna otra mujer, y ellas no tuvieron ninguna relación con ningún hombre. Exteriormente, mantuvimos la fachada de que eran mis concubinas, algo no inusual para un soldado, para un oficial. Trajeron consigo dos malos hábitos de Nihon. Primero, a diferencia de nosotros los chinos, a una mujer japonesa no se le permite masturbarse durante el sexo, ni delante de otra persona, ni siquiera de su marido. Tiene que mantenerlo en absoluto secreto, así que solo vi a mis hermanas hacerlo muy rara vez. Y segundo, las mujeres japonesas... Chillidos y chillidos como de gatitos o cerditos durante el sexo. En esencia, es el sonido "yo", variado en los tonos más agudos; suele sonar pleno y satisfecho, pero también a menudo ansioso, avergonzado o atormentado. No tiene absolutamente ninguna relación con la actividad sexual del hombre. Me he acostumbrado porque no pueden desaprenderlo. Incluso después de 30 años, mis hijas chillan y chillan como si estuvieran siendo torturadas o sufriendo quién sabe qué.

«Mi primo Han-Qi, a quien ustedes llaman el viejo emperador, era mi mejor amigo en aquel entonces, y durante años nos acostábamos con las dos hermanas. Nos reíamos mucho cuando ellas gritaban cada vez más fuerte. Como emperador Han-Qi, moldeó el imperio de manera impresionante, y lloré mucho por él cuando lo asesinaron. Para ser honesto, sentí una gran satisfacción cuando mataron a su asesina poco después. Todos sabían que era ella, pero ningún juez jamás acusó a una emperatriz». Él guardó silencio, perdido en sus pensamientos. Ella también guardó silencio, pues no tenía nada que de-

cir. Aparte de Bo Lai, nadie sabía quién había ordenado el asesinato de la emperatriz.

Llegó el paje del emperador, acompañado de un anciano. La princesa Li no lo había visto nunca; tenía el cabello blanco como la nieve, hasta la cadera, y una barba blanca que le llegaba hasta el cinturón. El emperador Teng lo saludó cordialmente como Maestro Guo. Se lo presentó a la princesa Li, pero el anciano no pareció comprender qué era un Primer Favorito. Fueron a los aposentos de las mujeres, y Teng le explicó a Li que el maestro había vivido en Occidente durante muchos años y hablaba muchos idiomas extranjeros. Ya había compilado varios diccionarios. El Maestro Guo escuchó a las jóvenes rubias y negó con la cabeza con pesar. Solo tenía una vaga idea de qué idioma era. Tenía un alumno que sin duda lo entendía. El emperador Teng dijo: «Entonces, que venga». El Maestro Guo, que insistía en dirigirse al emperador como General Teng, dijo que el joven —que, resultó, también tenía unos 70 años— se había retirado a un monasterio para escribir un diccionario. El emperador envió inmediatamente un mensajero y un caballo; el erudito debía presentarse al mediodía del día siguiente. Li comprendió cómo el emperador, el antiguo general, utilizaba a su sirviente como portavoz para ejecutar sus órdenes.

Se marcharon de nuevo, y el emperador le explicó al viejo amo que ya no era general. Lo tomó del brazo, y el hombre se detuvo, sobresaltado. “¿Qué has hecho ahora, joven Teng, para que ya no seas general? ¿Un asunto de mujeres, como siempre, supongo?”. El emperador sonrió con dulzura. “No, esta vez no es un asunto de mujeres, buen amo. Ahora soy emperador, o eso dicen”.

El anciano negó con la cabeza. “¿Emperador? ¿Y qué hay de ese otro mujeriego, el… eh… tu amigo Han-Qi? Oí que se convirtió en emperador. ¿Cuál es la verdad, General?” El emperador Teng explicó pacientemente que el emperador Han-Qi había sido asesinado por su esposa, y…” El Maestro Guo se detuvo, conmocionado. “¿Te refieres a la bárbara del norte, con la que tú y ese astuto Han-Qi se acostaban día tras día, compitiendo entre sí hasta que casi daba a luz?” El emperador asintió con la cabeza. El Maestro dirigió una mirada condescendiente a la princesa. “Ese bribón me engañó para que me acostara

con la bárbara un par de veces en aquel entonces. Sí, sí, era excelente en la cama, eso hay que reconocerlo, y los dos muchachos se partían de risa porque no tenía miedo de follar bien a esa fea mujer todos los días, tal como aprendí de los mongoles." Y, como usted dijo, General, ¡esa fea bárbara mató al buen hombre! El emperador Teng asintió: «Así es, ¡la emperatriz envenenó al emperador! Pero no pudo disfrutar de su victoria por mucho tiempo; un buen patriota la estranguló limpiamente. Y su hijo Jie-Lin, hijo de Han-Qi, fue emperador Jie-Lin durante más de tres años, pero también murió hace unos días. Esta de aquí, la princesa Li, fue esposa de Han-Qi por un tiempo, y luego esposa de Jie-Lin, el pobre emperador».

El maestro Guo se detuvo y, como mandaba la costumbre, agarró las anchas mangas de la princesa. «¡Debes haber sufrido mucho, joven emperatriz!», exclamó el anciano, inclinándose profundamente hasta las rodillas. Li, agradecida, le tomó las manos y lo ayudó a levantarse. «Solo soy una princesa muy triste, querido maestro», dijo, «¡Nunca fui emperatriz ni lo seré jamás!». Miró al emperador para asegurarse de que había comprendido el mensaje.

El maestro siguió arrastrando los pies, sacudiendo la cabeza. «Nada más que asesinatos y caos. ¡Esta corte es una prole de Satanás! ¡Me alegro de que estés en el ejército, General, hijo mío! Solo aplastas las cabezas de tus enemigos, no las de tus amigos, ¿verdad, General?». El emperador Teng esperó un momento antes de lanzar su último ataque. «Hasta ahora, yo era el general Teng, querido maestro, y ahora me han colocado justo en el centro de la corte como emperador Teng, como sucesor del emperador Han-Qi y del emperador Jie-Lin, ambos tristemente muertos. Y tiene usted toda la razón, querido maestro, la corte es un maldito nido de víboras. ¡Pero ahora soy el emperador, y pretendo acabar con este nido de víboras!».

El anciano se detuvo de nuevo, agarró las mangas del emperador e hizo una reverencia lo más profunda que pudo. «¡Así que ahora eres el emperador Teng, general! ¡Qué alegría, pues la corte cometió un grave error al elevar a un hombre capaz como tú al trono, mi querido general! Mi querido emperador, quería decir, por supuesto, ¡pero ya sabes, la vejez!». Miró a la princesa. «¡Y ahora será tu emperatriz, supongo! ¡Es tremendamente hermosa y parece complacerte, general,

emperador Teng! Pero si la nombras emperatriz, ¡déjame acostarme con ella también, como en los viejos tiempos!». El emperador Teng se quedó sin palabras por primera vez, notó Li con deleite. Saltó en ayuda del emperador.

«¡Qué ganas tengo, noble amo, de que un tipo tan viril como usted me folle como es debido! ¡Si supiera lo poco que saben los jóvenes de hoy en día sobre el arte de follar! ¡No tienen ni idea de lo que es el cisne, ni el tigre furioso, ni el tímido búfalo de agua!». El amo asintió pensativo; hacía siglos que no oía palabras tan frívolas. El emperador le dio un puñetazo en el brazo a un guardaespaldas porque el pobre apenas podía contener la risa. Al llegar al patio del cuartel, el ordenanza del general tomó del brazo al amo Guo y lo acompañó a casa.

Lai se unió a ellos, y el Emperador le dijo que una reverencia al día, como en el ejército, era suficiente. Ahora debía informar. Sin embargo, Lai observó a su alrededor con atención antes de relatar con detalle su conversación con los investigadores. «Unos hombres extraordinarios, si me permite decirlo», comentó. Los cuatro lo habían acompañado a la fresca bodega, donde el difunto, ya limpio y envuelto en telas, esperaba el entierro. Lai les mostró con precisión lo que había notado en el cuello del muerto. Los cuatro habían palpado el cuello y lo comentaban con calma. Le dijeron que, en efecto, tenía razón y que se justificaba una investigación. Se dividieron: uno interrogaría a las criadas que habían desvestido y lavado al difunto. Otro buscaría la ropa. El tercero traería al médico de la corte para interrogarlo junto con el cuarto. Primero, le preguntarían si había pagado impuestos sobre el dinero del soborno, ya que eran inspectores fiscales. El Emperador no pudo reprimir una sonrisa. «Mis mejores investigadores, y si algo ha sucedido, lo encontrarán». Lai acompañó a Li al refugio de mujeres y le habló del Maestro Guo. Él sonrió: «¡No trates al anciano como a un tigre, se va a desmoronar!». La princesa sonrió; seguramente el pobre hombre lo había olvidado todo al llegar a casa.

Li se había vestido elegantemente y olía de maravilla para su primera cena con el Emperador. La comida fue realmente excelente, y el Emperador comentó lo importante que era para él la buena comida. Bebió una botella entera de vino, mientras que Li se limitó a los dis-

tintos zumos de frutas. La conversación fue relajada pero muy interesante. Li tuvo que revisar sus ideas preconcebidas; el Emperador Teng era muy culto y poseía un profundo conocimiento de la historia y la política. Tenía poco interés en la poesía, el lirismo o la literatura ligera, pero conocía bien las obras de grandes filósofos, estadistas y líderes religiosos. La Princesa Li pronto se dio cuenta de que él debía de haber leído mucho más que ella o sus dos emperadores. Decidió dejarse guiar por él en la elección de sus lecturas. La ficción que había devorado durante años era, en esencia, completamente inútil. El Emperador Teng había leído y reflexionado sobre cosas que ella ni siquiera se había planteado. Estaba decidida a salir de ese vacío.

Enseguida se percató de que llevaba un uniforme de gala. Lo mencionó de pasada, y él respondió que asistiría al funeral del emperador con el uniforme puesto, y que solo se lo quitaría para las celebraciones oficiales de su ascenso al trono en dos meses. La designación de su sucesor al mando militar aún no se había completado; el debilitamiento de las fuerzas armadas no debía notarse, y el suministro, la adquisición y su coordinación eran vitales para la supervivencia. El ejército no podía permitirse mostrar debilidad, ni interna ni externamente.

Lo abrazó con alegría y de buena gana, pues aquella primera noche decidiría su destino. Fue mucho más difícil de lo que había imaginado, pero su corazón seguía perteneciendo a Jie-Lin. Le habló al poco tiempo; confiaba en su aguda inteligencia. Si fracasaba, lo dejaría, pues permanecer con un hombre solo por su riqueza era demasiado humillante. Pero Teng superó la prueba.

No soltó a su tigre de la correa; la rodeó con un brazo por los hombros y hablaron todo el tiempo sobre relaciones, sentimientos, comportamiento masculino y maquinaciones femeninas. Era el hombre más comprensivo con el que jamás había hablado de estas cosas, y no había conocido a muchos. La mareó que él hubiera reflexionado sobre todo esto con mayor profundidad que el tío Tschan. ¿Cómo podía un hombre al que apenas conocía desde hacía dos días comprenderla tan bien? ¿Cómo podía haberla conquistado sin recurrir al poder ni imponer sus derechos? A la tercera hora, lo besó, su lengua atacán-

dolo con fiereza; lo deseaba, lo deseaba ahora mismo, ¡quería sentirlo dentro de ella de inmediato!

Se dejó seducir, la dejó tomar la iniciativa, sintiendo que era lo correcto. Le gustaba su físico de soldado; su leve barriga no le molestaba en absoluto. Se deslizó por su cuerpo, explorando su pene, su prepucio y el glande con los ojos, los dedos y los labios, como si nunca hubiera visto un pene antes. Se montó sobre él, guió su pene hacia su vagina y lo cabalgó. Cambió de posición para que ella quedara abajo, y se intercambiaron varias veces. Su pene la penetró tan bien que, abrumada por la lujuria, abandonó la masturbación en favor de su intenso clímax compartido, aferrándose con fuerza a él mientras su orgasmo estallaba y, apenas unos segundos después, él eyaculó en medio de sus violentos espasmos y temblores.

La princesa Li apoyó su rostro en su pecho y jadeó durante varios minutos. “Fue tan emocionante”, dijo, “Lo he echado tanto de menos estos últimos días”. Él guardó silencio durante un largo rato, su corazón aún latía con fuerza, ella podía oírlo. Habló, pero de cosas completamente diferentes. “¿Seguirás siendo mi Primera Favorita hasta que la corte te despida dentro de dos años y medio?” Era una pregunta clara y directa, como era su costumbre. Ella suspiró: “¡Sí, mi señor y amo! ¡Y no porque usted lo ordene!” Él respiró hondo. Ella continuó: “Dos años y medio de felicidad es más de lo que jamás esperé”. Él negó con la cabeza; eso no era del todo correcto. Ella levantó la cabeza y lo miró. “Sé con certeza que has estado pensando en ello hoy. Convertirte en Emperatriz. Lo sé”. Ella volvió a bajar la cabeza. Él le acarició suavemente la espalda y las nalgas. Hay varias cosas que considerar y tener en cuenta para tomar una buena decisión. Como emperatriz, el límite de 30 años ya no se aplica; la emperatriz sigue siéndolo hasta su muerte. Además, considero que se espera que un emperador y una emperatriz tengan un heredero. Nunca he tenido niños a mi alrededor, ni siquiera en mi infancia. Si he engendrado algún hijo ilegítimo, lo desconozco, y curiosamente, nunca me ha interesado. No creo que quiera tener hijos; la sucesión se puede organizar mejor que esperando que el mocoso se convierta en un gran y buen emperador.

“He estado pensando intensamente en ello estos dos últimos días, Princesa, sobre si quiero casarme, formar una familia. He tenido tantas fantasías hermosas al respecto que me han nublado el juicio. Eres la primera mujer en mi vida adulta que ha dominado estas fantasías. Eso me ha sorprendido y abrumado. ¡Solo conozco a esta mujer desde hace menos de dos días, y ahora quiero cambiar de rumbo! — Como militar, diría que es una mala estrategia, un concepto pésimo, una táctica equivocada.”

“No tengo un modelo a seguir en cuanto a familia. Mi padre nunca nos trató ni nos consideró una familia. Era un diplomático muy hábil y me mostró con su ejemplo lo hermoso, bueno e importante que es servir al Imperio. Cuando era muy, muy anciano, hablamos de esto. Casi rozaba la traición cuando me dijo que siempre había servido al Imperio y al pueblo chino, pero nunca a ningún emperador en particular. Ya llevaba mucho tiempo muerto cuando me di cuenta de esto. Les dejaré claro a todos que ellos, que yo, solo debemos servir al Imperio y a sus súbditos. Pero no quiero desviarme del tema principal. He observado familias una y otra vez, y casi ninguna me ha impresionado de verdad. Así que, por el momento, no pienso en formar una familia.” Se quedó en silencio, absorto en sus pensamientos.

La princesa Li se recostó sobre su cuerpo y dijo: «Mi señor, no tiene que decidir nada ahora; no espero nada de usted al respecto, noble señor. Aunque me reconforta oírle hablar tan bellamente, también es cierto que aún no nos conocemos del todo. En dos días, es difícil reconocer más que la máscara superficial de otra persona; el verdadero ser se esconde en lo profundo, bajo muchas máscaras». La sostuvo suavemente en sus brazos por detrás y había estado acariciando sus redondos y firmes senos durante varios minutos. «Deberíamos disfrutar de los próximos dos años y medio e intentar reconocernos bajo las máscaras», dijo. «Le diré a su debido tiempo si puedo tomarla como emperatriz. Deberíamos amarnos con respeto, como si este objetivo dorado estuviera justo ante nosotros». La princesa Li asintió con los ojos cerrados y suspiró, pues había estado jugando con delicadeza y suavidad con el capullo de su rosa durante mucho tiempo.

El emperador sonrió y besó su largo cabello negro azabache. “Siento cómo tu clítoris exige, anhela y desea ser liberado. ¡Da rienda suelta a tus sentimientos, mi amada!” Li dejó de acariciar su clítoris de inmediato. “Soy una muchacha verdaderamente respetable, Su Alteza”, mintió suavemente y con vergüenza, “¡Soy una mujer china respetable que solo encuentra placer a través del acto sexual!” Él rió levemente, “Siempre he asumido que eres una muchacha respetable. Sin embargo, al mismo tiempo, veo cuánto deseo te atormenta, y estoy demasiado cansado y apático para tener sexo contigo ahora mismo. Solo cede a tu deseo; para mí, seguirás siendo una muchacha casta y respetable.” La princesa pensó durante un largo rato. “Quieres verlo, ¿verdad?” susurró suavemente, y él rió suavemente. “Así es, mi princesa. Quiero verlo abiertamente y con tu consentimiento porque hasta ahora solo lo he visto en secreto y avergonzado, como un espía indeseado.” Li suspiró profundamente; por un lado, lo necesitaba desesperadamente, y por otro, era un obstáculo que nunca antes había superado. Suspiró y se dio la vuelta.

Ella rodeó su cuello con las piernas y apoyó su mejilla en su espinilla. «¡Ven y mira, mi amor, mira y observa con placer cómo me humillo y dejo de lado toda decoro!». Él sonrió a su rosa, cuyos pétalos ella separó con delicadeza. Ella vio con qué avidez la observaba y cerró los ojos. Lo hizo porque él se lo había permitido. Su clítoris había estado excitado durante mucho tiempo y sobresalía unos milímetros rígido de su escondite. Comenzó muy despacio y suavemente, aumentando el ritmo y la intensidad solo gradualmente. En el final, también introdujo su dedo índice en su vagina y se masturbó con fuerza con él en el orgasmo. Tan rápido como él había llegado, su orgasmo huyó como una gacela asustada. Se relajó y se tumbó con las piernas abiertas ante él. Él se inclinó hacia adelante, besó su rosa con reverencia y la hizo estremecerse por un momento con su lengua. La levantó y la abrazó.

El emperador besaba continuamente las mejillas y los labios de la princesa. «Era tan emocionante y hermoso de ver, mi amada, que deseaba que me lo mostraras una y otra vez, ¡déjame experimentar el temblor, el estremecimiento y el espasmo de tu cuerpo y tu rosa!». Lo decía en serio, y desde entonces, cada vez que él la rodeaba con las piernas, ella se masturbaba con chillidos de placer. A veces, al ob-

servarlo, su pene comenzaba a eyacular, y entonces ella lo agarraba, aunque nunca antes había masturbado un pene, y tiraba de su prepucio hacia adelante y hacia atrás hasta que terminaba de eyacular. Él disfrutaba mucho de ambas cosas: verla masturbarse y admirar su rostro mientras ella, inocentemente y sin darse cuenta, lo dejaba terminar. Nunca le enseñó cómo masturbar correctamente a un hombre, pues quería preservar su inocencia, su asombro ante la experiencia, para siempre.

Lai la acompañó de vuelta al refugio de mujeres. «Pude oír cada palabra que dijiste, querida Li, pero hice que la Guardia Imperial retrocediera diez pasos porque no era para sus oídos». Continuaron caminando en silencio. «Que le revelaras tu secreto me sorprendió al principio, pero por su reacción supe que hiciste lo correcto en el momento adecuado». Subieron en silencio la amplia escalera y, al llegar arriba, ella le agarró el brazo. «Vamos, Lai, ven conmigo ahora mismo, hazme el amor hasta el amanecer y demuéstrame tu amor. ¡Te necesito tanto!».

Durmieron abrazados hasta el mediodía. Lai se levantó en silencio y les preparó té. Desde la ventana vio que el mensajero y el erudito llegaban al palacio del emperador a lomos de caballos empapados en sudor. Despertó suavemente a Li. «El erudito ha llegado; debemos preparar a las muchachas rubias». Lai, desnudo como estaba, se dirigió rápidamente a los sirvientes y ordenó que lavaran a las muchachas y las vistieran con ropa limpia; el emperador se acercaba. «¡Y pónganles esas camisas blancas cortas; al emperador le encanta ver la carne de las mujeres!», ordenó, y regresó sonriendo a Li. Las habían bañado, ungido con aceite y perfume, y vestidas con finas prendas. Esperaron, charlando, hasta que llegaron el emperador y el erudito, el Maestro Jin.

Las chicas rubias se levantaron de un salto, corrieron hacia el maestro y le besaron las manos. Él hizo una reverencia al emperador. “Las chicas me reconocieron enseguida. Venía todas las noches a follar con su madre. Ella era la única que podía follar como una auténtica mujer china. Las demás follaban según su costumbre, a cuatro patas con el marido arrodillado detrás de ella.” El emperador asintió con comprensión. “El perro manchado”, confirmó el Maestro Jin.

“Las parejas casadas solo follan tumbadas de lado”, continuó el maestro, mirando de reojo al emperador, que murmuró: “la yegua exhausta en el campo de amapolas”. A la princesa no le sorprendió que el Emperador Teng aparentemente conociera las 876 posiciones. El emperador alzó la barbilla con decisión. “¡Honorable Maestro, interrogue a las chicas a fondo e infórmenos!” Todos escucharon en silencio mientras las chicas y el Maestro Jin conversaban animadamente en lenguas extranjeras. Pronto las chicas se levantaron de un salto, se arrojaron al suelo ante el emperador y le besaron los zapatos sin cesar. Él miró al maestro con expresión interrogante. «En tu idioma y cultura no hay emperador, así que improvisé y te llamé el Gran Rey, que gobierna sobre 127 reyes», explicó el maestro, «y que esto no es un burdel de clase alta, sino la residencia de las amantes del Gran Rey, donde viven sus esposas». El emperador Teng sonrió un momento, luego, con amabilidad, levantó a las muchachas y las hizo regresar a sus asientos. Las tres continuaron charlando, y el emperador se deleitó con la vista de las joyas, pues aún no se había acostado con ellas. Pero lo que veía ahora era muy, muy apetitoso. Tras una conversación interminable, el maestro se volvió hacia el emperador, hizo una reverencia y pidió permiso para dar cuenta. El emperador controló su impaciencia y pidió el informe.

Las chicas se llaman Jutta e Inger. Jutta tiene 19 años, su hermana biológica Inger 20. Vienen de un pequeño pueblo pesquero cerca de la ciudad real de Sundborgen. En mi época, había seis reinos en las tierras danesas. Sundborgen estaba gobernada por Haraldur Grimmesson, un caudillo muy brutal. Cuando las chicas tenían 12 y 13 años, su padre murió luchando contra una orca, un pez depredador de 10 metros de largo que no existe en nuestra región. Su carne es deliciosa, pero cazarlas es incluso más peligroso que cazar jabalíes en casa. El emperador Teng sonrió, pero luego dijo: «¡Adelante, adelante, ¿qué sigue?!». El maestro se sintió visiblemente ofendido, pues había vivido entre los daneses, suecos y jutos durante muchos años, y había escrito un diario de viaje de 80.000 palabras, además de tres diccionarios rudimentarios. Pero una orden es una orden, así que se apresuró a continuar.

Las chicas cuidaron a su padre hasta que se recuperó; una le atendió el muñón dolorido de la pierna, la otra había aprendido a frotarle

el pene. Después de unas semanas, decidieron tener sexo con él, tal como su madre ahora lo hacía con hombres que pagaban. Él estaba muy angustiado, ya que era demasiado pronto, pero aún disfrutaba de ser penetrado. La madre bebió mucho té venenoso hecho con raíz del diablo para evitar quedar embarazada. El padre pronto se recuperó; les enseñó a las chicas a tener sexo lésbico y a lamerse el clítoris mutuamente. Llevó a las chicas al mercado semanal de Sundborgen, y la gente pagaba para verlas realizar este acto. Quien le entregara una gran suma de dinero podía tener sexo con una de las chicas. Esto funcionó bien durante aproximadamente un año, luego un hombre envidioso lo denunció al rey Haraldur, quien hizo que arrojaran al hombre de una sola pierna al calabozo por atrasos en los impuestos. La madre desesperada, a quien la raíz del diablo mataría, vendió a las chicas de 14 y 15 años a traficantes de esclavos." de Rusia y compró la libertad de su amado esposo. Así fue como las chicas llegaron aquí."

El Maestro Jin miró con tristeza al suelo y murmuró: «Eso fue demasiado corto, pero no lo querían de otra manera». El emperador fingió ser sordo. Cualquiera podía criticarlo, siempre que fuera con justicia, y de alguna manera comprendió que el buen hombre estaba justificadamente orgulloso de sus viajes por el mundo. Le pasó un brazo por los hombros al joven erudito. «Me has sido de gran ayuda, Venerable Maestro Jin. Ahora ven a mi oficina. Esta mañana le dicté una lista de palabras importantes al escribano, y tú debes dictar las traducciones. Quiero hacerme entender, al menos un poco. Luego recibirás un banquete, tu pago, y un escolta te acompañará de regreso al monasterio». Se marchó después de que las muchachas le besaran los zapatos otra vez, y el maestro lo siguió. Y así sucedió, o casi. A la Princesa Li le sirvieron el banquete en los aposentos de las mujeres, y él tuvo que actuar como intérprete. Quería explicarles a las dos chicas las reglas más importantes, la etiqueta adecuada y cómo debían complacer al Gran Rey en la cama. Después de una hora, Li quedó satisfecha. Las chicas también habían comprendido que ya habían dormido con los Grandes Reyes y que todo estaba en orden. En los días en que el Gran Rey no las convocaba, podían dormir con cualquiera de la casa, principalmente con el Sr. Lai, los sirvientes y los guardias si el Sr. Lai las acompañaba. Las chicas estaban muy sorprendidas, porque durante los últimos cuatro años solo habían dormido con el Gran Rey y habían estado solas el resto del tiempo. Las

chicas preguntaron con entusiasmo por los detalles. Los sirvientes sabían al mediodía si el Emperador quería verlas por la noche o no. Así que podían partir al mediodía y buscar pareja. Era asunto suyo si llevaban a uno o a diez a su habitación, pero no tenían permitido dormir con nadie que viviera fuera de los muros del palacio. El maestro, por supuesto, también tuvo que explicarles que solo eran concubinas, que ella era la Primera Esposa del Gran Rey y que debían obedecer sus órdenes.

Las criadas se afanaban; el emperador había convocado a las tres mujeres a cenar. ¡Qué sorprendida estaba Li de que Teng aparentemente se hubiera memorizado toda la lista! Las chicas reían mientras corregían su pronunciación, chillando de alegría. Este gran rey fue el primero en devolverles los besos franceses con evidente placer. Era una costumbre danesa muy extendida, había dicho el Maestro Jin. Li cedió a un impulso espontáneo e intercambió un beso francés con Jutta. El emperador Teng se divirtió claramente, pero Li protestó indignada; nunca antes había besado a una chica así, ni había tenido relaciones sexuales con ninguna. Recordaba vagamente a las damas Xchi y Chang, pero no podía recordar hasta dónde habían llegado en aquel entonces.

Solo unos días después volvieron los recuerdos, pues, por supuesto, Xchi y Chang nunca dejaban un trabajo sin terminar. Pero ahora Li no recordaba nada del acto sexual lésbico que el emperador les ordenaba realizar. Corrigieron su pronunciación y bromearon durante un buen rato, pues él les había ordenado en danés que se retorcieran como dos vendedoras de mercado discutiendo y que juntaran sus lenguas, riendo. Li se sentó junto a Teng, con la espalda apoyada en su pecho, y él la rodeó con un brazo por los hombros hasta que sus dedos alcanzaron su pezón. A medida que la pasión aumentaba, ella agarró su pene como si fuera un joystick. Así observaron el espectáculo lésbico de las chicas.

Las chicas se abrazaron y se besaron, lamiéndose en la posición del 69, que llamamos el paseo en trineo chino, comentó el Emperador. Las chicas se excitaron intensamente, y entonces Inger agarró el cabello de Jutta y presionó sus labios contra su vulva. Con un pequeño grito, llegó al clímax e inmediatamente fue al clítoris de Jutta. La

Princesa se sorprendió mucho al ver que un poco de semen rezumaba del pene de Teng. Pero él no eyaculó, a pesar de que ella inocentemente y sin darse cuenta le había retirado el prepucio por completo. El pequeño grito de Jutta demostró que Inger también la había llevado al clímax. Hubo silencio durante varios minutos después de que el Emperador dijera en danés: "Lo hiciste muy bien. El pene está muy satisfecho. Mis pechos son hermosos". Las chicas jadearon y sonrieron. Estaba claro lo que quería decir. Después de unos minutos, el emperador dijo: "Inger, tu polla es genial. Ven a follarme, ven a follarme. *¡Vamos! ¡Vamos, vamos, vamos!* " Inger se acercó a su amo con un andar provocativo y se tumbó de espaldas, como Li le había dicho. Se tocó el clítoris con un dedo, ya que sabía instintivamente cómo debía follar una mujer china. El emperador miró a Li, medio interrogante, y ella asintió alentadoramente. "Son tus mujeres, tonto, ¡así que hazlo!" La princesa observó a Inger follar. Inger se masturbó con mucha gracia y con timidez juvenil; obviamente tenía mucha práctica. Jutta se acercó a Li, la abrazó y la dejó deslizarse sobre su espalda. Se tumbó encima de Li como un hombre, apretó sus vulvas y casi la devoró con su exigente beso de lengua. La princesa se sintió extraña y un poco incómoda, pues nunca antes se había acurrucado con una mujer, una chica. ¿O sí? Por un instante, Xchi y Chang se lanzaron al frente y luego desaparecieron de inmediato. Ella permaneció completamente pasiva y dejó que Inger hablara. Fue un abrazo maravilloso; los besos franceses sabían a vainilla y a Jutta. El emperador tosió. La princesa levantó la cabeza. ¡Él sonrió ampliamente, de oreja a oreja, el descarado!

«Ven a follar, Inger, ven a follar con el Rey. Jutta, ya estás lista, ven a follar, Inger». El Emperador estaba visiblemente orgulloso de la perfección con la que dio las órdenes. Inger se levantó rápidamente, fue hacia el Emperador y se tumbó, lista para ser follada. Él acarició suavemente el cabello y el cuerpo de Jutta con la mano y le indicó con la mano vacía que podía ir con la Princesa. Sin esperar, penetró la vagina de Inger y comenzó a follarla vigorosamente. Jutta se acercó a ella, con los ojos brillando con picardía.

Jutta no perdió el tiempo provocando a la princesa con besos franceses. Se abalanzó, sus labios deslizándose por el cuerpo de Li. Li protestó débilmente y a medias; ¿cómo podría hacerle entender a la

chica cachonda que ningún hombre, mujer o chica la había lamido antes? El rostro sonriente de Dame Xchi, cuyos labios se cerraron alrededor de su clítoris. No, no Dame Xchi, sino Jutta, quien, de la misma manera que Dame Xchi, rodeó su clítoris con sus labios, succionando, lamiendo y besándola con sonidos de chasquido. La princesa se rindió por completo a ella, devanándose los sesos, preguntándose si Dame Xchi realmente lo había hecho, si realmente la había lamido tan deliberadamente y a sabiendas como la chica danesa. ¿Lo había hecho? ¿De verdad lo había hecho?

El orgasmo no fue inesperado, pero llegó con una fuerza arrolladora. La princesa Li ni siquiera se dio cuenta de que estaba gritando a todo pulmón, y Jutta, agarrándola del cabello, la penetraba, golpeando su clítoris palpitante una y otra vez, mientras ella gritaba. Despertó con el eco de su propio grito y el suave repiqueteo de los pies de sus aterrorizados sirvientes. La princesa miró en silencio, con la boca abierta, a Teng, Inger y los dos sirvientes, y solo entonces soltó el cabello de Jutta. Jutta la miró, sonriendo triunfante y acariciando suavemente los pechos de Li. Hubo un silencio sepulcral. El emperador Teng les indicó a los sirvientes que se fueran. Se inclinó y abrazó a la princesa como un verdadero amante. Ella se recostó contra su pecho, con el corazón latiendo salvajemente, y jadeó en busca de aire. ¿Cómo podía ser esto? ¿Cómo podía tener orgasmos tan intensos, perder el control así? Y, maldita sea, ¿qué tenía que ver Lady Xchi con todo esto?

La princesa bebió una copa de vino tinto que el emperador le había ofrecido. Él había puesto ambos brazos sobre los hombros de las dulces muchachas y les había acariciado los pechos. “Lo hicisteis muy bien. La muchacha va a un burdel. Lo hicisteis muy bien. Chica con chica, lo hicisteis muy bien.” Les acarició los pechos, sonriendo ampliamente. “Venid aquí, joder, lo hicisteis bien, lo hicisteis bien”, dijo a una y luego a la otra. “Princesa Li, chica con chica, lo hiciste muy bien”, le dijo a Jutta y la besó en la mejilla. “La muchacha va a un burdel, la muchacha va a un burdel.” Dio una palmada y los sirvientes aparecieron de inmediato. Señaló las capas: “Llevad a las muchachas a casa”. Mientras delicadas manos jóvenes les colocaban las capas, las mujeres danesas se arrojaron ante el emperador y le besaron los pies. Abrazaron a la princesa y se fueron con los sirvientes. El em-

perador llamó suavemente: "¡Dulces, vino tinto!", luego atrajo a Li hacia la estera y la sostuvo con cariño en sus brazos.

"Fue una velada encantadora, muy emocionante, y las dos chicas son realmente muy buenas. Sin embargo, las despedí; quería pasar más tiempo contigo, aclarar mi sorpresa y tal vez incluso tener relaciones sexuales si te apetece."

—Como usted ordene, señor —dijo Li en voz baja, pero él la interrumpió—. No ordené nada. Usted es mi favorito, mi único favorito, y quiero hablar con usted, tomar una copa de vino y comer dulces. Sé que no es la vida familiar, pero necesito hablar con usted. ¿Disfrutó de la velada? Porque si interpreto bien su expresión, algunas cosas le resultaron nuevas. Esperó en silencio hasta que ella respondió.

"Lo viste bien, mi amor, vi a dos chicas haciendo el amor por primera vez. Fue muy emocionante, la forma en que se excitaban mutuamente y se lamían el clítoris. Fue increíblemente emocionante, y por tu flujo pude notar que a ti también te excitó." Él asintió, sin mostrar ninguna vergüenza. "Sí, eso a veces sucede cuando algo maravilloso está pasando. Y vi tu mirada inocente y tímida, ¡me encanta eso de ti!" Li se sonrojó intensamente. "Nunca me enseñaron qué hacer. ¿Debería estar triste por eso?" Él sonrió, "No, eres una chica inocente, decente y tímida, ¡y daría cualquier cosa por que siguiera siendo así!"

«Cuando quisiste acostarte con Jutta, me miraste, noble señor. ¡No quiero eso, y tú no debes! Yo no tengo ningún derecho sobre ti, tú tienes derecho sobre mí. Si quieres acostarte con cualquier sirvienta, o incluso con el astuto canciller, me da igual, ¡hazlo, maldita sea, y no me mires! Tú eres el emperador, y yo solo soy una muchacha de un pueblo de pescadores». Pero entonces, enfurecido, la interrumpió bruscamente. «Vienes de un pueblo de pescadores, da igual. Hablé con tu tío Tschan sobre tus orígenes; lo sé todo. Eres de noble cuna, pero tu padre no es tu padre biológico. Era el príncipe de Ma'ang, el famoso guerrero y mujeriego que murió hace años. Se acostó con tu madre durante años hasta que quedó embarazada de ti. Le regaló una caja de barcas de plata y nunca regresó. Tu padre te repudió cuando se enteró, y estaba en su derecho. Que el hermano de

tu madre te acogiera fue un acto de bondad inesperado, por el que los dioses lo adoran.»

«Me desfloró inmediatamente, la primera noche, cuando tenía doce años», dijo la princesa con tristeza. «Estuve enfadada con él durante semanas porque al principio no quería que me follara más. Pero llegué a conocerlo y a amarlo, y él pacientemente me enseñó todo sobre el sexo y me dejó hacer de todo. Fue mi primer y único hombre hasta que el viejo emperador, el emperador Han-Qi, me llamó a su presencia cuando tenía quince años, casi dieciséis. Y le debo al tío Chan que convirtiera a una doncella muda en una joven bastante educada en tres años y medio. Le debo todo, y lo único que él siempre quiso a cambio fue follarme». La princesa Li permaneció en silencio, perdida en sus pensamientos; siempre le gustaba pensar en su tío.

—Quiero disculparme —dijo— por haberte mirado. No estaba seguro de cómo encajaría eso con nuestra relación hasta ahora. Te considero la mujer más importante que he conocido y no quiero arruinarlo. Por muy encantadora que sea una hija de Sundborgen o de cualquier otro lugar, no valdría eso para mí. Me devolviste la mirada y sentí lo cálida y protectora que era la tuya. Li le acarició el pecho, pues no había nada más que pudiera decir.

“Alto señor, mi amado, sabes que jamás te mentiré. Una emperatriz jamás debe mentirle a su emperador; lo tengo ante mis ojos como una inscripción brillante. Nunca antes había besado a una mujer ni a una niña, nunca me había acostado con una, y nunca me habían lamido el clítoris. Estoy muy inquieta porque nunca he sentido ninguna inclinación lésbica, y sin embargo hoy exploté como una carga de pólvora. Estoy muy confundida, mi amado, porque no desprecio a nadie que sea lesbiana; simplemente me parecía completamente incorrecto, en relación conmigo misma. A menudo tengo fantasías sexuales, y últimamente es en los besos de la lengua de Lady Chang en los que casi me ahogo, porque al mismo tiempo Lady Xchi me lame el clítoris hasta el orgasmo. No sé de dónde saca el espíritu de las fantasías el poder para hacerme revivir esta experiencia una y otra vez, y me despierto sudando en un orgasmo real, con mi dedo girando sobre mi clítoris. Enciendo incienso y rezo fervientemente al buen

espíritu, pidiéndole que me conceda sueños tranquilos." La princesa guardó silencio, y al cabo de un rato el emperador rió. "Yo también tengo algo que contarte sobre un fantasma." Li se acurrucó aún más cerca de él.

Desde muy pequeña, la nodriza que me había amamantado de bebé dormía en mi cama; era la costumbre. Era bastante joven, quizás solo tenía 20 años, y realmente podía hacer magia, como lo experimenté más tarde. Recuerdo muy bien que se masturbaba todas las noches, pero de niño no sabía qué pensar al respecto. Siempre me decía que un fantasma venía todas las noches, su prometido caído, Scheng, que la hacía temblar y vibrar con su amor; eso es lo que le contaba al niño. La observaba muy de cerca; deseaba desesperadamente ver el fantasma del señor Scheng. Se desnudaba por completo, se tumbaba con las piernas abiertas como una rana, con las plantas de los pies juntas, y sus ojos se volvían lechosos y vidriosos, girando hacia arriba hasta que solo se veían las escleróticas. Ya no era consciente de su entorno; podía tocarla y empujarla, y no se daba cuenta de nada. Estaba completamente fuera de sí. Empezó a... Me frotaba el clítoris con un dedo. Durante veinte minutos, hasta que el fantasma la sacudía y convulsionaba salvajemente en un orgasmo. Entonces sus ojos se aclaraban, me daba un hermoso beso de buenas noches y nos quedábamos dormidos. Pero si fingía estar dormido y le ofrecía mi pequeña erección, ella frotaba al chico dormido hasta que la erección disminuía o, más tarde, hasta que eyaculaba. Asentía con gran satisfacción; realmente disfrutaba haciéndolo. Observé esto noche tras noche durante años. Nunca pude ver al fantasma, y cuando se lo dije, levantó las manos horrorizada. "No debes mirarme cuando el fantasma viene a mí; tengo que taparme los ojos yo misma porque no debes mirar a un fantasma". "¿Entendido?" Por supuesto que lo entendía, pero no creía en el cuento de hadas sobre el fantasma de Scheng. Luego observé a la madre teniendo sexo varias veces y le pregunté con sinceridad. De nuevo levantó las manos horrorizada: "¡Eres demasiado joven para hablarme de sexo!" Bueno, esperé hasta que sus ojos se pusieron lechosos, se pusieron en blanco y solo se veían las escleróticas, y empezó a frotarse el clítoris. Yo era muy joven y aún no podía eyacular, pero metí mi pequeño pene en su vagina y la follé como los adultos a sus madres hasta que su orgasmo la despertó. Por supuesto, fingí estar dormido, y la nodriza estaba muy

contenta porque no la había visto tener sexo. Ella frotó mi pene con mucha devoción y lo hizo eyacular en una gloriosa fuente. Hice esto todas las noches durante años. Porque, un día, pude eyacular. Estaba tan orgulloso como un pavo real, pero no se lo dije a nadie. Ahora eyaculaba todas las noches. durante la noche dentro de su coño mientras ella se masturbaba completamente distraída.

Imagínalo así. Cada noche, me acostaba en sus brazos como los bebés que amamantaba durante el día, incluso cuando tenía 15 años. La mamaba y bebía su leche hasta que sus pechos quedaban vacíos, tirando y succionando con fuerza sus pezones, lo que la excitaba intensamente. Ella se inclinaba hacia atrás y susurraba que no debía mirar. Asentía obedientemente, pero miraba. Ella yacía desnuda boca arriba, encogía las rodillas como una rana y juntaba las plantas de los pies. En esa posición, podía ver profundamente dentro de su pequeña vagina. Susurraba que no debía mirar, y su dedo medio comenzó a frotar su clítoris oculto. El clítoris estaba enterrado profundamente en su carne; solo un pequeño bulto insinuaba dónde se ocultaba la cabeza del tamaño de un guisante. Sus ojos se volvieron lechosos y vidriosos mientras susurraba al fantasma. “Esconderé mis ojos, como me ordenaste”, y los puso en blanco, perdiendo el contacto con la realidad. Entrecerró los ojos brevemente, luego los puso en blanco hacia arriba para que solo pudiera ver el blanco. “¡Vamos, fóllame, mi querido Scheng!” susurró después de que la penetré. La follé durante lo que pareció una eternidad, mientras ella seguía masturbándose sin parar. “¡Solo correte dentro, mi amante!” susurró una y otra vez, hasta que finalmente me corrí dentro de ella. “Sí, eso está bien, ¡solo correte dentro!” murmuró, aumentando el ritmo. No pasó mucho tiempo; el espíritu la agarró con toda su fuerza y sacudió su cuerpo. En su orgasmo, presionó su dedo contra su clítoris, y sus ojos lentamente volvieron a bajar. “¡Aaah!” exhaló, mirándome fijamente. “¿Lo viste?” preguntó, y asentí. “¡Es un espíritu hermoso y amigable!” respondí. “¿Y no lo viste?” quiso saber, y respondí obedientemente: “¡No, solo un poquito!” Eso zanjó el asunto; me dio un gran beso de buenas noches, y nos dormimos abrazados.

Después de unos meses, ya podía eyacular dos veces, y lo disfrutaba enormemente. Unos dos años después, podía follar y eyacular tres veces seguidas. Pero ahora el tiempo se le acababa a la pequeña caba-

llero, y despertó justo después de su orgasmo, demasiado pronto. Seguí follándola con tenacidad, y ella protestó un poco. Pero follé y follé; simplemente no podía parar a la mitad, no hasta que me corriera. Soporté sus quejidos y argumenté que ya estaba aprendiendo a montar a caballo, a disparar con arco y flecha, y a esgrimir con espada de madera como un adulto, pero ella no lo aceptó. Esperé pacientemente hasta que sus ojos se pusieron lechosos y vidriosos, y miró fijamente al fantasma, y luego continué follándola en su trance, todas las noches. Cuando cumplí doce años, habló con mi madre y obtuvo permiso. Ahora se le permitió dejarme follarla, docenas de veces al día, y ella me enseñó todo, la buena alma. Cuando era adolescente, follaba como un loco; Ella siempre estaba lista, y nunca se me ocurrió acostarme con las hijas de los vecinos o las criadas. A los doce años, experimenté de primera mano que realmente podía hacer magia. Tenía permiso de mi madre, que estaba ocupada con sus propios asuntos, para enseñarme a follar y dejarme follarla a ella; ¡eso estaba perfectamente bien! Vino a mí radiante y me dijo que mi madre le había dado permiso y que podía transformar mi pene en uno más adecuado. Pensé que eran solo tonterías de chicas, y estaba muy equivocado. Preparó un té agrio con muchas hierbas, y tenía que beber dos tazas grandes todos los días. Todos los días, examinaba mi pene. Al principio, era un pene de niño pequeño, perfectamente normal. Pero noté con asombro y maravilla que muy rápidamente se transformó en un pene de hombre grande, algo pesado y lujurioso que constantemente quería y necesitaba follar. Convirtió mi cosita dulce en una polla monstruosa que podía follar todo el tiempo que quisiera, sin importar si me corría o no, y así se ha mantenido desde entonces. ¡Era una verdadera bruja, maldita sea!

Pero cuando tenía 17 años, ella quedó embarazada y tuve que tener relaciones sexuales con ella día y noche. Ya casi no quería masturbarse y prefería el sexo. Mi madre le dio mucho dinero y la echó de casa. Nunca más la volví a ver y no sé nada de nuestro hijo; mi madre nunca respondió a mis preguntas.

“Incluso de niño, me escabullía en la habitación de mi madre por las tardes, donde ella tenía sexo con sus amantes. Allí aprendí sobre el sexo de los adultos. Me quedaba de pie en silencio junto a las criadas, que permanecían inmóviles en la habitación, observándolo todo

pero sin que se les permitiera ver nada. Todas las criadas más jóvenes habían sido desfloradas por mi padre cada vez que regresaba de la campaña por una o dos noches. Como niño espía en secreto, encontraba la desfloración increíblemente excitante. La niña se acostaba boca arriba sobre mi madre, quien la acariciaba por detrás y le susurraba al oído con dulzura. Luego entraba mi padre, el príncipe de esta parte de la ciudad, y por lo tanto, con razón, insistiendo en su derecho a desflorar a las criadas. Él le clavaba su pene a la tierna niña y la follaba brutalmente, no pocas veces dejando un bastardo dentro de ella. Así que me escabullía hacia las criadas y durante un tiempo me fascinó ver a las amantes teniendo sexo, pero eso solo rápidamente se volvió..." Aburrido. Empecé a meter la mano debajo de los vestidos de las sirvientas; Me asombró la cantidad de senos diferentes que tenían. Mi mano curiosa se deslizó hacia abajo, hasta sus vulvas húmedas, resbaladizas y mojadas. Las palpé con curiosidad; no se les permitía moverse y debían mirar fijamente al frente en silencio, sin ver nada. Encontré el clítoris en cada una de ellas; las froté con destreza, como había visto hacer a mi nodriza, y temblaron y se contrajeron en secreto. Lo hice una y otra vez porque me resultaba excitante que cada una tuviera que dejarse llevar indefensa. Crecí y perdí el interés.

"Una vez, mi madre estaba enferma. Me acerqué sigilosamente y me acosté a su lado mientras dormía. Se me puso dura, y a los 15 años uno simplemente tiene ganas de follar. Mi madre estaba tumbada de lado, y la follé como a una yegua perezosa. Me corrí dentro de ella y no se despertó; solo las dos criadas se taparon la cara con las manos. Yo era un principito engreído y no me importaban las reacciones de las criadas. Iba a ver a mi madre todas las mañanas y la follaba. Quería seguir durmiendo aún más tiempo cuando la follé por segunda y tercera vez. Todavía es común en familias acomodadas que la madre deje que su hijo la folle. Después de unas semanas, se recuperó, me regañó como es debido y ahí se acabó todo."

La princesa Li sonrió y murmuró: «Miente, señor, ¡lo presiento perfectamente!». Bajó la cabeza: «Sí, tiene razón, princesa. En realidad, me permitían colarme en su cama una o dos veces por semana, y eso solo cesó cuando mi padre, el gran general, me envió al ejército

a los 17 años. Mi madre retomó sus numerosas aventuras amorosas hasta que todo se desmoronó».

—Parece ser cierto, Su Alteza, y le ruego que me perdone por no haberle creído al principio —dijo la princesa Li con pesar, pues Teng probablemente estaba revelando tanta información personal por primera vez en su vida. Él asintió con cierta distracción. Hasta que tuve unos 13 o 14 años, solo me acosté con esas dos mujeres. Pero si mi madre estaba enferma o simplemente le apetecía, llamaba a las sirvientas y una de ellas se acostaba a su lado. Mi madre les abría la túnica con una sonrisa burlona, y entonces yo me acostaba con la niña o la chica anónima y silenciosa. Si aún era muy inexperta, mi madre le enseñaba cómo debía follar una mujer china de verdad: masturbándose. Siempre pensé que era alguien con quien no me había acostado antes, aunque, matemáticamente hablando, eso era imposible. Pero amé a la mayoría de ellas, porque en aquel entonces, a las sirvientas no se les permitía acostarse con cualquiera tan libremente como hoy. A menudo eran tan encantadoramente tímidas, tan recatadas y tan sexualmente necesitadas, de una manera que rara vez encontré en mis campañas cuando nos acostábamos con las esposas e hijas de los vencidos.

La princesa dijo suavemente con una dulce sonrisa: «Tu semilla ha estado fluyendo todo este tiempo, mi amado». Él bromeó un rato, preguntándose qué se podía hacer. Se abrazaron, riendo, e hicieron el amor con puro placer. Li se envolvió en su manto y se separaron como amantes.

Lai llamó al guardaespaldas y acompañó a Li a casa. Ella se sentó desnuda en el porche; la noche era calurosa y el vino tinto le había sonrojado las mejillas. «Siéntate conmigo, querida amiga, y quítate esa túnica tan pesada; ¡te estás asfixiando!». Él hizo lo que ella le pidió y se sentó desnudo frente a ella en la estera, con el bastón a su alcance. «Eres la mejor y más leal amiga que he tenido. Hiciste que el guardaespaldas retrocediera unos pasos para que pudiera estar a solas con mi amo. ¿Lo oíste todo, mi Lai?».

—Cada palabra, querido Li. Simplemente no entendí el danés —dijo Lai sonriendo—. ¿Puedes ayudarme, querido Lai? ¿Por qué los

nombres Xchi y Chang siguen rondando en mi mente? —Esperó un momento y la miró con atención—. ¿De verdad no lo recuerdas? —Ella sostuvo su mirada—. Son fragmentos, confusos y sin sentido. ¡Por favor, ayúdame! —Se inclinó hacia ella y habló en voz baja.

La noche lésbica

Era la última noche para las damas Xchi y Chang. El joven emperador las había agasajado respetuosamente días antes y también había dormido con ellas. Pero él también se sometió a la regla de los treinta años. Les dio muchos más barcos de plata de los que su padre había ordenado y les pidió que se marcharan en unos días. Era su última noche; partirían temprano a la mañana siguiente. Éramos cuatro: tú, las dos damas y yo. El burdel estaba vacío, y puse a dos amigos de confianza en la escalera como guardias.

Las damas trajeron cuatro botellas de sake japonés a la mesa, regalos del caballero anterior. Sospecho que probablemente eran las únicas botellas en toda China. Calentaron las elegantes botellas de porcelana sobre un pequeño fuego y bebieron el sake caliente. Sabía que rara vez bebías vino, así que te traje un galón de jugo de frutas, pero lo apartaste; querías una fiesta de despedida como es debido con tus amigos. Decidí cuidarte y solo bebí un poco del divino sake, y al final, todo el galón de jugo de frutas chapoteaba groseramente en mi estómago. Pero tuviste una noche maravillosa. Obedecí de buena gana y les di a las damas de clase alta una última buena follada, y otra y otra vez. Probablemente nunca estuviste tan borracho como esa noche. Yacías en los brazos de Lady Chang, quien te excitaba sin cesar con sus maravillosos besos de lengua, tanto que Lady Xchi te acariciaba el clítoris. Mientras tanto, yo podía lamerte sin parar, de orgasmo en orgasmo. Nunca antes te había visto tan desatada, ahogándote en besos apasionados y teniendo orgasmos cien veces mientras te lamían. Vi por primera vez que me dejabas lamer tu clítoris. Me sujetaste la mano con fuerza toda la noche, porque nunca más te dejaría. Te lo prometí cien veces. Bebiste un trago después de cada orgasmo, y la alegre orgía duró hasta el amanecer. Me besaste constantemente con tu lengua y me preguntaste mil veces si de verdad, de verdad, de verdad te amaba. Y mil veces te di la respuesta más sincera. Ustedes tres mujeres bebieron las cuatro botellas y las tres estaban tan borrachas como un grupo de arqueros.

“Te cargué sobre mi hombro y te subí las escaleras. Vomitaste por la barandilla hacia el patio, y te sostuve en mis brazos para que no te

cayeras. Te acosté en la estera, y no soltabas mi mano. Me ordenaste que te follara sin parar, o me cortarías la cabeza. Te follé hasta mucho después del amanecer, hasta que te quedaste profundamente dormida y roncando." Ella la interrumpió vehementemente: "¡Yo nunca ronco!". Lai negó con la cabeza y no protestó.

Ella se apoyó en su hombro. «Y, querido Lai, ¿de verdad me amas?». Él la sujetó con fuerza por los hombros y la miró fijamente a los ojos. «Te sigo como tu sombra durante el día, siempre listo para atacar a cualquier agresor. Me acuesto a tu lado en la estera todas las noches y te hago el amor cuando me lo ordenas. Si aún no sabes si de verdad te amo, entonces he vivido mi vida en vano». Ella se soltó de sus manos, lo abrazó con fuerza y apoyó la mejilla en su pecho. «Mi cuerpo pertenece al Emperador, al tercero ahora. Pero tú eres mi esposo secreto, porque te amo con cada fibra de mi corazón y de mi alma. Solo te pertenezco a ti, siempre debes saberlo, incluso si debo servir al Emperador por el sexo. Moriré si ya no me deseas. Bo Lai, ese es el nombre de mi esposo, el nombre de aquel sin quien moriría».

Permanecieron abrazados durante lo que pareció una eternidad y luego se durmieron; el sexo ya no importaba. Durmieron abrazados, soñando juntos y el uno con el otro.

La investigación

Los investigadores habían concluido su trabajo y deseaban informar al emperador en privado; el asunto era delicado. Fue un tanto excesivo, pero a las afueras de la ciudad imperial de Chang'an, reunieron a los soldados en una gran plaza alrededor del campo de desfiles. Se había erigido una carpa en el centro, donde los soldados podían sentarse a la sombra. Se les ofreció limonada fría y fruta, y luego todos, incluidos los sirvientes, tuvieron que abandonar la plaza. El emperador llegó acompañado únicamente por dos guardaespaldas. Entonces los investigadores presentaron su informe.

Describieron con detalle cómo interrogaron al grupo de caza sin recurrir a la tortura física. El emperador, que habría preferido un relato breve y conciso del criminal, golpeó la mesa con su abanico dorado. «Caballeros, agradezco su meticulosa atención al detalle, pero ando algo apurado de tiempo. Les ruego que me den un resumen. ¿Quién, cómo, por qué, quién lo sabía y quién lo encargó? Ya conocen mis preguntas; por favor, informen brevemente y al grano». Los investigadores se sintieron privados del gran espectáculo, pero comprendieron la orden.

Uno dio un paso al frente. El verdadero asesino ya estaba bajo custodia, un sicario común que sabía que sería decapitado o estrangulado. ¿Cómo? El Sr. Bo Lai nos describió el asesinato desde el principio con tal precisión, como si hubiera estado presente. El grupo de caza se detuvo, el asesino salió de su escondite y golpeó y rompió el cuello del emperador por detrás con un pequeño saco de arena mientras este cabalgaba. Veintitrés miembros del grupo de caza desconocían lo sucedido y querían capturar al asesino fugitivo. Pero dos de ellos los amenazaron con matar a sus familias. Dictaron el plan. Así que estos dos, al igual que los otros 23, están bajo custodia. Los dos informantes nos dieron el nombre del alto funcionario del gobierno que les había encargado llevar a cabo el asesinato. Lo tenemos bajo custodia. Hemos desenterrado y confiscado el dinero manchado de sangre que estos tres habían enterrado. Tras revelarse los hechos, este alto funcionario finalmente identificó al autor intelectual del complot: el Canciller del Rey de Minh. No pudo precisar si el propio Rey estaba

implicado. Ahora bien, ¿por qué? El Canciller de Minh deseaba vengar la muerte de la princesa durante el parto y la de su hijo ilegítimo, quien la había deshonrado y embarazado durante tres semanas: el joven Emperador. El funcionario no sabe nada más; desconoce si el Rey de Minh fue personalmente responsable y se negó a nombrar a ningún cómplice, aunque sospechamos unánimemente que tiene al menos uno, quizás incluso varios. Tenemos la intención de seguir investigando este asunto, aunque sea irrelevante para el complot de asesinato en sí, pero crucial para la seguridad de nuestro señor y Emperador.

Recomendamos a Su Majestad el siguiente procedimiento: primero, convocar al Rey y al Canciller de Minh y celebrar una audiencia; segundo, designar a miembros idóneos del Consejo o de la Corte para investigar a la persona o personas que tenían conocimiento del asunto, ya que nosotros, como oficiales militares de renombre, difícilmente estamos capacitados para interrogar a los miembros de la Corte. Con su permiso, Su Majestad, esperamos sus nuevas órdenes y quedamos a su disposición.

El emperador Teng golpeó la mesa con la mano. «¡Excelente trabajo, caballeros! Serán recompensados tras la audiencia. Les daré dos instrucciones. Primero, continúen interrogando al funcionario, pues, por supuesto, debo saber quién pudo haber traicionado a su emperador con su silencio. Segundo, deberán asistir personalmente a la audiencia y aportar cualquier pregunta que se les formule. Yo me encargaré del resto; la corte les informará cuando se reúna. Una vez más, caballeros, ¡excelente trabajo! No escatimaré en su recompensa». El emperador se levantó, los investigadores hicieron una reverencia y él se dirigió apresuradamente al palacio con su guardia personal.

Día del Juicio Final

Cien soldados de élite, espléndidamente uniformados, se apresuraron a correr hacia el Reino de Minh. Mensajeros enviados por adelantado anunciaron que venían en son de paz; uno de los diplomáticos debía hablar personalmente con su estimado homólogo, el Rey, sobre un asunto delicado. Dos horas después, llegaron al Palacio Real de Minh. El anciano diplomático fue recibido ante el Rey y leyó su mensaje. El Rey de Minh accedió de inmediato a ir ante el Emperador con toda su corte. El capitán de las fuerzas imperiales tuvo que asegurarse de que el Canciller estuviera presente, ya que tenía órdenes de convocarlo por la fuerza si fuera necesario. Allí estaba, el astuto individuo; naturalmente, tenía que acompañar y aconsejar a su Rey en una misión secreta y delicada. Ni el capitán ni el diplomático tenían idea de qué se trataba. La litera del Rey llegó al anochecer, todos recibieron alojamiento principesco, hubo un banquete y una danza con velo a cargo de bellas actrices, y todos se acostaron tarde. El rey de Minh aún no sabía lo que le esperaba al día siguiente, pero la dulce bailarina sobre su estera le proporcionaba una maravillosa distracción.

El canciller recorrió las calles buscando a sus cómplices, pero no los encontró por ninguna parte; nadie sabía dónde estaban. Regresó al palacio, se tumbó en la estera sin su bailarina y se sumió en sus pensamientos. Tenía un mal presentimiento y no pudo pegar ojo, atormentado por emociones indescriptibles.

Tras el desayuno, el Emperador y el Rey se sentaron junto a él en el patio. El Canciller, con aspecto exhausto, se sentó al lado del Rey, rodeado por toda la corte y sus sirvientes. El Emperador se puso de pie y anunció que todos presenciarían el asesinato de su predecesor, el joven Emperador Jie-Lin. El Canciller intentó escapar, pero dos guardias imperiales lo obligaron a sentarse, permanecieron de pie a su lado y le pusieron una mano pesada sobre los hombros.

El rey preguntó, confundido, qué estaba pasando. El emperador le susurró al oído: «Mi querido rey, no tienes nada que temer si no eres responsable de la muerte de mi sobrino. De lo contrario, te digo que

hay dos hombres imperiales detrás de ti». El rey miró a su alrededor, pálido, y luego susurró: «No tengo nada que ver con nada relacionado con su sobrino. Hace meses enterré a mi hija y a su hijo, el hijo de su sobrino, y le aseguré a su sobrino, el emperador, que compartía su dolor y tristeza. Mi hija me aseguró cuánto le hubiera gustado ser su emperatriz, pero hizo un comentario enigmático: no estaba del todo segura de si el joven señor, el emperador, era el padre de su hijo. No pude sacarle nada, pero me dijo entre lágrimas que siempre había sido una chica decente y que se había visto envuelta en esta situación sin querer. Eso es todo lo que puedo pensar sobre la muerte del joven emperador, y me ha estado rondando la cabeza durante meses porque no tiene ningún sentido. ¡No he hecho nada para disgustar a Su Majestad, Emperador Teng!».

El emperador se enderezó y anunció en voz alta que ahora escucharían todo sobre el asesinato del joven emperador. Hizo una seña, y dos guardias imperiales condujeron al asesino. No estaba atado. El emperador Teng hizo una seña a uno de los investigadores, quien se puso de pie y anunció en voz alta que ese era el asesino a sueldo y que daría un relato veraz de lo sucedido. Le ordenó al asesino que avanzara unos pasos y hablara en voz alta para que los de las últimas filas pudieran oírlo. El asesino avanzó, y un murmullo recorrió la multitud. Así que era él, pero no parecía un asesino de emperador, sino más bien un mercader. Parecía tímido, pero el investigador lo empujó, y comenzó.

Soy criador y comerciante de caballos de profesión, pero la situación económica es difícil, así que he aceptado algunos trabajos ocasionales para llegar a fin de mes. Describí mis primeros siete trabajos con todo detalle a los policías, y lo anotaron todo. Hizo una pausa, y un murmullo recorrió la sala al mencionar los siete asesinatos. El detective asintió y murmuró que debía ir al grano.

Dos nobles me contrataron y me ofrecieron tres barcos de plata dorada. Con ese dinero, podría haber comprado treinta yeguas nuevas y construido un establo para ellas. Muchísimo dinero para un hombrecillo como yo, así que acepté. Me escondí en el lugar acordado. La partida de caza se detuvo, y uno de los nobles tomó las riendas de un caballo mientras el otro señalaba a su jinete, como estaba pre-

visto. Me acerqué sigilosamente por detrás y le aplasté el cuello con mi garrote. Conozco muy bien ese sonido, porque mato los cerdos del carnicero, así que sabía con certeza que había cumplido mi cometido. Silbé a mi caballo y galopé; nadie me persiguió. Un murmullo recorrió de nuevo la multitud mientras describía el asesinato con naturalidad. Ahora, embriagado por su relato, alzó ambas manos y la multitud guardó silencio.

Esperé un día mi pago, esperé un segundo día, y al anochecer del tercero, cabalgué hasta la ciudad. Me colé en la casa de uno de los nobles y le pedí mi dinero con cortesía. Casi se le salen los ojos de las órbitas cuando de repente me encontré frente a él. Se lamentó durante un buen rato de que el otro hombre tuviera el dinero, así que lo acompañé hasta allí con el otro hombre, que tenía el cuchillo en la garganta. Quiso llamar a los guardias de inmediato, pero al ver la sangre que corría del cuello de su amigo, lo reconsideró. Hizo una pausa y sonrió mientras el murmullo de la multitud amainaba. —Buen hombre —dijo, temblando de miedo—, sería una tontería dejar tanto dinero tirado por ahí. Vuelve mañana a la misma hora y te lo llevarás todo. Regateamos como vendedoras ambulantes; él, muy a regañadientes, me dio tres barquitos de plata, y su compañero añadió otro, cuatro barquitos de plata en lugar de tres mil. —Está bien —dije—, porque soy bondadoso por naturaleza —los fuertes murmullos y gemidos de los espectadores lo silenciaron brevemente—, así que, como soy bondadoso y bondadoso, tomé el dinero y desaparecí. En el camino a casa, maldije a esos bastardos ricos por no tener ni un ápice de sentido común. Me detuve en la posada; tuve que enjuagarme la boca para quitarme el asqueroso sabor. El tipo hizo una pausa, pues la multitud estaba de acuerdo con él, más o menos en voz alta. El emperador hizo un gesto al investigador, indicando que era suficiente, pero el investigador no prestaba atención y esperaba ansiosamente la continuación; ¿Había recibido su pago?

«¡Ay, Dios mío!», continuó el asesino, pues la admiración, la atención, le daban alas poéticas. «¡Ay, Dios mío!, quizás ustedes también lo hayan experimentado: un trago nunca viene solo. Siguieron varios, y yo invité ronda tras ronda a los invitados. El ambiente era fantástico, gritábamos y vociferábamos alegremente todos a la vez, hasta que un tipo grande me agarró por el cuello y me exigió saber qué cosa tan

maravillosa estábamos celebrando y de dónde yo, un pequeño bribón, había sacado de repente tanto dinero». Un suspiro de anticipación recorrió a la multitud; los oyentes presentían que la bomba estaba a punto de estallar. El comerciante de caballos ciertamente nunca había asistido a un seminario de teatro, pero sabía que podía seguir creando suspenso. «Si no hubiéramos estado todos borrachos, por Dios, o si hubiera dormido la borrachera sobre las balas de paja del establo, no estaría aquí contándoles mi miserable derrota. ¡Que el Muy Gracioso Emperador aprenda de mi desgracia!». Hizo una profunda reverencia al Emperador Teng.

Entonces continuó: «Así, obligado a cumplir con mi deber y apretado por los puños del herrero, dije, intimidado, que había completado con éxito una tarea tres días antes. Estos estúpidos borrachos nunca habían logrado nada por sí mismos, y mucho menos terminado nada, y ahora se gritaban salvajemente unos a otros: "¿Qué tarea?". Estaba demasiado borracho para inventar una buena historia y dije que había matado a un joven importante. Inmediatamente, se hizo un silencio sepulcral». El narrador escuchó a la multitud; ellos también guardaban un silencio sepulcral. Ahora tenía que llegar el trueno, pero el narrador optó por un largo y prolongado estruendo. Cada minuto significaba un minuto más de vida. En tales tiempos, incluso los comerciantes de caballos se convierten en bardos poéticos, cantando a los héroes.

Sus gritos se volvieron cada vez más agudos. ¡¿Un joven distinguido, asesinado hace tres días?! ¡Asesinó al emperador, asesinó al emperador! Solo ahora, cuando se abalanzaron sobre mí y me arrastraron al suelo, me di cuenta de a quién había matado, ¡y de una forma demasiado barata! Estaba tirado en el suelo, gritaban todos a la vez que me mataran, que me masacraran, que me mataran. Uno de ellos chilló: «¡Acaben con él primero!». Me arrancaron la ropa e hicieron como si fueran a castrarme como a una oveja. Las mujeres en las gradas escondieron sus rostros tras sus abanicos y suspiraron; la historia era más emocionante que cualquier otra cosa.

«Ya sentí el frío acero en mis testículos», ¡ay!, suspiraron las mujeres, «¡Sentí el frío acero cuando un tipo particularmente listo gritó que a las ovejas se les debía inyectar antes de castrarlas! No podía so-

portarlo, pero cualquier resistencia era inútil. Uno tras otro, probaron suerte, pero me negué desesperadamente. La inyección iría seguida de la serración de mis testículos, eso era inimaginable y espantoso. La gorda y obesa casera, la bondadosa señora Wen, que pesaba tres veces su peso normal y tenía pechos enormes como cinco mujeres, había salido de la cocina y había comprendido claramente la situación. Cerró la entrada con llave, recuperó el cuchillo de castración del enredo de cuerpos que luchaban y se lo deslizó a su marido, el flacucho señor Wen, quien inmediatamente escondió el cuchillo al fondo de la cocina». Miró a la multitud; esperaban con la respiración contenida el trueno que, como sabemos, nunca llegaría.

"¡Apártense, chusma!" rugió la señora Wen. De hecho, retrocedieron, y ella se sentó a horcajadas sobre mi polla, que, como por sí sola, desapareció en su suave y bien usada vulva con las mayores expectativas. Se abrió la blusa, revelando sus enormes pechos. Se oyó un fuerte murmullo, ¡pues rara vez se habían visto melones tan combativos de proporciones verdaderamente inmensas! "Si se supone que el tipo va a correrse, ¡entonces sin duda lo haré correrse!" gritó, inclinándose sobre mí. "No voy a dejar que mi mejor cliente sea asesinado en mi propia casa", susurró, audible solo para mí. "Puedes confiar en Mamá Wen; no te castrarán ni te matarán. ¡Ya has pagado el aguardiente por adelantado!" La señora Wen llamó a su marido, "¡Aguardiente para todos!" y luego me montó, sus pechos agitándose y golpeando contra mi cara a ambos lados. Él miró al público con satisfacción; Aun siendo un actor aficionado, sabía que los tenía a sus pies. Con un movimiento rápido, tomó una copa de vino y la vació muy despacio; tenía que planificarlo todo con cuidado.

«Era una gran amante, esa mujer Wen, así que si alguna vez pasas por su posada...» Fue interrumpido, pues el público estallaba en carcajadas. Esperó, sonriendo, pues por supuesto había notado los desesperados saludos de Su Majestad, pero se dejó llevar por la risa que inundaba al público. ¡Otro minuto de vida ganado!

"No puedo entrar en detalles aquí sobre lo bien y con qué fuerza me folló la señora Wen, y tendré que dejarlo a tu imaginación. Finalmente, la naturaleza siguió su curso; tuve que eyacular, y la encantadora señora Wen sonrió y me guiñó un ojo. Eyaculé hasta la última

gota de mi semen en su pequeño y apretado agujero, y ella me dijo que siguiera adelante y eyaculara dentro. Se enderezó y fue de una persona a otra. 'Vamos, tómalo con tu propia mano, solo unas gotas', les gritó a cada una. No tenía ni idea de cómo lo hacía, así que quizás deberías preguntarle a tu compañero de asiento cómo lo hacía." Miró sonriendo al público, donde, de hecho, algunos tontos susurraban a sus mujeres. "La señora Wen se acercó al herrero, que parecía muy dubitativo. Lo agarró y le arrancó los pantalones. 'Ven y fóllame, entonces verás la diferencia'." Luego se quitó el vestido por completo y se tumbó en el suelo. No voy a aburrir a nuestro Emperador ni a todos ustedes con una descripción de su cuerpo, pero permítanme decirles esto: cualquiera que haya pensado antes que una mujer gorda y con sobrepeso no podía ser bonita, femenina o deseable es simplemente un necio sin ojos. Se volvió hacia el Emperador Teng e hizo una reverencia. «Otro minuto ganado», pensó satisfecho, y se enderezó.

"El herrero no estaba acostumbrado a follar delante de un público, pero se puso manos a la obra. Puedo asegurarles que la señora Wen no se estaba follando al herrero por primera vez y que se lo estaba pasando de maravilla con el grandullón. Lo animó con sus tacones hasta que el oso rugiente se corrió dentro de ella. ¡Luego retó a todos a que vieran por sí mismos cómo salía el jugo de mi coño! Se acercaron y asintieron, porque así fue. La señora Wen me miró y gritó: '¡Puede hacerlo otra vez, pero esta vez voy a hacer que se corra!'. De nuevo se sentó sobre mi polla. De nuevo me guiñó un ojo dulcemente y me folló con placer. Y de nuevo no pude negar mi naturaleza, ¡lo eyaculé todo dentro de mí, hasta la última gota! Una vez más hizo que los hombres se pusieran en fila, quienes testificaron que no salió ningún jugo." El público pendía de sus labios; podían imaginarse fácilmente la situación, tan vívida era su descripción. Sabía que necesitaba una bomba, pero no tenía ninguna bajo la manga. Solo pudo ganar unos minutos más.

"El siguiente en realidad se suponía que era un aguador, pero se estaban cavando más y más canales, y eso hizo que un aguador tras otro se fuera. Dejó caer sus pantalones y se perdió en su montón de carne. Terminó demasiado rápido y dejó paso al fabricante de sandalias, que ya estaba muy impaciente. Tardó más que el aguador, pero

aún no estaba satisfecho; dejó su pene dentro y después de un rato continuó follando, lanzando jadeos y gemidos por el esfuerzo. Los dioses estaban bien dispuestos hacia mí y le susurraron algo al oído a Frau Wen que me salvaría." Miró a la audiencia; habían oído suficiente pero aún estaban ansiosos por escuchar cómo los dioses pensaban salvar al asesino del emperador.

Por tercera vez, la inmensa masa de la señora Wen me obligó a caer al suelo. «Cuando termine contigo, montaré un espectáculo para distraerte. Gatea sigilosamente por la cocina hasta el sótano; allí hay una salida. ¿Entiendes?». Asentí agradecido; mi vida era más importante para mí que el espectáculo de la señora Wen. Debió de haberme follado durante media hora antes de poder sacarme las últimas gotas de tristeza. Se puso de pie y llamó a los hombres, preguntándoles si sabían la posición de los tres gansos. Todos los hombres se volvieron hacia ella cuando comenzó la explicación, y pude escabullirme en silencio y salvar el pellejo. La lección había terminado, pues el Emperador había resucitado.

El emperador mandó traer a cinco cortesanos, todos vestidos de forma idéntica. El asesino, con el rostro pálido, retrocedió hasta encontrarse con la guardia imperial. El emperador preguntó en voz alta si reconocía a alguien. El asesino señaló al grupo. «Sí, Su Majestad, al último y al del medio, ¡me compraron y no me pagaron!». El emperador Teng le ordenó que los sacara a rastras de la fila para poder identificar a los correctos. El asesino los sacó con brusquedad. Un investigador se puso de pie y confirmó que, según sus averiguaciones, se trataba de los dos hombres; se les ordenó arrodillarse. Los guardias se llevaron al asesino.

El emperador Teng caminaba de un lado a otro frente a los dos, y luego alzó la voz. «Ustedes fueron cómplices de este cobarde asesinato. ¿Qué era lo que tanto odiaban de este joven amable y afable para mandarlo asesinar cobardemente?». Los dos comenzaron a tartamudear, y el emperador les gritó bruscamente: «¡Hablen alto y claro, ustedes primero!». El que fue interpelado se recompuso y explicó que no conocía al emperador personalmente, pero que el ministro les había pagado a ambos con un cofre lleno de plata, alegando que el emperador era incompetente, traicionero y que debía irse. «Fue muy

convincente, ¡y necesitábamos el dinero!». El emperador señaló al segundo hombre, quien dijo en voz alta que eso era perfectamente cierto y que él tampoco conocía al emperador.

El emperador volvió a caminar de un lado a otro, luego se detuvo. "Hablaste de un ministro; ¿está aquí hoy?" Los dos hombres alzaron la vista hacia la plataforma y dijeron simultáneamente: "¡Sí, Su Majestad!" El emperador fingió sorpresa y gritó: "¡Entonces tráiganlo aquí!" Los dos hombres se levantaron de un salto, corrieron por la plataforma y se detuvieron en la mesa de los investigadores. Sacaron a rastras a un hombre que nadie había notado antes. Lo agarraron bruscamente y lo arrastraron ante el emperador. Él se arrojó al suelo ante el gobernante y gritó: "¡Fui yo! ¡Yo contraté a estos dos! ¡Piedad!" El emperador fingió sorpresa. "¡Ustedes son mis ministros de vías fluviales, canales y puentes! ¿Han perdido la cabeza? ¿Qué les hizo el pobre emperador para que lo mandaran asesinar?!" El ministro se puso de pie. "El emperador anterior me pasó por alto para un ascenso y me acusó delante de todos de ser corrupto. Eso me ofendió, por supuesto, ¡pero no mandaría asesinar a nadie por eso!" El emperador se apoyó en la mesa y tamborileó con los dedos. La farsa se había prolongado demasiado y aún no había terminado. Ordenó al ministro que confesara todo sin vacilar ante la corte reunida. Y que no perdiera tiempo. El ministro asintió y comenzó: «Soy corruptible, Su Majestad, soy corruptible y estoy profundamente avergonzado. Recibí un cofre lleno de oro y una justificación para asesinar a mi emperador. El canciller del Reino de Minh me dio el oro. El rey de Minh había enterrado a su hija y a su nieto, y había jurado castigar al hombre sin escrúpulos que había embarazado a su hija. Por supuesto, yo conocía todos los detalles; el joven emperador tuvo a la hija del rey como huésped durante tres semanas y durmió con ella todas las noches, luego la envió a casa. Hice lo que se esperaba de mí».

El gordo rey de Minh se puso de pie de inmediato, los dos guardias imperiales se acercaron a él, pero el emperador los detuvo. "Despacio, mis leales súbditos. Escuchemos primero al rey, pues estas son acusaciones graves. ¡Habla, hermano rey!" El emperador no dio ninguna señal de que ya supiera la verdad. "¡Habla!"

«Jamás he dado una orden tan insensata a nadie. Ese es mi primer punto. El segundo es que creo con toda certeza que mi canciller ordenó el asesinato; no dudo de la palabra de su corrupto ministro, por mucho que desprecie a los funcionarios corruptos. El tercero es que, tras la muerte de mi amada hija y su hijo, escribí personalmente una carta sincera y llena de dolor al joven caballero, como si se la hubiera escrito a un futuro yerno». El emperador Teng alzó la mano e interrumpió: «He leído su carta una y otra vez con respeto y reverencia, pero no es apropiada para su publicación, querido rey. ¡Por favor, continúe!».

El rey señaló con el dedo a su canciller. "No pienso nada, absolutamente nada, de este hombre; ese es mi cuarto y último punto. Lo habría desterrado al bosque hace mucho tiempo si no fuera porque todos y cada uno de los caballeros de mi consejo lo propusieron vehementemente para Canciller y lo eligieron públicamente. Tuve una discusión muy desagradable con él hace unos dos años; lo dejé en libertad y me arrepiento cada día. Mi hija me confió. Hace dos años, cuando ni siquiera tenía 15 años, desfloró a mi hija, la deshonró y la violó durante muchas semanas sin delatarse. Solo eso le habría costado la cabeza. Mi hija me dijo que no había estado bien; no sentía nada por él; lo llamó sapo. Debió de haberla embrujado o encantado de alguna manera, dijo, llorando. Hablamos de posibles maridos porque desde entonces, impulsada por su cuerpo, se había acostado con todos en la corte, y ella misma sabía que ya era hora de que se casara. Así fue como llegamos al tema del Emperador, a quien ella ya había visto varias veces. veces, y ella podía imaginarse fácilmente con él. La envié con él, escribí una carta amistosa, sin mencionar su desgracia, o mejor dicho, el sapo. Ahora lo veo claramente ante mí, era él, como dijo su ministro." El rey se sentó y miró sombríamente a su canciller.

El emperador Teng se había puesto muy serio durante el discurso del rey. Señaló al canciller, de semblante adusto. «¡Hable, canciller, por favor, dé su versión!». No era una petición, sino una orden. Los dos oficiales imperiales apartaron sus pesadas manos de los hombros del canciller y lo obligaron a ponerse de pie.

«Mi primer punto es que mi señor y rey me ordenó asesinar al joven emperador. Me aseguró que tenía vía libre y, si fuera necesario,

su protección, y ni siquiera quiso saber los detalles. Obedecí la orden. Mi segundo punto es que nada de lo que cuenta mi rey en su sentimental relato es cierto. Ni violé a la princesa ni nada por el estilo. Jamás vi a la princesa desnuda, ni me acosté con ella, ni nada parecido. Sus doncellas siempre estaban presentes y habrían dado la alarma de inmediato. ¡Eso es todo, Su Majestad!». El emperador no pasó por alto la mirada segura e insolente del canciller.

El emperador caminó de un lado a otro varias veces y luego se dirigió a la corte. «Las leyes de nuestros padres y antepasados dictan que, en este caso, dado que un testimonio contradice al otro, debo decidir en última instancia a quién creer. De lo contrario, debo decapitarlos a ambos, pues esta es la única manera de asegurar que el culpable sea castigado, incluso si el otro es inocente. Ayer ya le ordené a mi maestro de armas que afilara la vieja espada del verdugo; probablemente tendré que decapitar a dos hombres hoy mismo. ¡Tráiganme la espada!».

El maestro de armas se adelantó, hizo una reverencia y le entregó la espada. El emperador preguntó: «Maestro de armas, ¿escuchó con atención?». El maestro de armas obedeció, como el emperador le había ordenado. «¡Cada palabra, mi señor y emperador!». Teng sonrió con sorna: «¿Y usted notó una sola palabra, ni una sola, maestro de armas?». El maestro asintió. «¡Alguien dijo que las doncellas de la princesa de Minh podrían haber dado la alarma!». El emperador reprimió una risa. «Bueno, ¿cuál palabra entonces, maestro, cuál palabra entonces?». El maestro de armas tenía su expresión bajo control. «Ni una sola palabra, Su Majestad, ¡ni una palabra es cierta!». Todas las miradas se dirigieron al canciller, quien miró a su alrededor con aire de suficiencia y triunfo, a pesar de que las pesadas manos de los guardias descansaban sobre sus huesudos hombros. El maestro de armas retrocedió.

El emperador se presentó ante el rey de Minh. «Perdóname, hermano mío, por haberte engañado con esta farsa. Solo hay un culpable, y lo sé desde hace unas dos semanas. No eres tú, y ahora puedo demostrártelo a ti y a tu corte. Sin embargo, tuve que enviar a dos de mis mejores espías a tu reino; yo solo soy responsable del cruce de la frontera. ¡Escuchen con atención, todos!»

A su señal, trajeron a dos jóvenes. Al pasar junto al canciller, que palidecía, chasqueó los dedos repetidamente, pero no pasó nada. Fue muy llamativo, y todos se preguntaban qué estaba haciendo. El emperador ordenó a sus guardias: «¡De rodillas con el criminal!». Le torcieron los brazos y lo obligaron a arrodillarse. Con los ojos inyectados en sangre, miró fijamente a Teng y a las dos sirvientas. Cualquiera que estuviera lo suficientemente cerca podía oír cómo rechinaban los dientes, pues estaba furioso.

"Bueno, mi querido hermano y rey, he hecho que se presenten las pruebas, aquí las ve. Estos son los últimos sirvientes de su pobre hija; tal vez los reconozca. Han estado en mi palacio durante una semana. Los hice examinar por mi mejor médico porque se comportaban de manera muy extraña. Mi médico es uno de los mejores del reino; necesitó menos de cinco minutos para emitir su veredicto. Me dijo que algunas de las cosas que popularmente se llaman brujería y hechicería son en realidad fenómenos científicamente conocidos, en este caso, la hipnosis. El hechicero puede someter a muchas personas, pero no a todas, a su control y darles órdenes que no pueden obedecer ni rechazar. Puede ordenar a una chica que se acueste con él, aunque ella nunca lo haría en su sano juicio. Puede ordenar a alguien que permanezca en silencio y rígido, que no vea, oiga ni diga nada. Puede ordenar a alguien que no hable con ciertas personas, policías, por ejemplo. O que guarde silencio sobre un asunto muy específico, pase lo que pase. No quiero sermonearle innecesariamente, pero debe conocer estos pocos hechos para seguir el camino correcto." Conclusión de nuestra pequeña obra. Monté esta broma para desenmascarar al verdadero asesino y librarte de un tumor canceroso. Otra palabra para el sapo que estaba invisiblemente posado en tu hombro. Y ahora, se levanta el telón para los dos últimos testigos. Buena mujer, háblanos a todos, y habla con libertad; ¡el Canciller jamás volverá a ponerte las manos encima! La mayor de las dos, que sin duda aún no tenía treinta años, dio unos pasos hacia adelante, respiró hondo y habló en voz alta.

«Majestad, este hombre», y señaló al Canciller arrodillado, «este hombre es un criminal despreciable, un vil abusador de muchachas y un hechicero diabólico. He reflexionado sobre todo esto durante los últimos dos días, desde que su médico nos liberó de su maldición. Mi

primer punto es que el Canciller embrujó a muchas muchachas, pero también a esposas honorables, fieles y castas, para que se acostaran con él con toda pasión y devoción sexual. Me avergüenza que mi amiga y yo también fuéramos víctimas suyas; mi amiga, debido a su excepcional belleza y mayor experiencia en asuntos sexuales, tuvo que acostarse con él mucho más a menudo que yo».

Mi segundo punto es que nos hechizó a ambos por completo, de tal manera que, contrariamente a su hechizo, podíamos ver y oír todo, pero nos quedamos paralizados durante sus atrocidades, incapaces de intervenir. Lo vimos forzar a esposas hermosas, castas y muy tímidas a subirse a su estera y violarlas sin piedad, o dejarse violar con una pasión tímida y amorosa. Nos era imposible hablar de ello entre nosotros o con nadie más. Incluso intentamos comunicarnos mediante señas y lenguaje de señas, sin éxito. Cargamos con este peso hasta hace tres días, sin poder hablar de ello con nadie.

Mi tercer punto es que persuadió a la princesa, que estaba bajo nuestro cuidado, para que se sometiera a él como una sirvienta antes de cumplir los 15 años, para que le entregara su virginidad. La violó varias veces por semana durante años. La acompañó, al igual que nosotros dos, al joven emperador, la llevó a los brazos del buen joven y la obligó a decir que quería quedarse en su estera durante tres semanas y solo regresar a casa cuando estuviera embarazada de su hijo. Cada noche se enfurecía de celos porque ella yacía en los brazos del emperador, persiguiendo su perverso plan para llegar al trono. Tan pronto como la princesa regresaba del emperador, la violaba cada dos horas hasta el desayuno, sin piedad y con furia. Durante su embarazo, su magia parecía fallar por minutos. La princesa quería hablar con nosotros, pero nuestros ojos se nublaban y no podíamos pronunciar palabra. Nos hacía preguntas sobre detalles que solo podíamos responder con asentimientos o silencio, aunque eso nos provocaba terribles migrañas. La princesa intuyó un poco la verdad y lloró hasta que se le enrojecieron los ojos, aunque aún no lo sabía todo. Intentó hablar con su padre, el rey, pero estaba hechizada como nosotros; tartamudeaba y no podía decirle nada al rey.

Mi cuarto y último punto. El rey les dijo la verdad. Ambos escuchamos la acalorada discusión entre el rey y el canciller. Él estaba

muy seguro de tener a la princesa bajo su control y le suplicó —no, le exigió— que se casara con él. El rey no toleraba su brujería; maldijo al canciller, diciendo que lo decapitaría si tan solo se acercaba a su hija. El rey lo amenazó de muerte si siquiera tocaba la sucesión. El heredero al trono ya había sido elegido, y este sobrino también era inmune a la brujería. Un sirviente, amigo y amante nuestro nos confió que el rey había estipulado en su testamento que el canciller fuera decapitado al ascender al trono. No ocultó en el testamento que su muerte podría haber sido obra del canciller. Por favor, ignoren la última parte; solo la oímos de segunda mano. «Eso es todo, Su Majestad y caballeros de la corte». Ella retrocedió, y el Emperador le preguntó a la joven si deseaba añadir o corregir algo. La muchacha pensó un momento; todo lo que el otro había dicho era correcto y cierto. «Quizás», dijo inesperadamente, «quizás debería avergonzarme de haberme acostado con ese miserable como si fuera mi amante más querido, ¡como si lo fuera todo para mí! Le presenté y le mostré a ese bastardo diabólico todos mis secretos sexuales, ¡secretos que nunca le conté a nadie! Preferiría olvidarlo, ¡pero fue real y cierto en ese momento!». Bajó la mirada e hizo una reverencia al Emperador. «¡Lo siento mucho, Majestad!», susurró suavemente.

El emperador acudió al tribuno y exigió que el canciller diera su versión de los hechos. El canciller, con gran entusiasmo, comenzó a refutar las historias de los sirvientes, pero estos, inesperadamente, se plantaron frente a él y lo miraron fijamente a los ojos. Empezó a tartamudear hasta quedarse sin palabras. De repente, se enderezó, a pesar de que lo sujetaban, y comenzó a gritar hasta echar espuma por la boca. Maldijo al rey por no someterse a su voluntad, maldijo a los sirvientes por no guardar el secreto y maldijo a la princesa, la ramera, que poco a poco se le escapaba de las manos. En ese momento, el rey no aguantó más; golpeó al canciller con su abanico hasta que sangró por la boca y la nariz.

El emperador permitió que el rey lo golpeara hasta que su abanico no fue más que un jirón de seda y trozos de madera rotos. El rey lo arrojó al suelo. Entonces el emperador Teng alzó la voz. «¡Miserable desgraciado, asesino del emperador, violador de la bella princesa! Te condeno a muerte; tus cenizas serán esparcidas en el río. ¡Ese es mi veredicto, esa es mi sentencia!». El emperador Teng jamás olvidaría

la mueca sangrienta, burlona y arrogante del canciller cuando lo vio alzar la pesada espada del verdugo. Teng hizo contacto visual con el soldado, quien entonces le clavó la rodilla en la columna vertebral y le dobló los brazos hacia atrás. Un poderoso golpe de Teng separó limpiamente la cabeza del cuello, y el cráneo rodó unos escalones. Teng pisoteó el torso, haciéndolo caer. El rey se levantó rápidamente y escupió sobre el cuerpo del canciller. El emperador le entregó la espada a un guardia, diciendo: «¡Quémalo en la orilla del río y arroja las cenizas al agua; que nada nos recuerde a este criminal!». Tomó al rey y lo escoltó de regreso al palacio.

El emperador y el rey estaban sentados en el jardín, conversando tranquilamente. El rey habló con lágrimas en los ojos de su hija, y el emperador lo consoló. Fue entonces cuando se hizo evidente el hermoso y respetuoso vínculo que los unía. Teng dijo que mandaría restaurar la lápida del emperador y que se grabaría en el reverso la historia de su asesinato. Sus descendientes debían recordarlo. Prometió no mencionar el nombre del asesino, sino referirse a él como el canciller, el criminal despiadado. El rey se sintió reconfortado por esta conversación; celebraban un suntuoso banquete cada noche con músicos y bailarines, quienes luego calentaban la estera del rey. El emperador se acostaba con la princesa Li, y conversaban sobre la corte y las posibilidades de una cooperación más estrecha con el reino de Minh. Teng besó el cabello de Li; estaba rebosante de alegría por tenerla a su lado.

El relámpago del cielo

El tiempo volaba, y Li se acostaba con el Emperador cuando se lo ordenaban. Cada noche yacía en los brazos de Lai como una esposa locamente enamorada, pues así se sentía. Se entregaba al Emperador tan completamente que él podía sentirse verdaderamente satisfecho de tenerla como su Primera Favorita. Cada dos o tres semanas, él convocaba a las tres mujeres, y la Princesa se fue acostumbrando gradualmente a que Jutta e Inger se turnaran para lamerle el clítoris; las chicas eran verdaderas maestras de este vicio inmoral. Cuando estaba a solas con ella, le envolvía las piernas alrededor del cuello y la obligaba a masturbarse. Ella sabía lo indecente e inmoral que era esto, pero él era el Emperador, y no le importaba la vergüenza que ella sintiera.

La princesa decidió entrenarse en esgrima y lo hizo junto al emperador, quien estaba muy orgulloso de su favorita. Los tres maestros de esgrima tenían órdenes estrictas de entrenarla como a cualquier soldado. Aprendió rápidamente, y al tercer año, a los maestros les costaba parar los golpes del bastón de la princesa.

Al finalizar su entrenamiento, el Emperador le obsequió una rara arma ceremonial, y fue en esta ocasión cuando conoció al general favorito del Emperador, Pyi. Cuando sus miradas se cruzaron, un presagio la recorrió. En presencia del Emperador y por orden suya, Pyi le entregó una espada pequeña de exquisita factura. Había pertenecido a un príncipe cuya cabeza Pyi había decapitado para que aquel insensato no heredara algún día el reino de su padre. Alzó la espada hasta sus ojos; era una maravillosa hoja de acero ligero, un regalo del Emperador de Nihon a su vecino con las mejores intenciones. Lai sopesó la hoja en su mano, examinándola. «La mejor artesanía japonesa», dijo Lai con reverencia, «nuestras espadas de acero chinas son considerablemente más pesadas y toscas. ¡Algún día debemos aprender de ellas!». El Emperador y el general Pyi no reaccionaron; Lai era simplemente su guardaespaldas. Lai retrocedió un paso, como correspondía. La princesa agradeció al señor Pyi y al Emperador. Se ciñó la espada y la desenvainó varias veces, probando su resistencia. «Siempre la llevaré con honor, General, y le agradezco que me haya

dado un botín de guerra tan valioso y ricamente decorado. Sé lo importantes y preciosos que son los despojos para los vencedores. ¡Gracias!». Se volvió hacia el Emperador. «Emperador Teng, tuve el privilegio de aprender a manejar una espada a su lado, ¡y la llevaré con orgullo y alegría!». Hizo una profunda reverencia y recordó cómo, seis meses después de su ascenso al trono, el Emperador había recibido una valiosa espada como regalo del Emperador de Nihon.

El emperador japonés, monarca del Imperio Nihon, obsequió al emperador chino Teng una valiosa espada con motivo de su ascensión al trono. La espada, ricamente decorada y forjada por el mejor herrero del imperio, se guardaba en un exquisito estuche de palisandro, con incrustaciones de madera de marfil claro que rezaban: «Que este rayo celestial te proteja siempre». El emperador Teng se conmovió visiblemente ante este gesto fraternal.

Rompiendo con el protocolo, el Emperador bajó los escalones y (¡algo inaudito!) abrazó al embajador japonés. «Dale mi abrazo a mi hermano, el Emperador de Nihon», le dijo al diplomático atónito, y luego hizo abrir la caja de madera. Una espada magníficamente elaborada, de un metro veinte de largo y de un brillo deslumbrante: era el «Relámpago del Cielo». La princesa Li, que se encontraba bastante atrás con las damas de la nobleza, tuvo que ponerse de puntillas para poder verla. El Emperador despidió a la corte y llamó a los tres maestros de esgrima.

Entregó la espada al primer hombre. «Majestad, jamás he visto una espada más hermosa. Guárdela bien, pues muchos envidiosos invadirían China y la devastarían con tal de poseerla».

El segundo la tomó en su mano, la blandió con destreza unas cuantas veces y dijo: “Su Majestad puede enviar a un solo espadachín a la batalla con esta espada y amontonaría una montaña de enemigos frente a él”.

El tercer hombre tomó la espada y la blandió con aún más destreza que el primero. Los espectadores guardaron silencio, sobrecogidos, pues esta espada no emitía el familiar zumbido y silbido característico; ¡esta espada cantaba! El maestro de esgrima aumentó la in-

tensidad de su golpe y extrajo de ella bellos sonidos. Volvió a colocar la espada sobre los cojines de terciopelo, hizo una reverencia al emperador y habló. «Majestad, solo un hombre en todo el mundo podría haber forjado esto: el herrero de espadas del Emperador de Nihon. Tuve el privilegio de visitarlo tres veces; era un hombre imponente, que manejaba el martillo como nadie, y cuyos dedos podían tocar las melodías más elegantes en el arpa. El Emperador mandó acondicionar las vastas cavernas de las Montañas de Hierro y Carbón como forja, donde quince maestros herreros trabajaban simultáneamente para él. Solo le susurraba su nombre al Emperador; todos lo llamaban el Herrero de los Tres Caballos. Mire debajo de las bisagras de la caja y verá tres pequeños caballos estampados en ella». ¡Y así fue!

El emperador, intrigado, se sentó y le pidió al maestro de esgrima que le contara todo. «Usted sabe, venerable emperador y señor, que soy hijo de un herrero y nieto de otro. Yo también aprendí el oficio de herrero y debía proveer a la corte imperial, como mi padre, su padre y sus antepasados, con las mejores espadas de bronce, de hierro y, más recientemente, de acero. Veo con satisfacción que muchos de sus hombres aquí en este salón portan espadas forjadas por mi padre. Sin embargo, mi padre quería que yo aprendiera el oficio de los mejores».

Así que pasé dos años yendo de herrero en herrero, hasta que finalmente llegué al Herrero de los Tres Caballos en el Imperio Nihon. Solicité ser aprendiz, porque el maestro solo aceptaba 100 aprendices al año; a los 30 mejores se les permitía trabajar junto a él y equipar a la nobleza de Japón y a sus guerreros con las mejores armas.

Me tomó las manos entre sus puños; así decidía quién podía estudiar con él. «Veo que tienes una carta de recomendación imperial, firmada de puño y letra de mi señor», me dijo, «pero debes saber esto: yo jamás me entrometo en los asuntos de mi señor el Emperador, y», entonces el Herrero de los Tres Caballos rió alegremente, «y mi señor el Emperador jamás se entromete en los míos. Leí que trajiste al Emperador una magnífica espada del taller de tu padre, y eso me impresiona, pues el Emperador sabe de espadas como pocos, y cuando escribe “magnífica”, no es un elogio vacío».

El herrero solo palpó mis manos y dedos; los músculos de mis brazos no le interesaban. Me miró fijamente. «Joven, ¿puedo hablarle con franqueza?». No le importaba si yo estaba de acuerdo o no; simplemente continuó: «Tus manos no son aptas, joven. Tus manos me dicen que podrías ser un excelente espadachín, pero nunca un excelente herrero. Te deseo éxito en tomar la decisión correcta, en encontrar tu camino. Quédate esta noche y acuéstate con mi esposa; esa es la costumbre aquí». El emperador Teng arqueó las cejas.

El maestro de esgrima continuó: «Al día siguiente zarpé de inmediato y consulté con mi padre durante noches enteras. Entré inmediatamente al servicio del penúltimo emperador, el magnífico emperador Wu, y de hecho me convertí en maestro de esgrima, para poder servirle ahora a usted, emperador Teng». El emperador asintió amablemente. «¿Y se acostó con la esposa del herrero? ¡Cuénteme!». El maestro de esgrima bajó la mirada. «Sí, Su Majestad, me temo». Ahora, sin embargo, el emperador había sentido curiosidad y ahuyentó a los cortesanos de su mesa.

«¡Habla con franqueza, Maestro, y no me dejes en suspenso!». El maestro de esgrima expresó su gratitud por la huida de los inútiles cortesanos y relató la parte privada de la historia. «Esa noche, acompañé al herrero a su pequeña cueva privada, y su encantadora esposa nos recibió con una excelente cena, del tipo que uno no esperaría de un herrero. Nos acostamos y nos turnamos para tener relaciones sexuales con su esposa. Él también era un maestro en el sexo; nunca se conformaba con menos. Al día siguiente, el asistente imperial me llevó al puerto, quien, en el camino, comentó que la esposa del herrero era, de hecho, su hija, fruto de su relación con su hermana. Me quedé asombrado, pero este funcionario imperial me causó una buena impresión, y no tenía ninguna razón para enviarme con los gigantes enanos para mentirme descaradamente».

Regresé, serví fielmente a mi emperador y no soñaba con otra cosa que con la esposa del herrero, que era su hija. Estaba locamente enamorado de ella, Su Majestad, y ya no era un joven inexperto. Nunca me acosté solo en la estera durante mis viajes; me acosté con las criaturas más bellas de China y del Imperio Nihon. Pero esta mujer tenía algo muy especial en la forma en que hacía el amor. No me pregunte,

Su Majestad; jamás podría expresarlo con palabras. Quizás habían pasado cuatro o cinco años, y se me permitía elegir una compañera de la corte cada día, pues el emperador Wu me amaba, no solo porque dirigía a sus hombres en la batalla y los traía victoriosos e ilesos. Podría convertirme en general, dijo el emperador Wu, pero decliné con gratitud. Era un maestro de esgrima de pies a cabeza, pero ciertamente no un general. ¿Qué quería entonces? ¿Oro, plata, piedras preciosas? Dije, reuniendo todo mi valor: «Dos meses de permiso, Su Excelencia».

Me dijo que me sentara a su mesa. Echó a todos del salón cuando no respondí de inmediato qué pensaba hacer durante mi permiso. «Entonces, ahora, de soldado a soldado, ¿qué tienes que decirme?». Sabía cuánto me apreciaba el emperador Wu, y le conté todo, absolutamente todo, sin pausa, sobre la maravillosa y divinamente jodida esposa del herrero, quien la había engendrado con su propia hermana y, según entendíamos, era en realidad su hija. Tenía que volver a verla, para decirlo sin rodeos, tenía que follármela, aunque eso significara que me rodaran la cabeza, ¡Su Majestad!

El emperador Wu reflexionó un instante. «No puedo concederte permiso, amigo mío, pues la corte te interrogaría sin cesar, sobre todo, por supuesto, sobre si podrías ser un espía enemigo, y no tengo tiempo para las tonterías de mi corte. Te enviaré con mi colega emperador, el Emperador de Nihon, con la misión oficial de enseñar a sus espadachines nuestras técnicas chinas. Al mismo tiempo, le entregaré un mensaje secreto: de camino a casa, te llevarán al Herrero de los Tres Caballos para que me encargues una espada muy especial. ¿Qué te parece, amigo mío?». Me sentí abrumado por la gratitud y le besé la mano, pero él la rechazó con un gesto. «Por eso soy emperador, porque puedo conjurar tales cosas. Así que, de acuerdo, prepara tu equipaje y viaja rápidamente a tu flor de loto. ¡Sería irresponsable que la mano del maestro temblara de anhelo!».

Así que volví al Emperador de Nihon por segunda vez, de forma muy oficial y como hombre de honor, por orden imperial. Enseñé a sus hombres habilidades básicas y, al despedirme, le dije al Emperador con toda humildad que ni siquiera atacaría a bandoleros con hombres como él. Esto lo entristeció profundamente y me envió un

mensaje secreto pidiéndole a mi señor y emperador que me enviara de nuevo para recibir instrucción al año siguiente. Que los dioses me perdonen por mi pequeño engaño.

Finalmente, partimos. De camino al puerto, paramos en la herrería del Herrero de los Tres Caballos y le encargué la espada del Emperador. Negó con la cabeza, preguntando con qué urgencia debía estar lista. Le dije que volvería en un año, y eso era suficiente. Acompañé al herrero a su cueva privada y pregunté por su esposa, ya que una jovencita encantadora nos servía la comida. El herrero, que recordaba mi comentario de la primera vez sobre cuánto me gustaba el pescado y el marisco y que había preparado un festín para mí, negó con la cabeza con tristeza, explicando que su esposa había fallecido en el parto dos años antes, junto con el niño. Le expresé mis condolencias, pero se animó; la primera hija de su esposa tenía ahora quince años y llevaba dos años calentándole la cama con gran gracia. Había aprendido todo sobre el arte de follar de su madre y estaba muy ansiosa por perfeccionarlo aún más. Luego nos acostamos y nos turnamos para follar con la encantadora y elegante nieta del herrero. No me atreví a fingir que estaba enfermo por la mañana, solo para follarme de nuevo a esa chica maravillosamente cachonda.

Al año siguiente, el emperador Wu me envió a Nihon durante seis meses para entrenar a los guerreros del emperador japonés. De hecho, me enorgullece que, tras el riguroso entrenamiento, pude presentarle al emperador una tropa de 200 espadachines bien entrenados. Cada semana iba a la herrería de los Tres Caballos, quien, por supuesto, enseguida descubrió mi engaño y se dio cuenta de que solo había ido por su nieta lujuriosa. Amablemente me permitió pasar dos noches con ella, con un día de por medio. Él tampoco era precisamente joven, y me la dejó con una sonrisa burlona, diciendo: «Juventud a juventud», y sonrió amplia y satisfecha porque su nieta, prendada de él, al parecer hablaba con gran elocuencia sobre mis andanzas.

Visité esta joya de Japón semana tras semana, sometiendo a los hombres de la guardia imperial como un arriero, golpeándolos con mi bastón sin importarles su ascendencia aristocrática. Algunos a quienes había despedido el primer día, pues solo servían para jardi-

nería, me emboscaron un día en el patio del Palacio Imperial cuando me disponía a ir al herrero. Menos de quince minutos después, veinticinco hombres yacían inconscientes o maltrechos en la arena. Me abstuve deliberadamente de desenvainar mi espada y, en su lugar, los castigué con mi bastón. Levanté la vista y vi al Emperador y a sus cortesanos en la terraza. Habían presenciado inesperadamente la paliza, por la que jamás tuve que responder.

Hice una reverencia y me fui a caballo al encuentro de la dulce muchacha. En resumen, pasé los seis meses más felices de mi vida, le presenté a mi Emperador Wu su magnífica espada, y luego todo terminó. El buen Emperador de Nihon había sido sucedido en el trono por un sobrino bueno para nada, y el embajador japonés me llevó aparte en un banquete. El nuevo emperador era uno de esos holgazanes a los que me había negado a enseñar y luego había golpeado en la corte. El embajador sabía por el propio emperador que no había olvidado ni la paliza ni su orgullo herido. Le agradecí al embajador y nunca he vuelto a Nihon desde entonces, aunque el tercer usurpador sediento de sangre está ahora en el trono." Reflexionó por un momento. "Emperador Teng, no estoy llamado a ofrecerle consejos no solicitados, y no lo haré. Solo sé que muchos de tus cortesanos acostarían a sus esposas e hijas en tu lecho para ganarse tu favor. Juzgar esta actitud de los cortesanos está más allá de mi posición. Sin embargo, fui instructor de tu espadachina favorita durante tres años, y tus concubinas rubias también me han entretenido. Conozco a todas las esposas e hijas de los cortesanos; acostarse con ellas no requiere gran habilidad para la seducción. Podéis consideraros afortunados de tener tres magníficas criaturas como concubinas, y tenéis razón al dedicaros a los verdaderos asuntos de gobierno y no malgastar vuestro valioso tiempo en esposas de tres monedas de cobre.

El emperador miró a su viejo maestro de esgrima con una sonrisa. "¿No te gustaría ingresar al servicio diplomático en lugar de torturar reclutas?". El viejo mujeriego también sonrió. "Esperaba que no necesitaras mi consejo, pues solo soy bueno con mi bastón y mi espada; no sé casi nada de mujeres, y en lo que respecta al sexo, simplemente tengo mucha práctica". El emperador Teng sonrió sutilmente; sabía perfectamente que el anciano jamás había pasado una sola noche solo en el palacio.

Sin embargo, persistió. “¿Así que las chicas rubias te tuvieron como invitado?” El anciano lo miró fijamente a los ojos. “¿Debo ahora retroceder a la defensiva, como si estuviera instruyendo a tus guerreros? ¿O acaso quieres que mienta tontamente sobre lo espléndidamente que conversamos? Incluso la pregunta de cuán bien hablan chino estas magníficas criaturas me hace sentir el frío acero del verdugo en mi cuello. No, Su Emperador, no le ocultaré nada. Seguí todos sus gestos y señales con las manos porque no hablo su idioma. Y no seguir de inmediato y sin cuestionar los gestos y señales con las manos de criaturas tan deseables me desenmascararía como un bárbaro grosero. Así es, Su Excelencia, ciertamente no soy un bárbaro, ¡sino su más devoto servidor!”

El emperador Teng lo observó fijamente durante un largo rato. «¡Que tus entrañas te traigan mucha alegría por mucho tiempo, viejo amigo! Y no olvides lo que mencioné antes: muy pocos son aptos para el servicio diplomático. Así que ven a verme de inmediato y con confianza si se te entumece el brazo de tanto golpear a mis reclutas». El emperador le agradeció la agradable conversación; ¡el maestro de esgrima jamás había escuchado nada igual! Se levantó e hizo una reverencia. El maestro de esgrima había contado su historia y ahora era libre de marcharse.

Regente al fondo

La princesa siempre iba a cenar al emperador Teng con gusto y buen humor. Solo cuando tenía la menstruación o se sentía mal enviaba a Jutta o a Inger al emperador. Si él las quería a ambas, tenía que mandarlas a buscar él mismo. Li se había acostumbrado a que el emperador Teng convocara a sus tres esposas a cenar cada dos semanas, y a que Jutta e Inger la lamieran hasta el orgasmo cada vez. A las chicas les encantaba lamer más que el coito, y el emperador Teng era uno de esos hombres que disfrutaban viendo. A menudo la lamían hasta el orgasmo dos veces o incluso más; había desarrollado una actitud positiva hacia ello y se centraba en su propio orgasmo. Nunca había lamido a Jutta ni a Inger ella misma, al menos no hasta ahora.

Teng mandaba a las chicas a la cama; le encantaban sus largas conversaciones con la princesa, y no siempre tenían relaciones sexuales después. Siempre tenía a mano tinta, pinceles y tiras de bambú, y a veces anotaba cosas importantes. Como la princesa no formaba parte de la corte, no podía sentarse entre los consejeros ni participar en sus debates. Incluso en los primeros días de su reinado, le molestaba oír sus comentarios perspicaces y serenos solo a altas horas de la noche, lo que llevó a la corte a considerarlo un gobernante débil que solía posponer las decisiones. Mandó construir un pequeño balcón y le ordenó que al menos escuchara durante las reuniones importantes. Ella mantenía tinta, pinceles y tiras de bambú preparados y enviaba sus notas al emperador con un niño pequeño. Ya no proyectaba la imagen de un gobernante débil.

Por muy molestos que estuvieran los cortesanos, él leía con calma sus garabatos y se tomaba su tiempo para considerarlos mientras uno de ellos ofrecía sus propias ideas. El emperador siempre guardaba las tiras de bambú en sus túnicas, dejando a los consejeros sin saber qué quería decir la princesa. No aceptaba todo lo que Li le escribía; siempre encontraba una forma de expresarlo que se ajustara a su personalidad. Discutían sus desacuerdos cuando ella se apoyaba en su pecho por la noche. Pero estaba bastante seguro de que gobernaba mejor ahora, con la princesa a su lado. Y casi a diario se preguntaba si ella no lo habría apoyado aún mejor como emperatriz. Siempre

que sacaba el tema, lo primero que ella le decía era cuántos meses faltaban para su trigésimo cumpleaños. En esos momentos, lamentaba haber pospuesto la decisión hasta ese día. Estaba molesto desde el principio, porque habría sido mejor convertirla en su emperatriz de inmediato, y si quería deshacerse de ella, podía mandarla decapitar; no sería la primera. O podría desterrarla a una provincia lejana.

El emperador Teng sabía perfectamente que el maestro Bo Lai había colocado a su guardia de palacio fuera del alcance del oído porque la princesa quería estar a solas con él. Por supuesto, lo había hablado con ella, y no se debía a mojigatería sexual; simplemente quería hablar con él con libertad y franqueza sin que toda la corte lo oyera. Él consideró válidos sus argumentos y, por lo tanto, se lo permitió. Además, el maestro Bo Lai poseía la autoridad natural suficiente para imponer atención y obediencia. Desafortunadamente, la princesa Li se negó a renunciar a su guardaespaldas personal; el emperador lo habría nombrado general de inmediato.

Teng respetaba especialmente la absoluta discreción del guerrero solitario. Envidiaba la persistencia con la que Lai golpeaba el tocón del árbol cada mediodía. El hombre era más eficaz con su bastón que un espadachín con armadura y espada. En más de una ocasión, testigos presenciales le contaron cómo, durante el reinado de la emperatriz viuda mongola, Bo Lai, solo y armado únicamente con su bastón, había impedido que una horda de rebeldes entrara en las habitaciones de los favoritos. El número de hombres muertos que apilaba sobre las escaleras fluctuaba entre 20, 25 y 30. ¡Incluso si solo eran 20, todo el respeto! ¡Nadie debía enfadar a este hombre, por todos los dioses!

El emperador Teng veía acercarse el día decisivo. Realmente no podía explicar con detalle por qué no podía casarse con la princesa, por qué no podía convertirla en emperatriz. Simplemente le parecía injusto. Era una mujer deslumbrante, de eso no tenía duda. Era inteligente, culta, astuta y poseía una gran empatía por el pueblo. Preferiría morderse la lengua antes que aliarse con la turbia corte. Lo cual no significaba que no fuera experta en manipular a los demás y excelente en mentir y engañar, atrayendo a un enemigo al límite para luego empujarlo al abismo. Teng la admiraba, pues pronto no tuvo

enemigos de importancia; los había aniquilado sin veneno ni daga. Incluso ganó a sus ojos cuando, con tenacidad y sin escrúpulos, dedicó tres años a aprender esgrima. Pero el emperador Teng no temía ese día; había ideado una salida, o al menos eso creía, y silbó una pequeña melodía con una sonrisa: «Nuestro astuto Teng».

Adiós al Emperador

—Mañana es nuestra última noche, Princesa —dijo Teng, abrazando fuertemente a la Princesa Li—. Te echaré muchísimo de menos y pensaré una y otra vez: «¡Ojalá te hubiera hecho mi Emperatriz!». Li guardó silencio y se acurrucó en sus brazos. —Tuviste todas las oportunidades para darme un heredero y así hacer que te eligiera como Emperatriz. Pero esa no eras tú; no está en tu naturaleza obligar a alguien a amarte. —Pensó si decir lo siguiente—. Tu corazón pertenece a otro, sea quien sea. Siempre lo sentí, y aun así te abracé con fuerza. Me diste los tres años más maravillosos de mi vida, fuiste mi cálido cuerpo, mi apasionada amante y mi más sabia consejera. Me hiciste un mejor Emperador, y mi pueblo te debe su más profunda gratitud y respeto. —La abrazó con ternura. “Esta noche y otra, y me despediré de ti entre lágrimas. El Maestro Jin, quien, según lo ordenado, visita a las muchachas rubias cada mes durante un día y una noche, instruyéndolas durante el día sobre todas las reglas, eventos y el bienestar de nuestro pueblo, y quien se esfuerza al máximo por la noche, me informó que las muchachas estaban inconsolables y nos llamaban bárbaros por nuestros treinta años de gobierno. Yo misma ayudé al Maestro Jin a subir a su caballo, pues el buen hombre estaba completamente exhausto después de la noche con las muchachas. Las muchachas lloran constantemente y me golpean los brazos porque te estoy renegando, diga lo que diga. No saben que no se debe golpear a un emperador; lloran y me maldicen en su propio idioma.” El emperador reflexionó profundamente. “Quizás debería recomponerme y tomarte como emperatriz, aunque mi alma se rebele, pues sabe que jamás podría satisfacer tu alma.” La princesa le acarició la mejilla y le secó las lágrimas. «Te he amado, noble señor, como te mereces. Siempre fui tuya, pues sentí y disfruté de tu amor con todo mi ser. No te entristezcas; tendrás como favorita a una hermosa, elegante y apasionada joven de trece años, como corresponde a ti y a un emperador». Ambos guardaron silencio; la noche llegaba a su fin.

Al día siguiente, el emperador condujo a la princesa a una bóveda donde se guardaban los tres cofres de los tres emperadores. Ella abrió el cuarto, su cofre de hierro, en el que guardaba las fortunas de los emperadores fallecidos, mientras él abría los otros tres. Se apar-

taron de los cofres abiertos. “Eres rica, mi princesa, oro, plata y joyas preciosas. ¡Con eso podrías construir un palacio de la mitad del tamaño del mío!” Li sonrió y lo tomó del brazo. “Solo me construiría un palacio de la mitad del tamaño del tuyo, mi señor. Pero haría correr un arroyo de verdad por mi habitación, porque así no tendría que correr desnuda e indecentemente por el patio hasta el arroyo. No, dejaría que mi mano se deslizara en el agua y acariciara las truchas, me limpiaría en el agua cristalina antes y después de follar, y ahogaría a mi amante en el arroyo si me hubiera follado mal.” El emperador Teng dijo que no sabía nada de esta idea; de lo contrario, habría domesticado un arroyo para ella. La princesa Li rió dulcemente. «Señor Supremo, habrías privado a tus guardias de la visión más hermosa; no habrían visto a la princesa desnuda corriendo por el patio cada mañana, anhelante y lujuriosa. Los más fervientes entre ellos no me habrían seguido hasta el arroyo, donde la dejaba retozar en el agua, riendo y llena de orgullo. No, este amor venía de mi tío, Lord Tschan». Teng la miró con curiosidad.

“Mi querida madre, a quien algunos llamaban la Princesa de las Alas Extendidas porque estaba disponible para cualquier hombre, me enseñó desde muy joven el vicio indecente de la masturbación, al que sucumbí irremediablemente incluso de niño. Todas las noches me acostaba junto a su cálido cuerpo, estuviera o no con un amante, y me masturbaba con lujuria hasta quedarme dormido. Aprendí sobre sexo observando y fui testigo de la furia de mi padre cuando supo que mi padre era el Príncipe de Ma’ang, ¡uno de su noble familia, Alto Señor! Acudí al tío Chan y solo de él aprendí que era muy indecente masturbarse solo y únicamente para el propio placer. Las chicas decentes y castas solo se masturban durante el sexo, y nunca solas, solo por placer. Por lo tanto, las ancianas y las mujeres mayores que no podían conseguir un hombre eran consideradas inmorales e indecentes porque todos las veían masturbándose. ¿Con qué frecuencia se veía a ancianas y viudas masturbándose solas al borde del camino? No se consideraba ofensivo, sin embargo, rara vez alguien se inclinaba para compadecer a la desafortunada mujer y tener sexo con ella. Ella. El tío Tschan se horrorizó al ver que solo me bañaba una vez cada diez días e inmediatamente mandó desviar un arroyo a través de su jardín. Aprendí lo importante que era bañarme en el arroyo al menos una vez al día; él, feliz, me hacía el amor en el arroyo cuan-

do tenía la menstruación o cuando quería tener cuidado durante mis días fértiles. Heredé mi amor por el agua de mi tiempo con el tío Tschan.

El emperador Teng consideró su fortuna. Necesitaría dos burros de carga al día siguiente, dijo. La princesa le preguntó si se lo guardaría fielmente; ya no le servía, al igual que a los burros. Él asintió y, más tarde, en su estudio, le pidió al escriba que redactara una escritura. Se comprometería a cumplir su palabra, al igual que sus sucesores, dijo al presentarle la escritura a Li. Era un hombre honorable, el emperador Teng.

Tomó el té con la princesa en el jardín de rosas. Ella se encogió de hombros con indiferencia; aún no sabía adónde iría al día siguiente. Le preocupaba mucho más asegurarse de que él eligiera a su favorita. Conocía a la mayoría de las muchachas que le habían presentado y hablaba con franqueza. La mayoría podían descartarse sin problema, pues eran meras marionetas de padres calculadores o titiriteros. Él sonrió y asintió con la cabeza ante cada nombre, pues ya lo sospechaba y se tranquilizó, confirmando así su juicio. Escuchó con mucha atención mientras la princesa hablaba del último grupo. Eran yeguas nobles de buenos establos, cada una más especial que la anterior. Algunas forjarían lazos con otras familias de alto rango, y un emperador debía tener en cuenta tales intereses políticos. También había algunas cuya reputación sexual las precedía como chispas antes de un incendio forestal. La princesa no tenía preferencia entre ellas; en última instancia, era el emperador quien debía decidir a quién favorecía. Esperaría un tiempo antes de tomar una decisión, un período de prueba, y preseleccionaría a varias. El Emperador sonrió: «Ya he decidido llevarme a todas las que contaste con los dedos a mi burdel. Me las follaré a todas, sin excepción, aunque solo sea por mi propio placer. Me ayudarán a superar el hecho de haber sacrificado a mi favorita y no esa estúpida ley. Mi opinión de que no necesito una Emperatriz no ha cambiado hasta el día de hoy».

La princesa sonrió cortésmente cuando él la mencionó. Por supuesto, no tenía ningún amante que ni siquiera considerara remotamente. Él sonrió y levantó un dedo. No tenía tantos pretendientes para ella como ella para él; solo había uno cuyo cortejo se tomaba en

serio. Solo uno. “No me dejes en suspenso, mi amada. El término ‘cortejo’ me dice que ya has hablado con él. Simplemente no puedo imaginar quién se atrevería a hablarle al Emperador y gobernante de su amor por mí, o incluso a pedir mi mano”. Ella se detuvo, sobresaltada, y se tapó la boca con la mano. Solo había habido un hombre durante estos cuatro años cuya mirada había impactado su corazón y su clítoris como un rayo. Teng la observó atentamente. “Lo sabes, lo conoces. No quieres decir su nombre. Escribe su nombre en la arena con el abanico y cúbrelo con el abanico. Juguemos a adivinar; ¡a ambos nos gusta!” Li escribió en la arena y colocó el abanico encima. “No puedes saberlo”, dijo, pero su corazón latía con fuerza, como una docena de gacelas.

El Nuevo Señor

Teng esperó a que terminara, le tomó las manos y la miró fijamente a los ojos. «El general Pyi, príncipe de Ma'ang, pide tu mano». El emperador vio en sus ojos que ella lo había adivinado. Se inclinó y recogió el abanico. La miró a los ojos brillantes. «¿Puedo decirle a mi amigo que te casas con él?», preguntó, sabiendo al mismo tiempo que ella necesitaba tiempo. No tenía tiempo; al día siguiente dejaba el palacio.

—Puedo ver por tu comportamiento que tú también estás contenta con esto —dijo Li en voz baja, agarrándose el brazo. Le acarició la mejilla y le besó la cabeza—. Conozco a Pyi desde la infancia; fuimos los mejores amigos hasta que él se convirtió en general y yo en emperador. Después de eso, ambos estuvimos increíblemente ocupados. Pero él es digno de ti; no puedo pensar en nadie mejor. —Todo se había dicho, y después de un rato, ella dijo que sabía adónde iría mañana. Él asintió—. ¡Le diré que te dé una bienvenida como es debido mañana! —Charlaron un rato más, sobre cómo todos esos hilos se entrelazaban. Él y Pyi eran primos lejanos; Pyi era pariente del tío Chan, y él era el hermano menor de su difunto padre. Ella dijo que Pyi no podía casarse con ella debido a su estrecho parentesco, pero que ella podría convertirse en una de sus concubinas. Él sonrió. Pyi era y sigue siendo soltero y no tiene concubinas. Es un soldado de pura cepa; está harto de las esposas e hijas de sus enemigos y de los vencidos. Tiene aún menos experiencia en el matrimonio, y tendrás mucho que aprender de él. Jamás te confiaría a un tigre salvaje como Pyi a menos que estuviera seguro de que podrías domarlo. Espero que no lo conviertas en un gatito ronroneante; necesito a todos los generales que pueda conseguir.

La princesa se despidió de todos en la corte, los consejeros y los sirvientes, de todos a quienes apreciaba. Se despidió de las mujeres danesas que lloraban, quizás la despedida más emotiva de todas. Bo Lai asintió con la cabeza; la litera del general la esperaba en la puerta. Dos sirvientes conducían los dos caballos de carga con sus pertenencias. Miró desde el umbral la habitación vacía e impecable donde había vivido durante los últimos dieciséis años. Luego siguió a Lai

hasta la puerta. El emperador había llegado a la puerta y la había llevado a un nicho en el umbral. Abrazarla en público sería impropio, así que se besaron larga y apasionadamente. Él le deseó lo mejor, y además, ella estaba a solo cinco calles de distancia; se volverían a ver. La litera estaba escoltada por unos veinte jinetes, pero no se detuvieron en la puerta; en cambio, esperaron en el jardín del patio interior. Pyi, vestido con sus mejores galas, la ayudó a bajar de la litera y la condujo bajo una sombrilla. Ella esperó ansiosamente; Lai ordenó a los sirvientes que se encargaran del equipaje y se sentó un poco apartado en un banco de piedra. No apartó la vista de Li y su nuevo amo ni un segundo.

«Mi corazón estallaba de felicidad cuando Teng me enviaba a su mensajero, querida hermana». Li se dio cuenta de que él conocía su estrecho parentesco. «Teng había añadido una nota manuscrita a la impecable caligrafía del escriba; quizás no quería confiarle el documento. Escribió que si yo deseaba convertirte en mi princesa, él pondría todo en marcha». El general Pyi, de estatura similar a la de ella o a la de Teng, de complexión atlética y de la misma edad que el emperador, unos 40 años, tenía una apariencia agradable, un rostro amable y, sin embargo, irradiaba el aura de un poderoso guerrero. Li sintió de inmediato estas señales, la alegría en su corazón, el calor en su vagina y clítoris. Le sonrió amablemente. «El emperador no ha dicho nada sobre princesa; solo pensó que encajaría muy bien con tu grupo de esposas, concubinas y demás compañeras».

El general se quedó boquiabierto de asombro; solo entonces notó la picardía en sus ojos. Se rió dulcemente. «Teng me advirtió hace meses sobre tus pequeñas y encantadoras travesuras. Aquí estoy, un tonto, sentado con la boca abierta, preguntándome seriamente qué cuento mi primo te ha estado tomando el pelo». Se dio una palmada en el muslo, riendo, y luego sirvió un poco de jugo de frutas frío. Bebieron y él continuó. «Hay una razón por la que te recibo aquí en el jardín. Quiero que me conozcas un poco y decidas por ti misma si quieres entrar en mi casa, nuestra casa, o volver a la litera después de una visita amistosa. Esa es tu decisión, querida hermana. No te estoy comprando como si fueras un trozo de carne en el mercado. Ese no soy yo, así no es como te veo». A ella le gustaron sus palabras. Le pidió que le contara sobre sí mismo.

Se crió en la casa principesca de Ma'ang, rodeado desde pequeño de maestros que le instruyeron con esmero en escritura, literatura, historia, flora y fauna, astronomía, derecho y gobierno. Su padre, un gran general al mando de cien generales, quería abrirle los ojos al mundo entero, como hacía con todos sus hijos. Podía convertirse en emperador algún día con la misma facilidad que un ratón de biblioteca. A los doce años, la princesa con las alas de mariposa desplegadas lo convirtió en hombre, un acontecimiento que lo impresionó profundamente. «¡Así que mi madre era general!», interrumpió Li. Él asintió y continuó. Su hermano mayor, su padre biológico, se había encargado de que tuviera maestros que le instruyeran en el arte de la guerra. Era bueno en ello, entrenaba duro, y tras la muerte honorable de su padre, el nuevo príncipe, su hermano, lo incorporó al ejército. Ascendió de rango sin usar sus contactos; quería ganarse cada ascenso por sí mismo. Era férreo, invencible, y sus hombres lo adoraban, siguiéndolo a la batalla con gritos de feroz determinación. Durante los últimos diez años, había infundido terror en los corazones de las bandas de bandidos de Wu-Dan-Shan. Pero muchas bandas aún merodeaban por la región, acosando a la población local. Se entristeció aún más cuando, meses atrás, el emperador Teng retiró su orden de combatir a las bandas y le pidió en privado que se preparara para el cargo de Ministro de Guerra. Hizo una profunda reverencia y obedeció a su señor sin dudarlo. Se conocían desde la infancia; eran los mejores amigos entre los príncipes, educados juntos en Ma'ang por los mejores maestros. Teng había estado con él en la corte de la Princesa de las Alas Abiertas de Mariposa, quien había guiado a los dos jóvenes hacia la madurez, uno tras otro. «Tratábamos a tu madre con gran respeto porque fue la primera en tomarnos en serio y, con paciencia y generosidad, nos enseñó a follar toda la tarde, aunque por la noche estaba tan agotada que ya no podía mantenerse en pie». Después de eso, él y Teng se acostaron con todas las chicas juntos, con todas las criadas, con todas las hijas de los vecinos y con todas las damas respetables, incluso con las más fieles y castas, como hermanos; ¡era una cuestión de honor! Les importaban un bledo los rumores; se acostaron con todas las chicas, con todas las esposas respetables y con todas las dulces esposas y viudas de la ciudad. Solo se separaron cuando él se alistó en el ejército a los 17 años y Teng fue llamado al palacio. Él había regresado de la última campaña hacía solo

unos meses y se había enamorado aún más de la princesa Li cuando le entregó la espada del príncipe.

Era tan directa como Pyi; le contaba todo lo que no expusiera a nadie más. Había dormido con su madre hasta los doce años, y su madre le había enseñado a masturbarse cuando tenía unos cuatro, sin decirle lo inmoral e indecente que era. Siempre había presenciado actos sexuales, ya que su madre no lo ocultaba. También tuvo varios buenos maestros que principalmente le enseñaron a leer y escribir y debatían con ella sobre obras filosóficas y literarias durante horas. A los doce años, hubo una terrible discusión, y su padre, que había estado con ella hasta entonces, se enfureció porque su padre biológico era el joven príncipe de Ma'ang, tu hermano. Su madre la salvó y la entregó al tío Chan. Él desfloró a la dulce niña de doce años la primera noche y tuvo relaciones sexuales con ella a diario hasta que fue convocada ante el emperador a los quince. El tío Tschan, un gran erudito, la educó en muchos campos durante quince horas al día durante tres años, y ella se convirtió en concubina del emperador. Fue envenenado, la asesina emperatriz viuda y su canciller asesino fueron asesinados por patriotas en 14 días, y el príncipe de 17 años se convirtió en emperador. La mantuvo como concubina, pero él también fue asesinado. El nuevo emperador Teng decapitó personalmente al asesino, el canciller de Minh. Ella permaneció con el emperador Teng hasta el día de hoy. El emperador disfrutaba ocasionalmente cuando sus concubinas realizaban actos lésbicos para él, y ella participaba con gusto para complacerlo. El general Pyi permaneció en silencio durante un largo rato, pensativo, y luego le agradeció su franqueza. Ella no sabía si había un rastro de ironía en ello, pero no creía que fuera importante mencionar cada pequeño romance o el sexo con los guardias durante su baño matutino, por ejemplo; no decía nada sobre ella, su historia de vida o su carácter, así que ciertamente no sexualmente.

Pyi miró a Lai. «Tu sirviente no nos quita los ojos de encima ni un segundo, ¿no crees?». Le puso la mano en el brazo. «Pyi, mi querido hermano, este es Lord Bo Lai. Es mi guardaespaldas personal, y haría falta al menos un terremoto para que nos engullera o que el cielo se nos cayera encima para que apartara la vista un instante». El general sonrió. «Estamos en una de las casas más seguras de la ciu-

dad... ¿qué digo, de todo el imperio? Estamos hablando de madres que dejan que niños de doce años las follen hasta el cansancio, y de maestros que intentan explicar a los malcriados bastardos de familias ricas por qué las manzanas siempre caen al suelo y nunca suben a las nubes, pero tu fiel sirviente no se mueve ni un centímetro, protegiéndonos». La princesa rió, y el príncipe se unió a la risa.

Ella le hizo una seña a Lai para que se acercara. Él se deslizó más cerca. “Príncipe Pyi, quisiera presentarle a mi guardaespaldas, Lord Bo Lai.” El príncipe asintió a modo de saludo. “Bo Lai, veo que eres un luchador entrenado y que nunca pierdes de vista a tu señora ni un instante, como debe hacer un buen hombre.” Bo Lai miró brevemente a los ojos de Li y notó la picardía en ellos. “Mi señor, así es. Cumplo con mis deberes con toda la seriedad para la que fui entrenado. Soy como su sombra y nunca me separo de ella, excepto cuando orina, defeca o se agacha detrás de un arbusto para una rápida sesión de masturbación!” La expresión de Lai permaneció impasible, y la princesa Li soltó una carcajada. Al príncipe le tomó una fracción de segundo más, y luego él también rió a carcajadas. Lai le sonrió. “Perdóname, noble señor, ambos estaban muy serios en su conversación; quería aligerar un poco el ambiente.” El príncipe inclinó la cabeza una vez más. —No eres un sirviente cualquiera, Lord Bo, eso lo veo claro. Dime, ¿puedo echar un vistazo más de cerca a tu bastón, solo por curiosidad? —Lai hizo una reverencia y, con la mirada baja, le entregó su bastón de combate—. ¡Mi pequeño bastón, Lord Príncipe, mi pequeño bastón!

Pyi tomó el bastón y silbó sorprendido. “Solo he visto bastones de combate como estos en el Reino de Qin; la guardia real los lleva. Son más hábiles con ellos que otros con una espada”. Examinó el arma con atención. Miró a Lai, que seguía haciendo una reverencia. “Levántate, Lord Bo, ¿me equivoco?”. Lai se enderezó. “Vengo de Qin, me entrené para la guardia real y fabriqué mi propia arma, como todos los demás”. Esto era nuevo incluso para Li. El príncipe asintió con aprobación. “Madera de piedra, ahuecada y fundida en bronce. Recubierta en ambos extremos con dos anillos de hierro, esta con cuatro. Y los dos extremos tampoco son estándar”. Los ojos de Lai se iluminaron; ¡por fin, un experto! «Tallé trozos blandos de corteza de corcho de roble poroso en los extremos para que no se oyeran en el

liso suelo de mármol del palacio. Sin embargo, el rey de Qin quiere saber dónde están sus hombres. El emperador Teng siempre supo dónde estaba, y si los demás no lo saben, es una ventaja estratégica». Pyi blandió el bastón varias veces, y Lai lo atrapó en el aire. «¡No se lastimen, mi señor; los golpes pueden ser fatales!».

Pyi soltó una carcajada y le devolvió el bastón a Lai. «Durante la cena, el emperador Teng hizo que un cortesano contara la anécdota de que, durante los disturbios en tiempos de la emperatriz viuda mongola, los rebeldes irrumpieron en los aposentos de las mujeres para violar a las favoritas. Sin embargo, un hombre con un bastón los detuvo y los ahuyentó, dejando tras de sí veinte cadáveres, que apiló frente a él riendo a carcajadas. Los criminales se llevaron consigo a una docena de heridos, sin un solo hueso intacto. ¿No has oído esta leyenda, señor Bo?»

La princesa le dio un codazo a Lai. Lai puso cara de preocupación. «Siempre me permitían acompañar a mi emperador al campo cuando la princesa viajaba con él. Claro que siempre me sentaba en los escalones más bajos que conducían a las alcobas y cantaba hasta quedarme afónica, intentando que me oyeran por encima de los gritos mientras la princesa volvía loco al pobre señor con su vagina o sus labios. Oí a los campesinos y peones contar la historia de que los aposentos de las mujeres estaban custodiados por un monstruo terrible que mató a 37 hombres a la vez y apiló sus cuerpos. '¡Vamos!', rugió el monstruo, '¡vamos!, esta poca gente no es suficiente para mi desayuno'». Huyeron a toda prisa, dejando atrás a 37 hombres. ¿Y qué aprendí de eso? Que los cortesanos, por un lado, no saben contar y, por pura envidia, menosprecian las hazañas de un hombre honesto para no quedar mal ellos mismos. Y por otro lado, que los campesinos y los peones pueden contar su ganado con perfecta precisión, incluso cuando ven monstruos y espíritus malignos donde no los hay.

¡Sé perfectamente de qué hablas, valiente Bo! Mis envidiosos rivales corren al Emperador y le informan que he ahuyentado a un puñado de ladrones. Una vez, llevé los cadáveres de los ladrones al Emperador en una larga fila de carros tirados por caballos y exigí que los falsos mensajeros los enterraran ellos mismos. ¡Cómo nos reímos mis guerreros y yo al ver a esos caballeros rasparse las delicadas ma-

nos hasta ensangrentarse con picos y palas! ¡Aprecio que un guerrero no permita que se menosprecie su victoria, Lord Bo! Deberías haber visto al Emperador Teng, Maestro Bo; casi se cae de la silla plegable de la risa, pues ver a sus cortesanos sudar le producía una inmensa satisfacción. Lord Teng y yo bebimos vino e instamos a los débiles a seguir trabajando con diligencia; los muertos ya no los amenazarían. El Emperador nunca más recibió otro informe que el mío.

La princesa bebió su jugo de frutas y le preguntó a Pyi cómo estaba el palacio últimamente. Meses atrás, había acompañado al emperador, quien había tomado prestadas algunas de las armas del general para obsequiarlas a los invitados. El palacio estaba prácticamente vacío y desierto; ni los muebles, ni las mesas, ni los cojines ofrecían un espacio acogedor. Y el polvo y la mugre delataban que solo vivían allí soldados. El general estaba devastado. Sabía lo descuidado que estaba el hermoso palacio. Sin embargo, había preparado un ala para la princesa; los sirvientes habían fregado todo durante semanas, y cincuenta hermosos cojines y alfombras habían sido prestados apresuradamente del palacio imperial. Esperaba que la princesa amueblara las habitaciones con la mayor comodidad y calidez posible. Él era un soldado, y sus únicos lujos eran a veces una tienda de campaña y una fogata; ningún soldado necesitaba más. La princesa asintió. "¡Abre tus arcas, mi príncipe, porque ciertamente no viviré como una mendiga!" Pyi le aseguró que podía ordenar los artículos más finos y caros; Si fuera necesario, robaría a los bandidos de Wu-Dan-Shan si se le acababa la plata. Lai se había retirado de nuevo, y el príncipe y la princesa continuaron su conversación. Ella dijo que podía devolver la litera al palacio; estaba lista para entrar en su casa. Pyi suspiró aliviada y dio vueltas en una danza alegre. Todavía tenía algunas peticiones, por no decir exigencias. Había traído consigo a sus propios sirvientes: dos chicas y dos chicos. Debía prepararse una habitación para los cuatro, ya que las chicas estaban acostumbradas a que los chicos les calentaran las esteras. Le había preguntado al emperador Teng si podía quedarse con los dos cocineros que había contratado. El emperador había accedido a regañadientes durante las primeras semanas, ya que era difícil encontrar buenos cocineros. Pyi asintió en señal de acuerdo en pagar al emperador una suma adecuada por los cocineros y en acondicionar la cocina según sus instrucciones. «No tienes idea de cuánto anhelaba esto, querida hermana, que tomaras

el mando de la casa y la transformaras en un palacio cómodo y lujoso donde pudiera recibir incluso al emperador Teng». La princesa preguntó si tendría que lidiar con una ama de llaves o con una arpía, pero él sonrió ampliamente. Había pagado a las tres ancianas y las había echado; un general recién llegado no debería tener que lidiar con sargentos viejos y gruñones. Le había reservado la habitación más grande y había seguido el consejo de Teng de preparar una habitación para su guardaespaldas en la antecámara. Ella sonrió radiante, pues era perfecto. Notó su mirada y dijo, sonrojándose, que si tenía frío, Lai le calentaría la estera, y así era, por los dioses, mi querido hermano. Él le agradeció su honestidad; no tenía inconveniente en que recompensara a su fiel sirviente. Ella asintió en silencio y luego murmuró que solo el amor verdadero era capaz de recompensar sus servicios.

Apareció una sirvienta; los cocineros habían terminado y estaban listos para servir. Ella se puso de pie, tomó las manos de Pyi y lo miró a los ojos. «Entro en tu casa, nuestra casa, y te serviré fielmente, querido hermano». Él la tomó del brazo y la acompañó al gran salón. Estaba impecable, y el mármol relucía. Habían conseguido encontrar unas mesas con el sello imperial y habían colocado finos cojines. El general consideró la comida excelente y dijo que los cocineros estaban de servicio, sin más. Sabía que Li rara vez bebía, así que se sentaron juntos durante un buen rato, disfrutando de vino, zumos de frutas y dulces. Ella quedó impresionada por la educación del fiero guerrero y le permitió acompañarla a su habitación.

Ella disfrutaba de sus abrazos y besos; sin duda, él no era un inútil. Follaron con avidez y pasión, y ella susurró que él le recordaba al tío Chan, que también tenía un pene magnífico y era un gran amante. Ella asintió mientras él continuaba follándola durante su orgasmo y le preguntó si quería masturbarse con otro. La folló con fuerza con embestidas poderosas y solo se corrió después de su segundo orgasmo. Permanecieron entrelazados durante un largo rato, asegurándose mutuamente que dedicarían suficiente tiempo al amor y la pasión. Él pasaría gran parte del día en el palacio, preparándose para el Ministerio de Guerra. El actual Ministro de Guerra ya había servido a cinco emperadores y estaba completamente agotado; estaba ayudando a Pyi en todo lo que podía. Ella comenzaría de inmediato a restau-

rar el palacio y amueblarlo más tarde. Era casi medianoche cuando Pyi se fue. Llamó a Lai y se acurrucó junto a su amante. “Le conté toda la verdad a mi amo: que te acostarías conmigo por la noche y velarías por mí mientras duermo. Un sirviente cariñoso vale mil veces más que uno que simplemente recibe un salario. Tengo 30 años y quiero acostarme con mi amante, ya sea en el palacio o en los establos.” Susurraron un rato más; ella comentó que Pyi tenía un pene grande y hermoso como el del tío Chan y que era igual de bueno en la cama. Estaba muy segura de que las cosas les irían bien con el señor Pyi. Lai dijo que servir a un verdadero guerrero y experto era fácil para él; él mantendría alejados de ella a todos los falsos cortesanos.

Comenzó a restaurar el palacio con un torbellino de energía. Dos semanas después, llegó Ayla, la hermana menor de Pyi. Todos sus hermanos habían caído, y Pyi era ahora el príncipe. La princesa invitó a Ayla a tomar el té, aprovechando para conocer a la hermana favorita de su señor. Ayla era una chica guapa, de 23 años, delicada y aparentemente tímida. Pero era una mujer que sabía que tenía que conseguir lo que quería. Desde el principio, fue abierta y sincera con Li; eran de la misma sangre, hermana menor y hermana mayor.

Hasta los doce años, Ayla se acostó con sus criadas, quienes le enseñaron la práctica inmoral e indecente de la masturbación sin marido, y la niña sucumbió por completo a este vicio pecaminoso. Tenía una uña de acero afilada que usaba para curvar el dedo mientras se masturbaba, y durante el orgasmo, se pinchaba el himen, dejándolo cicatrizado y duro como el cuero. A los doce años, decidió acostarse con su amado hermano y dejar que la desflorara. Él fracasó debido a su himen endurecido, y una criada tuvo que cortarlo parcialmente con tijeras, momento en el que Ayla la ahuyentó. Entonces Pyi desfloró a su hermana pequeña, y desde entonces, ella tenía relaciones sexuales con él todas las noches cuando él estaba en casa.

Cuando Pyi estaba de patrulla o decapitando enemigos, Ayla dejaba entrar en su cama a los jóvenes pajes, de doce y trece años. Tres o cuatro muchachos retozaban en su estera, turnándose para follarla mientras ella se masturbaba. Había obedecido el decreto de Pyi de que esta era la única forma legítima de masturbarse. Retozaban en su estera y crecieron juntos. A los dieciséis, llevaba a sus pretendientes

a su cama uno tras otro, pero les prohibía, bajo pena de ley, eyacular dentro de ella. Colocaba un reloj de arena, y quien lograra follarla durante treinta minutos recibía una moneda de oro como recompensa. Muchos muchachos fuertes apenas lo conseguían; sacaban sus penes a tiempo y se les permitía follar y eyacular dentro del sirviente que yacía a su lado, observando a Ayla masturbarse. La princesa Li y Ayla rieron a carcajadas cuando Ayla describió cómo, tras el primer chorro satisfactorio, su amante, con los ojos muy abiertos por el miedo, se había sacado el pene y se lo había sujetado con los dedos para evitar que eyaculara por todas partes, jadeando mientras buscaba el coño de la sirvienta. Ayla, que tenía una fuerte inclinación lésbica, lo obligó a follar a la sirvienta como es debido y la masturbó con mucha fuerza; le encantaba ser dominante.

La historia del Semental de Siete Dedos era hilarante. Este admirador se acostó con Ayla hasta que enloqueció, pero eyaculó todo su semen dentro de la chica que gritaba. Como escarmiento, ella le cortó un dedo. El Semental de Nueve Dedos volvió a probar suerte; se acostó con ella maravillosamente, y la princesa gritó de orgasmo, pero de nuevo fracasó, eyaculando su semen en chorros amplios y fuertes dentro de la chica que gritaba. Tuvo que sacrificar otro dedo, pero no perdió su espíritu de lucha. El Semental de Ocho Dedos entró en la competición; se acostó con la chica que se estaba masturbando de nuevo hasta que enloqueció, eyaculó y perdió otro dedo. Sin embargo, los sirvientes nunca permitieron que el Semental de Siete Dedos volviera a competir; Ayla se lo había prohibido. La princesa Li se secó las lágrimas de risa de los ojos.

A los 16 años, Ayla comenzó a bordar seda. Las damas de la corte vestían mantos de seda lisos o con horribles formas geométricas, una moda que había llegado desde Japón hasta los cielos. Ayla, sin embargo, fantaseaba con dragones, el venerado espíritu del fuego celestial, mientras se masturbaba. Durante dos años practicó y quemó sus diseños. Luego creó un manto para una dama de la corte que cautivó a todos. Un manto de seda rojo fuego adornado con un dragón dorado de tres metros de altura que escupía fuego. Cuando la dama se envolvió en el manto, el dragón se aferró posesivamente a sus pechos desnudos. Un murmullo recorrió la corte; todas las damas, jóvenes y mayores, deseaban este magnífico dragón. Estaban decididas a des-

cubrirse los pechos y clavar las garras del dragón en ellos. Pyi reconoció a la artista y contrató a cuatro o cinco bordadoras para realizar el trabajo a gran escala. Pyi fijó precios exorbitantes; al menos las bordadoras recibirían una paga principesca.

Ayla alcanzó la cima, incorporando sus fantasías de masturbación a sus bordados. El dragón estaba follando a la portadora de la capa. Su cabeza ya no se acurrucaba tiernamente contra su cuello; en cambio, arqueaba su poderosa cabeza que escupía fuego hacia atrás, rugiendo en un orgasmo. Su poderosa cola humanoide palpitaba dentro de una vulva realista, visible bajo unas nalgas exuberantes hechas de nubes blancas. Cuando la portadora de la capa se movía, el dragón también se movía, follando las nubes. Las damas pagaron precios astronómicos en la subasta de las capas de dragón, que Ayla había inventado y que aún existen hoy. Su cofre del tesoro se llenó y rebosó. A las mejores bordadoras se les permitió decorar el dobladillo; las 827 posiciones sexuales adornaban los bordes como miniaturas, pequeños dragones follando apasionadamente a pequeñas niñas desnudas. Incluso el emperador Teng ordenó una capa exorbitantemente cara, de cinco metros de largo, como regalo para la emperatriz del emperador de Nihon, y el embajador informó que las damas de la corte japonesa casi se desmayan. En Japón, no eran tan abiertos en cuanto al sexo, y las cosas solo se calmaron gradualmente cuando las damas de la corte japonesa también lucían dragones sexualmente provocativos alrededor de sus cuerpos, cuyas garras se clavaban en sus pechos vergonzosamente expuestos.

El embajador japonés visitaba a Ayla con frecuencia, ya que las elegantes damas le daban en secreto diseños o descripciones de bordados perversos. Ella hacía todo lo posible y se regocijaba en secreto cada vez que lograba hacerlos aún más perversos. Había aprendido que las mujeres japonesas adineradas no iban desnudas bajo sus vestidos como incluso las mujeres chinas más distinguidas, sino que usaban una especie de taparrabos como última línea de defensa. El embajador le trajo con gusto algunas muestras. Las más largas eran para el uso diario, las más cortas para momentos íntimos. Ayla llamó a la bordadora más joven, quien tuvo que desvestirse por completo, y el joven agregado le ató varios taparrabos. Ayla comprendió su función. El agregado explicó que los más largos estaban hechos de algo-

dón o lino grueso porque las damas usaban el extremo para limpiarse después de orinar. Los más cortos estaban hechos de lino liso o seda, pero tenían un corte a la moda.

Ayla le dijo al agregado que se desnudara y se parara frente a la vagina de la chica. Se arrodilló junto a la bordadora con la vara de medir. Como todos los hombres japoneses con los que se había acostado, tenía un pene pequeño y de forma juvenil. Ayla lo frotó brevemente para que se pusiera erecto. El embajador miró el papel tapiz; se consideraba impropio mirar abiertamente. Ayla fingió medir las longitudes y distancias correctas, pero en realidad, había estado discutiendo con la chica esa misma mañana porque no tenía relaciones sexuales con la suficiente frecuencia. Fue una broma traviesa que se le ocurrió espontáneamente a Ayla. Empujó el pene dentro de la vagina, rápido, más rápido y muy rápido. El agregado eyaculó de placer. Ayla midió de un lado a otro nuevamente, luego agarró el pene y lo empujó dentro y fuera enérgicamente. Obviamente tenía mucha hambre, al igual que ella, pero no se atrevió a masturbarse. Temblaba y se estremecía, anticipando su orgasmo. Ayla intentó retrasar su eyaculación hasta que ella terminara de tener un orgasmo, y luego rápidamente le permitió eyacular.

Su pene permaneció rígido, y ella lo introdujo profundamente para darle un minuto de descanso. Ayla hacía rato que había dejado de lado la vara de medir y ahora estaba concentrada únicamente en el movimiento de entrada y salida. El embajador estaba distraído por el papel tapiz, y Ayla sintió que estaba a punto de eyacular. Soltó su pene y murmuró: “Puedes continuar o parar”. El agregado susurró: “¿Quieres más?” y ella susurró de vuelta: “¿Puedes más?” Él susurró rápidamente: “Sí, por supuesto, ¡aún no he venido!” Ella respiró hondo: “¿Quieres venirte?” Ayla levantó la vista; su delgado pene todavía estaba dentro de ella. Él susurró: “¡Quiero venirme otra vez, de verdad que sí!” Ella ya estaba satisfecha después de su orgasmo, pero respiró hondo: “No debemos hacer ruido, así que date prisa y ven adentro, ¡hoy no es peligroso!” Él pareció ajeno a su rechazo y folló en silencio, solo sus nalgas se balanceaban de un lado a otro. La chica volvió a excitarse, pero no se atrevió a masturbarse. Molesta por esto, Ayla se frotó el clítoris. Cuando él apretó más fuerte las nalgas de la chica, Ayla alcanzó el orgasmo; segundos después, él eyaculó con una

sonrisa de satisfacción. Los dos se vistieron, el joven hizo una reverencia japonesa, solo desde la cadera, y la chica sonrojada salió corriendo al ver un guiño de Ayla. Ella le pidió al embajador que le diera un mes.

La emperatriz de Japón se quedó boquiabierta al ver los taparrabos eróticos, a veces incluso perversos, de Ayla. El embajador traía un lote de pedidos cada dos días, con diseños que iban de lo perverso a lo francamente obsceno. Cincuenta bordadoras trabajaban sin descanso; había valido la pena regalarle a la emperatriz estas seductoras prendas. La noticia se extendió como la pólvora por la corte japonesa, las casas patricias y otras ciudades. Ayla pagaba aún mejor a las bordadoras; las cajas registradoras no paraban de sonar. Japón pagaba con oro y plata.

Ayla quedó embarazada de Pyi y casi explotó de deseo sexual. Se masturbaba sin cesar, mientras que sus amantes ahora tenían permitido tener relaciones sexuales incondicionales con ella. Cada noche se acostaba con Pyi y le rogaba a su hermana mayor, el Hermano Pyi, que no la agotara por completo. La Princesa Li la abrazó con lágrimas en los ojos, tan orgullosa de su hermana menor, que dio a luz al fruto de su amado señor. La Princesa Ayla dio a luz a un magnífico y sano niño y lo llamó Long, el Dragón. El Príncipe Long fue reconocido por decreto imperial como el legítimo heredero al trono de la Casa de Ma'ang. El Emperador Teng escribió en el decreto que un príncipe anónimo de Ma'ang y la Princesa Ayla de Ma'ang eran los padres legítimos. Ayla bañaba a Long y tomaba su gran y carnoso pene en su boca; succionaba y lamía al bebé, al niño y al muchacho hasta que, a la edad de nueve años, aprendió a eyacular en su boca. Ella lo convirtió en hombre a los nueve años, y él tuvo relaciones sexuales con ella todas las noches hasta que fue llamado al palacio a los 24. A los 30, ascendió al trono del Cielo como el Emperador Long. Fue un emperador bueno y popular que reformó el sistema legal y prometió justicia a todos los chinos, independientemente de su origen. Reinó durante 50 años, aniquilando brutalmente a los bandidos de Wu Dan Shan, causando la muerte de la mitad de la población en el proceso. Solo unos pocos bandidos permanecieron como piratas en las costas, pero eran impotentes e insignificantes. El pueblo llamaba al Emperador Long el Emperador de las Mil Vírgenes, y los archivos de la corte

enumeraron 834 bastardos cuando murió. Pero retrocedamos en el tiempo, digamos que el Emperador Long todavía era un bebé.

El Ministro de Guerra

Pyi estaba muy feliz con la princesa Li, quien hacía que su palacio brillara como el palacio imperial. Organizaba banquetes solo para ser admirado y envidiado por su favorita. El emperador Teng abrazó públicamente a su amigo Pyi y se alabó a sí mismo por nombrarlo nuevo Ministro de Guerra. El emperador ofreció un suntuoso banquete para despedir al viejo y siempre fiel Ministro de Guerra. Toda la corte, junto con sus esposas o favoritos, fue invitada, y el Salón Celestial de mármol estaba repleto. Con el anciano invitado de honor, casi sordo, a su lado, el emperador Teng se levantó y pronunció un discurso de cuatro horas en su honor. Todos guardaban silencio para escuchar cada palabra o estallaban en un aplauso atronador cada vez que el emperador, con una sonrisa irónica, contaba un chiste. El anciano simplemente asentía, saludaba agradecido y lanzaba besos a las damas con poca ropa, quienes, por orden de la corte, eran más propensas a desvestirse que a vestirse. Queremos escuchar el discurso de Teng.

El Ministro de Guerra se había labrado una gran reputación siendo un joven aristócrata cuando, como general en el frente, derrotó tan contundentemente a los mongoles del norte que estos se ocultaron durante cien años. Entró triunfalmente en la ciudad imperial de Chang'an y, pocos días después, fue nombrado Ministro de Guerra, sirviendo bajo cinco emperadores. A sus veintitrés años, pronto se ganó el favor de las damas de la corte; era invencible en el combate singular y dejaba inconscientes a maridos celosos, además de abatir con su espada a enemigos acérrimos e individuos envidiosos. El emperador lo aprobaba, pues todos ellos eran sus enemigos, pero un emperador no tenía permitido participar en combates singulares salvo con el maestro de esgrima. El emperador estaba encantado con él, al igual que los miembros del gabinete, pues a pesar de su juventud era sabio y astuto como un erudito. Los militares también se enorgullecían de él, pues cuidaba de sus hombres como si fueran hermanos. Y las damas, el emperador Teng rió entre dientes, bajando la voz, las damas clamaban por él, y no era raro que las peleas, que parecían furias, terminaran en algo más que rasguños alrededor de su alfombra. Era evidente que no podía simplemente doblegar a los mongoles; no,

incluso las esposas más castas, devotas y gráciles se arrodillaban ante él para complacer a su séquito. Las tenía a todas: las santas y monjas, así como las esposas e hijas de ministros y funcionarios de la corte. Incluso en los aposentos imperiales de las mujeres, se le permitía pavonearse sobre las alfombras cuando el emperador no tenía tiempo para sus damas. Él era, dijo el emperador Teng con una sonrisa, el alma de la corte, quien conjuraba sonrisas soñadoras en los labios de las damas y poblaba la corte con muchos bastardos. El público se puso de pie en un sonoro aplauso, y las últimas damas se desnudaron, pues el emperador no se anduvo con rodeos con sus palabras terrenales y chistes picantes. El emperador alzó la voz y continuó.

El tercer emperador estaba harto y lo convocó a una audiencia privada. Solo el viejo canciller tenía permitido estar presente. El emperador le prohibió al joven tener relaciones sexuales con las santas mujeres, y él asintió humildemente. También le prohibió tener relaciones sexuales con las monjas; asintió humildemente. El emperador se aclaró la garganta; las damas de la casa imperial lo tenían como su amo. El joven se entristeció, pero asintió humildemente. El emperador bebió una copa de vino y se aclaró la garganta a fondo. La emperatriz, la grácil, era su esposa y consorte; ahora estaba completamente prohibida para él, balbuceó el emperador. Ella no era para el sexo, la encantadora emperatriz; había dado a luz a un heredero varón y al heredero al trono; por lo tanto, como ya se ha dicho, no era para el sexo. Era un símbolo sagrado para el pueblo, y por lo tanto no era para el sexo, al menos no más, no de nuevo. Tenía que mantenerse alejado de su alcoba, por mucho que deseara acostarse con la emperatriz. Tenía prohibido cruzar su umbral a menos que ella lo llamara, pues eso sería una orden imperial. Las lágrimas corrían por las mejillas del joven ministro, pero era un soldado obediente y le prometió al Emperador que se iría antes de que se le permitiera marcharse. Evitaba obedientemente a las mujeres santas, bajaba la mirada ante las monjas y pasaba en silencio. Evitaba el burdel imperial y miraba humildemente al suelo cada vez que una concubina intentaba seducirlo. Ya no visitaba a la lujuriosa Emperatriz, y ella preguntó ansiosamente al Canciller si el apuesto joven estaba enfermo. El Emperador Teng miró severamente a su alrededor; uno podía convertirse en traidor, incluso con las mejores intenciones. Los cortesanos inclinaron la cabeza; ¿qué intentaba decir el Emperador?

Él notó su confusión y continuó. El canciller hizo una reverencia a la emperatriz y le comunicó la orden del emperador. «¡Si eso es todo!», exclamó ella y mandó llamar al joven. «Aquí debo contarles más sobre esta emperatriz, queridos amigos», dijo el emperador Teng. «Injustamente la llamaban la señora del cielo. Pero era una santa, digo yo. Desde pequeña le enseñaron que las muchachas virtuosas y decentes no se masturban solas, solo por placer, sino únicamente durante el sexo, como las mujeres chinas honestas y virtuosas. La niña asentía y ordenaba a sus compañeras de juego que tuvieran sexo con ella, pues amaba los orgasmos y la masturbación. Se convirtió en emperatriz según lo planeado, le dio al emperador un hijo y heredero, y el emperador la abandonó, encerrándola en una jaula dorada. A ella no le importaba; muchos, muchos amantes tenían sexo con ella cada vez que sentía ganas de masturbarse. Sentía ganas todos los días». Residía en su cama, sobre cien almohadas de seda, y charlaba con sus amantes, admiradores y pretendientes.

Los dioses se peleaban entre sí, azotando la tierra con granizadas, lluvias torrenciales e inundaciones. Los espíritus, con sus almas negras como la noche, se frotaban las manos mientras la caza huía de los bosques, el granizo mataba al ganado, los huracanes destrozaban los graneros y el trigo era arrastrado por las inundaciones. La gente moría de hambre, comiendo piñas, hirviendo agujas de pino, y los niños masticando el cuero de sus sandalias. Los espíritus benévolos y los dioses amantes de la paz despertaron la bondad en el corazón de la Emperatriz. Mientras que antes había vivido una vida muy superficial, preocupada solo por ser follada y masturbarse, las diosas le abrieron los ojos. Se horrorizó al ver que la gente moría de hambre, que morían como moscas. Golpeó el suelo con el pie, gritó hasta quedarse ronca y despertó a los sirvientes aletargados. Compró todas las reservas de arroz y estableció grandes cocinas en la ciudad imperial y en los suburbios. Vendió todas sus joyas y envió a su gente más allá de las fronteras, hasta los confines de la tierra en el río Mekong, y compraron carros cargados de arroz, aves y pescado para que los hambrientos pudieran tener un plato de arroz y un trozo de carne o pescado. Fue al tesoro del emperador. «Si tu gente allá afuera muere de hambre», le gritó al emperador tembloroso, «entonces pronto no te quedará gente, entonces serás el emperador de la nada, ¡el emperador de absolutamente nada!». El emperador obedeció a su esposa

enfurecida, abrió sus arcas y compró arroz y aves del Mekong y más allá. Las grandes cocinas humeaban día tras día, y después de un año la hambruna terminó. El país se recuperó, y la emperatriz felizmente se entregó a su vicio. Pero ahora volvamos a nuestro querido ministro.

Sirvió a cinco emperadores, se preocupó por el bienestar de sus soldados y, con toda razón, podía exigir que nos trajeran las cabezas de nuestros enemigos en picas. Fue un buen ministro que administró sus recursos con prudencia. Jamás aceptó ni la más mínima moneda de cobre, jamás se dejó sobornar y solo disfrutaba de los placeres sexuales en privado, sin permitirse jamás ser sobornado con ellos; algo que no puedo decir de muchos de ustedes.

Lo dejo en libertad para que disfrute de su merecido retiro y ahora les pido a todas las damas que se acerquen a él y le ofrezcan sus hermosos senos, para que pueda despedirse como es debido de sus cuerpos, ¡a los que ya recuerda con cariño!

Esta era la orden del Emperador, un acontecimiento inaudito en el palacio celestial. Las mujeres rodearon al anciano; tenía cientos de pechos para acariciar y besar, y aquellas mujeres honestas le ofrecieron sus vulvas para que pudiera tocarlas por última vez. El Emperador se sentó y vertió el vino en su garganta reseca. Le había concedido al anciano su último deseo. Había ampliado el burdel favorito del anciano, donde lo bañarían, engrasarían y perfumarían a diario antes de que las muchachas más dulces del establecimiento se acostaran a su lado y lo entretuvieran con música, bailes, poemas y cuentos obscenos, haciendo todo lo que hacen las muchachas. Su mayor deseo era cerrar los ojos en los brazos de las odaliscas más gráciles y apresurarse a reunirse con sus ancestros.

La princesa Li se había sentado junto a Pyi y el Emperador. No tenía nada que ver con el viejo ministro y no le ofreció ni pechos ni cuerpo. Pero se había sometido a las normas de la corte y se había envuelto en una transparencia absoluta, disfrutando de las miradas de admiración de los caballeros y algunas damas. La conferencia del Emperador la había entretenido más que en mucho tiempo. Miró a su amo, Pyi, que brillaba orgulloso con sus nuevas vestiduras minis-

teriales, y al otro lado, sostenía la mano de Ayla, que tenía al pequeño señor Long en su regazo. Discretamente y en secreto, los dedos de Ayla habían seguido el dobladillo de su falda. Ayla no llevaba blusa, y sus pezones rígidos temblaban de excitación mientras, guiando en secreto la mano de Li, se entregaba al juego de sus dedos, temblando apenas y estremeciéndose invisiblemente en el clímax. Li hizo todo lo posible por mantener el secreto de Ayla. Solo Ayla se atrevió a masturbarse en secreto durante el banquete del Emperador, y solo la intrépida Princesa Li se atrevió a acariciar a escondidas las joyas de Ayla. Solo el Emperador lo notó y sonrió; ¡algún día tendría a Ayla!

Dos años transcurrieron en silencio. Un tocón de árbol despojado de hojas había sido plantado en el patio para Lai, donde él luchaba con él durante una hora al mediodía, con el torso desnudo. Li luchaba a su lado, también con el torso desnudo, practicando con su pequeña espada, el rayo a la luz de la luna, como la había llamado Pyi. Ella le creía a Lai cuando decía que solo la práctica constante podía familiarizarse con el arma, convertirla en una verdadera parte del cuerpo. Día tras día, Li sentía que la espada se fundía con su brazo.

Ayla había crecido durante el embarazo y la maternidad. Había montado un taller en cuatro habitaciones donde entre 25 y 30 bordadoras producían las capas de seda, de un precio exorbitante. Más de la mitad se enviaban al Imperio Nihon; toda mujer japonesa elegante de la época poseía al menos una. Ayla pagaba muy bien a las bordadoras y llenaba sus propias arcas. Quién sabe, tal vez algún día necesitaría dinero para comprarle a Long los mejores maestros del imperio. Noche tras noche, seguía acostándose con Pyi, con los niños en sus brazos. Cuando Pyi no estaba, admiradores y adoradores se acostaban con ella. Aunque había sido infértil desde el difícil parto, se había convertido en una belleza sin igual. Incluso el emperador Teng la había invitado a cenar. Puede que Ayla no fuera tan sofisticada en la cama como sus concubinas, pero rebosaba de gracia natural y pasión pura, y claramente le encantaba masturbarse.

La campaña

Pyi consultó con su amigo de la infancia, Teng, quien era su emperador y señor. Los intrépidos generales partieron llenos de espíritu combativo y regresaron derrotados. Las descaradas bandas de la provincia de Wu-Dan-Shan habían formado verdaderos ejércitos y avanzaban cada vez más cerca de la ciudad imperial de Chang'an. Pyi estaba furioso. ¡El ejército imperial no podía fracasar ante una horda de inmundos bandoleros! Los bandidos solo querían robar, violar y extorsionar tributos; no querían ni estado ni emperador. Pyi había tomado una decisión, aunque Teng se oponía. Dejó el ministerio en manos de un adjunto y lideraría a sus hombres, las tropas imperiales, contra los bandidos. Era el general idóneo para el puesto. El emperador Teng no pudo disuadirlo; todos los hechos apuntaban a favor de Pyi. Lo nombró mariscal de campo y le confió la selección de las tropas. Pyi observó a los soldados durante cinco días y formó tres escuadrones de 1000 hombres cada uno. Llamaría al segundo y tercer departamento si lo considerara necesario.

Pyi tenía una tropa privada de unos 40 hombres, todos veteranos curtidos en batalla que obedecían cada una de sus órdenes y podían comandar la primera fuerza en parejas. Los 40 hombres llegaron al palacio, y la princesa Li se resistió. No estaba dispuesta en absoluto a esperar allí en el palacio a su señor y hermano. Él era su único amo, y su lugar estaba a su lado, y el lugar de él estaba en su estera. Si él pensaba que ella aceptaría pretendientes de segunda categoría como sustitutos, estaba muy equivocado, a kilómetros de distancia. Pyi no lo había previsto así e intentó salir de la situación como fuera. ¡Oh, dioses!

Ella iría con él, dormiría en la tienda como todos los demás, comería estofado de frijoles y lucharía como todos los soldados si veía a un bandido. Tenía una espada y aprendería a montar a caballo. Pyi fue quizás un poco arrogante cuando lo acorraló. De acuerdo, dijo él, si podía montar en 24 horas, podría ir a la batalla. Sabía lo inútiles que eran los instructores de equitación de la ciudad y confiaba en su posición. La princesa Li exclamó, con los ojos brillantes, pasando por encima de sus hombres espadachines, que no podían comprender por

qué su general se enzarzaría en una discusión a gritos con una muchacha. Li actuó por impulso y dejó caer la manzana que sostenía. Un viejo barbudo la recogió rápidamente y se la entregó. Ella no le dio las gracias, pero lo agarró de la manga. “¡Vienes conmigo, vamos a los caballos!”. Se marchó a grandes zancadas, arrastrándolo consigo. Pyi lo había visto todo y supo de inmediato que podría montar al día siguiente.

Pyi agarró a Lai por la manga. «Suéltala, Maestro Bo, está a salvo con él, ¡y te necesito ahora mismo!». Lai vaciló apenas un instante; el Maestro Pyi tenía razón, la princesa estaba en buenas manos. Ya se había dado cuenta de que esos cuarenta hombres eran de una pasta diferente, quizás incluso de acero. Siguió al Maestro Pyi, quien lo condujo a su famosa colección de armas. «Irás adondequiera que vaya la princesa, y sé que para mañana habrá aprendido a montar a caballo. Solo yo sé lo letal que es tu bastón, pero mis guardias no. Te tomarán por un sirviente y no te tendrán respeto, al menos no hasta el primer combate. Todos mis guardias llevan dos espadas, al menos una daga y una lanza cuando van a caballo. Son hombres formidables, Maestro Bo, y confiaría mi vida a cada uno de ellos. Te lo ruego con todo el respeto, Maestro Bo, por favor, elige una espada. Aunque no la uses, hazlo por el respeto de mis hombres». Bo Lai asintió inmediatamente. “Tiene razón, General, necesito una espada. ¿Puedo elegir una yo mismo?” Pyi asintió y se adelantó. Caminaron junto a cientos de espadas y otras armas, Lai deteniéndose aquí y allá para sopesar una espada en su mano. Llegaron al final del pasillo, y Pyi lo miró con curiosidad. Lai dijo con una sonrisa: “He encontrado una espada muy buena, pero no tiene cinturón ni piedra de afilar. Así que necesito ambas”. Pyi asintió. “¡Toma, Maestro, toma todo lo que necesites!” Si pensaba que Lai tomaría la espada, se equivocaba. Lai se movió rápidamente. “No quiero hacerle perder el tiempo”. Tomó uno o dos cinturones. “Están todos desgastados”, dijo, y los volvió a colocar. Sacó un cinturón y desenganchó la espada. “La espada es una copia barata, pero el cinturón es sólido, el cuero firme y relativamente nuevo. Las piedras preciosas son solo baratijas, ¿debería sacarlas?” Pyi negó con la cabeza; sería una pérdida de tiempo. Considera las piedras como dinero, algo que podrías usar en un largo viaje. Lai se puso el cinturón; le quedaba bien. Abrió el compartimento para la piedra de afilar, pero estaba vacío. Fue al estante de la pared donde

había cientos de piedras de afilar. Encontró rápidamente una que aún estaba en buen estado y la puso en el compartimento. Luego salió y caminó con determinación hacia un estante. Tomó la espada en su mano; era ligera como una pluma y de longitud modesta. La sacó de su vaina ornamentada; era una hoja de acero de Damasco. Pyi silbó entre dientes. “Una buena elección, una muy buena elección”, dijo. “Perteneció a un mercenario de Constantinopla que cayó a mis manos, pero no puedo decirte dónde está ese reino”. Lai dijo que había leído sobre la magnífica ciudad imperial en su juventud; se encontraba en una costa lejana en el oeste, donde nuestros barcos no podían llegar. «Espadas como estas, surcadas como por nubes oscuras, provienen del reino de Damasco; se consideran las mejores espadas de Occidente. Flexibles, afiladas como navajas y rara vez se rompen». Examinó la hoja con atención. «Uno o dos días bastarán para afilarla correctamente. No se ajusta perfectamente al cinturón; con su permiso, iré al armero y usaré el martillo. Estará lista mañana por la mañana». El general Pyi asintió y se dispuso a marcharse. Lai permaneció de pie. «¿No dijiste que tu caballería llevaba lanzas?», preguntó. Pyi se detuvo. «Aquí no tengo lanzas; esas de allí son solo ridículos mástiles». Lai dio unos pasos y regresó con una lanza de jabalí. «Sé que es para cazar jabalíes, pero una vez que el armero la haya revisado, ¡sembrará el miedo y el terror y esparcirá vísceras, por Dios!». El mariscal de campo Pyi asintió con entusiasmo: «Yo también lo creo, ¡y ninguno de mis hombres te confundirá con un pulidor de cubiertos! ¡Ja, esto será divertido!». Tomó del brazo a Lai y lo acompañó al armero. Le dio instrucciones para que ayudara al maestro Bo en todo. Se marchó, pues la partida era en cinco días y aún quedaba mucho por hacer.

Li dejó que el viejo caballo de guerra le enseñara a montar. Tiró la sucia manta del caballo al suelo; no pensaba sentarse en algo tan sucio. El hombre recogió la manta y la puso sobre el caballo. “¡Pon algo entre las piernas, o tu amante solo encontrará carne picada esta noche!”. Ella vaciló; tal vez tuviera razón. Se quitó la camisa; eso debería bastar. “¿Qué?”, gritó groseramente, “¿Es que Su Gracia nunca ha visto los pechos de una muchacha, o debería traerle una escupidera, campesino baboso?”. Inmediatamente se arrepintió de su arrebato, pero él solo murmuró sobre la lástima que sería para sus magníficos pechos si yaciera muerta en el campo de batalla. La ayudó a subir al

caballo. Ella se resbaló de nuevo. Él asintió satisfecho; debería poder montar sola. Aprendió, se metió la camisa entre las piernas y practicó. Cabalgó hasta el anochecer, bebió una taza de agua y volvió a montar el caballo. Cabalgó toda la noche, cabalgó sola y cabalgó con él. Mandó cambiar las antorchas, bebió un vaso de agua como su maestro y cabalgó con él en la noche. «Tampoco hay antorchas en el bosque, ¡así que sígueme si tienes agallas!». Él la guió por senderos, a través de campos y por el bosque. Ella se mantuvo pegada a él y no dejó que la soltara. Lo animó: «¿Qué más necesito saber? ¡Cruzar a caballo a galope tendido! ¡Parar! ¡Desmontar y saltar sobre el caballo al galope!». Regresaron al amanecer, ambos cabalgando como demonios, y detuvieron a los pequeños caballos mongoles a un palmo de los escalones. Pyi se sacudió el polvo que se arremolinaba en sus ojos. El anciano se encogió de hombros. «¡Ella sí que sabe montar, General, maldita sea! ¡Mira esos carlinos! ¿De verdad quieres llevártelos?». La princesa exclamó: «¡Por una vez, nuestro señor no decide, yo he decidido!». Se bajó de la bicicleta y corrió pasando junto a Pyi hasta su habitación. Se dejó caer sobre las almohadas y se durmió al instante.

Lai la despertó por la mañana, la desnudó y la llevó a la bañera. “¿Te duele algo?”, preguntó con ansiedad, y ella respondió con voz débil que ya no sentía el ano, a pesar de haberse puesto la camisa debajo de las nalgas y la vulva. También le dolían los pies por los estribos. Él asintió. “Tu ano tendrá que acostumbrarse, y tendrás que ponerte una almohada gruesa debajo de la vulva, si no, te dolerá muchísimo. Pero no te tienen que doler los pies. Los chinos usan estribos de cuero, que, sin embargo, aprietan los pies. Nosotros en Qin usamos estribos de madera, como los mongoles. Tallaré algunos para los dos. No sé si los demás los usan, y no me importa. Tú y yo, eso es lo único que importa”. Llamó a las criadas y se marchó.

La princesa Li estaba lista; Lai había fabricado un estribo de madera que encajaba en las presillas de cuero. Su aspecto marcial, con su cinturón de armas enjoyado, su lanza de caza afiladísima y su magnífica espada, lo hacía indistinguible de los cuarenta espadachines, cada uno con sus propias armas de aspecto peligroso. El mariscal de campo Pyi, a quien todos llamaban el General, los dividió en parejas. Él solo contaba con cuatro guardaespaldas, la princesa y Lai.

El ejército imperial de mil hombres se dividió en diecinueve escuadrones y la campaña comenzó.

No duró tres semanas, ni tres meses, sino tres años completos. Rodearon aldeas o distritos individuales, masacraron a todos los bandidos y se aseguraron de que una administración funcional asumiera el poder en un solo día. Fue un trabajo arduo; el mariscal de campo Pyi habría preferido enfrentarse a un frente de bandidos, darles una paliza en tres horas, tres días como máximo, y regresar a su hermoso palacio. Se arrodilló en su tienda, marcando aldeas y distritos en un mapa. Los bandidos estaban demasiado mal organizados como para descubrir su plan. Rodeó las áreas más pequeñas y mató a todos los bandidos que había en ellas. Las áreas formaron dos pinzas de cangrejo semicirculares, abiertas solo hacia las montañas Wu Dang Shan. Las pinzas se cerraron lentamente; el mariscal de campo Pyi tuvo que pedir refuerzos porque las tropas imperiales morían demasiado rápido. Tuvo que incinerar a un espadachín tras otro; se emborracharon y marcharon al día siguiente. Pyi, su guardaespaldas, la princesa y Lai cayeron por la espalda como una tormenta eléctrica sobre los ladrones rodeados y los masacraron.

La princesa dormía con Lai en la tienda de Pyi. Ella elegía con cuál de los dos se acostaba, generalmente con ambos por turnos. Pyi valoraba mucho a Lai; apreciaba sus ideas ingeniosas y su evaluación de la situación. Los dos siempre eran los primeros en levantarse y bañarse, luego Li iba a bañarse con sus cuatro guardaespaldas, Jin, Chang, Fei y Jü. Pyi le había asignado a estos ancianos bien coordinados para su protección especial. Ella observaba y aprendía cómo se masturbaban en el arroyo. Ella presionaba su cuerpo desnudo contra el afortunado hombre por detrás o de lado y frotaba su coño excitantemente contra el hombre musculoso, frotando su pene y dejándolo eyacular en el agua. Fei era el único con un pene pequeño, pero era bastante grande. Ella solía masturbarlo en la orilla porque él siempre quería eyacular en su boca, como lo habían hecho los chicos del vecindario antes de que ella fuera a casa del tío Chan.

La princesa Li mató al primer hombre después de las primeras semanas. Pyi la dejó custodiada en la retaguardia, no queriendo poner en peligro ni a ella ni a su centro de mando. Pero un día, los espías

no estaban prestando suficiente atención. Los diez ladrones que emboscaron habían escondido inadvertidamente a otros cuarenta en una mina de carbón. Pero salieron gritando y rugiendo de la mina, y de repente el pequeño escuadrón de Pyi se enfrentó a una fuerza abrumadora cinco veces mayor que ellos. Pyi les ordenó desmontar y esconderse detrás de sus caballos. Luego cargó con un puñado, cabalgó a través de las filas de los ladrones y los masacró desde afuera, rodeándolos como ovejas en un corral. Desde adentro, las lanzas atravesaban desde detrás de los caballos, mientras que desde afuera, jinetes salvajes rodeaban, matando hombre por hombre. La princesa tuvo que agacharse detrás de Lai, quien cortó a los ladrones con su lanza y les hizo rodar la cabeza con su espada de Damasco. Se mantuvo firme como una roca; Los ladrones cargaron contra él, el supuesto líder, pero no pudieron superar su lanza y su espada, pues luchaba con ambas manos. De repente, la princesa vio a un gigante acercándose, apuntando directamente hacia ella, y Lai no pudo verlo. El gigante se irguió, y Li, con un movimiento experto, lanzó un rayo a través de su garganta a la luz de la luna. El acero cortó profundamente, mientras ella cambiaba su peso con facilidad y cortaba con todas sus fuerzas. Sintió y oyó cómo el acero atravesaba las vértebras. El gigante no soltó su pesada espada de bronce mientras una punta de lanza sobresalía de su pecho. La princesa inmediatamente reanudó su postura de ataque, concentrada y sin pensar ni por un momento que había matado a un hombre. El gigante se desplomó de lado a cámara lenta, su cabeza se desprendió y cayó al suelo. Un rostro familiar apareció detrás del gigante. El espadachín arrancó su lanza de la espalda del gigante y lo levantó de un tirón. “¡Oye, oh chica, qué corte!” gritó, sonriendo, y blandió la lanza empapada de sangre. Un momento después, Lai saltó a un lado, dejando caer su lanza como un soldado herido. Su bastón se movió como un rayo y partió un cráneo destrozado. Rápidamente guardó el bastón en su cinturón y recogió su lanza. El engaño de su oponente, que había estado concentrado únicamente en la lanza, había funcionado. Lai miró a su alrededor y saltó hacia Li cuando vio su espada empapada de sangre en su mano. “¿Estás herida?”, le gritó, y ella se estremeció. “No”, gritó, “¡No, pero lo decapité!”. Se le hizo un nudo en la garganta y luchó por contener las lágrimas. Lai les gritó a los otros tipos duros que todo estaba resuelto allí, que los cuatro estaban ilesos. Uno tras otro, los tipos du-

ros gritaron que su área estaba despejada, que nadie había resultado herido.

Pyi y sus hombres detuvieron sus ágiles corceles. “¡Todo terminado, los 50! Ninguno de nosotros resultó herido.” Desmontó y abrazó a Li, tomó la espada ensangrentada de su mano y la limpió en la camisa de un hombre muerto. “¡Siempre limpia la espada inmediatamente y vuelve a guardarla en su vaina, de lo contrario lastimarás a alguien!” Ella envainó la espada distraídamente. “Lo matamos, él se clavó la lanza en el corazón y yo lo decapité.” Pyi golpeó con su bota al hombre muerto y lo giró de un lado a otro. “¿Un solo golpe?” preguntó, y ella asintió. “¡Por supuesto!” Pyi dijo que fue un gran golpe, la espada está muy afilada. Ella asintió, “El maestro de esgrima me hizo practicar ese golpe mil veces, pero solo con un palo.” “Nunca antes había matado a un ser humano.” Comenzó a temblar incontrolablemente, y las lágrimas corrían por sus mejillas polvorientas. Pyi tomó su mano y la apretó contra el pecho de Lai. —Llévatela y dale una copa de vino, y luego otra. —Lai la tomó de la mano y la condujo treinta metros más allá, la dejó en el suelo y le dio una copa de vino —. Bebe, querida, fue una pelea feroz. Bebe y no mires atrás, mira hacia el bosque, allí pastan los ciervos. Ignoraron la pelea, y eso fue bueno. Quizás vengas a cazar conmigo más tarde, y asaremos venado para la cena. —Lai le acarició la cara y la mano, observando a los combatientes.

Examinaron a todos los muertos, recogieron las armas y las llevaron detrás de un granero. Los aldeanos se acercaron y Pyi fue a su encuentro, entablando conversación. Un hombre robusto estaba en cuclillas junto a su caballo. Se había visto obligado a matar a su fiel corcel; los bandidos le habían abierto el vientre. Se levantó y fue al corral donde guardaban los caballos de los bandidos. Escogió uno grande y fuerte y lo condujo hacia los caballos mongoles. Les habló a los caballos mongoles, tanto grandes como pequeños. Los animales se olfatearon y resoplaron. Li sonrió por primera vez y dijo asombrado: “¿Este hombre habla el idioma de los caballos?”. Lai asintió. “Muchos buenos jinetes hablan con los caballos y les enseñan trucos vitales. Los caballos son mucho más listos de lo que creemos”.

Los aldeanos los recibieron con los brazos abiertos, y Lai y uno de los bandidos trajeron cuatro ciervos del linde del bosque. Los aldeanos tenían arroz y pan plano, además de dos pequeños barriles de vino que los bandidos habían confiscado. Comieron hasta saciarse alrededor de la fogata y bebieron vino en grandes copas de madera. Los aldeanos les ofrecieron dónde dormir, y un guardaespaldas y dos muchachos, que alimentaban y daban de beber a los caballos, se hicieron cargo de la guardia nocturna. Un viejo campesino de mirada sabia le sirvió más vino a Lai y murmuró que allí había mucho trabajo para un buen cazador. Había mucha caza, pero aparte de unas cuantas liebres, no cazábamos nada; solo éramos campesinos trabajadores, no cazadores. Lai sonrió a los ojos sabios. “Mi lugar está al lado de la princesa”, dijo amablemente, “¡pero gracias por su confianza, abuelo!”.

Siguieron adelante, enfrentándose a numerosas batallas, y Li se negó a esconderse. Quería defender los caballos y el equipaje junto a Lai. Lai le envolvió la mano con una manta de caballo y la ató con fuerza. Sacó su daga de la vaina y se la puso en la mano inexperta. «Lucha con la espada, defiéndete con la manta y usa la daga solo en caso de emergencia. Demuéstrales que llevas una tigresa dentro. Pensarán que eres una gatita, lo cual les conviene». Li luchó como una tigresa al lado de Lai, sin prestar atención ni a las batallas ni a los hombres que mataba. Los guerreros sentían un inmenso respeto por Lai y la princesa. No necesitaban dejar atrás a ninguno de sus valiosos guerreros para proteger los caballos y el equipaje, y atacaban a los bandidos como una máquina bien engrasada. Los guerreros ya no la miraban fijamente cuando se bañaban con ellos en el arroyo. Era aceptada, querida y respetada.

Pyi recibió a los mensajeros de las otras unidades de combate, les ofreció un abundante refrigerio y los envió de nuevo con instrucciones garabateadas a toda prisa. Las pinzas del cangrejo se cerraron lentamente y envió a sus mensajeros a convocar a la tercera fuerza. Habían pasado tres años y los bandidos huían a toda prisa hacia el desfiladero que formaba la entrada a Wu-Dan-Shan. Pyi y varias tropas ya estaban tan cerca que cabalgaban a través de las nubes de polvo. Unieron fuerzas y Pyi rodeó a las tropas y las contó; había unos 500 hombres. La tercera fuerza aún no se veía por ninguna parte. Pyi

hizo que los generales y capitanes cabalgaran junto a él y celebraron un consejo de guerra a caballo. Doscientos hombres por cada bando podrían alcanzar a los bandidos que huían, adelantarlos y acorralarlos mucho antes de que llegaran al desfiladero. Esa era la mejor solución; dejar escapar a los bandidos, asediarlos y luchar contra ellos cuesta arriba en su propio territorio no era una buena idea. «¡El espíritu de lucha era bueno!», gritaron los generales. Las tropas divisaron el botín y se prepararon para atacar. Pyi dio la orden: «200 a la izquierda, 200 a la derecha», y dirigió a 100 desde la retaguardia. Los caballos que huían aminoraron la marcha; jamás podrían mantener ese ritmo durante los 32 kilómetros restantes. «¡Ahora bien!», rugió Pyi y se dio la vuelta.

El plan funcionó. Acorralaron a los bandidos que huían y los detuvieron. Había cuatro mil bandidos, ocho veces más que las tropas imperiales. Pyi les gritó que cabalgaran en círculo, pero muchos capitanes y generales eran inexpertos o imprudentes. Pyi envió mensajero tras mensajero, pero ya era demasiado tarde. Los imperiales cargaron imprudentemente de frente y sufrieron grandes pérdidas. El sol se puso, interrumpiendo la matanza. Los mensajeros regresaron de las tropas; 300 habían muerto o quedado incapacitados. Pyi les ordenó que cabalgaran en círculo alrededor de los bandidos, también diezmados, antes del amanecer. Se calculaba que había unos 1000 bandidos; los exploradores informaron que estaban matando a sus propios heridos, que no eran más que un estorbo. Pyi se llevó a dos de sus guardias y ordenó a sus cuatro hombres más leales que se quedaran con Li y Lai, los caballos y el equipaje. Cuando la situación se volvió desesperada, no podían abandonar a la princesa viva a los bandidos; moriría una muerte miserable como un perro. Pyi estrechó la mano de Lai a modo de despedida, diciéndole: «¡Cuida bien de nuestra princesa!». Luego la abrazó durante un largo rato y partió con los 50 imperiales que aún le quedaban para liderar el ataque desde el este al día siguiente, con el sol a sus espaldas. Lai sostuvo a la princesa en sus brazos toda la noche y la vigiló. Mientras ella aún dormía, se acercó sigilosamente a los veinte caballos y los ató. Junto con un espadachín, apiló el equipaje en una formación semiabierta. Despertó a Li y a los espadachines restantes. Observaron la batalla todo el día desde el fuerte improvisado. Cayó la noche y llegaron algunos mensajeros. El general había caído; los 70 hombres supervi-

vientes se enfrentaban a entre 160 y 180 bandidos. Les tenderían una emboscada al amanecer. El mayor de los cuatro veteranos consultó con los demás, mientras Li y Lai permanecían en segundo plano, pues el viejo guerrero decidió que todos estarían más seguros allí, en el fuerte. Tras una cena ligera, se fueron a dormir; un veterano hacía guardia durante la noche, y Lai lo relevaba.

Lai los despertó al amanecer, justo cuando comenzaba la batalla. Al mediodía, el último de los imperiales había caído. Los cuatro guerreros, Lai y la princesa formaron un semicírculo, y unos treinta bandidos cargaron contra ellos. Lai había empuñado una segunda espada con su mano defensiva inexperta; esperaron con calma a la turba que gritaba y rugía. Los cuatro guerreros lanzaron cuatro lanzas y derribaron a cuatro oponentes. Un instante después, lanzaron cuatro lanzas más, y otros cuatro cayeron. Sostenían las últimas lanzas, listos para el combate cuerpo a cuerpo. Se alejaron unos de otros sin ser vistos, y cuando los bandidos cargaron, de repente fueron rodeados por seis hombres armados. Como si fuera una señal, los seis saltaron sobre la docena desconcertada y los abatieron uno por uno. Los bandidos yacían hechos pedazos en el suelo; los seis héroes seguían en pie, cubiertos de sangre, pero seguían en pie. Entonces las piernas de Lai cedieron. “Una flecha, solo una flecha”, balbuceó Lai y cayó.

Li saltó hacia él y atrapó al hombre inconsciente. Los guerreros se acercaron. Escudriñaron la zona con cautela, atentos a cualquier enemigo que se aproximara. Dos se arrodillaron junto a la princesa, examinando la herida de Lai. Ella recogió su espada, que se le había caído. El guerrero la abrazó: «Deja la flecha clavada, o se desangrará». Ella asintió: «¡Ya lo sé!». Con un corte certero, cortó la flecha por encima de la herida. Por suerte, no sangraba mucho. Se quitó la camisa y vendó la herida. Un guerrero tomó un cinturón de armas y lo ató firmemente alrededor del muslo de Lai, por si acaso. «Hay una aldea grande al este; tal vez sepan dónde podemos encontrar un cirujano».

La princesa miró a dos guerreros. «Aten los caballos, tenemos que transportarlo». Se puso de pie con determinación. «Voy a encontrar al general; no lo dejaré tirado ahí». Cabalgó por el campo de batalla, seguida por dos guerreros. No tuvo que buscar mucho; sacó al hom-

bre muerto de debajo de una pila de cadáveres. Los guerreros ayudaron a subir el cuerpo al caballo. Subieron los cuerpos de otros dos guerreros a sus caballos; estos hombres aparentemente habían defendido al general hasta su último aliento. Li miró el rostro de Pyi; parecía estar dormido. Se apartó, pues su cuerpo estaba horriblemente mutilado. Lo habían descuartizado, llenos de odio, porque había segado el grano como un segador.

Cabalgaron las dos millas hasta el pueblo; parecía desierto. Li divisó a una niña, de unos seis o siete años, escondida bajo una casa. Se agachó. La niña la miró desafiante. “Me escondo aquí porque los demás dicen que lo que hago es indecente”. No parecía saber exactamente qué significaba la palabra. Li le sonrió amablemente; no le molestó, todas las niñas pequeñas lo hacían, y ciertamente no era indecente. La niña sonrió tímidamente. “¡Tienes sangre en la cara, Guerrera, estás cubierta de sangre!”. Li sonrió, tratando de no pensar que probablemente parecía la máscara sucia y ensangrentada de una historia de terror. “Necesitamos un médico rápido; mi amiga está muy herida”. La niña asintió y miró fijamente a los caballos a los que estaban atados los cuerpos. Salió de su escondite, tomó la mano de Li y se puso en marcha decidida. Los caballos trotaron detrás. La niña se detuvo frente a una casa y señaló la puerta. Salió corriendo.

El sanador

La princesa Li llamó a la puerta y dio la alarma. “¡En nombre del Emperador, abran la puerta!” Escuchó a alguien allí y golpeó la puerta con ambos puños. “¡En nombre del Emperador!” rugió a todo pulmón. Una anciana alta con cabello canoso abrió la puerta, con un pesado martillo en la mano. Escuchó impasible y asintió con mal humor, diciéndoles que lo dejaran entrar. Apartó varias mantas y trapos de una estera donde yacían a Lai. Los guerreros la ayudaron a desvestir a Lai, y ella hizo una seña a uno de ellos. “Sujeta la flecha con ambas manos, soldado, y con mucho cuidado tira hacia atrás un dedo cuando te dé la señal”, ordenó, tomando un trapo limpio en la mano. Sostuvo la carne alrededor de la herida y asintió al guerrero. Él tiró con cuidado un dedo hacia atrás. Ella soltó lentamente la herida y asintió con satisfacción. “No es una herida grave, no sale mucha sangre. ¡Eso es bueno, muy bueno!” Le dijo que sacara la flecha con cuidado. Ella tanteó un cuchillo de cocina y sostuvo la hoja en la chimenea. Preguntó cómo había sucedido. El guerrero dijo que el Maestro Bo había visto venir la flecha; volaba directamente hacia los melones de la princesa. Saltó en el aire como un murciélago y atrapó la flecha con su bastón, pero le atravesó el muslo. Gritó que solo era una flecha, luego se desmayó y no despertó. “¿Cuándo fue eso?”, preguntó ella, y él pensó un momento. “Hace cinco o seis tazas de té, más o menos. O sea, hace una hora y media”. Ella asintió y preguntó si la flecha tenía plumas. El guerrero lo pensó un momento. “No, no tiene plumas”. “Ya me lo imaginaba”, dijo la anciana, “esos bandidos de la montaña lanzan sus flechas envenenadas con un bastón arrojadizo, ¡un arma horrible!”. Los guerreros guardaron silencio; no sabían qué era un bastón arrojadizo. Ordenó a dos hombres que lo sujetaran firmemente y hundió el cuchillo al rojo vivo profundamente en la herida. Humeaba y apestaba a carne quemada. “Lo siento, jovencito, o es una cicatriz fea o una muerte fea. ¡Creo que quieres vivir!” Por supuesto, Lai no escuchó nada de esto. Olió la punta de flecha ensangrentada e hizo que uno de los guerreros la oliera. Parecía un ciervo paralizado por las luces. “Tienes razón, buen hombre”, le dijo al guerrero desconcertado, “ese característico olor a vainilla, el veneno de las montañas. ¡Pero no te preocupes, tengo el antídoto!”

Rebuscó en el estante abarrotado y sacó un pequeño recipiente de arcilla. “He tocado esto más veces que mi taza de té en las últimas semanas”, murmuró con gravedad, untando la pomada espesamente en la quemadura. “Un poco de fuego, una gota de pomada, ¡nada de magia!” Vendó la herida con lino blanco. “En tres días se despertará, vagará por ahí y te dará una buena follada, chica!” Li se sonrojó. ¿Tres días? ¡Ay, pobrecito! Me acostaré a su lado y lo cuidaré mientras duerme.

Los guerreros salieron, recogieron leña y derribaron un granero. Una vez que tuvieron suficiente, colocaron al general y a los dos guerreros en la pira improvisada. La princesa Li se puso un vestido limpio, se lavó la parte superior del cuerpo y se arregló el cabello provisionalmente. La anciana veló por el sueño de Lai, mientras Li y los guerreros permanecían en silencio junto al fuego, que misericordiosamente, pero lentamente, consumía los cuerpos. Li dejó que sus lágrimas fluyeran libremente y permaneció junto al fuego hasta el atardecer. Los guerreros recorrieron las casas vacías, encontraron grandes trozos de jamón, muchos panes planos, y uno de ellos volcó dos pequeños barriles. “Licor de arroz”, sonrió. Llevaron todo a la casa de la buena mujer, y uno de ellos salió a buscar a Li, la rodeó con el brazo y la hizo entrar.

Comieron y bebieron en silencio. Uno comenzó a hablar sobre las hazañas pasadas del general. Otro continuó, y luego los demás. Llenaron las grandes copas con licor, se pusieron de pie y brindaron en honor a un guerrero. Li forcejeó con su copa, pero la bebió toda. Los guerreros llenaron sus copas y brindaron por el segundo guerrero. Li, creyendo que podía volar, bebió la segunda copa como una mujer sedienta. Llenaron la tercera copa, la alzaron al cielo y brindaron en honor al general. Li se rasgó el vestido y derramó un poco de licor. “¡Por mi señor, el Príncipe de Ma’ang!”, gritó ebria, bebiendo con tanta avidez que el licor le corría por las comisuras de los labios hasta los pechos. No importaba en absoluto; estaba borracha como una cuba y se tambaleaba. Dos guerreros agarraron a la princesa desnuda y la arrastraron hasta un lugar para dormir en la parte trasera de la casa. Un guerrero se tumbó a su lado, ella le acarició el pene juguetonamente y gritó: «¡Vamos, querido amigo, luchemos!», y, riendo a carcajadas, dejó que la follara. La anciana ahuyentó a un guerrero luju-

rioso, diciendo: «¡Mi pozo se ha secado, querido!», y lo empujó hacia la princesa. Li no contó cuántos guerreros la follaron; debió de ser un batallón. La luz en su cabeza se apagó, el cielo se volvió completamente negro.

Despertó con un fuerte dolor de cabeza, como un enjambre de abejas. La anciana se sentó junto a Lai y levantó la vista. Con una voz que no podía ser la suya, preguntó cómo estaba su amado esposo. "Está mejorando, la fiebre es normal. Tiene pesadillas, pero volverá con nosotros pasado mañana, sano". Li asintió agradecida y se puso de pie. Miró fijamente a los cuatro hombres desnudos. "¡A mí también me follaron, esos salvajes!", dijo la anciana. "Los cuatro me follaron, aunque ya no soy precisamente joven", rió la anciana, retirando la tetera del fuego. Li gimió mientras se ponía el vestido y se dejaba caer en la silla. La primera taza de té la despertó. "Me llamo Jasmine", dijo la mujer. "¿Jazmín? ¿Cascada de flores? ¡Un nombre muy inusual!". La mujer sonrió. "No, se pronuncia Jazmín. Mi nombre significa una flor hermosa. Es de mi tierra natal, India. ¡Los reinos más allá del Mekong, hija mía!". Li se recompuso. «Me llamo Li, princesa Li de la casa real de Ma'ang. El general que enterramos ayer era mi señor, el príncipe Pyi de Ma'ang». Jasmine asintió hacia Lai. «Ese es el señor Bo Lai, el señor de mi corazón». Li bajó la cabeza, avergonzada por no haber dicho toda la verdad, pero era exactamente así.

"No te preocupes, Li de Ma'ang, ayer te observé atentamente los ojos, el iris, y desde luego no te quedarás embarazada con todo el polvo de esta noche. Siempre serás estéril, lo veo en tus ojos. ¿Te he dicho que tus hombres también me follaron con mucha fuerza, como si no tuviera más de 90 años? Sí, ¿te lo he dicho? Bueno, viví aquí con mi herrero durante 45 buenos años, como si fuéramos marido y mujer, un buen hombre era. Solo quería detener a los bandidos de las montañas, que se llevaron a todas las chicas y mujeres de este pueblo, unas 750, y a todos sus hijos. Las llevaron como ganado a sus montañas, ¡pobrecitas! ¡Pero tienen una gran escasez de mujeres, esos salvajes! Y es culpa suya, ¿qué persona normal degüella a su chica porque todavía no folla bien? Simplemente tiran los cadáveres por la ventana, al barranco." Y esto no son leyendas, lo vi con mis propios ojos. Estuve con ellos una vez, en las montañas. Su jefe tenía un tu-

mor del tamaño de un pulgar en la columna que le causaba grandes dificultades. El tuerto ya no podía tumbarse perezosamente boca arriba y dejar que la chica hiciera todo el trabajo; el pobre hombre estaba condenado a hacer flexiones mientras tenía sexo, igual que todos los demás hombres. Me secuestró hace un año porque, supuestamente, su caballo favorito tenía un tumor. Así que llené mi mochila con todo lo que pudiera necesitar para un caballo y cabalgué con ellos a las montañas. Me sonrió con picardía con un solo ojo, sonriendo como un macaco, para que su competencia no se riera de él por no poder tener sexo tumbado boca arriba. Lo primero que le dije fue que quitara las manos de mi trasero, que ya tenía 92 años. Por supuesto, no me creyó, y de todas formas era mentira; en realidad tenía más de 94. ¡Pero qué mujer no se peina y se hace parecer unos años más joven! Así que miré el tumor, y la muerte me sonrió con descaro. Entonces dije que tenía que extirparlo del caballo para que pudiera seguir caminando en primavera, y entonces lo extirpé con mi cuchillo más afilado. Qué fácil habría sido extirparle el corazón, por tentador que fuera, pero ¿a quién habría ayudado eso? Le di a su mozo de cuadra un pequeño bote de linimento para caballos, que es bueno para los gases, e insté al muchacho a frotar la herida con fuerza todas las mañanas, con mucha fuerza, hasta que el caballo gritara de dolor. A veces se permite un poco de malicia. Rechacé el oro y negocié el ungüento curativo en su lugar, el antídoto que curará a tu querido.

Li bebió una tercera taza de té, los fantasmas regresaron. “¿Cómo te convertiste en doctora, Jasmine?” La anciana se recostó, “Han sido 90 años interesantes, ¿tienes tanta paciencia?” Ambos sonrieron. Li puso su mano fría sobre la frente caliente de Lai. “¡Tiene fiebre!” Jasmine asintió, ese debe ser el caso. “Me pusieron Jasmine porque es una de las flores más hermosas”, dijo mi padre. “Porque es una planta medicinal poderosa”, dijo mi madre. “Y Jasmine será una sanadora”, dijo mi madre enfáticamente, sacando la lengua para burlarse de él, “como yo, como todas mis madres antes que yo lo fueron, y una mujer santa, como lo era antes de que recogieras mi flor, ¡querido bribón!” Mis padres se amaban mucho. Mi madre amonestaba a mi padre todas las noches diciéndole que no debía tener relaciones sexuales conmigo porque estaba destinada a ser una mujer santa. Ella me acariciaba el cabello cuando me permitía hacer que eyaculara an-

tes de acostarnos, tal como me había enseñado. Me acariciaba el cabello porque, como mujer santa, no me permitían tener relaciones sexuales, ni siquiera con el mejor padre del mundo.

Mi madre era muy estricta en cuanto a asegurar que mi sexualidad se desarrollara en la dirección correcta. Se suponía que debía convertirme en una mujer santa; nunca me permitía frotarme el clítoris el tiempo suficiente para llegar al orgasmo. Me enseñó a frotar el pene de mi padre y hacer que eyaculara. Tomé su glande grueso y con forma de ciruela en mi boca y dejé que eyaculara dentro. Aprendí a succionar su semen con fuerza para que no entrara demasiado en la vagina de mi madre. Ella no quería más hijos; yo le había desgarrado la vagina por completo durante mi parto. Lamí y besé las cicatrices de su vulva y lloré. Mi padre jugaba con mi clítoris de forma bastante torpe, frotándolo con todas mis fuerzas con mi puño y dejando que eyaculara en mi boca. Mi madre me observaba muy de cerca para ver si estaba en celo. Tenía que rodear su cuello con mis piernas, y ella me amonestaba para que no dejara que el orgasmo explotara pecaminosamente y con lujuria, sino que lo experimentara como una mujer santa, temblando ligeramente y con suavidad, tímidamente y llena de vergüenza. Luego me masturbó el clítoris con tanta intensidad que a papá se le salieron los ojos de las órbitas. Sentí el temblor y la convulsión, y alcancé el orgasmo con timidez y vergüenza. Solo cuando tenía 10 u 11 años a veces tenía un orgasmo intenso; mi madre negaba con la cabeza con desaprobación, pero yo ya era mayor. Comprobaba, pasando la punta de su lengua por mi clítoris, si estaba excitada, porque desde los 10 años en adelante, me excitaba todas las noches.

Obedecí, nunca tuve relaciones sexuales y nunca me toqué el clítoris. Viví como una mujer santa, aprendiendo todo sobre plantas y hierbas, sobre enfermedades y curación, sobre sexo y masturbación.

Desde los 14 años, todas teníamos que sentarnos en círculo alrededor de una u otra curandera, que ya no era una mujer santa, y observarla tener relaciones sexuales. Con nuestros ojos y yemas de los dedos, nosotras, las vírgenes, teníamos que aprender a anticipar la eyaculación o reconocer el orgasmo con antelación cuando la curandera se masturbaba sola. Nosotras, las chicas, vivíamos castamente como

ningún otro ser humano. Se nos permitía abrazarnos y acariciar nuestros cuerpos desnudos por la noche, siempre y cuando no nos tocáramos los genitales. Muchas de mis compañeras de cama jugaban secretamente con sus genitales. Sentía con las yemas de los dedos cómo se los frotaban, y sentía sus orgasmos con las yemas de los dedos, pero nunca las delaté. Algunas incluso me frotaban los genitales porque no estábamos seguras de si estaba permitido o prohibido. Pero todas estas chicas eran muy fuertes y dominantes. Me volvían loca con besos franceses y me tiraban al suelo hasta que me derrotaban y abría tímidamente las piernas. Siempre sentí una profunda vergüenza porque sentía que no debería haberlo permitido, pero lo disfruté, al igual que el orgasmo, que intenté reprimir por vergüenza. Algunos continuaron con los besos con lengua, mordiéndome la lengua hasta que sangró, hasta que quedé completamente derrotada y ya no pude resistir. “¿Me estás escuchando, chica Li?” Li asintió con entusiasmo. ¿Qué pasó después?

A los 16 años, me examinaron sobre plantas y hierbas, enfermedades y curación, y me convertí oficialmente en sanadora. A los 18, tuve mi examen final: debía acostarme junto a una chica que estaba siendo penetrada. Tenía los ojos vendados y debía presionar mi vulva y clítoris firmemente contra los genitales de ambos para sentir la penetración de cerca. Se permitía tener un orgasmo, y tuve un orgasmo tímido con las cuatro parejas, porque lo habíamos practicado todas las tardes con los sanadores el año anterior. Debía predecir, al segundo, cuándo eyacularía el chico, usando solo las yemas de mis dedos en su pene, y también el orgasmo de la chica. Creo que aprobé muy bien, porque a los examinadores les gustó que hubiera usado mi clítoris con habilidad y pasión para estimular vigorosamente el pene durante la penetración y que hubiera tenido cuatro orgasmos, así que me permitieron practicar de inmediato. La santa mujer que me enseñó a penetrar y también a leer el iris me abrazó con orgullo maternal. “¡Lo sabía! ¡Qué maravillosamente te follaste esas pollas! Los muchachos estaban completamente perplejos, como bueyes ante la puerta de un granero, miraban atónitos cómo sus fluidos fluían hacia la otra chica como por arte de magia. ¡Estaba tan orgullosa de ti, 4 pollas, 4 orgasmos y 4 chicas felices!” Verás, Li, las chicas que nos dejaron follarlas eran todas recién casadas, pero tenían maridos con lomos débiles o muy viejos, así que querían quedar embarazadas de nosotras, las

santas. Estaba encantada; ahora mi entrenamiento estaba completo. Desafortunadamente, solo duró 6 años; a los 24, mi vida terminó." Li preguntó, con los ojos muy abiertos, "¿Por qué terminó?" La anciana cerró los ojos. "Porque mi flor fue arrancada."

Era un día cualquiera, estaba trabajando en mi farmacia, y entró un hombre, como miles antes que él. Lo único extraño fue que cerró la puerta con llave. Lo miré a los ojos, como hago con todos, pues tenía el don de leer la mirada, pero el tipo parecía estar perfectamente bien, nada en absoluto. ¡Y qué equivocada estaba! Anunció que era un funcionario real y que estaba inspeccionando farmacias en nombre del Maharajá, el rey. Ninguna intuición, ninguna premonición, ninguna de nuestras numerosas diosas me advirtió. Sacó una tablilla de cera del bolsillo y me leyó tres de los medicamentos más raros. Asentí y fui a buscar la escalera alta. Por supuesto, la usamos. Cuando llegué arriba, me levantó el sari, mi vestido. Examinó mis joyas con descaro. Molesta, le dije: «Si por eso vino, no hay problema, aunque los hombres solo vienen los sábados antes de ir a los templos». Bajé de la escalera y me tumbé en la mesa. Debes... Debes saber, chica Li, que los hombres vienen a las mujeres santas para limpiarse de su semen; eyaculan sobre nuestras vaginas, o nosotras las frotamos; esa es la costumbre sagrada. Pero el semen no debe simplemente limpiarse; nuestros jóvenes estudiantes y esclavos lamen el fluido sagrado de nuestros coños. Los traviesos entre ellos se ríen y lamen el capullo hasta que temblamos y nos estremecemos, pero tienen prohibido, bajo pena de castigo, provocar un orgasmo. Entonces me ve tumbada allí y levanta mi sari, pero miro a un lado y me pregunto qué tareas quedarán ahora sin hacer. Siento su polla en la entrada de mi vagina, pero solo a los muy buenos habituales, que cuidan bien de mi himen, se les permite eso. Quiero protestar, pero entonces me mete su polla, desflorándome, profanando mi cuerpo y destruyendo mi carrera. Me folla con avidez; era demasiado tarde para detenerlo. Es extraño, chica Li, ¡ser follada por primera vez! Ya lo sé de antemano, está a punto de eyacular, lo he sentido mil veces, el jugo sagrado palpitando y pulsando a través de la uretra y salpicando a la chica. Muchas veces, cuando éramos colegialas, teníamos que meter nuestros dedos dentro de ella y explorar la eyaculación con las yemas de nuestros dedos. Si hubiera pensado que ya había terminado, habría sido otro error. Empezó a lamer mi clítoris. Agarré su turbante para

detenerlo de esta terrible impropiedad, cuando... Li preguntó, bastante agitada, "¿Qué es un turbante?"

Jasmine perdió el hilo de sus pensamientos. «Originalmente, el turbante era la mortaja de un hombre, destinada a recordarle la muerte cada día y a prepararlo para el entierro. Pero en los tiempos impíos y superficiales en que vivimos, se ha degenerado en un tocado, un accesorio de moda destinado a proyectar estatus y gloria ante los demás». Había perdido completamente el hilo y le preguntó a Li. «Te lamió el clítoris, Jasmine», murmuró Li.

"Ah, sí. Me lamió el clítoris, yo le apreté la cara contra el clítoris con su turbante. Me lamió como a unas chicas traviesas. Continuó, haciéndome temblar y estremecer como la más inmoral de las chicas, ¡pero no paró! Sentí que mi orgasmo se acercaba poderosamente; mil veces, cuando éramos colegialas, habíamos experimentado y explorado orgasmos. Grité con todas mis fuerzas, porque el primer orgasmo real de mi vida amenazaba con aplastarme, desgarrarme y convulsionarme desde el clítoris hasta el corazón, hasta mi propia esencia. No paró; lamió sin cesar y con conocimiento experto, haciéndome llegar al orgasmo una y otra vez. Sentí que me envolvía algo alrededor del cuello sin interrumpir el maravilloso lamido. ¡Ojalá, chica, tú también pudieras experimentar estos orgasmos increíbles, porque tu vida nunca volverá a ser la misma, Li! No sabía qué me había envuelto alrededor del cuello, qué era." Era algo que me dejó sin aliento y me hizo gritar y chillar como una loca en pleno orgasmo. No podía respirar, ni lo necesitaba; los orgasmos hacían estallar fuegos artificiales tras mis párpados y chispas de mil colores. ¡Que te estrangulen te da orgasmos increíbles, querida! De repente, soltó la cuerda de seda con la que me estrangulaba, y entonces por fin pude respirar hondo. Afuera, las uñas de bronce de las botas de la patrulla real resonaban en el pavimento, y mi impío benefactor desapareció como una comadreja. Reinaba un silencio sepulcral; ya no podía oír a la chica gritar de placer, dirigida a las hermosas diosas.

"¡Ah, ya sé lo que vas a decir, mi chica lista! Fui directamente al palacio, por supuesto, y exigí ver al Maharajá. ¿De qué se trataba?, preguntaron los aburridos funcionarios. ¿Violación? Segunda puerta a la izquierda. ¿Violación? ¿El mismísimo Maharajá? Una chispa de

interés brilló por un momento; eso da titulares. ¡No, no el Maharajá mismo, idiotas! ¡Uno de sus funcionarios! Ohhh, miró su papel con decepción. Violación, funcionario real, de acuerdo, lo tenemos en un minuto. ¿Dónde está... un momento... sí, ahí está. Habitación 211, las escaleras a la izquierda, dos pisos. Finalmente, hasta el frente a la derecha. El funcionario escribió otras 18 líneas y levantó la vista. ¿Nombre? Jasmine, digo, Jasmine. Me mira directamente y aparta su papel. No tu nombre, a nadie aquí le importa eso. Su nombre, dijo el funcionario. ¡Ni idea, señor funcionario! ¿En qué departamento, dónde trabaja? Él inspecciona las farmacias en nombre del Rey. Estás bromeando, muchacha, ese departamento no ha existido en más de 450 años, el rey tiene otras cosas que hacer. No lo sabía, señor funcionario, yo soy, yo era una mujer santa en la farmacia de la calle Peacock. Bueno, dice, algo apaciguado, tengo un gran respeto por las mujeres santas, los curanderos y las farmacias en general. Pero ¿cómo se supone que lo encuentre? Tengo una lista ordenada de los 73.000 funcionarios del rey aquí. Si resto a las mujeres y a la gente de las provincias —y esto podría ser fatalmente erróneo— entonces todavía tengo 49.000 aquí en la capital, Jaipur. 2.000 mujeres, en su mayoría Chicas de la Luna, puedo restarlas, porque usted dijo violación, funcionario real, y pienso en un hombre. Lleva un turbante, señor funcionario. ¿Un turbante, dice? Bueno, eso es bastante singular... oh no, todos los hombres en Jaipur usa turbantes, tú El más inteligente de todos los farmacéuticos, y todos ellos, sin excepción, tienen nariz, dos ojos y barba porque son hindúes devotos. ¿Y qué? Lleva una cantidad notablemente grande de anillos, y ninguno de ellos barato, señor funcionario. Mira, muchacha, ves mis diez dedos y 23 anillos, todos diferentes y ninguno barato. ¿Qué aprendes de eso, muchacha y farmacéutico? Una cicatriz, una marca de nacimiento, una pierna de palo... ¡Por el amor de Dios, muchacha, debes ofrecerme algo especial, no puedo convocar a 47 o a los miles de hombres que sean! ¡Que mires sus penes y traigas el correcto para azotar, eso te vendría muy bien! Se puso de pie y sacó a tientas su pene, muchacha, un verdadero pene de funcionario. Mira bien, farmacéutico, estoy retrayendo mi prepucio especialmente para ti para que puedas evaluar mi glande. Ahora lo estoy frotando para que puedas verlo erecto. ¿Era así, o espera un ¡En ese momento, está a punto de eyacular! Ahhh, eso sí que está bien, pero mira con atención, ¡quizás reconozcas lo que tiene de especial el chorro! Al principio estaba per-

pleja, chica Li, ¡realmente perpleja! Ahí está el Oficial detrás de su escritorio, frotándose su pequeño pene, luego eyacula su jugo en su otra mano. Me quedé clavada en el sitio, con los ojos muy abiertos. ¡Eyaculó, el idiota! Era un pene de verdad, Oficial, me las arreglo para decir, ¡el pene de un hombre de verdad! Grueso, largo y digno de una segunda mirada. Me di la vuelta para irme, pero grité desde la puerta: "¡Mis saludos a su pobre hija y mi más sincera simpatía por haber recibido solo un poquito!" Cerré rápidamente la puerta y salí corriendo del palacio del Exaltado. Estaba a punto de estallar de rabia, como puedes imaginar, ¡chica risueña! Vine al palacio para ver a los cerdos colgando de la horca, pero lo único que colgaba allí era el pene de un niño del tamaño de un pulgar. ¡Pene! Li no pudo contenerse; la risa brotó de ella, rodando por el suelo e infectando a Jasmine. "Perdóname, Jasmine, tu destino fue terrible, pero cuentas tu historia con tanta viveza y alegría que no puedo evitar reír, ¡aunque enterramos a mi príncipe ayer y mi amado está aquí luchando por su vida con fiebre!"

«Estaba a punto de descubrir que la ira es tan mala consejera como la arrogancia, ¡así que presta mucha atención!», dijo Jasmine, dando un buen sorbo a su té y tocando la frente de Lai con el dorso de la mano. Luego se sentó de nuevo junto a la chimenea. «Mi último marido, un caballero encantador y herrero, estaba furioso cuando los ladrones se llevaron a todas las niñas, mujeres y niños de nuestro distrito. Se plantó en medio de la calle con su mejor martillo y les gritó a los ladrones que no los dejaría ir mientras hubiera un ápice de decencia y un aliento en su garganta. ¡Ay, cómo lo amaba, a ese hombre! Una sola flecha le atravesó la garganta y murió antes de tocar el suelo».

Jasmine miró fijamente las llamas. «Allí estaba yo, una curandera de 24 años, ya no una santa, sobre el mármol barato frente al palacio del Señor de Jaipur, el gobernante de mil bailarinas. Golpeé el suelo con el pie, reprimiendo las lágrimas de rabia. Una pareja se acercó desde el palacio; la joven se separó del brazo de su elegante esposo e intentó consolarme. Sentí una calidez en el corazón; había tenido un día terrible, y estas personas amables no podían dejarme sumida en la desesperación. Incluso tomé el brazo de la joven cuando mencionó una agradable casa de té más adelante que no solo aceptaba las mo-

nedas de los turistas, sino que también ofrecía dulces caseros gratis con el té. No eran ricos, dijo, pero era de buena educación invitar a una chica llorosa a tomar té y dulces. La tomé del brazo, caminamos a izquierda, derecha y de frente, y de repente percibí el dulce olor a cloroformo, que el elegante caballero me había untado en la cara por detrás con un pequeño paño».

Li estaba encorvada, pendiente de cada palabra de Jasmine. "¿Sabes, señorita Li, lo que va a pasar esta noche? ¿No? Te lo puedo decir. Tus cuatro soldados volverán de saquear, porque los ladrones fueron demasiado superficiales. Tendremos una buena comida como ayer y luego follaremos hasta que cante el gallo. Solo tendremos que decidir si emborracharnos sin sentido o follar con nuestras cabezas. Desde luego, no les importará que a los 95, pronto 96, yo podría ser su abuela. Les encanta que pueda tener orgasmos como una cerda durante el sexo sin masturbarme, y que chille y patalee de placer como una niña pequeña. ¿Qué piensas, señorita?" Li pensó un momento. "Ya lo he decidido. Solo beberé un poco de aguardiente, y en cuanto al sexo, ¡te daré una buena paliza por la mañana si solo me has estado hablando con tu gran bocaza!" Ambas rieron a carcajadas, luego Jasmine pensó un momento. "Maldita sea, ¿en qué estábamos?" Li dijo de inmediato: "Un hombre elegante, definitivamente no un caballero, te echó cloroformo en la boca".

Sí, exactamente, me perdí en el vacío oscuro y desperté en un sótano húmedo, el dolor de cabeza me golpeó apenas un segundo después. Había tres compartimentos con barrotes; en dos de ellos, los cuerpos de las chicas se deslizaban unos sobre otros, algunas haciendo el amor entre ellas, lo que, combinado con el cloroformo, me revolvió el estómago. Vomité en el gran cubo de la esquina, solo para descubrir pronto que era para orinar y defecar. Dos veces al día, un esclavo silencioso o taciturno con una pesada cadena alrededor del cuello traía agua potable en un cubo, del que bebíamos como cerdos, y dos veces al día traía un cuenco de arroz con salsa y un pequeño trozo de carne. Teníamos que comer de los cuencos de madera con el hocico como cerdos; los otros dos grupos de chicas no tenían restricciones como nosotras cuatro. Tenían total libertad; algunas empezaban a tener sexo con otras chicas tan temprano por la mañana. Nosotras no éramos capaces de hacerlo con las manos atadas a la espalda.

Pero observé a las dos que aparentemente ya habían descubierto cómo incluso Las chicas atadas podían... Podían apagar el calor de sus coños. La cuarta era una jovencita, Jie, que decía tener 13 años, pero en mi opinión parecía más bien de 15, pero da igual, a los 24 yo era la abuela de nosotras doce. El esclavo a veces entraba en una celda y se acostaba con una o dos chicas, y no le importaba que algunas cambiaran de celda. Debía haber al menos un sótano más; podíamos oír al esclavo trabajando allí abajo.

"La pasión era inimaginable. Nunca antes había visto a dos chicas follando clítoris con clítoris, pero fue una locura total cuando una chica dominante folló a la otra sin piedad. Los orgasmos fueron increíbles; la sumisa ni siquiera tuvo que masturbarse durante el acto. Habría vendido mi última camisa por tener un dedo libre para masturbarme, pero la sumisa parecía no querer follar con nosotras ni darnos ninguna libertad de movimiento."

"Probablemente ya lo hayas adivinado, Li, que mis únicas opciones eran un golpe de calor o Jie. Podíamos ver cómo lo hacían las otras dos chicas atadas. Solo tenía que abrir la boca y ella me abrazaba extasiada. Desde ese momento, lo hicimos con solo breves pausas. No teníamos nada más que nuestros dedos y lenguas. Para la hora del almuerzo, ya les habíamos dado a las demás docenas de orgasmos, cientos, tal vez miles. Un día, el esclavo nos desató y solo ató una muñeca a la otra. Desde entonces, nos folló igual que a las demás; solía follar con cuatro chicas al día. Vi que alguien se había cortado la garganta; escondió la cicatriz bajo la correa de cuero de la cadena. No era muy bueno follando, por desgracia. Jie podía zafarse de sus ataduras e hizo el amor lésbico más apasionado conmigo. Cuando el esclavo regresó, volvió a ponerse las ataduras. Estaba completamente excitada y era lesbiana como cualquier otra." Por desgracia, estuvimos atadas juntas durante demasiado poco tiempo; Un día, toda la caravana partió.

Viajamos durante meses en palanquines, cuatro por litera, tirados por dos camellos. Éramos 40 chicas, en 10 palanquines sobre 20 camellos. Viajábamos solo de noche; nunca nos topamos con ningún puesto de control. Lo tenían todo perfectamente organizado; durante el día, la caravana permanecía oculta, como invisible. Nos permitían

bañarnos en ríos y arroyos, encadenadas entre nosotras, y recibíamos comida muy nutritiva. Atadas en grupos de cuatro, encadenadas de una mano, podíamos dar rienda suelta a nuestros vicios. Como todas las demás, yo era completamente adicta al vicio del sexo oral y los juegos con los dedos. La chica Jie y yo estuvimos encadenadas durante casi medio año; ella me lo dio todo. Despertó en mí el deseo más intenso por el vicio, como nadie antes. Me hacía gritar y gritar como si fuera la niña que fui, dándose obsesivamente un orgasmo tras otro.

Los camelleros eran unos tipos temerarios; nos follaron a todas hasta que quedaron completamente exhaustos. Pero nosotras, las chicas, no podíamos parar. Un breve descanso, un vaso de agua potable, y seguíamos, frotándonos el clítoris o el de alguna otra, lamiéndonos los clítoris como si nos fuéramos a ahogar como personas que se ahogan sin el aroma femenino en nuestras lenguas. Yo sabía lo suficiente de hierbas como para entender que nuestra agua potable estaba impregnada de esencias estimulantes para desatar al tigre, a la tigresa, en nuestras vaginas y clítoris. Conocía al menos 30 sustancias adecuadas para este propósito, pero no me importaba en absoluto. Mejor arder en un frenesí de amor que rumiar sobriamente sobre la maldita situación. No teníamos ni idea de dónde estábamos, cuál era el nombre del río cuyo vado estábamos cruzando. Después de muchas semanas, llegamos a nuestro destino.

“La ciudad de Guang podía presumir de ser la ciudad más depravada bajo el cielo. Tenía todos los vicios imaginables. Allí se podía conseguir cualquier cosa si se ponía suficiente plata y oro sobre el mostrador. Pronto estuve lo suficientemente sobrio como para calcular cuánto oro habría que desembolsar por 40 jóvenes indias ninfómanas, incluyendo los inmensos gastos de viaje, pero nadie lo haría a menos que los que movían los hilos estuvieran obteniendo una gran ganancia. Permanecí en esta guarida de iniquidad durante 20 años, acostándome con miles de hombres ricos de la ciudad imperial de Chang’an, que estaba a solo uno o dos días de viaje. La corte nos dejaba en paz; pagábamos cajas de oro como impuestos, y el emperador no necesitaba saber cada detalle. Escuché una conversación confidencial entre dos funcionarios de la corte que se reían a carcajadas porque el emperador no tenía ni idea de que la ciudad de Guang exis-

tiera. No aparecía en ningún mapa ni documento. Los pocos piratas, bandidos y salteadores de caminos desaparecían silenciosamente en el océano, como si sus madres hubieran desaparecido. Nunca los di a luz. Después de 20 años, había amasado una modesta fortuna y un día desaparecí invisiblemente con una caravana hacia la libertad. Hablaba chino de ladrones con fluidez, me vestía como una refinada dama china y huí a esta región. Conocí a mi herrero por casualidad y, a los 45 años, me enamoré de él. Enterré mi oro en escondites seguros; nadie jamás descubrió mi tesoro. Cuando teníamos que apretarnos el cinturón, yo —o más a menudo mi bondadoso esposo— encontrábamos por pura casualidad un pequeño barco de oro en mi armario. "¡Ahí está, nuestro regalo de bodas de la tía Jie!", exclamaba cada vez. Mi esposo era verdaderamente bondadoso, pero de ninguna manera tonto. Decía que era extraño todo este asunto de la tía Jie y el oro. Lo arrojé contra la pared por primera y última vez en nuestros 45 años de matrimonio. Lo presioné y lo sostuve a un metro del suelo. Estaba perplejo porque siempre había pensado que él era el más fuerte. Lo dejé retorcerse como un escarabajo y le dije seriamente: "¡Mi queridísimo esposo, mi mejor esposo, mi más dulce amante! Por favor, no me lo vuelvas a pedir, porque nunca, nunca, nunca quiero mentirte. Si tuviera que mentirte, ¡no estaría aquí mañana!" Lloró porque sospechaba que le estaba siendo infiel. Le tomé la cabeza entre mis manos. "Cariño, soy la única doctora en kilómetros a la redonda. He sostenido todas las pollas de toda la provincia, o las he frotado hasta que eyacularon, ¡o las he follado como prueba! Puede que lo hayas olvidado, porque eres tan generoso y nunca te ha molestado. Pero te he dicho todas las mañanas que tienes la mejor y más hermosa polla de todas y que eres el mejor follador de la zona. No tienes motivos para estar celosa, asustada y descarada como un ratoncito. "¡Eres mi marido, eso debe ser suficiente para ti!" Así era él, así era mi marido. Me dejaba acostarme con quien quisiera y nunca guardaba rencor. Sabía perfectamente que el tigre entre mis piernas tenía que ser alimentado todos los días y que no se conformaba con un solo conejo. Hija mía, siempre fui una buena doctora, pero tenía que follarme a todo el mundo. Desde el niño de doce años hasta el anciano, tenía a todos los hombres de la provincia en mi coño, arrojados a mi hambriento tigre como alimento. No pocas veces, los jóvenes fingían dolores de estómago para enseñarme sus pollas y desafiar descaradamente al tigre. Cuando mi marido me pillaba de vez en

cuando, lo ignoraba con una sonrisa. “¡Sigues probando si puedes encontrar una polla mejor que la mía!” Ah, ese hombre era un tesoro, y después de su muerte, envié un mensajero a la banda de ladrones: “No vuelvan nunca más, ya no estoy aquí”. tu sanador.” Y si os atrevéis a venir aquí, enviaré vuestras cenizas a vuestras esposas, ¡malditos asesinos!

«Creo que lo entendieron, porque desde que enviudé, ningún hombre ha venido a verme». La princesa le agradeció la historia; ¡sin duda había tenido una vida llena de acontecimientos! Jasmine sonrió; aún le quedaban muchos años por delante. Su abuela tenía casi 130 años y se dedicaba a enseñar a sus bisnietos y tataranietos el arte del amor. Por lo que se recordaba, las madres de su familia habían vivido entre 120 y 130 años y todas habían sido, sin excepción, mujeres santas, sanadoras y, después, las tigresas más implacables.

Los hombres regresaron con fardos rebosantes de jamón ahumado, pan plano, vino de arroz y licor. Vaciaron los fardos sobre la mesa y dividieron la plata y el oro en siete partes, pues la anciana también estaba entre ellos. La princesa bebió solo un poco de vino de arroz y agua de manantial en la suntuosa cena, para poder disfrutar de la noche sobria. Por la mañana, le sonrió a Jasmine por encima del borde de su taza de té; lo había previsto correctamente. Durante los dos días siguientes, la fiebre de Lai remitió y despertó en los brazos de Li. Su primera pregunta fue si ella estaba ilesa. Suspiró aliviado, pero le entristeció haberla dejado desprotegida en su inconsciencia. Li sonrió; los cuatro hombres la habían protegido admirablemente durante los siete días que había estado inconsciente, y ella misma había ahuyentado a más de 25 ladrones. El príncipe y sus hombres habían caído, quedando solo los cuatro; habían recibido una pira funeraria honorable. Ni un solo ladrón escapó, pero un gran grupo había huido a las montañas antes de la batalla. Lai ya no soportaba estar tumbado en la estera; besó las manos de Jasmine y le agradeció que lo hubiera rescatado. Se apoyó en su bastón, cojeando y explorando la casa y sus alrededores. Puso agua caliente, desmontó su bastón y lo limpió con cuidado. Sonrió asombrado mientras los guerreros se turnaban para follar a la anciana hasta el amanecer. No podía apartar la vista mientras la anciana, con su cuerpo huesudo, arrugado y desgastado, se apoyaba contra los “jóvenes” guerreros durante el sexo, o mientras se

masturbaba, frotando con destreza e intensidad su clítoris, que medía la mitad de la longitud de un dedo meñique. Comió bien y estaba lleno de energía, pero Jasmine lo retuvo cuatro días más; él no quería esperar más. Partieron al quinto día.

La tercera fuerza, compuesta por mil hombres, llegó con dos días de retraso, tras haber atravesado decenas de campos de batalla y contabilizado unos 5000 cadáveres en el último. Un grupo de reconocimiento cabalgó hasta el barranco, pero, aparte de unos pocos heridos indefensos, no encontraron bandidos. Tras interrogar a los heridos, les dieron sepultura y regresaron. Los mil hombres marcharon apresuradamente hacia la ciudad imperial de Xi'an sin haber encontrado a la princesa ni a sus hombres. El emperador Teng permaneció sentado en el jardín todo el día; nadie podía interrumpirlo en su duelo por Pyi y Li.

De vuelta otra vez

Tres semanas después, la princesa llegó a la corte del emperador con sus cinco hombres. Teng tembló de emoción al abrazarla. Ella le presentó a los valientes Jin, Chang, Fei y Jü, quienes habían luchado con coraje como leones y le habían dado a su señor, el príncipe Pyi, un entierro digno. Eran los únicos supervivientes de los 40 hombres y los dos mil hombres del mariscal de campo. El señor Bo Lai había resultado gravemente herido al salvarles la vida. El emperador invitó a los seis hombres a su jardín, los agasajó y escuchó sus relatos. Escuchaba a los valientes guerreros mientras dictaba simultáneamente a sus escribas, quienes debían registrar cada palabra. Los hombres relataron, con minucioso detalle pero con precisión militar, la campaña de tres años y su trágico final. No habían estado presentes en la muerte del general; él les había ordenado proteger a la princesa y sus caballos. Describieron la batalla final y cómo el maestro Bo había salvado a la princesa en combate cuerpo a cuerpo. El emperador Teng se puso de pie y bebió vino tinto con Lai. «¡Eres un hombre extraordinario y leal, Lord Bo! ¡Protegiste a nuestra princesa con tu vida!», dictó a los escribas; debía ser registrado palabra por palabra en el acta oficial. La audiencia duró cuatro horas, y el emperador prometió enviarles la recompensa al palacio al día siguiente. Los escribas tuvieron que dejar sus pinceles cuando el emperador les agradeció su preciso informe, pues era mucho mejor que cualquier cosa que los generales y capitanes hubieran adornado con florituras sobre sus experiencias fuera del combate.

Llegaron al palacio de Pyi. Ayla llevaba semanas de luto por su hermano Pyi. Pero había gobernado la casa con mano de hierro durante tres años, despidiendo a los últimos holgazanes y contratando a gente competente. Li abrazó a Ayla mientras le contaba la última batalla de Pyi y su funeral.

Ayla hacía que sus admiradores le calentaran la estera y cada noche lamía y acariciaba la cola del príncipe Long para que creciera grande y fuerte. Él, por supuesto, era demasiado joven para algo más. Li se alegraba de que Ayla mantuviera su habitación limpia; ella misma había unido dos habitaciones contiguas a la suya, y ahora

treinta bordadoras trabajaban hasta el atardecer. El negocio de sus mantos, capas y túnicas ceremoniales para damas y caballeros estaba en pleno auge. La mayor parte de la producción se destinaba a Japón y a las cortes reales a lo largo del Mekong. Ayla sonrió con modestia y dejó que Li leyera los informes de los embajadores y agregados. En cada fastuoso festival, las damas impecablemente vestidas atraían ahora la atención, con el pecho descubierto bajo sus mantos. La emperatriz de Nihon ya había comprado más de doscientas de sus mantos de dragón, pero era la única en la corte imperial japonesa a la que no se le permitía mostrar sus pechos en público. Los embajadores y agregados eran los únicos autorizados a ver —y mencionar en sus informes— el cuerpo desnudo e impecable de la joven emperatriz durante las pruebas de vestuario. La joven emperatriz, que había desarrollado una predilección por los jóvenes agregados precisamente por su esposo de casi ochenta años, enviaba a todos sus aposentos a ser asistidos por un joven diplomático durante las largas pruebas. Mencionar las pruebas en la corte se castigaba con la muerte; solo los agregados podían revelarlo todo, absolutamente todo, en sus informes secretos. Li y Ayla se leían en voz alta los pasajes escandalosos, riendo a carcajadas. El rey-dios de ochenta años parecía sordo a los gritos de placer de la lujuriosa emperatriz.

Li había vestido a Jin, Chang, Fei y Jü con magníficos uniformes y había convocado a las mejores muchachas de los burdeles para que los bañaran, ungieran y perfumaran. Y así sucesivamente. Ella misma escribió un informe al Emperador, relatando con sus propias palabras la empresa de tres años con el Príncipe Pyi. Sentía que alguien debía informar al Emperador sobre la naturaleza leal y meritoria de su general y amigo. Que Teng lo dejara en los archivos era irrelevante para ella. Dos veces por semana, los seis cabalgaban lentamente por la ciudad; ella dejaba descansar a Jin, Chang, Fei y Jü en una posada, y con Lai a su lado, paseaba por las calles, callejones y tiendas del distrito. No sabría decir por qué lo hacía, salvo para absorber con curiosidad la vida más allá de los muros del palacio. Reflexionaba sobre su futuro, algo que nunca antes había tenido que hacer.

La princesa sentía en su corazón lo maravilloso que era quedarse dormida en los brazos de Lai por la noche y despertar a su lado por la mañana. Él respetaba al tigre en su regazo cuando ella se acostaba

con una de las cuatro. «A veces necesitas una pata de pavo real en tu tazón de arroz», sonrió Lai, besándole la coronilla cuando nadie miraba. «Las chicas como tú comen obedientemente su tazón de arroz todos los días, pero el arroz solo no es suficiente», sonrió con cariño, acompañándola a su encuentro. Incluso dejaba que las dulces chicas lo bañaran, pues la princesa Li sin duda lo consideraba su esposo, pero no se estrangulaban entre sí.

La Casa de las Mil Delicias

El año pasó volando. Li reunió a sus cinco hombres en el jardín, los agasajó y les preguntó si querían quedarse con ella y unirse a una nueva aventura. Una aventura donde ella sería la jefa, donde tendría que confiar en su lealtad incondicional. Los cinco intercambiaron una rápida mirada, y el señor Jü, quien le tenía un inmenso respeto desde que le había enseñado a montar a caballo en una sola noche años atrás, se levantó torpemente. “Dondequiera que vayas, princesa, cabalga delante, y nosotros te seguiremos, sin importar adónde vayas”. Se sentó, y los demás murmuraron en señal de acuerdo, solo el señor Chang le pellizcó el costado con una sonrisa. “Un simple ‘sí’ habría bastado, viejo, pero a uno de nosotros le gusta dar grandes discursos”. Todos sonrieron, y Jü y Chang se burlaron el uno del otro con su habitual cordialidad. Li tomó un gran trago de jugo de frutas y agarró la mano de Lai debajo de la mesa. Quiero construir un burdel a la vista del Palacio Imperial. El mejor, el más exclusivo y, por supuesto, el más caro del mundo. Está abierto a cualquiera que pueda mostrar una cartera bien llena de cubiertos de plata o peces de colores. Mi público objetivo principal es la Corte Imperial, y encontrarán un establecimiento lujoso inspirado en los modelos japoneses. Habrá músicos y bailarines, lectores y malabaristas, bebidas y comidas ligeras. Las chicas más bellas, elegantes y sensuales mimarán a los caballeros y damas como en ningún otro lugar. Lo único que no quiero son hombres; eso no va con mi carácter, y eso se puede encontrar en otro sitio. Lo que espero de ustedes es supervisión hasta la finalización y la inauguración. He visto sus botas, enseñándoles a caminar. Restauré este palacio para mi señor Pyi, pero para este nuevo proyecto necesito cuatro pares de botas pesadas. ¡A patear traseros, caballeros! En segundo lugar, después de la inauguración, los necesito para protección. Ladrones y salteadores de caminos intentarán robar nuestras cajas registradoras y las carteras de nuestros clientes. Atentamente. Los garrotes y palos, y si es necesario, la espada, deberían mostrarles el camino correcto. En tercer lugar, algunos otros burdeles, consumidos por la envidia, querrán hacernos daño. Y en cuarto lugar, ningún huésped debe entrar armado ni con malas intenciones; sus ojos perspicaces los descubrirán o, si es necesario, los registra-

rán. Prefiero mandar a casa a un buen hombre que admitir a un solo asesino. La regla es simple: solo nosotros seis estamos armados, nadie más. Punto. Cómo quieran lidiar con las peleas entre los huéspedes depende de ustedes. Algunos reclutas reciben o merecen una paliza o un balde de agua fría; hagan lo que consideren correcto. Recuerden que somos el establecimiento más exclusivo de la ciudad y no una tugurio barato donde los borrachos se pelean por el favor de la dueña.

Y ahora, a lo importante. Estoy construyendo la casa con mi propio dinero. El personal y todo lo demás que implique el funcionamiento del negocio se pagará con las ganancias. Lo que sobre será la ganancia; ustedes cuatro recibirán la mitad y podrán dividirla como quieran. El Sr. Bo y yo compartiremos la otra mitad. La tercera mitad, por supuesto, será para el Sr. Jü y el Sr. Chang, ya que son ellos quienes sacan el agua con la red para mariposas. Los hombres sonrieron y les dieron un codazo a los dos.

—¿Alguna otra pregunta? —preguntó Li, sentándose. Fei cambió de postura. —Habla más alto, querido Fei, haz preguntas inteligentes o aguanta las risas de tus amigos —dijo Li amablemente. Finalmente, Fei se recompuso. —Todos saben lo inteligente que eres, princesa, pero ¿no es una auténtica tontería confiar a las panteras la custodia de tu suministro de carne y a los ladrones la de tu plata y oro? El señor Fei bajó la cabeza y esperó las risas, pero nadie se rió, solo Li y Lai. Entonces Lai habló. —Eres un hombre inteligente y de pensamiento rápido. Pero ten fe, nuestro general, la princesa y yo, como su capitán, sin duda hemos considerado esto. No es prudente darles a los sargentos —que es lo que sois— todos los detalles. Los sargentos deberían juntar sus cabezas y resolver las cosas de forma práctica. Lai miró a los hombres, pero habían aceptado su jerarquía sin protestar. Alzó la voz. “Cuando la prisa inicial en la entrada disminuya y lo único que oigas sean los gemidos, quejidos y gruñidos de los huéspedes, tal vez el chirrido de los grillos de las vaginas de las chicas trabajadoras, entonces no tienes que matar el tiempo con cuatro personas. Claro, puedes hacerlo con tres o dos mientras el afortunado tipo recibe un masaje en la espalda de una chica o algo así. Solo hay dos trampas en todo este asunto. Primero, ¿quién está despierto hoy y quién no reservó ayer...? La segunda trampa es igual de obvia. La

chica no gana ni una sola moneda de cobre durante este tiempo, y tal vez un rico faisán dorado tenga que desplumar las plumas él mismo porque la chica no está disponible?" Lai sonrió de oreja a oreja y se sentó. Li se puso de pie. "Caballeros, he disfrutado follándome a todos vosotros y sé lo buenos que sois en este duelo; nunca he tenido motivos para quejarme. Sin embargo, no intervendré; también es vuestra pérdida si el faisán dorado se arranca sus propias plumas, como le gustaba describirlo a mi señor y maestro Bo. Es vuestra contribución si las ganancias aumentan o vuestra polla. Cuatro años cabalgando con vosotros me han demostrado que ninguno de vosotros se arranca sus propias plumas con entusiasmo, para no salirme del maravilloso cuadro del Maestro Bo. Considerad que tendremos algunas empleadas que no ganan dinero con sus gatitos; preparan té, preparan aperitivos y barren las habitaciones. Si dejan que vuestras embestidas fuertes y vigorosas las distraigan de su trabajo, no es tan malo para las ganancias; siempre pueden trabajar aún más duro después. Creo que mi capitán tiene razón; juntad vuestras cabezas y abrid el botón. Yo también tengo que juntar mi cabeza con la suya; los caballos de los huéspedes necesitan un establo, y..." Mozos de cuadra, alguien tiene que asegurarse de que los proveedores llenen nuestra despensa Y no cobren precios exorbitantes; alguien tiene que cortar la leña y encender las estufas para que el agua del baño esté caliente, y la lavandera tiene que proporcionar toallas limpias.

Todos debemos reflexionar sobre este proyecto, y les pido que me comuniquen en un plazo de 14 días si no desean unirse a esta emocionante aventura. Muchas gracias, amigos, y no duden en preguntarme lo que les preocupe; el Sr. Bo y yo siempre estamos aquí para escuchar.

La princesa recogió sus cofres del tesoro del emperador y le explicó su plan con todo detalle; había traído una maqueta de madera del arquitecto. El emperador Teng silbó entre dientes y examinó la magnífica maqueta. Convocó a dos consejeros, quienes tampoco tuvieron objeciones. Simplemente no creían que fuera un buen negocio. La princesa se encogió de hombros: «Cuando vas a la batalla, no puedes predecir la victoria con certeza. Pero todo general te aconsejará que planifiques y te prepares bien». El emperador dictó su aprobación al escribano. «Esta es tu empresa, tu dinero solamente», dijo el empe-

rador Teng. «El tesoro del estado no vendrá en tu ayuda. Puedo ofrecerte refugio en mi burdel en cualquier momento; ojalá pudiera, pues mis entrañas arden cuando estoy a tu lado». «Tengo casi 36 años, mi señor y emperador, y el señor Bo me ha tomado firmemente en sus brazos». El emperador sonrió. "¡Te deseo la mejor de las suertes! Prefiero tenerte cerca de mí, en un burdel, que en algún lugar del bosque donde podrías perder la vida en batalla. ¡Nunca te dije que me preocupé por ti todas las noches durante tres años! Para ser honesta, me ofendería mucho si vivieras a solo dos minutos de mi casa y no pasaras una tarde y una noche conmigo una o dos veces al mes. El señor Bo Lai es uno de los hombres más extraordinarios que he conocido, y respeto vuestra estrecha relación. Debería poder dedicarte una o dos tardes sin que yo tenga que hacerme el emperador. Y una cosa más. Actualmente solo tengo un ministro de guerra provisional; mi amigo Pyi, lamentablemente, no volverá. En un año, si tu burdel va bien, os invitaré a ti y al señor Bo a mi casa un par de veces, ya que siempre ando buscando buenos hombres. Para que lo sepas, como esposa de un consejero o ministro, puedes escuchar desde el balcón como antes, y haré que decapiten a cualquiera." "El que hace preguntas estúpidas." Li besó a Teng en los labios cuando ella se marchó.

Li cabalgó con Lai alrededor de la plaza, un campo de desfiles abandonado que el Emperador les había cedido al precio de mercado local. Examinó el arroyo con ojo experto; canalizaría un afluente a través de su dormitorio y otro a través de las habitaciones de placer. Ella y Lai habían visitado al embajador japonés varias veces, porque su guarida de perdición se llamaría simplemente "La Casa de Japón" o "La Casa Japonesa", y quería evitar cualquier malentendido diplomático. Una vez resuelto esto, tomó en serio cada sugerencia y consejo del embajador. Un arquitecto con cierta experiencia en la construcción japonesa deliberó larga y meticulosamente, y Li quedó encantada con el extravagante diseño. La estructura del techo era tan auténticamente japonesa que el embajador se quedó sin palabras en la inauguración. Li y Bo recibieron su propia ala, donde tenían acceso directo al negocio y los invitados, las chicas y el personal no tenían que pasar por allí. ¡La disposición de los canales del arquitecto era ingeniosa! El arroyo de su dormitorio, serpenteando suavemente por la habitación, irrigaba luego el patio y los jardines. Cada niña tenía su

propio afluente limpio, y ninguna tenía que revolcarse en el agua sucia de los vecinos. Los desagües corrían bajo los pisos de madera hacia los tres jardines. Se planificaron cuatro salas comunes para los huéspedes, donde actuaban músicos, bailarines y malabaristas. La cuarta sala común estaba destinada a la lectura tranquila; grandes puertas de papel conducían a una terraza y a los jardines. Las áreas de trabajo, como la cocina y la despensa, se ubicaban en una encantadora pagoda, mientras que una pagoda simétrica enfrente albergaba los establos. Para gran disgusto del arquitecto, el Sr. Bo interfirió, pero tuvo que acomodar a los cuatro sargentos en una posición estratégicamente ventajosa, para su gran disgusto; por mucho que se quejara o rechinara los dientes, eso no iba a cambiar. El arquitecto había diseñado la cerca perimetral según principios militares y también construyó la puerta principal según las especificaciones del Sr. Bo. En caso de emergencia, se podían bajar vigas gruesas con una, dos o tres cuerdas; resistiría cualquier ataque de los rebeldes. El emperador Teng mandó modificar secretamente las puertas de su palacio del mismo modo. El patio de la Casa de Japón estaba ajardinado como los jardines, y bonitos senderos de grava, sinuosos y pintorescos, invitaban a los visitantes a pasear. Los jardineros y sus herramientas se alojaban en la Pagoda del Caballo; por supuesto, se había tenido en cuenta la dirección predominante del viento para que el olor penetrante se alejara de la casa. Había 40 cabañas espaciosas y discretamente aisladas para las muchachas, que dormían allí y recibían a los invitados. La princesa había encontrado a una mujer maravillosa, hábil con el dinero y que sabía administrarlo bien. Estaba bien pagada, por lo que no era particularmente susceptible a la corrupción o el fraude. Se encargaba de reservar a muchachas específicas y era generosamente compensada por sus servicios; llevaba un registro de estos pagos y le entregaba estos sobornos a Li.

Li y Lai pudieron mudarse a su nuevo apartamento tres semanas antes de su inauguración oficial. El arquitecto les mostró las dos habitaciones: una pequeña, ideal como estudio, vestidor o recibidor; y el enorme dormitorio, de aproximadamente 15 metros de largo en todas las paredes. Estaba revestido con paneles de madera pulida de gran belleza, con puertas empapeladas con seda japonesa que daban a los jardines. Parte del techo podía elevarse, permitiendo la entrada de luz solar o la contemplación de las estrellas por la noche. Las vigas

estaban a la vista, el techo abierto al cielo, y una pequeña escalera discretamente oculta conducía al hastial. Este podía abrirse, ofreciendo una vista panorámica desde una altura de 12 metros. Una pequeña tabla de madera podía colocarse encima a modo de mesa, permitiéndoles disfrutar cómodamente del té bajo la luz brillante con una vista sensacional.

Pero la fuente de agua dominaba claramente la habitación. El chorro se podía regular mediante una compuerta, lo que permitía un ajuste continuo del caudal. El arroyo serpenteaba por la habitación; el suelo era de madera pulida y el lecho del arroyo estaba revestido de mármol negro y gris. El arquitecto había tenido la intención de dejar el revestimiento pulido y liso, pero la princesa podría decidir más adelante añadir vegetación. La pieza central era una sección ensanchada que el arquitecto llamaba bañera. Una varilla oculta podía extraerse del suelo. Li miró al arquitecto con expresión interrogante. No tenía nombre; toda la instalación era única y no había nada parecido en el mundo. «Una chica la llamó "vara de follar" cuando probamos la bañera», dijo el arquitecto, «una cosa encantadora». Vio incomprensión en la expresión de Li. «La chica», quise decir. "Colocas el consolador en estas muescas ocultas y se queda fijo. Lo hemos probado docenas de veces. También hay dos huecos en los laterales donde puedes apoyar los codos y los antebrazos, lo que proporciona una excelente sujeción en ciertas posiciones y al masturbarse en el agua. Además, hay dos huecos más profundos, que usamos, por ejemplo, para los dedos de los pies de la chica en la posición del perro flotante."

Li dejó caer su vestido al suelo y se metió en el agua. Caminó a lo largo de todo el arroyo, chillando y gritando de sorpresa. «¡Señor arquitecto, una obra maestra! Esperaba un canal perfectamente recto, ¡pero me ha sorprendido con un arroyo maravillosamente sinuoso y serpenteante!». El arquitecto explicó que no quería peces ni otros animales en el arroyo, por lo que la entrada estaba equipada con dos rejillas de malla fina. Pero si alguien quería peces, simplemente tenía que mover las rejillas a lugares preestablecidos; los peces podían mantenerse en el arroyo con otra disposición, pero a él solo le gustaban los peces en un tazón de arroz.

Li entró en la bañera y tomó el consolador en su mano. Llamó al arquitecto para que entrara al agua y le hiciera una demostración. Él dudó, pero ella insistió. Li se sorprendió; nunca antes había visto un pene así. Era tan delgado como un dedo, pero colgaba como un pincel, casi hasta las rodillas. No podía imaginar usarlo para tener sexo; se partiría en dos. Él la miró fijamente a sus pechos del tamaño de melones, y ella miró fijamente su pene. No se hizo más grueso ni más largo; gradualmente se puso rígido y se erguía como la rama de un retoño. Él entró en el agua, le quitó el consolador y lo colocó correctamente. "Pon tu cuello sobre el consolador y deja que tus piernas floten. ¿Ves? ¡Estás casi ingrávida en el agua, y tu marido solo tiene que dar un paso para seguir con su trabajo!". Ella levantó las nalgas y orinó en un arco alto hacia el aire. Ella se rió, y él sonrió. Lai, sentado en la torre de observación admirando el panorama, bajó la mirada brevemente y sonrió. ¡Sabía que Li estaba a punto de clavarle las garras en la carne al arquitecto, de eso no cabía duda! Sonrió, sabiendo que no bajaría de allí en un buen rato.

Li separó las piernas y animó al arquitecto a acercarse, acercarse, muy cerca. Su glande había emergido de debajo del prepucio; frotó su pene con avidez, tocando sus labios. "La demostración puede comenzar", le gritó al hombre tímido, "¡Estoy agarrada a tu cuello, ahora es tu turno!" Él la miró fijamente. "¿Crees que puedo, quiero decir,...?" tartamudeó. Ella sonrió. "¡Ya has practicado con las chicas, ahora tengo que aprender!" Él vio que ella se refería a lo que él solo estaba pensando. La agarró de las caderas, su pene se deslizó en su vagina. Realmente se deslizó, como porcelana sobre seda. Ella sabía que solo sería una follada deslizante, y así fue. Él entraba y salía, entraba y salía. Ella se excitó solo un poco, pero no se masturbó; se concentró en el pene de porcelana perfectamente liso. "¡Estoy a punto de correr, princesa!" "¡Adelante, buen hombre!" dijo él, y ella asintió. Se sintió extraño. La agarró de las caderas con fuerza y metió su pene profundamente dentro de ella. La cabeza golpeó su cuello uterino, luego siguió más y más pene, y se sintió como si se doblara, girando en espiral. Empujó más, y luego más, y se enroscó dentro de ella. Cuando hubo insertado toda la longitud, la agarró de las caderas aún más fuerte. "¡Voy a correr ahora, Princesa!", dijo excitado. Empujó suavemente; ya no tenía un pene que insertar. Sonrió y eyaculó. "¡Voy a correr, querida Princesa!" Se sintió muy extraño, pero no

desagradable. Bajó la cabeza sobre sus pechos y eyaculó durante lo que pareció una eternidad. “¡Voy a correr, Princesa, aún no he terminado!” Se apretó con fuerza contra su cuerpo y eyaculó durante lo que pareció una eternidad. Luego se enderezó y se retiró, su cola deslizándose hacia afuera con la misma suavidad con la que había entrado. Li le dio las gracias; el chorro era algo bueno, algo muy bueno.

El arquitecto luego hizo la posición del “perro flotante” para ella, colocando sus dedos y las puntas de sus pies en el hueco, y ella apoyó sus brazos contra el consolador de manera que su trasero sobresaliera de forma bastante tentadora. Ella solo conocía la posición del perro a cuatro patas, pero esta era mucho más cómoda y excitante. Él tuvo que follarla, por supuesto; su pene extra largo lo tuvo más fácil en esta posición. “¡Estoy eyaculando, Princesa, con el mayor placer!” y el tipo eyaculó de nuevo durante un buen rato, pero con un poco más de esfuerzo. Ella no torturó más al buen hombre, y salieron del agua. Curiosamente, ella tomó su pene en su mano. Era delgado, pero muy firme. Ella retiró el prepucio; su glande no era más grueso que el tronco. Era pequeño y plano como la cabeza de una serpiente, la abertura era diminuta, y la uretra no estaba en la parte inferior como en la mayoría de los hombres; aparentemente solo corría por dentro. El tronco liso y recto era perfectamente redondo en diámetro. Ella le frotó el pene durante un buen rato; se puso muy duro. “Me temo que no puedo correr una tercera vez, Princesa, ¡no será posible hasta mañana!” Ella sonrió y dijo que era un pene verdaderamente asombroso; nunca había visto uno igual. Había frotado muchos penes en la orilla de un arroyo o río durante la campaña y era bastante buena en ello. Se sentaron en la orilla del arroyo de su habitación, con los pies colgando en el agua. De vez en cuando, ella tomaba el pequeño glande en su boca y luego continuaba diligentemente. “¿Te parece bien?”, preguntó, y él respondió: “Solo tira del prepucio hacia atrás sobre el glande con fuerza”, dijo, “¡las chicas y los chicos tiran tan fuerte que me hacen llorar de placer!” Ella tiró con todas sus fuerzas, y el glande saltó como un cachorro en su puño. “Me encanta especialmente follar a los niños pequeños por el culo; ¡chillan y chillan de placer como niñas pequeñas!” Ella continuó tirando de su prepucio, incapaz de sacarse de la mente la imagen de su pene liso penetrando en el pequeño ano. Sonrió cuando el semen de Lai salpicó el arroyo desde una gran altura. “Gracias a Dios no tengo que ha-

cerlo sola; siempre hay chicas o chicos alrededor que realmente lo dan todo". La princesa asintió, sonriendo; este arquitecto era conocido y famoso por eso. Muchos padres de origen humilde le traían a sus hijos e hijas vírgenes, pues se susurraba con qué ternura y delicadeza los desfloraba. La princesa lo frotó durante lo que pareció una eternidad. Sintió su semen ascender. "Estás a punto de correrte", jadeó con esfuerzo, "¿debería seguir tirando fuerte?" Él asintió desde lejos. Ella apuntó su glande hacia el arroyo, y él lanzó un chorro fino como un cabello al agua. Cada vez, ella tiraba de su prepucio con fuerza, dejando que un chorro fino saliera disparado al agua. El chorro fino salía del pequeño orificio en un arco alto. Cuando terminó de eyacular, continuó frotándose el pene durante varios minutos, porque ella no lo había extraído todo; ahora lo hacía él mismo, eyaculando hasta que no salió nada más y su pene se ablandó. Ella le lavó el pene con agua cristalina del arroyo. Lo miró radiante y asintió con gran satisfacción. Él estaba completamente exhausto y cansado. Ella le contó de nuevo al arquitecto lo magistralmente que había diseñado el arroyo. Lai bajó del mirador, sin mostrar ninguna señal de haber presenciado el acto sexual desde una perspectiva aérea.

¿Estaba todo preparado? ¿Se había olvidado algo? ¿Qué se había olvidado? ¿Estaba presente todo el personal? La princesa apenas durmió en los diez días previos a la inauguración, y solo brevemente cuando se quedaba dormida por el cansancio. El embajador japonés y su séquito eran los invitados de honor; él daría una conferencia sobre los burdeles japoneses, su historia y su organización. Se leería un mensaje de saludo del emperador japonés y del emperador Teng. Se ofreció música, una actuación de las bailarinas y un bufé para todos.

Amaneció el día de la inauguración, Li y Lai se sentaron en el tejado más alto, se abrazaron fuertemente y saludaron en silencio al sol de la mañana.

Estaban listos para partir, pero finalmente habían llegado.

• • •

LIBRO II:
El Amante de la Emperatriz

von Jack Faber © 2023

El viejo cuentacuentos medio ciego ya era esperado en el pueblo; venía todos los años. Y a su llegada, siempre se repetía la misma escena. Una multitud de niños burlones lo empujaba hasta la única posada. La posadera, una mujer grande y embarazada, ya lo esperaba con un cuenco de arroz y cordero. Le daba de comer con palillos, sentada en su regazo. Cuando el cuenco estaba vacío, se levantaba la falda, y los niños vitoreaban porque podían ver claramente cómo le agarraba el pene y se lo introducía en la vagina, mientras ella sonreía ampliamente. No tenía vello púbico, solo una pelusa escasa. Se reía de los niños, que se abalanzaban hacia adelante para ver su pene en su coño. Le encantaba exhibirse ante los niños porque era bastante perversa. Lo montaba brevemente hasta que él decía que aún tenía hambre. Le traía un cuenco tras otro, le introducía el pene en el coño y le permitían follarlo brevemente. Finalmente, él decía que estaba lleno. La posadera reía alegremente y se recostaba. El anciano la agarró de las caderas y se levantó a medias. La penetró con fuerza durante varios minutos, y los niños gritaron y chillaron mientras él eyaculaba dentro de ella. Se durmió hasta la noche. Necesitaba descansar hasta la noche, y luego contó su historia alrededor de la fogata a la multitud reunida, mientras una niña yacía en su regazo, masturbándose en secreto bajo su vestido.

Luego, contó su historia alrededor de la fogata en la plaza del pueblo.

* * *

El terremoto

El terremoto duró menos de dos minutos. Chai, sentado en la silla plegable junto a la mesa, releyendo los informes, permaneció tranquilo, observando las dos antorchas que iluminaban la tienda. El mayor peligro era que se cayeran y provocaran un incendio. Algunos objetos, así como su lanza y sus dos espadas, cayeron al suelo, pero por lo demás, no pasó nada grave. Permaneció sentado un rato más, pero la tierra se había calmado y el cielo no se había derrumbado. Chai cogió una antorcha y su espada corta, por si acaso.

Salió de la tienda. «¡Informe!», rugió con voz autoritaria, «¡Informe!». De las otras tiendas salieron hombres semidesnudos y desnudos, gritando uno tras otro que no había muertos ni heridos. Uno gritó: «¡Comandante, Haraldur ha huido del puesto de guardia al pueblo con doce hombres!». Suspiró aliviado; ni muertos ni heridos. «¡Cuando regresen, avísenme!», repitió su orden, y luego volvió a su tienda. Recogió todo y terminó de leer el informe, luego dejó los papeles a un lado y cenó: pan plano y una pata de pollo fría. Bebió una copa de vino y esperó.

Haraldur, el gigante, entró en la tienda, seguido de guardias. El hombre gigantesco llevaba en brazos a un niño, o a una niña, o a una mujer desnuda; era difícil distinguirlo. Haraldur miró a su amigo. «Contamos dieciocho muertos en la aldea, unos veinticinco heridos leves. Los están atendiendo bien. Encontré a esta niña aquí, entre las ruinas de su casa; solo está inconsciente, pero ilesa. Su marido, sin embargo, lamentablemente ha muerto». Haraldur bajó la voz y susurró: «Estaban teniendo relaciones sexuales cuando la casa se derrumbó». El gigante nórdico miró a su alrededor, Chai señaló su estera y Haraldur colocó con cuidado a la niña inconsciente sobre ella.

Chai tomó una capa del perchero y cubrió a la mujer desnuda. Ordenó a uno de sus soldados que trajera a dos mujeres con agua y trapos para lavar a la muchacha. Mandó a todos afuera excepto a Haraldur. Se sentó en la silla plegable y Haraldur se sentó sobre su pecho. «Recorrimos la aldea, dejamos a los muertos donde estaban y llevamos a los heridos a la plaza del pueblo. Aquí hay suficientes aldeanos

para encargarse de todo. Oí un suave gemido y la encontré allí. Estaba montando a su viejo, con su pene aún dentro de ella». Haraldur sonrió. «¡Qué muerte tan placentera! ¡Tu muchacha te monta, eyaculas y la casa te mata! ¡Qué muerte tan caliente! Desangrarse con una lanza clavada en el estómago en la tierra de un campo de batalla definitivamente no es tan caliente». Charlaron unos minutos más, luego vinieron dos mujeres a lavar a la muchacha y Haraldur se marchó.

Chai permaneció sentado, observando a la muchacha. Tenía un cuerpo hermoso y esbelto, un rostro chino impecable y una melena negra que le llegaba hasta las caderas. Sus pechos le parecieron virginales, y sobre su hendidura púbica, cubierta de vello sucio, se vislumbraba un tenue vello negro y suave; eso le encantaba. Observó con gran interés cómo las mujeres la lavaban con trapos y le separaban los labios vaginales con los dedos para limpiarle la vulva. Las mujeres parecían inseguras; no habían traído ropa. Él asintió, diciendo que seguramente tenía algo, y rebuscó en su cofre.

Finalmente encontró una camisa blanca y limpia que había capturado en algún lugar de la campaña. Se la pusieron; le llegaba hasta los muslos. Las mujeres cubrieron a la niña con su manta y susurraron que parecía estar completamente ilesa, solo inconsciente. Él les dio las gracias y las dejó ir. Habían sido capturadas en una de las últimas aldeas y tuvieron que yacer con el conquistador, pero serían liberadas en la siguiente aldea si él capturaba a otra mujer. Los soldados siempre hacían esto; los aldeanos lo sabían y cabalgaban detrás del tren de suministros todos los días para recoger a las niñas y mujeres liberadas. Era extremadamente raro que una niña perdiera la vida; al contrario, muchas ya llevaban una nueva vida en sus vientres, un regalo del cielo y de las tropas imperiales.

Chai se quedó sentado en la silla plegable toda la noche, revisando todo el papeleo, lo cual, en realidad, le resultaba bastante satisfactorio. Escribió una página en su diario de guerra; el emperador Long era muy meticuloso con estas cosas y leía los informes de todos los comandantes después de la campaña. El emperador había reformado los rangos militares, y a los 34 años, Chai era capitán y comandante. En cuatro o cinco años, sería general y recibiría un buen sueldo. Eso sería suficiente para casarse y formar una familia. Hasta el momento,

no había tenido una pareja estable, ya que estaba constantemente de servicio y, como todos los soldados, recogía flores silvestres al borde del camino.

La chica murmuró en sueños y se destapó de la cálida manta. Yacía allí con las piernas dobladas, la vulva expuesta. Sus dedos acariciaban suavemente su clítoris, claramente visible, sin masturbarse, durante horas. Él notó un ligero temblor cuando tuvo un leve orgasmo en sueños. Ella sonrió, murmuró y continuó acariciando su clítoris hasta la madrugada. Rara vez había visto a mujeres masturbarse; solo las mujeres aristocráticas de la corte se masturbaban durante el sexo, porque eso se consideraba apropiado y deseable. Las mujeres y chicas comunes no se masturbaban durante el sexo; solo lo hacían después o cuando el hombre ya se había dormido. La cabeza de Chai se hundió en la mesa y durmió con la cara sobre el antebrazo.

El tintineo de los platos del desayuno lo despertó. «Mal tiempo, general», dijo el prisionero que le había traído el desayuno. «Dicen que la lluvia durará otros tres o cuatro días; los caminos están embarrados e intransitables para los carros, dicen». Chai sabía perfectamente quiénes eran esos «ellos»; como de costumbre, había escuchado las conversaciones de los jefes de grupo, lo cual no le importaba. Él le dijo que le trajera un segundo desayuno cada día hasta que volviera a estar solo. Ella miró con curiosidad a la chica semidesnuda y asintió con comprensión. Podía confiar en ella; llevaba meses en la unidad y parecía no tener ningún interés en ser liberada.

Chai se arrodilló junto a la niña y le acarició el rostro. “¿Dónde estoy? ¿Quién es usted, señor?”, preguntó ella, despertando. Él le dijo que estaba a salvo con él, que había desayuno y que le explicaría todo. Se sentaron a la mesa, él apartó los papeles y la observó; era evidente que tenía hambre. Comió solo un bocado y le acercó su comida. Dijo que era el comandante de esa tropa, que se llamaba Chai, Capitán Chai. Tenía 50 soldados y entre 200 y 250 personas más que abastecían a las tropas o eran comerciantes que viajaban bajo su protección.

Hubo un terremoto durante la noche; hubo 20 muertos y muchas casas destruidas en el pueblo. “Tu casa también se derrumbó; mató a

tu marido, justo cuando estabas follando con él. Me alegro de que no te hayas hecho daño." Dejó de masticar. "¿El abuelo está muerto? ¿Estás seguro?" Las lágrimas corrían por sus mejillas. "Qué hermosa es", pensó él. "Sí", dijo, "pensé que era tu marido porque estabas encima de él cuando ocurrió el terremoto." La chica lo miró con curiosidad. "Él lo era todo para mí. Abuelo, mi padre biológico y mi marido. Estoy muy triste de que haya muerto. Solo tenía 64 años, demasiado joven para morir. Y la casa, esa era nuestra única posesión; era comerciante, un hombre bueno y trabajador." Ella guardó silencio, y él dijo que también habían encontrado a una anciana de pelo blanco muerta en la casa. "Esa era Aja, mi nodriza, que volvió a vivir con nosotros después del accidente de mis padres en el barranco." Bajó la cabeza. —Perdiste a toda tu familia. Ella asintió y él le sirvió más té. —Primero termina de comer, luego cuéntame todo desde el principio. Ella asintió y terminó de comer. Él le sirvió más té y dijo: —Estamos atrapados aquí tres o cuatro días con este tiempo horrible. Tómate tu tiempo y cuéntame la historia de tu vida, desde el principio.

¿Quién eres, Mulán?

Habló extensamente, sin omitir nada. “Me llamo Mulan, como la princesa guerrera del cuento de hadas. Cumplí 22 años hace unas semanas, tuvimos una celebración maravillosa…” Hizo una pausa para secarse las lágrimas. “Mi abuelo me preparó para que algún día me hiciera cargo de su negocio. Me enseñó a leer, escribir, hacer aritmética, llevar la contabilidad de mercancías e inventario, y mandarín, el idioma oficial. Era un maestro muy bueno y concienzudo. En mi vigésimo cumpleaños, me dijo que lo había aprendido todo bien y que podía administrar su negocio por un tiempo.”

Mis padres murieron cuando yo tenía cuatro años; su carro tirado por caballos se precipitó al gran desfiladero, a un día de camino de aquí. Yo era su única hija, y mi abuelo me acogió con mucho cariño. Mi madre era hija suya, fruto de su relación con su hermana. Mi padre, por desgracia, era infértil, así que cada noche ella dormía primero con su padre, a quien amaba con todo su corazón, y luego con su abuelo, quien así se convirtió en mi padre biológico. Pero dormía con ambos cada noche hasta el último día. Mi abuelo acogió en casa a Aja, quien me había amamantado de bebé. Ella se convirtió en mi madre adoptiva. No era muy inteligente y era bastante simple, pero me dio el amor maternal que me faltaba y dormía con mi abuelo cada noche, ya que él necesitaba una mujer con quien dormir.

Tenía solo cuatro años cuando los vi teniendo sexo. Mi abuelo me dijo que prestara mucha atención y aprendiera, que algún día yo también sería lo suficientemente mayor para tener sexo, y que una niña que no fuera buena en la cama sería vieja y solitaria. Acabaría, como se veía a diario, orinando al borde del camino y masturbándose en público si nadie se apiadaba de ella y le daba un polvo rápido y apresurado al borde del camino. Solo en raras ocasiones lograban reunir unas monedas de cobre para que algún muchacho medio adulto les diera sexo torpemente al borde del camino, a la vista de todos. Veía a estas personas desafortunadas todos los días, y fue de ellas de quienes aprendí a masturbarme, incluso siendo una niña pequeña.

Al abuelo le gustaba que la viera teniendo relaciones sexuales y me masturbara al mismo tiempo; siempre decía que era muy importante mientras yo era demasiado joven para tenerlas. Aja nunca se masturbaba; solo tenía orgasmos cuando tenía relaciones sexuales con el abuelo, y si eso no funcionaba, se apretaba el clítoris muy, muy rápido para alcanzar el orgasmo.

Nunca fui virgen, o al menos no lo recuerdo. Incluso de niña, nuestro juego favorito entre los niños del barrio era el de "follar y eyacular". A veces Aja nos pillaba, entonces preguntaba si él ya había eyaculado y esperaba tranquilamente hasta que el chico lo hiciera, antes de llevarme de la mano a casa. Cuando cumplí doce años, el abuelo nos dijo a Aja y a mí que ahora me tomaba por esposa. Yo era arrogante y engreída y no pensé en la pobre Aja, que ahora tenía que dormir en otra habitación y solo venía a nuestra casa una vez por semana, rogando por tener sexo. Pero los tres nos llevábamos bien. Aja tenía un orgasmo una vez por semana porque no se masturbaba, y la tensión se liberaba en un orgasmo poderoso durante nuestra sesión de sexo semanal.

Mi abuelo y yo solíamos follar toda la noche hasta el amanecer, y él me enseñó a llegar al orgasmo sin masturbarme. Eso era perfectamente normal donde vivíamos en el campo; solo en la ciudad estaba de moda que la mujer se masturbara mientras la follaban. Mi abuelo también lo comprobaba, pero era fácil. Sin embargo, dijo que si me casaba con un chico de ciudad, tenía que ser capaz de hacerlo perfectamente también. Dijo que todo el sexo disminuiría con el tiempo, que su lujuria y su virilidad se desvanecerían, y eso fue exactamente lo que pasó. Al final, le bastó con dejarme follar con él una o dos veces por semana, y siempre tenía que montarlo entonces porque se estaba haciendo mayor. Nunca cedí a las tentaciones de otros; no tenía que prometerle nada porque sentía que era correcto simplemente estar a solas con él. Vivimos como marido y mujer durante diez años; fui feliz de ser su esposa con todo mi corazón. Y ahora él está muerto, y la pobre Aja también está muerta.

Chai llamó a la señora del desayuno para que trajera té. Él y Mulan esperaron en silencio hasta que llegó. Ella le sonrió a Mulan y le dijo que le entristecía mucho haber perdido a su esposo. Pero que to-

do volvería a estar bien; después del mal tiempo, el sol sin duda regresaría. Mulan la llamó por su nombre y le dio las gracias; fueron palabras amables. Cuando la mujer se marchó, Mulan le preguntó si podía contarle algo sobre sí mismo. Él dijo que no era un narrador talentoso como ella, y que no tenía mucho que contar. Pero que haría lo posible.

Soy Chai de Qin

"Vengo del Reino de Qin y recibí una educación decente, como la tuya. Además, mi padre, que, al igual que su padre y su abuelo, fue capitán del ejército, me instruyó en las obras filosóficas de antiguos maestros y sabios, así como en ciencias naturales y astrología. Desde los catorce años, me convertí en cadete, aprendiendo el arte de la guerra desde cero. En realidad, quería unirme a la famosa Guardia Real, pero entonces mi padre fue destinado al Imperio de Nihon, en Japón, como escolta militar de la embajada. Gracias a mi buena educación, me permitieron servir bajo su mando. Mi madre, mi hermana pequeña y nuestro hermano adoptivo Haraldur también vinieron con él."

Según la costumbre local, mi madre me enseñó a eyacular en su boca con la mano hasta que cumplí doce años. A partir de entonces, me enseñó a tener relaciones sexuales, aunque no era particularmente buena en ello. Pero por mí, volvió a tenerlas, ya que hacía tiempo que las había dejado con mi padre. Siempre disfrutaba teniendo relaciones sexuales conmigo cuando yo podía y quería, y se alegraba de que en nuestra sociedad las mujeres tengan que masturbarse mientras tienen sexo. Finalmente, descubrí que se había estado masturbando con entusiasmo y muy a menudo desde la infancia.

Vivimos tres años en la ciudad de Edo, en Japón, pero apenas vi nada del país, casi no hablaba el idioma y rara vez tuve la oportunidad de acostarme con una chica japonesa. Como compartía habitación con mi hermana de trece años, teníamos relaciones sexuales hasta el cansancio. En aquel entonces, ella no podía masturbarse ni tener relaciones sexuales. Yo la inicié en el sexo y le enseñé todo; ella se masturbaba y tenía relaciones sexuales con gran entusiasmo. Nuestra madre lo sabía y estaba de acuerdo, ya que, por un lado, nuestro padre no podía hacerse cargo del desarrollo sexual de mi hermana y, por otro, ella estaba encantada de renunciar al sexo por completo.

Fui diligente en mis deberes y tuve la increíble fortuna de que nos permitieran elegir si aprender y entrenar con un maestro de esgrima

chino o japonés. Al principio, fue solo curiosidad lo que me llevó a aprender con el maestro japonés. Pero perseveré y entrené más duro que los demás. Aprendí a luchar con espadas largas y cortas, katana y wakizashi, y especialmente cómo luchar con ambas. Impresionó a mi estricto padre que al final de mi entrenamiento me nombraran samurái, una especie de guerrero de alto rango. Conservé estas dos espadas desde entonces, y nadie se rió de mí después de los primeros combates. Estas no eran simples hojas dobladas para ser ridiculizadas. Estas son armas terriblemente efectivas que avergüenzan a cualquier espada china. —Oh, te estoy aburriendo, Mulan. —Ella negó con la cabeza; no, era fascinante, incluso para alguien que nunca antes había empuñado una espada. Continué.

Mi padre reconoció de inmediato la oportunidad y movió muchos hilos, así que fui nombrado miembro de la Guardia Imperial del Emperador Long en la capital, Guang'an, durante cuatro años. Fue un puesto muy honorable y emocionante, además de estar bien remunerado. Al final, pude solicitar el puesto de capitán y comandante del ejército. La Guardia Imperial se entrenaba con rigor y de forma exhaustiva; literalmente, aniquilábamos a invasores y bandidos. Quienes al principio se mostraban escépticos quedaron impresionados por mi destreza con las inusuales espadas, e incluso se consideró seriamente equipar a parte de la guardia con espadas japonesas y convertirme en su maestro de esgrima; ¡aún no tenía 25 años! Nunca se concretó porque muchos me odiaban desde que me convertí en el favorito de la jovencísima Emperatriz.

Pero en la guardia trabajábamos por turnos y, por lo tanto, teníamos mucho tiempo libre. Los juegos de dados y cartas no me interesaban, ni tampoco vagar borracho por los burdeles. ¡Hay chicas y mujeres en la corte, muchísimas! Simplemente no podías dejarte atrapar, si no, te tocaba un duelo, una pelea. Siempre quise pelear con palos, pero algunos engreídos lo consideraban infantil. ¡No, armadura y espada, hasta la muerte! Solo maté a unos pocos; la mayoría se rendía después de una herida grave, como mucho. Nunca usé armadura; sin ella, era tan rápido como un rayo. Gané cientos de duelos, nunca perdí ni uno solo y nunca resulté gravemente herido. Eso me dio cierta fama; incluso el emperador Long me dejó acompañarlo en aventuras arriesgadas. Solo una vez el emperador se volvió

hacia mí con una sonrisa. «En tu duelo con XY, ¡deberías haberle cortado la cabeza, no solo dos dedos! Ahora tengo que aguantar al idiota y esperar que me corte la cabeza». Me quedé completamente atónito y debí parecer un cordero en medio de una tormenta, porque el emperador se dio una palmada en los muslos y soltó una carcajada. Después, le pedí que me avisara antes del duelo, pero él solo sonrió con buen humor. «Para eso me pagan mis verdugos», respondió. Sin embargo, siempre me asignaba a la Guardia Cuádruple cuando solo necesitaba una pequeña escolta. Se rumoreaba que observaba mis duelos, pero yo nunca lo vi.

Aunque sin duda me beneficié de las faltas morales de las muchachas y mujeres de la corte, no las llamaría corruptibles ni prostitutas. Si me encaprichaba de alguna mujer en particular, rara vez tenía que perder mucho tiempo o energía. Llegábamos a un acuerdo enseguida, y entonces nada se interponía en el camino de una aventura sexual. La mayoría de las veces, sin embargo, no era yo quien la iniciaba; más bien, las damas lo exigían, dentro de los límites del decoro, de forma más o menos directa. No quiero aburrirte con anécdotas ahora, querida Mulán, pero déjame decirte esto: en esos cuatro años, rara vez, o nunca, dormí sola en mi estera. Incluso durante las batallas contra invasores o bandas de ladrones, siempre había una casta esposa o hija burguesa dispuesta a compartir mi cama conmigo.

Chai sirvió más té. Miró a Mulán con ojos de hombre. Era una chica realmente hermosa, incluso con esa camisa de hombre demasiado grande. Tuvo una idea. “¡Mulán, mira afuera! La lluvia ha amainado un poco. Vamos a darnos prisa y comprarte algo de ropa. ¡Quiero mi camisa de vuelta!” Mulán miró tímidamente al suelo. “No tengo dinero, señor Chai. No tengo nada.” Se levantó y tomó una capa del clavo. “Ponte este abrigo de general, o morirás congelada. No tienes que pagar nada. Con gusto te invitaré, o si no quieres que lo haga, lo hará el Emperador. Eres su súbdita, ¡y desde luego no quiere verte corriendo desnuda bajo la lluvia!” Mulán se puso la capa. “Ya me has salvado la vida, señor Chai”, pero él la interrumpió. «Haraldur te salvó a ti, no yo. Nos reuniremos con él para cenar; puedes darle las gracias entonces si quieres. ¡Ahora, vámonos antes de que cambie la lluvia!». Le dijo a su guardia que iba a la parte de atrás, a la tienda de los comerciantes, a comprar ropa para la chica.

Finalmente, le compró un saco grande al comerciante para que Mulán pudiera guardar todo: camisas, dos vestidos largos, un costurero, jabón y un cepillo para mantener la ropa limpia. Fueron al comerciante de enfrente y compraron unas botas cortas y vendas para las largas marchas. Todo práctico, nada superfluo. Chai era soldado; cada gramo de más era demasiado. Se negaba a aceptar nada como regalo; era terco y de mente cerrada en ese sentido. Aceptó un descuento, pero pagó. Punto.

La historia de Haraldur

Mulan se cambió de ropa en la tienda; lucía deslumbrante. Llegó Haraldur, Chai los presentó y los dejó conversar, pues tenía que leer dos informes que acababan de llegar. Luego cenaron y Chai contó la historia de Haraldur.

Haraldur fue secuestrado por traficantes de esclavos rusos en el lejano oeste cuando tenía cuatro o cinco años. Se convirtió en un hombre corpulento, de dos metros de altura, con cabello rubio y barba rojiza. Solo recordaba su nombre, nada más. Se había convertido en chino, sabía leer y escribir, y había leído muchos libros. De día, trabajaba como ayudante de herrero; se había forjado una enorme espada y la blandía durante una hora antes de cenar. No podía permitirse un instructor de esgrima, pero aprendió algunas cosas de los espadachines.

Chai cabalgó con su padre por los pueblos para comprar caballos. En la herrería, vieron a Haraldur y supieron que era un esclavo y que no estaba en venta. El padre dijo: “¿No está en venta? ¿De verdad? ¿Pero cuánto?”. El herrero negoció hábilmente y consiguió el precio de dos esclavos y medio. El padre le preguntó a Haraldur qué caballo elegiría para un largo paseo. Sabía cuál de los nuevos caballos elegiría, y Haraldur, sin dudarlo, escogió ese. Incluso podía montar sin silla, se jactó, pero el padre de Chai tenía sus dudas. El caballo aún no estaba domado. El paseo terminó en las afueras del pueblo.

Entonces ocurrió algo misterioso, un espectáculo que el padre de Chai relataría durante el resto de su vida. Haraldur desmontó, sujetó el caballo por las riendas y se paró frente a él. Le dio al caballo unas cuantas bofetadas sonoras y le gritó. Siguieron más bofetadas, puñetazos y gritos. Luego se calmó, apoyó su rostro contra el del caballo y le tiró de las orejas. Montó el caballo, completamente tranquilo, y durante las siguientes tres semanas, hasta que regresaron a Qin, el caballo fue tan dócil como un gatito. El padre de Chai observó atentamente al nuevo hombre y le preguntó si quería entrenarse en el arte de la espada o salir al mundo; era libre. Haraldur miró al comandante. Quería el certificado de libertad como prueba, y con gusto apren-

dería el arte de la espada con él, pero con su propia espada. El comandante dijo: "¡Perfecto, eso es!". Y así fue. Haraldur estudió y entrenó con ahínco. Se hizo amigo del comandante y de Chai, los acompañó a Edo y siempre demostró su valía. Se convirtió en un maestro del combate cuerpo a cuerpo, manejando su espada como si no pesara nada, derribando a sus oponentes como el segador cosechando trigo. Sirvió en la unidad del comandante, y cuando Chai regresó del palacio imperial como capitán, se unió a él. Se hicieron amigos íntimos, casi como hermanos, y siempre se apoyaban mutuamente en la batalla. Haraldur había encontrado un hogar, una familia y un hermano. Pero también había encontrado un buen capitán, un trabajo bien remunerado y una tripulación que lo amaba, lo temía y lo respetaba profundamente. No participaba en duelos; se acercaba a su oponente, le daba un puñetazo en la cara y levantaba al hombre inconsciente: el duelo había terminado.

Mulan rió a carcajadas. Con admiración, agarró los bíceps de Haraldur. Chai sonrió y dijo: «Si prefieres acostarte con Haraldur, ¡adelante!». Mulan se sonrojó y soltó los bíceps de su salvador. Negó levemente con la cabeza, y Haraldur protestó en voz alta. Todavía tenía a los gemelos en su tienda. «Sin ofender, señorita Mulan, es usted muy deseable, pero los gemelos aún no me han mostrado todos sus trucos y secretos». Chai soltó una risita. Haraldur había permitido que su hermana pequeña se acostara con él durante años; la pequeña hablaba maravillas del pene de su amante y de su increíble sexo, y ahora lo extrañaba terriblemente, pues él no era de los que cambiaban de pareja fácilmente.

Habían comido de maravilla, bebido mucho y charlado un buen rato. El guardia asomó la cabeza. «Señor Haraldur, sus esposas lo han mandado llamar. ¡Lo esperan inmediatamente, ahora mismo!». El guardia sonrió. «¡Mujeres!». Haraldur terminó su bebida con calma, se despidió y salió bajo la lluvia, hacia las dos veces más mujeres. Chai dijo que era hora de irse a la cama. Antes de cenar, había cambiado la estera pequeña por una más grande, había sacado varias almohadas de seda de su cofre, del cofre del botín, y había extendido una manta más grande. Lo hizo a propósito, preparándose para la noche; tal vez Mulán lo notaría.

¡Duerme conmigo, pequeña Mulán!

Podía ponerse su camisa o dormir desnuda como él —murmuró Chai. Ella vaciló un instante y luego apartó la camisa. Él se metió rápidamente bajo las sábanas y la observó desvestirse. Ella se acurrucó junto a él, aunque temblaba ligeramente. Le gritó al guardia que se había acostado y que podían marcharse. Los guardias susurraron un rato y luego se alejaron bajo la intensa lluvia. Chai había apagado todas las antorchas menos una, asegurándose de que ardieran sin peligro durante toda la noche.

Él rodeó con un brazo los hombros de Mulán y apoyó su rostro en su pecho. Las lágrimas corrían por sus mejillas, pero ella permanecía completamente inmóvil. “No eres un prisionero, ni una presa, ni alguien obligado a acostarte conmigo. Puedes quedarte conmigo si quieres, o salir a la lluvia si detestas mi cuerpo desnudo”, Mulán negó con la cabeza con firmeza. “Sé que perdiste a tu abuelo ayer, perdiste a tu padre y también a tu esposo. Puedo sentir cuánto sufres por cada uno de ellos. Yo no tengo a nadie por quien llorar, pero ciertamente siento tu dolor. ¡Quédate recostada sobre mi pecho y llora!” Ella asintió y se acurrucó contra su cuerpo. Reinaba una paz y un silencio absolutos.

Sus dedos exploraron un pecho, acariciando los pezones sin exigir deseo. Ella acarició su pecho, sus brazos, sus dedos deslizándose sobre su estómago. Sus dedos buscaron su pene. “¡Dios mío, es tan grande!”, susurró, explorándolo, agarrándolo y comprendiéndolo literalmente. “En realidad no quería follar hoy”, susurró, “¿lo entiende, señor Chai?”. Él asintió; por supuesto que lo entendía. Ella había estado acariciando su pene durante lo que pareció una eternidad. “Creo que está listo para follar con una pobre y triste viuda”, susurró. Él era lo suficientemente mayor como para darse cuenta de la estrategia de la chica. “¡Pero no, para nada! Está duro, simplemente porque a su señor y amo se le ha permitido mirar a una hermosa chica desnuda. Pero debe obedecerme; yo soy el señor, ¡y no creo que deba explotar descaradamente la desesperación y el dolor de una pobre y afligida viuda!”. Estaba, maldita sea, dispuesto a seguirla paso a paso en esta farsa, pero no a adelantarse a ella.

Mulan no había terminado sus líneas en la farsa. “Es algo realmente enorme”, susurró, estremeciéndose. “Solo conozco los penes pequeños y dulces de los niños del vecindario con los que solíamos jugar hace 20 años, y el pene del abuelo, pero ese era mucho más pequeño. Aun así, follaba muy bien y con diligencia. ¿Todos los hombres tienen penes así de grandes, Sr. Chai?” Fingió pensarlo mucho. “Muchos tienen penes más pequeños, algunos tienen uno de este tamaño, y algunos incluso tienen penes de pelea más grandes, pero te follarían sin piedad.” Abrió la tapa por completo. “¿Entonces tu pene estaría en el tercio superior?” Se encogió de hombros. “¡Creo que justo en la parte superior del tercio superior, justo debajo de los monstruosos penes de pelea! ¡Y no lo dudo! Hago que la mayoría de las chicas tengan un orgasmo; ninguna se había quejado hasta ayer.” Pensó que solo quedaban unas pocas piezas en el tablero de ajedrez y la pobre reina esquivaba sin rumbo lo inevitable a izquierda y derecha.

Era una muchacha inocente de un pequeño pueblo, que hablaba de dolor en un momento y de sexo al siguiente. Su farsa no era elaborada ni astuta como la de las corruptas damas de la corte que él conocía a la perfección. Se guiaba con total inocencia y franqueza, siguiendo la luz sin ver la lámpara misma. Entre los cientos de muchachas que había conocido, quizás se había topado con un puñado que habían seguido la luz con similar inocencia y fe. Todas eran jóvenes casadas con hombres estériles, que ahora yacían ante el famoso chai, buscando ayuda y llenas de confianza. Todas deseaban solo un bebé, solo la maternidad, solo la liberación de la maldición que les había caído encima sin culpa alguna y que condenaba sus vidas. En aquel entonces cambiaba de caballos a diario, pero trataba a estas criaturas suaves y delicadas como a un caballero. Se recostaban en sus brazos varias veces al día durante un mes entero, hasta que le cubrían el rostro con mil besos agradecidos porque finalmente estaban embarazadas.

Mulan soltó su pene con sorpresa. “¿Por qué lloras, señor Chai?”, preguntó, secándose las lágrimas. “Tu naturaleza inocente y amorosa me recordó a un puñado de muchachas que me conmovieron profundamente”. Tomó su mano y la colocó de nuevo sobre su pene. Dio un paso adelante. “Entre las mil muchachas que yacían a mi lado, solo

unas pocas me conmovieron tan profundamente, que aún hoy me hacen llorar. El destino las engañó y se burló de las pobres muchachas. Sus maridos, todos falsos barcos de plata, les robaron la maternidad, que consideraban esencial para su felicidad. Entregué mi semilla a estas maravillosas muchachas hasta que quedaron embarazadas. Escupir en la cara de los hombres engañosos y del destino despiadado es más hermoso que cualquier orgasmo". Mulan, frotando suave y deliberadamente su pene de nuevo, sonrió. —Usted es una buena persona, señor Chai. Todavía no puedo tener hijos; tengo 22 años y nunca me ha bajado la regla. Lo he pensado durante los últimos años, pero si es la voluntad de los espíritus y los dioses, que así sea. —Reflexionó un momento. Llevo veinte minutos acariciándome el clítoris, intentando calmarlo. Grita como un niño caprichoso que anhela un orgasmo. Las fibras pares de mi cuerpo gritan con la misma desfachatez; también quieren follar, follar y tener un orgasmo. Las fibras impares, sin embargo, se oponen; acabo de perder a mi marido. El señor Haraldur se oponía a que le diera a mi marido un último beso en los labios, ¡pues ese poderoso guerrero tenía corazón de cordero! El terremoto le destrozó la cara de tal manera que no le quedaron labios para besar. Lo enterró después de ordenar que me trajeran aquí. Acabo de perder a mi marido y debo llorarlo, dicen estas fibras de castidad y pudor. ¡Llorad según la costumbre y no os alegréis tan desvergonzadamente, lujuriosamente y ansiosamente por follar!

Mulan estaba de nuevo frente a él; simplemente tenía que seguirla en silencio. Ella podía encontrar su propio camino hacia la lámpara. "Mulan, querida, ¿cómo procederías si te rindieras al clítoris, a las fibras rectas?" Mulan frotó su pene excitado. "Me sentaría sobre tu pene, Sr. Chai, y me masturbaría el clítoris primero, porque primero, esa es la mejor manera, y segundo, entonces estará algo calmado, y podré follar y ser follada en paz." Chai la besó en la boca, su lengua buscando la de ella para una batalla amistosa. La levantó sobre él, su cuerpo descansando sobre el suyo, sus lenguas buscando dominarse mutuamente. Su coño buscó su pene por sí solo.

"Y, una vez que hayas arrojado un gran trozo de carne a tu clítoris voraz, ¿cómo procederías, o ese era el final?" Mulan se rió tanto que su coño rozó su glande, arriba y abajo. "Señor Chai, puede que sea

usted un gran caudillo, ¡¿pero ahora una chica de una aldea en el Valle Olvidado tiene que idear sus tácticas y estrategia?! Bueno, seré misericordiosa con usted, señor Chai, y le explicaré el marco básico, sin ahorrarle los detalles." Hizo una pausa teatral y continuó.

Después de mi primer orgasmo masivo, cabalgaría sobre tu polla porque soy realmente buena en eso, ¡y te dejaría sin aliento, te lo aseguro! Si necesitaras un descanso, me masturbaría porque me encanta masturbarme, orgasmo tras orgasmo. Incluso me tumbaría boca arriba si quisieras y dejaría que tu monstruo me diera un orgasmo, y haría una reverencia y diría: "¡Gracias, Su Majestad, el regalo queda aceptado!". Cambiaría de lugar contigo, Maestro Chai, cuando quisieras, porque soy igual de feliz mostrando mi culo al cielo que al inframundo. Te animaría como a un caballo de carreras o te patearía como a un búfalo de agua para que siguieras, por el amor de Dios. Solo cuando salga el sol y los guardias bostecen al comenzar su turno te soltaré, querido Maestro Chai, y te concederé un pequeño descanso. Pero realmente no me importaría si te follara hasta el cansancio la primera noche. Mulan respiró hondo: "Fue un discurso largo, ¿verdad, señor Chai?". Tuvo que reírse hasta que se le saltaron las lágrimas.

La apretó con cariño contra su pecho. "Ven, mi dulce niña, alimenta a tu tigre gruñón antes de que te haga pedazos, ¡y luego móntame lo mejor que puedas! Serías la primera en follarme sin sentido, ¡pero morir mil veces en tus brazos sería un placer!" Mulan dejó que su lengua jugara con la suya y, lentamente, con timidez, deslizó su coño sobre su polla. Él exploró su coño con su polla; era increíblemente estrecho, pero a la vez suave como el terciopelo. Ella se incorporó, arqueando la espalda hasta que su cabeza descansó sobre sus piernas. Se masturbó con avidez y voracidad; solo tardó unos minutos antes de que su cuerpo comenzara a temblar. Continuó masturbándose con intensidad concentrada, todo su cuerpo temblando, solo para contraerse una vez bruscamente en el orgasmo. Se quedó quieta un momento, recuperando el aliento. Se sentó y lo montó; era realmente excelente en ello. Él no podría haber dicho después cuántas veces se corrió esa noche; cambiaban constantemente de posición, y Mulan tuvo orgasmos una y otra vez. Ella se masturbaba durante los breves descansos, y él podía ver el placer que obtenía de ello. No

prestaron atención al amanecer, a la niebla matutina ni a la salida del sol bajo la lluvia torrencial. Solo cuando los dos guardias tomaron sus puestos, haciendo sonar sus armas, él se detuvo. Ella susurró en protesta que no había terminado, y él la protegió de las miradas indiscretas con su cuerpo hasta que ella alcanzó un clímax silencioso y estremecedor con gritos de alegría y vítores. Más tarde, ella caminó junto a él hasta el arroyo para su baño matutino. Desayunaron, y él leyó los informes que habían llegado. Haraldur entró, empapado hasta los huesos, miró brevemente a Mulan y Chai, y sonrió. Los dos seguían pálidos y obviamente habían dormido muy poco. Haraldur dijo: “¡Vamos, prepárense, hay algo extraño que deben ver!”. Chai se ciñó las dos espadas, se puso el impermeable y ordenó a los guardias que vigilaran de cerca a Mulan. Caminó penosamente junto a Haraldur bajo la lluvia, quien le contó lo que había sucedido.

Batalla contra el monstruo

Era la quinta noche que un espíritu maligno visitaba el campamento. Eligió una tienda donde se encontraban al menos dos o tres chicas o mujeres jóvenes. Paralizó a las ocupantes, quienes se quedaron petrificadas, y luego el demonio violó a las tres chicas, una por una. Duro, despiadado y con una sonrisa repugnante, según relataron todos. Eyaculó su fluido venenoso en sus vaginas y desapareció. Sus vaginas ardían como el infierno, y el dolor solo disminuyó después de un tiempo. Chai quiso decirle a su amigo y hermano que no le contara semejantes tonterías, pero las palabras se le atascaron en la garganta. Haraldur hablaba muy en serio; había interrogado no solo a las víctimas de esa noche, sino a todos, y ahora tenía que involucrar al comandante. Chai no creía en historias de fantasmas; era un escéptico, pero Haraldur no estaba dispuesto a engañarlo. Entraron en la tienda.

Todos hablaban, gritaban y chillaban a Chai, y él tuvo que rugir con fuerza hasta que se callaron. Chai le pidió a uno de ellos que le contara la historia; los diez habían presenciado las tres violaciones. Todos confirmaron los relatos; algunos afirmaron haber notado un olor penetrante, y las descripciones del monstruo variaban mucho. En cualquier caso, tenía forma humana y un pene enorme, ¡el muy cabrón! Las tres mujeres tuvieron que tumbarse, y Chai inspeccionó minuciosamente sus vulvas y las olió. Era un hedor sulfuroso repugnante, de eso no cabía duda. La última de las mujeres era una jovencita recién casada, y él le preguntó si su clítoris, grande y prominente, estaba herido. Ella se cubrió el rostro avergonzada y tímida; no lo sabía. Él le frotó el clítoris y le preguntó si sentía algo. «Sí, general, se levanta como siempre». Continuó frotando con vigor, y la gente miraba por encima de su hombro. «Sí, se levanta, general, igual que cuando era niña». Chai rió, se frotó el clítoris y la dejó continuar. “Cuando era pequeña, lo hacía exactamente como usted, General. Lo hacía diez o veinte veces al día. Mi madre y mis hermanas se reían, pero con cariño, y estaban encantadas con la diligencia con la que lo hacía. Solo cuando mi marido me convirtió en mujer y me hizo llegar al orgasmo tan a menudo dejé de hacerlo tan a menudo, porque él siempre estaba dispuesto a follarme cuando sentía que volvía a exci-

tarme. ¡Un poco más fuerte y más rápido, General!" Chai sonrió ampliamente y le dijo que terminara. Ella lo hizo, su dedo hizo que el clítoris de un centímetro de largo saltara de izquierda a derecha, finalmente rebotando de un lado a otro en un salvaje staccato. "Estoy lista, General, ¿puedo correrme ya?" jadeó la hermosa niña. Él asintió con la cabeza, ordenándole que se soltara de verdad. Con el rostro contorsionado, sacudió su clítoris de un lado a otro, convulsionando salvajemente en su breve orgasmo. Los otros compañeros de casa susurraron; así era como siempre se veía cuando ella los dejaba mirar. Por suerte, sus orgasmos seguían funcionando como antes. Llamaba a sus compañeras de piso cuando quería masturbarse, y entonces todas podían verla azotarse el clítoris hasta alcanzar el orgasmo una y otra vez. Chai estaba satisfecho con el espectáculo, pero no había logrado acercarse al monstruo. Las mujeres debían ir inmediatamente al arroyo y sentarse en el agua un buen rato hasta que el azufre se disolviera. Él salió con Haraldur.

Se detuvieron frente a la tienda, y él le estaba diciendo a su hermano que no tenía ni idea de qué hacer, cuando un anciano de vestimenta extraña se le acercó. Llevaba su largo cabello blanco recogido en una larga coleta, y su larga barba blanca estaba metida en su cinturón de cuero. Ni Chai ni Haraldur habían visto jamás a ese hombre, pero hicieron una reverencia cortés, como correspondía a un anciano. El anciano miró a Chai a los ojos y dijo: «Chai, ahora eres un guerrero famoso y seguramente no me recuerdas. Pero hace mucho tiempo, cuando aún era un joven maestro, te enseñé arquería en la tierra de Qin. He seguido tu vida y sé que no necesitabas un arco, pues preferías cortar cabezas. Eso me venía bien, pues no todos son arqueros entusiastas. Pero hoy es diferente; tus espadas japonesas son inútiles contra este malvado gigante enano. Se reiría cruelmente de ti y te devoraría entero. Solo este arco y esta flecha encantada pueden destruirlo».

Le entregó a Chai un arco grande y una sola flecha. «Solo te doy una flecha; no necesitarás más, porque si sigues mis consejos, seguro que no fallarás, o el espíritu maligno te devorará. Al final de tu entrenamiento te dije que te daría un último consejo en un futuro lejano. Ahora ese futuro ha llegado, y estás escuchando mi último consejo, el último secreto. Durante tu entrenamiento, disparaste a blancos fijos:

de pie, tumbado, corriendo o a caballo. No pude enseñarte nada nuevo entonces, y esperaba que usaras tu infalible ojo como un arquero experto».

"Ahora escucha el último secreto, pues debes dar en el blanco a la primera. Cuando te enfrentes a un oponente, fijará su mirada en la punta de la flecha. Saltará a un lado en el instante en que sueltes la flecha, y esta fallará ante un oponente veloz. Pero con el más mínimo movimiento de la punta de la flecha, determinarás la dirección de su salto. Así, apuntarás y dispararás al aire, y él saltará hacia la flecha. No te desanimes por el hecho de que algunos maestros dediquen toda una vida a perfeccionar esta finta. Eres un maestro; solo tienes una flecha, y no serás consumido. Ten fe en ti mismo, ¡porque ya he visto en el futuro que darás en el blanco!" Haraldur y Chai alzaron la vista cuando el anciano señaló un agujero en la montaña. Contemplaron el agujero, con la intención de agradecer al viejo maestro, pero no estaba por ninguna parte, se había desvanecido entre la multitud.

Él y Haraldur intercambiaron una mirada; no hacía falta nada más. Haraldur hizo una seña a sus guerreros con la barbilla, y los seis marcharon hacia el agujero en la montaña. Chai recordó un truco que había aprendido y practicado entonces. Guardó su espada corta, el wakizashi, en la manga del brazo que sostenía el arco. En cuanto soltara el arco, el wakizashi se deslizaría hasta su mano, listo para usar, lo que le daría una valiosa ventaja de dos segundos.

Entró en la cueva, tensó su arco y colocó la flecha. ¡Qué insensatez entrar con una sola flecha! De reojo, vio que Haraldur y sus hombres estaban dos o tres pasos detrás de él, con las armas desenvainadas, intrépidos y listos para cualquier cosa. Chai caminó lentamente hacia la pared de roca. Se detuvo cuando una sombra emergió de la roca: un hombre feo de dos metros de altura, mitad hombre, mitad fantasma. El fantasma rió fuerte y siniestramente. Olfateó el aire. «¡Ah! ¡Un hombre de sangre real de Qin! ¿Eres el rey de Qin?». Chai de repente se sintió tranquilo y fuerte. «No, no soy un rey, ¡pero te condeno a muerte! ¡Profanas a nuestras hermosas doncellas, derramando tu asquerosa y venenosa savia en sus vientres! ¡Ese es el castigo!».

El gigante negro rió a carcajadas. «¡Solo tiene una flecha, una espada larga! ¿Y quieres derrotarme?».

Agarró su enorme pene y eyaculó en el suelo. “¡Si te mato, te quemaré con mi jugo!” Su jugo roció el suelo y siseó convirtiéndose en humo. Chai no se inmutó. El monstruo roció su jugo en un arco alto hacia él, y Chai saltó a un lado. Supo al instante que esta era la mejor posición. Hizo un ligero y engañoso movimiento con la punta de la flecha y apuntó al vacío, dejando que la flecha pasara zumbando. Incluso antes de que el monstruo saltara, Chai supo que la flecha daría en el blanco. Soltó el arco, y el wakizashi se deslizó en su mano, listo para atacar. La flecha atravesó el pecho y el corazón del monstruo, saliendo a tres pulgadas de su espalda. El monstruo agarró la flecha y la miró con asombro. “¡Me diste!” fueron sus últimas palabras. Se desplomó de rodillas, su cuerpo desprendiendo chispas y encogiéndose en una nube de humo. Chai dio tres pasos más cerca, el wakizashi listo para atacar. El monstruo se encogió hasta medir apenas 50 centímetros, reduciéndose a una mota de polvo en una lluvia de humo y chispas, doblando la flecha. Esta brilló brevemente y se desvaneció en una lluvia de chispas. Chai miró a Haraldur y a sus guerreros; lo habían visto todo y bajaron sus espadas. Chai buscó el valioso arco en el suelo, pero no lo encontró por ninguna parte. Envainó el wakizashi y, con una risa de alivio, salió de la cueva dando pisotones.

La lluvia azotó el campamento durante tres días más, y la historia de la victoria de Chai sobre el monstruo se fue adornando cada vez más, convirtiéndose en leyenda. Chai pasaba cada minuto libre con Mulan en la esterilla, impresionado por su apasionado acto sexual y su segura masturbación. Eran la pareja perfecta; no cabía duda.

Ella le acarició el vello del pecho y le preguntó por centésima vez sobre la misteriosa aventura. Él era mucho más realista que ella; naturalmente, no podía comprender el misterio mejor que ella. Pero los antiguos maestros que aparecían y desaparecían repentinamente, un arco y una flecha mágicos, el disparo al vacío y el final humeante y chispeante del demonio tampoco eran fáciles de comprender. ¿Había sucedido de verdad o solo lo había soñado? Para Mulán, no había duda. Haraldur y sus hombres lo habían visto todo con sus propios

ojos; Mulán misma los había interrogado. «No fue un sueño, señor Chai», objetó. «¡Guerreros como esos, que han visto mil muertos, no se imaginan cosas!». Mulán le hizo contar tres veces cómo había masturbado a la recién casada delante de los aldeanos curiosos y lujuriosos, y cómo ella, de forma voluntaria y exhibicionista, se había masturbado hasta alcanzar un poderoso orgasmo.

El cuento de hadas de Lin Po Po

Chai no recordaba cómo habían sacado el tema después; se trataba del antiguo cuento infantil de Lin Po Po, donde una niña es arrastrada por el bosque y despierta la bondad en el corazón del hombre dragón Lin Po Po, quien entonces le permite regresar a casa. Chai dijo que todos los niños conocen la historia. Mulan lo miró con los ojos muy abiertos. Chai ya reconocía esa mirada; indicaba disidencia, creencia en espíritus o leyendas del Otro Mundo. “El abuelo tenía una pequeña habitación llena de pergaminos prohibidos. Así fue como aprendí a leer; contenían historias que los emperadores quemaban, y poseerlos podía costarte la vida”.

Pero incluso en esto, el abuelo era terco y obstinado. «Esa es la vida real», solía decir, «¡esos cuentos de hadas edulcorados solo te confunden, pequeño!». ¡Ay, cuánto quería al abuelo, cuánto me debía querer él! «Solo lee y decide por ti mismo qué era de este mundo y qué ocurría en el Otro Mundo». Leí todos esos libros una y otra vez; las historias del mundo real eran mentiras, ni una palabra sobre sexo, y todo estaba planeado para criar a los niños como súbditos buenos y obedientes. ¡Cuánto más verdaderas y reales eran las historias del Otro Mundo! Había masturbación, sexo, seducción y violación. Solo unos pocos emperadores eran buenas personas; la mayoría eran hombres sanguinarios, hedonistas y ambiciosos que tomaban lo que querían. De niño, leí esta leyenda una docena de veces porque las escenas sexuales estaban escritas de una manera tan excitante y obscena que tenía que masturbarme todo el tiempo. «Te contaré la historia rápidamente, ¿quieres oírla?». Chai aún estaba cansado de follar, dormitaba medio despierto. “¡Adelante, mi amor, y despiértame si la cosa se pone muy sucia!”

Tres cosas se parecen: la muchacha Wen, el bosque y el hombre dragón. Pero la muchacha Wen no era una niña buena ni casta; se masturbaba desde pequeña, y nadie le había dicho que eso se consideraba impuro e indecente en aquel entonces. Día tras día, se sentaba junto a las ancianas y viudas al borde del camino, pues ellas le habían enseñado a masturbarse, y ella se masturbaba como ellas sin cesar. Tiraba de las mangas de viajeros solitarios o adolescentes y les

preguntaba si tenían ganas de tener sexo. A las viudas no se les permitía hacerlo; no eran prostitutas a tiempo completo. Los hombres y los muchachos la miraban atónitos cuando se levantaba la falda y lo mostraba todo. «¡Yo no, hombre caracol, soy demasiado joven!» El hombre caracol: ella lo había inventado, porque mucha gente piensa despacio para no decir tonterías precipitadamente. El hombre caracol y la mujer caracol: esas eran sus creaciones. Arrastraba a los hombres hasta las ventanas y se agachaba mucho, porque le encantaba ver cómo follaban.

Un día se perdió en el bosque y llegó a un estanque. El hombre dragón yacía en la orilla, mirando tristemente el agua. Ella se sentó y se acurrucó contra sus cálidas escamas. Le preguntó por qué estaba triste. El dragón dijo: «Por vosotros, los humanos. Los hombres siempre me temen. Me masturban y comparan nuestros penes. Los suyos suelen ser más pequeños; solo eyaculan unas gotas, pero yo puedo llenar una taza de desayuno con mi semen. Luego me provocan y me hacen enfadar. Fuego sale de mi garganta y se queman con mucha facilidad. Las mujeres también me temen. Les encanta que las haga llegar al orgasmo, pero gritan más fuerte que las gaviotas porque mis garras las arañan. Los humanos simplemente se niegan a aceptar que solo soy mitad humano y mitad dragón de verdad».

Entonces el dragón le preguntó a la chica Wen por qué se veía tan triste. Wen dijo que ese estanque era lo más hermoso que jamás había visto, pero que no sabía nadar. Ambos pensaron durante un buen rato, y el dragón propuso un pacto. Él nadaría hasta el estanque, y ella podría sentarse sobre su vientre, que no era tan espinoso como su espalda. A cambio, ella le enseñaría a follar con tanta delicadeza que las chicas ya no gritarían, excepto de placer. Wen dijo que era demasiado joven para follar, pero que se quedaría con él hasta que pudiera hacerlo, ¡lo prometió! Sin embargo, él nunca debía soplarle fuego, porque los humanos nos quemamos con mucha facilidad. Y siempre debía retraer sus garras cuando quisiera acariciarla. Él dijo que era un buen trato y retrajo sus garras primero cuando sellaron el acuerdo con un apretón de manos.

Así que nadó de espaldas hasta el centro del estanque, y Wen vitoreó porque desde allí se veía aún más hermoso. Había dejado su ves-

tido en la orilla para que no se mojara. Él sonrió; no era la primera chica que veía desnuda, pero probablemente la más joven. Ella abrió bien las piernas, y él levantó la cabeza para ver bien su coño. “Ya no eres virgen, aunque seas tan joven”, dijo con mirada de experto. Ella dijo: “Claro que no, porque siempre que aparecía una viuda con un pene pequeño, me encantaba que me follaran. ¡Así que ahí lo tienes, mi querido esposo!”. Él asintió con mucha astucia y luego le preguntó a qué se refería con las viudas. Ella lo agarró de las escamas de la cara y le dio unas cuantas bofetadas amistosas en la boca. “¡Caracoldragón, así que no sabes nada de nosotros los humanos!”, se rió, agarrándose a las escamas y susurrándole la situación. “¿Por qué susurras, señorita Wen?” Y susurró que los secretos de las ancianas y las viudas eran precisamente eso: secretos, y que no debían revelarse en voz alta; se lo había prometido solemnemente. Él asintió con aire de sabiduría, pues los dragones siempre parecen sabios cuando asienten, aunque no hayan entendido ni una palabra.

—¿Alguna vez nos has visto masturbarnos? —preguntó Wen, con el clítoris palpitando insistentemente. Él negó con la cabeza. —Sí, a veces desde lejos, pero nunca de cerca, no directamente, así que no, por así decirlo —mintió el dragón. Wen le preguntó si quería ver, y él asintió una y otra vez. El dragón parecía muy sabio. Wen dijo que se sentaría muy cerca de su cara para que pudiera verlo de cerca. Pero tenía que controlar su respiración y no quemarla. Si retraía sus garras, podría sujetarla de lado para que no cayera al estanque durante su orgasmo. Él asintió sabiamente, y así lo hicieron. Ella se masturbó con las piernas bien abiertas, y él la observó de cerca. Nunca había visto nada tan excitante —mintió astutamente—, y giró la cabeza hacia un lado porque tuvo que toser unas cuantas llamas. Después de que su orgasmo disminuyera, le preguntó si podía lamer sus fluidos. Ella asintió, y él hundió su lengua bífida profundamente en su vagina. “Mmm, esto sabe tan bien”, exclamó él, y ella decidió enseñarle cómo lamerle el clítoris para que él pudiera saborear mucho jugo.

—Tengo hambre —dijo la señorita Wen entre lágrimas. Él negó con la cabeza; no había nada alrededor que los humanos pudieran comer. Pero entonces su expresión se iluminó. —Durante décadas —¿o fueron siglos?— las chicas han estado masturbando mi pene y bebiendo mi semen, porque así es como consiguen pechos grandes y

hermosos. ¿Quizás mi semen sea nutritivo? ¿Podemos probarlo alguna vez? Tú aún no tienes pechos, y te sentarían muy bien, unos pechos realmente magníficos, ¿no crees? Wen asintió; al menos podría decirle enseguida si estaba satisfecha. —Pero nunca he frotado un pene antes; tendrás que decirme cómo. —De acuerdo —gruñó él—, pero siempre escupo fuego cuando eyaculo. Si me olvido, simplemente salta al agua y te sacaré. La señorita Wen asintió y se deslizó hasta abajo.

Como él había dicho, ella se sentó sobre sus testículos, que eran tan grandes como cabezas de bebé. Era un buen asiento, y él, sinceramente, lo encontró bastante excitante. Luego ella frotó su pene, exactamente como él le había dicho. Pero se tomó su tiempo para mirar su pene muy de cerca, porque cambiaba de color constantemente. Sus grandes testículos, sobre los que se sentó, eran de un azul claro brillante, y cuando se sentó sobre ellos, se volvieron de un azul pálido, casi blanco, bajo la presión. Su pene, visto desde abajo, era del color de la carne, como el de un humano. Visto desde arriba, se desvanecía de verde oscuro a verde claro, y luego al color de la carne. Su prepucio era de un amarillo brillante; cubría completamente el glande y formaba una punta retorcida, arrugada y temblorosa delante de él. A diferencia de los humanos, el prepucio podía retraerse completamente hasta la base del pene y enrollarse como un condón naranja, porque el interior del prepucio era de un naranja brillante. El glande se asemejaba a un melocotón maduro de color rosa pálido, puntiagudo como la nariz de un cohete para la penetración, lo que permitía al hombre dragón penetrar incluso la vagina más pequeña y estrecha. Una vez dentro, sin embargo, se transformaba en un melocotón enorme, cuyo color cambiaba de rosa pálido a carmesí según su excitación, y brillaba con un púrpura ardiente cuando eyaculaba. La señorita Wen quedó muy impresionada por los vibrantes colores de su pene, que cambiaban con la fricción. Él había dicho que, después de un tiempo, enrollaría su prepucio por completo formando un collar naranja, ya que solo estorbaría durante la masturbación o el sexo. No tuvo que frotar por mucho tiempo antes de que él le dijera que se agachara y al menos tomara el glande en su boca. Sintió su semen salir a chorros de su pene; él gimió y tosió con fuerza, pero tuvo cuidado de no toserle directamente a ella. Ella bebió como si fuera de una fuente; sabía a frutos del bosque y uvas rojas, dulce y solo ligeramen-

te salado. Ella chupó y lamió hasta la última gota, luego, como él le indicó, rebotó sobre sus testículos, y él continuó eyaculando durante un largo rato. Su fluido solía ser de un blanco pálido a amarillo, cuanto más largos eran los chorros. Estaba llena, dijo asombrada, limpiándose la boca con el dorso de la mano; tal vez bebía su fluido varias veces al día, pero él lo descartó. "Puedo eyacular al menos 15 veces al día, así que eso no es problema, y eso resuelve la cuestión de la nutrición. Solo como una vaca cada dos o tres semanas que se mete en mi estanque. ¡Qué mujeres tan irreflexivas, estas vacas! Dejo sus cabezas finamente roídas en la orilla para que el granjero sepa que un depredador se las ha comido". Un día ella le preguntó si no le gustaría lamerle el clítoris, y ella intentó explicarle, pero él se echó a reír a carcajadas. En el momento en que el emperador Qin Shi Huang Di unificó los reinos, era prisionero de una bruja de siglos de antigüedad. Ella había entrenado a su prisionero para lamerle el clítoris con su lengua bífida, lo cual él hacía obedientemente cinco veces al día, o incluso más. Así que aún sabía cómo hacerlo. La señorita Wen le ofreció su vulva hasta que tocó su boca. "Tu clítoris es mucho más pequeño que el de la bruja, ¡pero estará bien!". Él agarró su clítoris con la mitad de su lengua y presionó la carne circundante con fuerza, de modo que su lengua sujetaba el clítoris firmemente como un puño. La otra mitad de su lengua lamía, succionaba y frotaba la punta de su clítoris en su puño, de modo que ella tuvo un orgasmo fantástico en poco tiempo. Ella le acarició la boca con cariño; él era mucho mejor lamiendo clítoris que las viudas de la carretera. Como recompensa, se le permitió succionar su coño a fondo y lamer sus fluidos como un niño lame la olla en la que su madre ha mezclado dulces. "Fresa y mango", dijo con deleite, "¡el jugo de tu agujero sabe a fresa y mango!".

Lin Po Po le preguntó si debía terminar de contarle sobre su cautiverio con la bruja. Como todos los hombres dragón, le encantaba contar historias con su voz sonora; era una de las ventajas de ser un hombre dragón. Aunque la señorita Wen no estaba escuchando, porque estaba concentrada en la magnífica exhibición de colores en su cola, él relató su historia con una voz resonante. Un día, la bruja le trajo una mujer dragón a su jaula. Su nombre era Lin Ha Hu, y era su hermana biológica más joven, dijo la bruja de mal humor, porque todas las jaulas ya estaban llenas. "Puedes follarla todo lo que quieras",

roncó la bruja con su profunda voz de bajo-barítono, “no alcanzará la madurez sexual hasta dentro de 220 a 230 años”. Lin Ha Hu y Lin Po Po se abrazaron por primera vez en sus vidas, porque la bruja separó a los niños hombres dragón inmediatamente después de que eclosionaran y experimentó con ellos. Acumuló un gran tesoro de oro, porque todos querían comprar sus productos de dragón. Lin Po Po folló a Lin Ha Hu día y noche; Como todas las dragones hembra, la pequeña ronroneaba monótonamente en el orgasmo. Follaban día tras día, semana tras semana, mes tras mes, año tras año, durmiendo solo una noche a la semana, siempre los martes. Los demás prisioneros no tenían hembras en sus jaulas; presionaban sus bocas contra los barrotes, rascándose el pene con sus garras durante una dolorosa masturbación y escupiendo fuego cuando llegaban al orgasmo. Los hermanos cachondos fueron un cambio emocionante y excitante en la rutina diaria de los prisioneros durante los siguientes siglos. Un día ella se fue; la bruja la había vendido a un rey que tenía que comer escalope de dragón una y otra vez para que su libido no se secara. A Lin Po Po se le hizo agua la boca, porque por supuesto a él también le encantaba la carne de dragón. Por otro lado, ¿Lin Ha Hu? Le llevó años que su dolor se convirtiera en ira; los dragones tardan un poco más. Reflexionó durante años hasta que tuvo un buen plan. Como siempre, folló a la bruja cinco veces al día, pero al final, se tumbó encima de ella con todo su peso. Ella quedó plana al instante, plana como una tortita. Sus ojos se salieron de sus órbitas y lo miraron con ira y reproche. “¡Vaya, mira eso!” rugió furioso y le escupió fuego hasta reducirla a un montón de cenizas apestosas. Las ratas y los ratones devoraron las cenizas en un instante. Todas las jaulas se abrieron, el hechizo de la bruja se deshizo en un instante. Los hombres dragón, las cabras murciélago, los pollos lobo, todos los demás salieron en tropel. Dejó que todos lo felicitaran, solo los perros murciélago estaban tan enojados como siempre, preguntándose por qué había esperado tantas décadas, incluso siglos, para hacer esto, ¿eh? Se encogió de hombros y se escabulló al bosque. “Señorita Wen, ¿disfrutó de mi historia?” preguntó, ella tomó su glande de su boca y dijo: “¡Qué tierna y lacrimógena historia de amor!”. Él solía contar historias de amor. Lin Po Po asintió sabiamente, como siempre.

La señorita Wen inmediatamente quiso comprobar si su polla cabía en su coño. “Una polla de carne, vale”, comentó. Con gran dificul-

tad, logró meter la punta y se sentó sobre ella con todo su peso. “¡No entra del todo, y para follar, tiene que entrar del todo!”. Él abrió mucho los ojos; nunca antes había follado un coño tan apretado, dijo. Ella asintió. “Voy a sentarme sobre tu polla todo el día para que mi coño se acostumbre”.

Eso fue lo que hicieron. Él se deslizaba por el estanque todo el día, mientras ella se sentaba sobre su pene desde la mañana hasta la noche, masturbándose a sus anchas. Intentaba cada vez ver si su pene entraba fácilmente, pero aún era demasiado pronto. Podía, por supuesto, introducirlo entero y sentarse sobre él, pero aún estaba demasiado apretado para el coito. Bebía su semen tres o cuatro veces al día. Después de dos semanas, sus pezones se hincharon y, gradualmente, le crecieron unos pechos hermosos y llenos. Solo una vez en esas primeras semanas tuvo que saltar al estanque, porque él tuvo un orgasmo increíble y echaba fuego por la boca como un loco. Él la sacó inmediatamente del agua y sonrió torcidamente; sus nuevos pechos rebotaban de forma tan tentadora que tuvo que eyacular violentamente. Ella le dio un golpecito juguetón en la boca: “¡No hay problema, mi sexy amigo, hoy pasaré hambre!”. Se rieron y, minutos después, ella estaba bebiendo su semen.

Se sentó sobre su pene durante un mes entero, intentándolo una y otra vez. Un día, lo folló con tanta fuerza que lo dejó sin aliento, y él se corrió como un loco, eyaculando todo su semen en su coño. Estaba asombrado y aliviado. A partir de entonces, follaban a sus anchas, y ella pronto le cogió el truco a agacharse a la velocidad del rayo para beberse su semen. Al poco tiempo, ya no necesitaba masturbarlo si quería beber.

Seis meses después, ella lo condujo a la orilla. Le mostró cómo follarla por delante mientras ella estaba tumbada boca arriba. Esa era la posición más común para las mujeres humanas. Su primera prioridad era no aplastarla con su peso. Segundo, tenía que saber dónde apoyar sus garras. Esa era la principal razón por la que las chicas le decían que se largara. Y tercero, tenía que meter y sacar su polla como un cincel ligero como una pluma sin poner ni un gramo de peso sobre la chica, y esa era la parte más difícil para él. Ella no cedía; lo hacía practicar día tras día. Bebía su jugo, por supuesto, hasta saciar-

se, y lo hacía practicar hasta bien entrada la noche hasta que eyaculaba todo su semen.

Ella había estado viviendo con su amante, el hombre dragón, durante más de dos años, y solían tumbarse en la orilla, todavía practicando. Él era tan bueno en la cama que ella casi siempre llegaba al orgasmo. Podía eyacular mucho más de 15 veces, y lo disfrutaba enormemente. También había aprendido a no escupir fuego al eyacular. Un día, el jefe de los cazadores imperiales se paró junto a ellos y los amenazó con un arco y una flecha. Ella le gritó en protesta, diciendo que estaban en medio del acto sexual y que debía esperar. El cazador puso cara de disgusto. El emperador le había ordenado conseguir sangre de dragón; era la única forma de prolongar su vida. La señorita Wen se dio cuenta de que solo estaba siguiendo una orden imperial. Pero le rogó que la dejara terminar el acto sexual; estaban en pleno acto, y él podía ver cómo el trasero de su perrita faldera subía y bajaba incansablemente. ¡El cazador replicó furioso que ella no era ninguna perrita faldera! —Sí —dijo con tristeza—, el grande se comió a mi perrito mientras el pequeño me follaba hasta mi cuarto orgasmo. —El pequeño era tan mono —gorjeó, dándole al dragón una palmada juguetona porque casi se echaba a reír—. El pequeño era mono y caliente y podía follar durante cinco horas seguidas. El cazador hizo una mueca de asco. Despreciaba a las mujeres, dijo, que dejaban que sus cachorros o perros las follaran. Una verdadera mujer china dejaba que su marido, su mozo de cuadra o el jefe de los cazadores imperiales la follaran, como su amada emperatriz, por ejemplo. La señorita Wen estuvo de acuerdo; todo el mundo en el pueblo sabía que el fiel cazador follaba a la emperatriz día y noche. Su pecho se hinchó de orgullo. No deseaba nada más que ese asqueroso comecachorros terminara lo que había empezado; todavía estaba en medio de ello, pagando su deuda. El dragón se mordió la lengua para no reírse a carcajadas. Pero la señorita Wen le había susurrado que conservara sus fluidos para que pudiera durar mucho tiempo. Pasó una hora, la flecha del cazador tembló levemente. Pasó la segunda hora, la flecha tembló más. En la tercera hora, la flecha temblaba como la cola de una ardilla. Al final de la cuarta hora, el arco y la flecha cayeron de las manos agarrotadas del cazador. La señorita Wen esperó hasta que ella alcanzó el orgasmo y el dragón eyaculó obedientemente, luego le dio una palmada en los flancos: «Ahora es el momento

adecuado para salir de aquí, mi querido amante, ¡date prisa y que tengas una vida larga y feliz!». El hombre dragón exhaló un chorro de fuego, chamuscando solo las plumas del sombrero del cazador. Luego saltó al estanque, nadó hasta la otra orilla, corrió hacia el bosque y nunca más se le volvió a ver.

El cazador se quedó allí boquiabierto. El dragón podría haberlo quemado vivo, pero seguía con vida. "¡Maldita sea, maldita sea, maldita sea todo, ¿qué hago ahora?!" La señorita Wen asintió animándolo. "Primero, acuéstate a mi lado y fóllame hasta que se te baje la erección, porque no puedo dejarte ir con esa erección; te quedarías atrapado entre los arbustos y morirías de sed. Luego ve con el Emperador y dile que aún no has encontrado un dragón. Parece mejor mentirle al Emperador que poner la cabeza en el cadalso del verdugo, ¡créeme! Y luego ve con la Emperatriz y fóllala como es debido, como siempre, hasta que no sepa ni dónde está. Estás de acuerdo conmigo, ¿verdad?" Eso fue lo que hicieron, y con eso concluye la parte oficial, señor Chai.

Chai jamás había oído semejante disparate en su vida, pero las mejillas de Mulán se sonrojaron de placer. Mulán había inventado esta historia de niña mientras se masturbaba, y le emocionaba ver a su amante pendiente de cada una de sus palabras. Chai sonrió. «¡Todavía estoy esperando la parte extraoficial, señorita Mulán!». Ella sonrió con sutileza.

—Corría el rumor de que el dragón había matado al emperador gordo, se había apoderado del trono e incluso se había llevado a la emperatriz, noche tras noche. —Mulan lo miró—. Pero la leyenda de Lin Po Po termina de forma muy distinta —continuó—. Lin Po Po murió en el bosque, y la niña regresó a casa con sus preocupados padres. —Mulan sonrió misteriosamente—. ¿Le gustaría saber qué dicen los pergaminos de mi abuelo, señor Chai? Siempre pensé que el abuelo mismo había escrito las últimas tiras de bambú. —Chai estaba agotado, pero asintió de todos modos.

Ninguno de los rumores era cierto. El gordo emperador no le creyó al cazador porque había oído en los chismes de la corte que el apuesto cazador se acostaba con su emperatriz a diario. Por supues-

to, lo mandó decapitar. Pero nunca más se atrevió a entrar en la alcoba de la emperatriz. Aseguró a sus consejeros en voz baja que la emperatriz se había dejado ultrajar durante años sin escapar jamás de las humillaciones. Por lo tanto, nunca más volvió a verla. Fue el primer y único emperador que no se acostó con la emperatriz, como era costumbre, ni durmió solo, como más tarde se convirtió en costumbre, sino que, en cambio, se emborrachaba todas las noches en su burdel y dormía en los brazos o entre los muslos de sus concubinas, pues le encantaba lamerles el clítoris. Nadie derramó una lágrima por él cuando una mañana no despertó entre los muslos de una concubina. La emperatriz gobernó como una buena madre durante dos años más, hasta que su hijo alcanzó la mayoría de edad. Solo los sirvientes más cercanos de la emperatriz sabían quién se escondía bajo su cama. Era Lin Po Po, a quien el cazador le había regalado a la amada emperatriz mucho antes de su muerte. La emperatriz se había casado con el viejo y gordo emperador, muy joven e inexperto sexualmente. Ya era demasiado gordo para tener sexo como un hombre; lamía el clítoris de sus concubinas, pues la corte las había elegido precisamente según ese criterio. El emperador lamía el clítoris de la joven emperatriz, quien gritaba y chillaba de placer; la pobre no conocía otra cosa. Hasta que le dijeron que se necesitaba un heredero al trono. Los leales sirvientes le explicaron el sexo y se lo demostraron con algunos pajes. Durante meses, los sirvientes frotaron el pene del emperador e introdujeron su glande en la pequeña abertura de la emperatriz para eyacular. Naturalmente, quedó embarazada y tuvo un heredero al trono. Gradualmente, apartó al imperial que lamía su clítoris. Y los fieles sirvientes escondieron pajes y mozos de cuadra, maestros de esgrima y jefes de cazadores entre sus muslos hambrientos de amor. Así fue como el jefe de cazadores pinchó diligentemente los labios imperiales y regó la flor entre ellos. El heredero al trono ya tenía edad suficiente para dormir con ella en la piscina imperial y dar sus primeros torpes pasos sexuales. Los fieles sirvientes le mostraron, y más tarde a la emperatriz, cómo hacer que un muchacho eyaculara. Pero el muchacho era impaciente; los fieles sirvientes suspiraron y le mostraron el camino, y él estaba tan entusiasmado que folló a ambos sirvientes y a la emperatriz diariamente hasta que eyaculó todo su semen. Un día, el jefe de cazadores trajo un gran saco, que dos hombres tuvieron que cargar, como regalo para la emperatriz. Todos excepto los dos fieles sirvientes tuvieron que salir, entonces el

jefe de cazadores desempacó el regalo. —Este es Lin Po Po —dijo—. Es un hombre dragón, habla como nosotros y es el mejor follador bajo el cielo. Lo estaban pasando de maravilla, pues el jefe de los cazadores se había hecho amigo de Lin Po Po. La emperatriz palpó con curiosidad el pene y los testículos del hombre dragón. —Probablemente me desmaye, pero ese pene me parece una verdadera fuente de placer. Un pene magnífico, un tronco recto y un glande como un melocotón jugoso. —¡Tendrás que ayudarme, mi querido cazador! La primera vez, el jefe de los cazadores le mostró a la emperatriz la mejor manera de dejar que Lin Po Po la follara. La emperatriz era inteligente; Lin Po Po la folló con mucha fuerza sin acostarse pesadamente encima de ella. Solo cuando ella se corría o él tenía que eyacular, introducía su magnífico pene en el coño imperial con dos o dos libras y media de presión, algo que había practicado durante años con la señorita Wen. La emperatriz estaba completamente extasiada, y cuando tuvo suficientes orgasmos y estaba cansada, se permitió a los fieles sirvientes acostarse con ella, y Lin Po Po se acostó con las buenas muchachas con tanta fuerza que perdieron la noción del tiempo. Lin Po Po se acostó con la hermosa emperatriz noche tras noche hasta que quedó exhausta y desorientada, durante muchísimos años. Cuando Lin Po Po sintió que su muerte se acercaba, desapareció una noche y nunca más se le volvió a ver.

Chai aplaudió suavemente. «¡Tu abuelo debió ser un hombre extraordinario para ser tan sensible a los sentimientos de una niña!». Mulan se sonrojó, con el rostro ardiendo. ¿Había descubierto el señor Chai el verdadero origen del texto? No lo sabría hasta dentro de mucho tiempo.

La batalla con el emperador

Chai relató su primer encuentro con el emperador Long, y Mulan soltó una carcajada. Llevaba apenas cuatro semanas en la Guardia Imperial cuando el emperador lo condujo al jardín. Se quitó la capa y le dijo: «Chai de Qin, la iniciación. Sin muerte, sin heridas, sin una gota de sangre. ¡Lucha conmigo!». Chai se sorprendió un poco, pero colocó su wakizashi sobre el banco de piedra. «Una espada contra una espada», explicó. El emperador atacó. Chai se dio cuenta de que el emperador luchaba al estilo tradicional chino. Ajustó sus expectativas; el emperador era lento, pesado y anticuado. Chocaron a la manera tradicional, saltando chispas, y los ecos llenaron el silencio del jardín. No habría vencedor, pero el emperador ejecutó una finta que llevaba décadas en desuso. Un mechón de pelo de Chai cayó al suelo, y el emperador sonrió con arrogancia. Chai se quitó las sandalias, luchó en calcetines y estaba decidido a darle al emperador una lección de esgrima japonesa.

El emperador ya no podía seguir el ritmo vertiginoso de Chai; su espada ya no asestaba golpes precisos, pues Chai ya no estaba donde había estado momentos antes. La chaqueta del emperador estaba hecha jirones, sus botones arrojados al suelo, sus mangas rasgadas desde la muñeca hasta el hombro. Las solapas y los paneles delanteros volaban lejos entre la hierba. Una sombra pasó velozmente junto a su rostro, un mechón de pelo rozó el suyo, ¡y Chai había desaparecido! El emperador se giró, la misma sombra voló sobre él, y Chai desapareció de nuevo. El emperador sintió la corriente de aire frío; su espalda estaba expuesta. Se giró una vez más; Chai estaba arrodillado ante él, su espada larga presionada contra la garganta del emperador. Un solo corte le cortaría la cabeza.

El emperador extendió ambos brazos: «¡Levántate, he perdido!». Chai se levantó e hizo una profunda reverencia. «¡Maldita sea, Chai de Qin, eres un tipo formidable! ¡Nunca he visto a nadie luchar así, y odio perder, y pierdo muy rara vez!». Se sentó en el banco de piedra e hizo que Chai se sentara a su lado. Le hizo preguntas y aprendió que ese era el arte de la esgrima de los espadachines japoneses. «Sí, era un verdadero samurái», dijo Chai con orgullo, «uno de los apenas

cien extranjeros que se habían convertido en samuráis». Había realizado el Vuelo del Murciélago dos veces seguidas, lo cual era bastante inusual, ya que se usaba para volar por encima del oponente y decapitarlo en el aire o al aterrizar. «Solo te corté la coleta, Su Majestad, ¡sin heridas, sin sangre, dijo usted!». El emperador quedó atónito cuando Chai tocó con la punta de su espada el extremo de la trenza imperial, de 20 centímetros de largo y adornado con hilo de oro, que yacía en el suelo.

«¡Qué diablos!», exclamó el Emperador. Discutieron largamente sobre la batalla, y Chai tuvo que darle al Emperador una respuesta sincera. «Solo llevo cuatro semanas en su guardia, Majestad, pero le doy mi palabra: si el Emperador de Nihon quisiera hacerle daño, ¡quince de sus guardias aniquilarían a la suya en veinte minutos!». El Emperador preguntó pensativo: «¿De verdad mi guardia, mi élite, es tan mala?». Chai no respondió; eso era precisamente lo que había dicho antes.

Chai pidió ver la espada del emperador. «Así que esta es la famosa "Relámpago Celestial" que el emperador Teng te regaló», dijo Chai. Añadió que había sido forjada por el mismo herrero que su katana. Le mostró al emperador el sello de los tres caballos. «Tu espada probablemente fue forjada por el maestro en persona; la mía fue forjada hace solo tres años, mucho después de que el maestro, el Herrero de los Tres Caballos, falleciera».

El Emperador declaró oficialmente su autoridad. "Por la presente ordeno dos cosas, Chai de Qin. Primero, de ahora en adelante, eres uno de los Cuatro que me acompañan en viajes peligrosos. Segundo, quedas relevado de tus deberes rutinarios y entrenarás a mi guardia en el manejo de la espada y te asegurarás de que reciban las mejores espadas del imperio. ¡Entregaré esta orden por escrito al Guardia hoy mismo!" Llamó, "¡Sirviente!" y este apareció de inmediato. "Recoge esto del suelo y dáselo a mi sirviente personal. ¡Dile que repare mi collar para mañana por la mañana! ¡Y tráenos té!" El Emperador refunfuñó en voz baja; ¡el diablo le había quitado el collar sin un rasguño! Había sido tan orgulloso hasta ahora. Menos de seis meses atrás, él y su guardaespaldas habían sido emboscados en el bosque, y él mismo había matado a ocho bandoleros con su espada invencible, ¡y

ahora este tipo decía que su guardia no era invencible! Se calmó. “Conocí a un capitán de caballería de Qin”, dijo, y dio su nombre. — Este es mi padre, Su Majestad. Ahora es capitán de la caballería del rey y goza de gran respeto. El emperador tomó un sorbo de té y dijo que le gustaría contar la historia.

El capitán de caballería

El emperador Teng, de quien yo era heredero en aquel entonces, pidió al rey de Qin que le enviara al famoso capitán de caballería durante tres semanas para entrenar a la guardia. Cuando los exploradores anunciaron la llegada del capitán, salí a su encuentro en mi mejor caballo, con toda la pompa y solemnidad. Llegó solo, guiando dos ponis ensillados. Pasó junto a mí sin siquiera mirarme, se detuvo y se dio la vuelta. «Usted debe ser el heredero al trono, Su Majestad, y le saludo cordialmente. Me quedé perplejo; me pareció que un saco de nabos venía hacia mí». Estaba furioso. «¿Un saco de nabos?», exclamó con descaro. «Su señor padre, usted está sentado como ese saco en su magnífico caballo de desfile, Su Majestad». «Un caballo hermoso, pero no muy bueno, por cierto». Puede imaginar lo ofendido que me sentí. Cabalgué en silencio a su lado y decidí esperar tres semanas antes de formarme una opinión. Una sabia decisión para un joven de 26 años, solo puedo decir. El día estuvo lleno de pompa, halagos y saludos; tu padre era tan seguro de sí mismo en el resbaladizo suelo de mármol del palacio como en la silla de montar. Por la noche, dijo: “Nos veremos al amanecer”. Todavía estaba en medio de mi desayuno cuando lo vi, listo para partir. Me estaba esperando y dijo: “Puedes hacer esperar al capitán de caballería todo lo que quieras”. “Pero no puedes esperar eso de los caballos; te llevarán con desprecio”. Me agaché; ¡con el capitán de caballería no se jugaba! Nos adiestró desde el amanecer hasta el atardecer, tratándome igual que a mis guardias. Dijo que si tenía que patearme el trasero, no era por Su Majestad, sino por el estúpido recluta. Asentí con amargura, porque no daba ningún trato especial. Nos adiestró sin piedad durante tres semanas, diciéndonos que había más que aprender de los mongoles que solo follar. Los pequeños caballos mongoles, la silla plana, los estribos de madera y la equitación. Al final, corriendo a toda velocidad detrás de los cuellos y vientres de los caballos, podíamos golpear a cualquier oponente con nuestros bastones. El último día, se arrodilló ante el emperador Teng y ante mí y dijo lo agradecido que estaba de que el heredero al trono hubiera sido un brillante ejemplo para sus guardias. Nunca he olvidado a tu padre, Chai de Qin. Él me enseñó mucho más que solo a montar a caballo. Estuvo con mi ma-

dre Ayla durante tres semanas y la hizo sentir como una mujer joven, no como una anciana. Aunque al principio sonreí con aire de suficiencia, al final le estuve muy agradecido.

El emperador y Chai charlaron sin parar, y él se puso de pie, satisfecho. “¡Me estoy congelando, amigo mío, préstame tu chaqueta, parezco un pollo desplumado!”

El examen de Mulán

Dos días después, la lluvia había cesado. Chai salió al amanecer con dos de sus mejores exploradores para evaluar la situación. Regresó al anochecer del segundo día, arrojó su bulto al guardia e inmediatamente se metió en el arroyo para saludar a Mulán, recién lavada. Se quitó la mugre de dos días de cabalgata en un minuto, recogió su ropa sucia y se puso su capa polvorienta. Un comandante jamás iba desnudo. Arrojó el bulto sucio y la capa a un rincón de la tienda. Se fijó en Mulán, que estaba sentada a la mesa completamente vestida. La besó en la frente y se tumbó desnudo sobre la estera. Supo de inmediato que algo andaba mal con Mulán. «Si tienes que irte, ¡adelante! No eres una prisionera, no eres una chica solo para sexo, sino una chica libre. Si no quieres irte, entonces acuéstate conmigo, como siempre, y podemos hablar de lo que sea. ¿Quieres que despida a los guardias?». Mulán negó con la cabeza. —No, Lord Chai, los guardias están haciendo su trabajo; no nos molestan. —Su voz era débil. Él esperó a que ella extendiera su ropa sobre la silla plegable y luego apartó las sábanas de forma seductora. Ella se apretó contra él como siempre y agarró su pene como siempre. —Déjame hablar, mi señor y amo. Por favor, espera a que termine. —Él asintió en silencio. Se dio cuenta de cuánto la quería, pues sintió un nudo en el estómago. Ella se recompuso. Te fuiste ayer por la mañana. Me quedé en la cama hasta el mediodía, me toqué el clítoris, pero no hice nada, solo pensé. Estaba sola por primera vez en mucho tiempo. ¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Quién soy? ¿Quién quiero ser en realidad? Al mediodía me levanté, me bañé en el arroyo y fui a la tienda del señor Haraldur. «Por favor, que se vayan todos», le dije mirándolo fijamente. Cuando estuvimos solos, me desvestí y me tumbé en su estera. El señor Haraldur me trató bien; no me hizo preguntas, y cuando le dije que le debía el rescate de hacía diez días, se enfadó mucho. «Te saqué de aquí porque necesitabas ayuda, no porque necesitara una chica con la que acostarme». Le dije que le estaría agradecida el resto de mi vida. «Cien personas pasaron, y tú solo te detuviste. Eso es importante para mí. Cometí un error al dejar que me follaras por gratitud; por favor, perdóname». Estoy tumbada a tu lado porque llevo diez días queriendo follarte, y hoy aproveché la oportunidad. Por

favor, fóllame como quieras. Quiero sentirte, quiero estar cerca de ti y ver más allá de tus máscaras. Vine sin máscara; quiero tumbarme en tus brazos, ya sea como una aventura o como un ser humano, te lo dejo a ti. “¡Por favor, ven, tómame en tus brazos y no me aprietes tan fuerte como aprietas a las chicas de los vencidos!” Follamos toda la tarde, toda la noche y toda la madrugada. Por la mañana, me marché respetuosamente con una profunda reverencia. Sabía que no lo quería como mi señor y amo; te quería a ti y a nadie más. Él lo sabía; no necesitábamos hablar de ello. Si lo hubiera elegido a él, se lo habría dicho, y a ti también. Que el corazón de Haraldur perteneciera a una mujer de Qin no me habría detenido. Pero tenía mi respuesta. Para no hacerle ninguna injusticia a Lord Haraldur, permítanme decir que es excelente en la cama, y no tengo ninguna queja. Es un hombre muy bueno y un buen amante, así son las cosas.

Ella permaneció en silencio, y Chai sintió sus lágrimas en su pecho. Le tomó el rostro y le secó las lágrimas. «No llores, querida, gracias por tu honestidad, por tu sinceridad. ¿Te contó mi hermano Haraldur quién es la chica que ocupa un lugar especial en su corazón?». Ella reflexionó unos segundos. «Se llama Lin, su padre es un general retirado, y normalmente ella sería inalcanzable para él, pero su familia lo conoce y lo quiere».

Festival de los Cerezos en Flor en Edo

Chai sonrió y la abrazó con más fuerza. «Lin es mi hermana pequeña. Conoce y ama a Haraldur desde Japón, desde nuestros años en Edo. Haraldur y yo nos conocemos desde que yo tenía 17 años. Como verdaderos hermanos, hemos compartido muchas aventuras. Hemos compartido a todas las mujeres, a todas las chicas, en nuestras vidas sexuales, no solo a las esposas o hijas de los enemigos derrotados o muertos. No, incluso a chicas honorables, tímidas y castas, a las diosas que las depositaron sobre nuestras esteras. Solo su origen y su pasado como esclavo le impiden ser un comandante como yo, y eso me preocupa mucho más a mí que a él».

En Edo, Lin fue mi compañera de cuarto y mi amante durante mucho tiempo. Era tan joven, tímida y delicada que tardó mucho en confesar que estaba enamorada de nuestro hermano Haraldur, pues siempre lo habíamos considerado como un hermano. Inmediatamente lo introduje a escondidas en nuestra habitación y los tres tuvimos relaciones sexuales. Desde entonces, supe que él era el hombre para ella; no mira a nadie más. Por supuesto, sé que están hechos el uno para el otro, pero Haraldur y yo somos soldados, y los soldados están mejor sin familia. Le pregunté a Lin una y otra vez; ella lo supo desde el primer día y es su esposa cuando él está en Qin, pero no lo retiene. Para ella es importante estar en su corazón, y él en el suyo. El matrimonio es un lujo para el día en que él regrese a casa lisiado o cuando le traigan sus cenizas. Ha madurado mucho. Sabe que a la mayoría de los hombres, al menos a Haraldur y a mí, nos gusta la variedad sexual y que esto no tiene nada que ver con a quién amas. “En tu corazón.” Ella lo lleva puesto. “Sé que Lin también se ha acostado con muchos hombres, principalmente para apoyar la carrera de nuestro padre, pero ella solo tiene a Haraldur en su corazón.”

En Edo, participé en el Festival de los Cerezos en Flor con mi padre. El palacio imperial, la Fortaleza de la Grulla Blanca, un imponente edificio de 17 pisos que se alza como una nube blanca sobre la ciudad imperial, pertenecía a las mujeres durante la primera semana de mayo; todos los hombres debían marcharse hasta que florecieran los cerezos. Solo el más alto funcionario, Sten Zel, y sus invitados, mi

padre y yo, estábamos presentes. Sten Zel provenía de Occidente; había llegado a Japón de joven para estudiar este hermético imperio y había ascendido hasta convertirse en su más alto funcionario.

Un hombre apuesto e imponente, de unos cincuenta y tantos años, con el pelo blanco recogido en una coleta y atlético vestido con un magnífico kimono, nos recibió con gran calidez. «Los cerezos aún tardarán unos días en florecer», dijo, «así que probablemente se quedarán aquí varios días, quizás una semana». Después de instalarnos en nuestras habitaciones y refrescarnos, nos condujo al gran salón de la casa de las mujeres para que viéramos cuál sería nuestra tarea. Las mujeres, a quienes Sten Zel y mi padre debían complacer, yacían sobre sus esteras y nos sonreían.

Sten Zel retiró la manta de la primera pareja. Eran las gemelas de 18 años, las hijas mayores de la joven emperatriz. Mi padre y yo contemplamos sus maravillosos cuerpos desnudos. Tenían pechos pequeños y virginales, y un fino y diminuto vello negro sobre el pliegue púbico, como muchas mujeres japonesas. Se me hizo agua la boca, lo confieso. Luego estaba la propia emperatriz, una belleza de unos treinta y tantos años. Había estado temblando de orgasmo en el momento en que entramos; según supimos, había ignorado la tradición japonesa de la masturbación secreta desde joven y se masturbaba siempre que su clítoris lo requería. Ella, al igual que sus gemelas, tenía un cuerpo esbelto y hermoso, aunque se depilaba el vello púbico a diario. Su vulva desnuda, de aspecto infantil, no daba ninguna señal de que hubiera dado a luz a cuatro hijas. Luego estaba su madre, de unos cincuenta y tantos años. Tenía unos pechos sorprendentemente grandes, que, sin embargo, lamentablemente sucumbieron a las leyes de la gravedad. Su coño y su prominente clítoris seguían de un rojo brillante; se había estado masturbando hasta hacía solo unos instantes y continuaría inmediatamente. La abuela de la Emperatriz ya tenía setenta años, pero nos miraba con excitación, ya que le quedaban pocas oportunidades para follar. Sten Zel mencionó que su madre, la bisabuela, había celebrado el Festival de los Cerezos en Flor con júbilo y vítores hasta su muerte dos años antes. Sten Zel le dio un codazo a mi padre en el costado de manera amistosa. “Esta es la noble presa que vamos a tener que follar como es debido en los próximos días, ¡hasta su último aliento! ¡La compartiremos como

hermanos y tendremos mucho para follar! Nos chuparán hasta secarnos, porque el Festival de los Cerezos en Flor es la única ocasión oficial en la que se les permitía ser folladas hasta perder el conocimiento. ¡Así que, empecemos!" concluyó con una sonrisa. Me despidieron y me fui a mi habitación dando pisotones. Sten Zel no mencionó que él mismo había introducido esta nueva forma del Festival de los Cerezos en Flor. Anteriormente, el funcionario de mayor rango estaba completamente a merced de la entonces anciana emperatriz, quien, confinada al palacio todo el año sin tener relaciones sexuales, sufría una correspondiente demanda sexual reprimida. Sten Zel, un hombre de gran virilidad, quedó tan exhausto por la emperatriz de 70 años durante esos tres días y noches que al año siguiente introdujo clandestinamente a la guardia personal, los cazadores, los cocineros y los pajes, satisfaciendo así a la emperatriz. La emperatriz murió a los 74 años en brazos del herrero de la corte, sonriendo lujuriosamente y feliz incluso en la muerte. A partir de entonces, todas las parientes femeninas de la emperatriz debían tener relaciones sexuales, y a cambio, a Sten Zel se le permitió invitar a estimados amigos para que se acostaran con todas las damas.

Dos angelitos desnudos me esperaban en mi cama. Hablaba poco japonés, pero entendía los gestos de las hijas de la Emperatriz, de 11 y 12 años. La sirvienta que me había acompañado hizo el inconfundible y obsceno gesto de follar con los dedos, el índice dentro de los demás. Sonrió ampliamente y rió entre dientes al irse. Negando con la cabeza, me senté en el borde de la cama: ¿qué se suponía que iba a hacer con dos adolescentes? Me desnudaron en un instante. La de 12 años me tomó el pene en la boca, y la de 11 me masturbó, parloteando y balbuceando. Me corrí profundamente en sus bocas, y las dos gritaron de placer y con un triunfo infantilmente astuto. Durante los siguientes siete días y noches, las follé a ambas hasta el agotamiento y las observé masturbarse compitiendo durante mis descansos. Mi padre y yo volvimos a casa en silencio en el carruaje. Suspiró profundamente una vez. "Estaremos en Edo tres años más. Estamos invitados a los próximos tres festivales de los cerezos en flor. ¡Que los dioses se apiaden de nosotros, hijo mío!"

Conversaciones de almohada

Chai notó la atención con la que Mulán lo escuchaba. La atrajo hacia sí con cariño. “No tengo ningún problema con que tengas relaciones sexuales con Haraldur. Eres una mujer libre, y me conmovió mucho cuando dijiste que me habías elegido. Yo también te aprecio mucho, pero se necesita tiempo para abrirle tu corazón a alguien. Eso se aplica tanto a ti como a mí. El tiempo jugará a nuestro favor o en nuestra contra. Si alguna vez te das cuenta de cuánto anhelo aventuras sexuales, o me despreciarás o me comprenderás. Si alguna vez te casas con un mercader rico, descubrirás, como otras esposas decentes, castas y fieles, el secreto y el placer de tener muchos amantes. Y espero entonces comprenderte, no despreciarte.”

Mulán protestó. “O seré una esposa decente, casta y fiel, o tendré muchos amantes, pero no ambas cosas. Todavía no soy la esposa de un rico comerciante, sino una chica muy sencilla de este pueblo en el valle olvidado. Todavía tengo una visión muy ingenua y directa de todo este joder. En el pueblo, no me importaba si una mujer se acostaba con otra; no tenía un significado más profundo para mí que mi excitación sexual cuando las veía. Me di cuenta y decidí esta mañana que solo te tengo a ti como mi señor y amo, sin peros ni excusas, y eso tiene un peso considerable para mí. Esa era la respuesta que había estado buscando. Cuando llegaste a casa, estaba decidida a contarte todo con la verdad e irme porque pensé que te había deshonrado. Qué agradecida estaba de que me llamaras a tu lado y me permitieras sostener tu pene de nuevo. Apenas estoy empezando a comprender cómo los hilos de la vida se entrelazan entre tú, Haraldur y Lin. Te escuché atentamente, y espero que algún día comprenda lo poco que pesa Entre tú y Haraldur se rumorea que me acosté con él. Qué agradecida estoy contigo y con mis compañeros tejedores del destino por no haberme echado. Quiero estar contigo hasta que el tiempo nos venza o nos separe. Déjame quedarme contigo, calentar tu polla en mi mano y saborear mi felicidad en tus labios, pues eso es lo que anhelo.

Chai estaba profundamente conmovido; la abrazó con fuerza. No podía negar, al menos no a sí mismo, que Mulan ya ocupaba un lugar

muy especial en su corazón. «Puedo sentir cómo me acaricias suavemente el pene con la mano. ¿Qué te parece, deberíamos irnos a dormir ahora o más tarde?»

La travesía

Al día siguiente, el campamento bullía como un panal de abejas mientras todos se preparaban para partir. Chai permaneció sentado a la mesa todo el día, añadiendo detalles a los mapas, tanto grandes como pequeños. Antes de la cena, los ocho jefes de grupo se acercaron a su tienda y les explicó la ruta de los próximos kilómetros. Partió al frente de su grupo puntualmente al amanecer, con el resto de la expedición siguiéndole en una larga y sinuosa fila. Avanzaron a buen ritmo; los jefes de grupo mantuvieron un control firme sobre sus tropas. Tras tres semanas, llegaron al siguiente campamento cerca de una aldea más grande. Acamparon solo tres días; Chai tenía que seguir adelante. Compraron los suministros de la aldea, liberaron a las niñas y mujeres, y requisaron otros. Después de dos etapas más de tres semanas, acamparon a la vista de un pequeño pueblo. Chai continuó siendo atendido por varias mujeres, tanto en lo que respecta a la comida como a la lavandería. Mulan no tenía interés en estas cosas; cabalgaba a su lado cuando exploraba el terreno o se sentaba con él a leer los informes. No existía un cargo específico para ello, ni precedente alguno de que un líder militar discutiera asuntos militares con su amante. Era su amante; no había nada más que decir al respecto.

Chai ya había comenzado los preparativos para la partida cuando llegaron mensajeros con buenas y malas noticias. Un general que conocía muy bien había tomado la provincia rebelde a la que Chai y muchos otros se dirigían, decapitando a cientos de líderes e instalando una administración proimperial junto con otros generales. Una docena de generales también informaron de esto, y Chai sintió que podía confiar en sus relatos. Mandó reconstruir el campamento y dio a sus hombres tiempo libre por turnos para ir a la ciudad. Esa era la buena noticia: esperaría allí la orden imperial; presumiblemente, serían llamados de vuelta a la capital. Pero también había malas noticias. En el reino de Qin, su tierra natal, había disturbios, enfrentamientos abiertos que iban mucho más allá de unas pocas decapitaciones, y todo apuntaba a una guerra civil. Como era de esperar, el mensajero del emperador trajo la orden de retirada. La ciudad imperial estaba a unos diez días de camino, y en ese momento, nadie tenía

idea de lo que estaba sucediendo en Qin. Chai escribió inmediatamente al emperador. Qin estaba a tan solo un día de camino, así que le informó sobre la situación. Su unidad era la más cercana a Qin, y confiaba en que el Emperador lo enviaría allí dadas las circunstancias. Le pidió al Emperador que aceptara su evaluación. Partiría hacia Qin a primera hora de la mañana siguiente; no había tiempo que perder. El mensajero sonrió y solo pidió un caballo fresco; no se demoraría y estaría arrodillado ante el Emperador en ocho días.

Levantamiento en Qin

Chai reunió a sus tropas en la ciudad y pronunció un discurso antes de la cena. Explicó la situación en Qin y anunció que partiría al amanecer del día siguiente, un viaje de dos días hasta Qin. Añadió que su espada había servido al rey de Qin, un súbdito leal del emperador Long. Cualquiera que deseara acompañarlo era bienvenido. Los demás, bajo el mando de sus tres soldados más veteranos, escoltarían a los mercaderes. Nadie se levantó. Haraldur se puso de pie y miró a los soldados a los ojos. Luego alzó la voz: «Capitán Chai, comandante, todos viajaremos con usted, ni una sola voz disidente. Los tres viejos caballos de guerra acompañarán a la caravana mercante; nosotros viajaremos con usted».

Partieron al amanecer. Mulan no estaba convencida. Había comprado una lanza corta y ligera a un mercader y le pedía a algún soldado que le enseñara a usarla. Llevaba cuatro semanas entrenando con diligencia. Cabalgó con él hasta Qin, justo al frente, no en la retaguardia con los lentos carros de suministros, como Chai había querido. Él no discutió con ella; simplemente le susurró brevemente a Haraldur que la cuidarían.

Cabalgaban como locos por el camino que usaban los mensajeros, buscando las noticias más recientes. A sus caballos solo les daban breves descansos; la turba había rodeado el palacio tras masacrar a miles de ciudadanos. Un ala del palacio ya estaba en llamas. Llegaron a los límites de la ciudad al atardecer, y desde la colina pudieron ver el palacio ardiendo y las columnas de humo. Como langostas mortales, se abalanzaron sobre la ciudad, masacrando a todos los hombres desarmados e irrumpiendo en el palacio en una formación meticulosamente ensayada. Masacraron a todo aquel que no fuera soldado; los soldados corrían junto a ellos. Chai llegó a la sala del trono con Harald y Mulan. El viejo rey estaba sentado en su trono, cubierto de sangre, con la cabeza rodando por las escaleras. A su alrededor yacían cadáveres horriblemente mutilados, presumiblemente la reina, el heredero al trono y otras figuras nobles. Unos 40 guardias rodeaban el trono, destrozados y golpeados por una turba sedienta de sangre. Chai oyó el choque de armas de los rebeldes en la habitación

contigua. Con su katana desenvainada y su lanza extendida, corrió hacia la habitación y masacró sin piedad a la banda sorprendida, uno por uno. Entonces oyó el largo y desgarrador grito de Mulán. Dejó escapar a los bandidos y corrió de vuelta a la sala del trono.

Mulán al borde de la muerte

Dos docenas de rebeldes rodearon a Haraldur y Mulan. Haraldur yacía inconsciente junto a Mulan, quien, retorcida en el suelo, se defendía de los hombres con su lanza. Él arrojó su lanza y cayó como un torbellino sobre los sorprendidos rebeldes. Con ambas espadas, cortó carne y hueso, decapitando con elegancia a los asesinos sin perder tiempo. La orden del día era abatir, matar y herir a 25 hombres lo más rápido posible. El último cayó, aferrándose a su brazo amputado con la otra mano. Chai no dudó en considerar si aún representaba una amenaza y le cortó la cabeza. Todos habían terminado, los 25. Miró a su alrededor, pero no apareció nadie más. Se arrodilló junto a Mulan. Su costado estaba cubierto de sangre, con una lanza corta sobresaliendo de debajo de su axila. Chai rasgó su vestido por un costado. Afortunadamente, la sangre goteaba; no brotaba a borbotones. Con un tirón rapidísimo, su wakizashi cortó el asta de la lanza. La hoja había penetrado hasta la mitad de su axila. Un arma así no se podía sacar; podría morir desangrada. Él arrancó una larga tira de su vestido y la envolvió alrededor de la herida, presionando firmemente para detener la hemorragia. Mulan despertó y lo reconoció, sonriendo. Luego frunció el ceño. “Haraldur, derribado por detrás”, dijo, cerrando los ojos. Él la sujetó con fuerza, pateando a Haraldur en el costado con su bota. El cabello rubio de Haraldur estaba empapado de sangre. Chai lo pateó furiosamente; Haraldur gimió y se quejó. Se incorporó a medias y se tocó la cabeza. “¿Mulan?”, preguntó primero. “¿Mulan?”, rugió Chai, “¡Tiene una lanza en el pecho!”. Un escalofrío recorrió el cuerpo de Haraldur. “¡Nada roto, solo un rasguño!”, le gritó a Chai, buscando su espada. La encontró de inmediato, sobresaliendo del pecho de un hombre muerto. La sacó bruscamente y limpió la ancha y pesada hoja del jubón del muerto. Se apoyó en su espada y se puso de pie, tambaleándose. «Una copa de vino me vendría bien ahora mismo», sonrió con picardía, haciendo señas a algunos soldados. «Un médico, un curandero, un cirujano de campaña, lo que sea, ¡corran a buscarme uno ahora mismo, es cuestión de vida o muerte!». Corrieron.

Chai le preguntó cómo estaba de la cabeza. “Oh, nada grave. Nada roto, gracias a Dios. Un rasguño, ya no sangra. Clavé mi espada en un

tipo, y cinco o seis me sujetaron, y luego uno me pasó una barra de hierro por encima. Mulán estaba a mi lado; blandía su lanzacita con mucha destreza, y si alguien se descuidaba, le cortaba la garganta. La pequeña mató a una docena de tipos; nunca pensé que pudiera hacer eso. ¡Una gatita dulce con garras mortales!"

Chai dijo: «Basta de charla, hermano, ¿aún puedes luchar? Me quedaré con ella hasta que esté a salvo, y luego iré tras ella. Solo tenemos la mitad del palacio». Haraldur asintió, echó su espada al hombro y se dirigió hacia el fragor de la batalla.

Mulan despertó. —¿Haraldur? —preguntó, porque no lo veía—. Solo está levemente herido y fue a luchar. Estamos esperando a un médico; debería llegar pronto. ¿Cómo pasó? —Mulan se encogió de hombros—. Él y yo luchamos codo con codo, espalda con espalda, contra treinta o cuarenta de ellos. Se mantuvo firme como una roca y simplemente los aniquiló, maldiciendo. Pronto me rodearon; no me veían como una amenaza y querían apuñalar a Haraldur por la espalda. Me agaché y corté garganta tras garganta indiscriminadamente, tal como me habían enseñado tus guerreros. Debí haber alcanzado a unos cuantos, pero entonces una docena de ellos se abalanzaron sobre él, y un hombre alto que parecía un herrero le pasó una barra de hierro por la cabeza. Todo sucedió muy rápido, pero logré lanzarme hacia la izquierda y cortarle la garganta al herrero —Mulan miró la pila de cadáveres. "Ahí yace el perro. Me agaché de nuevo y ataqué con mi lanza; tus guerreros me dijeron que esa era la mejor posición. Entonces una lanza me alcanzó, grité y entonces llegaste tú. Nunca había visto una pelea así. Apenas podía seguirte con la mirada." "Simplemente los masacraste antes de que te vieran. Tal vez yo también debería aprender tu técnica..." Su voz se apagó; se había desmayado de nuevo. Chai rugió hasta quedarse ronca. Entonces, finalmente, llegaron dos miembros de la realeza uniformados, arrastrando a un anciano, un hombre muy anciano, a toda velocidad.

La lucha del doctor

El anciano refunfuñó y protestó diciendo que llevaba mucho tiempo retirado, y... Chai le gritó: “¡Silencio!”. El anciano se agachó y palpó la herida de Mulán. Se quitó el trapo ensangrentado, asintiendo una y otra vez. Chai le gritó: “¿Y qué?”. El viejo doctor se agachó aún más y dijo que allí atrás había una sala de descanso y un botiquín. Chai ordenó a los dos miembros de la realeza que levantaran con cuidado a Mulán y la llevaran a la habitación con el doctor. Tomó sus espadas y los acompañó. Barrió las tazas y los platos de la mesa con su katana, y acostaron a Mulán sobre la mesa. El doctor señaló el botiquín, pero no pudo alcanzarlo. Chai simplemente arrancó el pesado cofre de la pared y lo colocó sobre la mesa. Se alegró de tener algo que abrir; sintió un dolor punzante en el pecho, aunque por fuera estaba completamente ileso. Cubrió la puerta con sus anchos hombros, listo para cerrarla de golpe.

El viejo doctor estaba ahora completamente despierto. Ordenó a un soldado que pusiera agua caliente y a otro que pusiera la hoja de un cuchillo en el fuego. Le ordenó a Chai que acostara a Mulán de lado y le sacara la punta de la lanza. Chai hizo lo que le dijeron. El doctor colocó un paño húmedo sobre la herida y la examinó detenidamente. “Nada vital”, murmuró. Luego le preguntó a Chai si alguna vez había usado una pinza para heridas. Chai negó con la cabeza. “Dos afiladas espadas japonesas y ni idea de cómo curar heridas”, gruñó el anciano. Chai abrazó a Mulán con fuerza; ella no pesaba casi nada. “Mis oponentes no han necesitado un cirujano para pegarles la cabeza al cuello”, se burló del anciano. El anciano preguntó: “¿Nunca te has lastimado?” y Chai rió a carcajadas. “Me pinché el dedo una vez bordando seda”, rió, y el doctor sonrió levemente. “Invulnerable y mortal, los médicos no ganamos ni una sola moneda de cobre por eso”. Chai se puso serio. Llevo veinticinco años luchando, y los dioses se divertían más conmigo cuando no estaba muerto. Siempre he tenido suerte; no tengo ni una sola cicatriz. La primera cicatriz me la dejaré en el corazón cuando ella muera. El doctor asintió y dijo: «Lo evitaremos».

Sacó una pinza para heridas del botiquín. Estaba demasiado débil para doblarla. Mostró cómo usarla con sus dedos huesudos. Chai la tomó y la dobló fácilmente con dos dedos. “Ahí, al final, hay que doblar la parte superior y encajarla en la muesca inferior, señor”. Chai lo intentó; sin problema. El médico dijo que la pinza debía colocarse medio centímetro por debajo del borde de la herida, paralela a ella; así se detendría la hemorragia y la piel cicatrizaría. Chai asintió; lo había entendido.

El médico explicó el procedimiento. «Debe sujetar a su hija firmemente de lado; gritará de dolor e intentará huir, ¡pero no debe hacerlo! Luego, este soldado verterá agua caliente en la herida y yo la lavaré bien. Después, el soldado le dará el cuchillo al rojo vivo; yo guiaré su mano, pero debe cauterizar la herida de su hija profundamente, como le muestro. Gritará, pero debe sujetarla. Finalmente, tome la pinza; yo uniré los bordes de la herida y usted la ajustará como se indicó. ¿Alguna pregunta? ¿Todos tienen en mente nuestro plan?». Chai estaba satisfecho; el hombre sabía lo que hacía y había explicado el procedimiento antes de la batalla como un buen general.

Se pusieron a trabajar sin decir palabra. Mulan no gritó; se había desmayado. Agua caliente, la hoja del cuchillo al rojo vivo, la pinza. El doctor rebuscó en el botiquín, sacando vendas y un pequeño frasco. Miró dentro y maldijo terriblemente. Le mostró el frasco a Chai; estaba vacío, o mejor dicho, contenía un resto seco de ungüento. “¡Deberían decapitarlos, a esos jóvenes doctores! ¡Cuando yo estaba a cargo del palacio, esto no habría pasado!” Juró como un marinero. Chai preguntó qué necesitaba. El doctor dijo que sin el ungüento, la herida se infectaría y su hija podría morir. Chai preguntó: “¿Dónde se puede conseguir?” “En cualquier farmacia, señor, ¡pero quemaron la farmacia del palacio!” Chai tomó el frasco. “¿No dice qué es, qué contiene?” “Sí”, dijo el doctor, a punto de llorar. Chai ordenó a los miembros de la realeza que corrieran inmediatamente a buscar el ungüento, “en un frasco nuevo”, interrumpió el doctor, “¡en una farmacia, corriendo!”. Los miembros de la realeza hicieron una breve reverencia, como si fuera una figura de autoridad, y salieron corriendo. Uno gritó por encima del hombro: “¡Hay varias farmacias cerca!”.

El doctor dijo que podía acostar a la hija boca arriba con cuidado. Ahora que estaban solos, Chai se presentó con su nombre y rango, y dijo que tenía algo que aclarar. El doctor escuchó atentamente. “Se llama Mulan. No es mi hija, sino mi amante. Tiene 23 años, yo 37. Solo quería aclarar las cosas, doctor”. Hablaron. El doctor quedó atónito cuando Chai le contó que el viejo rey había sido decapitado y los bárbaros lo habían colocado en el trono. Describió los otros cadáveres, y el doctor se cubrió el rostro con las manos. El heredero al trono y su prometida, la reina, sus dos hermanos y la princesa de 14 años. “¡Toda la familia real aniquilada!”, exclamó el doctor. “¿Qué será de nuestro Qin?” Chai hizo llorar al anciano; no había conocido a nadie de la familia real. “El emperador decidirá. El emperador era sabio y justo; ¡le serví durante años!” El doctor asintió, llorando. Chai oyó pasos y se acercó sigilosamente a la puerta con la espada desenvainada. Conocía a los cuatro hombres; servían a Haraldur. Los saludó: Teng, Fei y los otros dos. «Los dioses os han enviado. Mi Mulán yace aquí. El médico espera un ungüento que dos miembros de la realeza obtendrán del boticario. ¿Podéis quedaros con Mulán y protegerla con vuestra sangre? La puerta está bien defendida. Haraldur me espera; ¡tengo que llegar hasta él!». Los hombres asintieron; podía confiar en ellos. Se sintió tranquilo. Había visto a Teng y Fei luchar; podían con cuarenta hombres. Le describieron la última posición de Haraldur y luego echó a correr. Ya no tenía lanza; tendría que conseguir una allí.

La pelea termina

Incluso desde la distancia, podía oír a Haraldur rugir con júbilo, oír el choque de su espada contra el mármol. Se lanzó al salón como un tigre y se abrió paso hasta Haraldur. Le dio la espalda y masacraron a los rebeldes. Chai echó un vistazo a su alrededor; había unos 150 hombres que, en teoría, tenían una posición ventajosa sobre una larga y ancha escalera, pero estaban desorganizados y mal dirigidos. Entre poderosos golpes, Chai informó a Haraldur del estado de Mulán. Haraldur maldijo; había enviado a Teng y Fei con dos hombres a traer unas jarras de cerveza y algo de comer. Chai solo sonrió.

La batalla en el palacio se prolongó durante dos horas más. Debió ser pasada la medianoche cuando los últimos rebeldes se atrincheraron en el burdel. Chai, Haraldur y sus hombres desataron una masacre sin precedentes; montones de cadáveres se amontonaban en los pasillos. Ocho cabecillas se habían atrincherado en la habitación más alejada. Haraldur y Chai se abrieron paso a la fuerza hasta la puerta, donde les esperaba una visión espantosa. Haraldur alzó el puño para detener a sus hombres. Cinco cadáveres femeninos desnudos yacían en el suelo. Claramente habían sido violadas y asesinadas; algunas habían sido acuchilladas desde los genitales hasta la garganta. Era imposible distinguir quién era la ama y quién la sirvienta. Siete rebeldes estaban de pie contra la pared, adornados con collares de oro y perlas y llenándose los bolsillos de joyas. Un hombre pequeño y desquiciado gritaba que habían derrotado al rey, que ahora él era el rey y que él estaba al mando. Chai y Haraldur se miraron; ¡Ese tipo estaba completamente loco! «Ustedes son los últimos siete a los que decapitaremos; ¡todos sus cómplices ya están muertos!», dijo Haraldur, alzando su espada. En pocos minutos, él y Chai acabaron con la banda. Respiraron aliviados; la rebelión había terminado. Chai ordenó a los siete grupos que registraran la ciudad; encontraron algunos, pero no tomaron prisioneros.

Se habían reunido en la sala del trono. Chai había corrido a casa de su padre, y el médico había hecho que trajeran a Mulán allí, pero ella seguía inconsciente. El médico no se separó de ella; no se iría hasta que pudiera ponerse de pie. «Puede que esté retirado», dijo el

centenario, «pero desde que supe de su rango y que usted es hijo del valiente general, ¡he vuelto al servicio activo, señor Chai!». Chai se sintió aliviado de que Mulán hubiera superado bien la operación y estuviera ahora en las mejores manos. Lin se quedó con el médico y lo ayudó. Luego corrió de vuelta a la sala del trono.

En la sala del trono

Todos los consejeros resultaron ilesos, ya que ninguno se encontraba en el palacio durante la revuelta. Escucharon el informe de Haraldur. ¡La guardia real había sido envenenada, los 170 hombres! Solo un puñado de oficiales sobrevivió porque les habían dado comida diferente. Habían luchado en primera línea. 427 miembros de la realeza habían caído, 12 imperiales. Había unos 430 heridos de su bando. De los rebeldes, 3710, ninguno herido, ninguno capturado. Era casi seguro que no quedaba un número significativo de rebeldes. Lamentaron la muerte de 1405 ciudadanos, en su mayoría niñas y mujeres, que primero habían sido violadas y luego asesinadas. Chai intervino. Primero, el consejo debía enviar patrullas con soldados locales para encontrar y matar o capturar a los rebeldes restantes. Dado que el consejo estaba completo, debían continuar dirigiendo los asuntos de Estado hasta que el emperador resolviera la sucesión. Un consejero se levantó. "¿Es cierto que él comandó las tropas imperiales y sofocó la rebelión?" Chai se presentó con su nombre y rango, y sí, había liderado las tropas imperiales hasta allí. Aún no había recibido una orden escrita del emperador porque solo había enviado mensajeros al emperador la mañana anterior. Otro consejero se levantó. "¿Es cierto, general Chai, que salió inmediatamente al enterarse de la situación?" Chai se sintió algo avergonzado. "Era el único en las inmediaciones, y no había tiempo para esperar la orden escrita del emperador; ¡ninguno de ustedes estaría aquí sentado!" El mismo consejero se levantó de nuevo. "Mis preguntas no pretenden cuestionar su legitimidad, general Chai. Al contrario, simplemente quería dejar claro públicamente que tomó la decisión correcta en el momento oportuno y partió inmediatamente a rescatarnos. Debo dejar claro a todos aquí lo crucial que fue su decisión y lo brillantemente que lucharon sus hombres". Miró a su alrededor y vio que todos asentían. Otro consejero se levantó. Un silencio sepulcral se apoderó del lugar, pues era un hombre importante; su palabra tenía peso. "Todos le debemos una deuda de gratitud, General. Usted demostró previsión y determinación. Los rebeldes asesinaron a nuestro rey y a su familia a sangre fría apenas unas horas antes de su llegada. Todos sabemos que si hubiera llegado antes, habría defendido al rey y a su pueblo

con su vida. ¡Gracias, General, y gracias a sus hombres!" Los consejeros aplaudieron espontáneamente; pronto todo el salón aplaudía. Chai hizo una profunda reverencia, no por sí mismo, sino porque el aplauso era para sus hombres. El sabio consejero continuó, mientras los aplausos disminuían. "Sin embargo, nos enfrentamos a un problema que debemos resolver rápidamente. Continuar con los asuntos cotidianos no supone ningún problema. Elegir un rey sí. Por un lado, durante miles de años, siempre hemos elegido a un rey de nuestro reino de Qin o hemos confirmado al heredero al trono. Ya no tenemos heredero; él también fue asesinado ayer." Bajó la cabeza; el heredero había sido un príncipe muy bueno y popular. Continuó. "Por primera vez en nuestra larga historia, le corresponde al emperador nombrar un rey; esa es la ley. El emperador Long es un buen hombre; seguramente considerará cuidadosamente a quién elige. Y por muy bien elegido que esté, no será de Qin. No les ofrezco ninguna solución; simplemente les pido que reflexionen sobre esta idea." Una voz resonó con fuerza. "Pero también está en la ley que nosotros, los consejeros y el pueblo reunido, tenemos el derecho de proclamar a alguien rey; esto se llama por aclamación." Chai levantó la cabeza de golpe; reconoció la voz de su anciano padre. Lin empujó a su padre en su silla de ruedas hacia el centro, hacia los consejeros. "Quisiera tomar la palabra, señores", dijo. El consejero que acababa de hablar miró a su alrededor y asintió. "¡Adelante! ¡El general tiene la palabra!" Se sentó, el padre de Chai se puso de pie, se apoyó en la mesa y alzó la voz. El general Chai al que acababan de aplaudir era su propio hijo, como la mayoría sabía. Describió la trayectoria de Chai como padre y como militar. Detalló meticulosamente cómo Chai había ascendido en el escalafón militar sin beneficiarse del ilustre nombre de su padre. Lo había ganado todo por mérito propio: su formación en la guardia real de Qin, su servicio en Japón, su servicio como guardaespaldas personal del emperador, su larga y exitosa trayectoria como capitán, comandante y general en el ejército imperial, y finalmente, su firme postura contra los enemigos del rey. Él, por su parte, no conocía a nadie mejor para liderar como rey de Qin; había demostrado sobradamente sus cualidades y aptitudes. Propuso al general Chai como rey y pidió al consejo y al pueblo que lo proclamaran; según las leyes, debía ser unánime. Se sentó y exhaló profundamente. Lo había dado todo.

Se proclama un rey.

El sabio consejero se puso de pie. «¡Le agradecemos, querido general, su intercesión en favor de su hijo! ¡No conozco mayor honor que oír a un padre alabar a su hijo! Presento formalmente su aclamación al consejo y al pueblo. Haremos una pausa de una hora, ¿no? Media hora, para que puedan debatir la propuesta. Nos reuniremos de nuevo aquí dentro de media hora para escuchar contrapropuestas o votar».

Chai se deshizo de todos los que intentaban hablarle y se abrió paso a duras penas hasta la mitad del salón del trono, donde estaba su padre. Se arrodilló junto a la silla de ruedas, deseando solo hablar con él. "¡Gracias por sus elogios, querido padre! Pero me he acostumbrado tanto a la vida ociosa de comandante. Ya tenía en mente al estado mayor y anhelaba una vida cómoda y tranquila como general. Pero como rey, ya no puedo ser ocioso. Como rey, debo trabajar más duro que nunca, ¡siete días a la semana! ¡Oh, padre!" El padre le apretó la mano aún más fuerte y sonrió. "Con la edad, la vista disminuye, pero uno se vuelve más perceptivo. Sabía que este era el momento e insté a Lin a que me trajera aquí. Veo que el hilo de mi vida se adelgaza, pero vi tan claramente como tus ojos ahora, cómo los tejedores del destino hilan tu hilo con hilo dorado. Sé lo que vi. Sé un buen rey, hijo mío, ¡aumenta el prestigio de nuestra familia!" Chai bajó la mirada. Una visión de un momento místico pasó fugazmente ante sus ojos. ¿Qué había dicho el demonio, el espíritu maligno? ¿Que tenía sangre real en sus venas? ¿Qué otra cosa podía haber querido decir el espíritu maligno? ¿Acaso solo había vislumbrado el futuro, segundos antes de su muerte? Chai apretó la mano de su padre. «Serviré con todas mis fuerzas, enalteceré la reputación de tu familia, de la nuestra. Y tú, por favor, quédate con nosotros el tiempo suficiente para verlo con tus propios ojos». Se puso de pie; los concejales se habían vuelto a sentar.

El consejero, que con razón se consideraba el primero, levantó la mano hasta que se hizo el silencio. "Si hay una contrapropuesta, ¡hablen!" Esperó un rato, pero nadie habló. "Entonces votemos si el general Chai debe ser nuestro rey. ¡Levanten la mano, consejeros, si es-

tán a favor!" Miró alrededor de la sala; una mano se levantó, luego una segunda, luego una quinta. Los consejeros claramente querían que fuera lo más emocionante posible. En el silencio tenso, una voz fuerte de la multitud gritó: "¡Viva el rey Chai!" Varios se unieron, y ahora todos coreaban, gritaban y rugían: "¡Viva el rey Chai! ¡Viva el rey Chai!" Ahora todos los consejeros levantaron la mano; ni uno solo permaneció abajo. El consejero principal se levantó y agitó los brazos hasta que se hizo el silencio. Miró al viejo general y a Chai, que estaba junto a su padre, atónito, tomándole la mano. Alzó la voz. «La votación es unánime, ni un solo voto en contra. ¡Es un gran honor para mí declarar al general Chai nuestro nuevo rey!». Estallaron los aplausos, el pueblo gritó «¡Vivat!» y silbó con entusiasmo. Chai se dirigió rápidamente al Primus, hizo una profunda reverencia al pueblo y alzó ambos brazos; estaba a punto de decir algo. Poco a poco, se hizo el silencio y alzó la voz.

"Les agradezco de todo corazón; es un gran honor y una gran responsabilidad. Estoy profundamente conmovido. Sin embargo, debo estipular una condición antes de aceptar, antes de jurarles lealtad. Cabalgaré inmediatamente ante el Emperador Long, pues aún estoy vinculado a él por mi juramento de oficial. Él debe decidir. Regresaré aquí, a la sala del trono, en 20 días o tres semanas. Hasta entonces, el consejo llevará a cabo sus asuntos. ¡Gracias!" Los aplausos estallaron de nuevo. Chai salió del salón y esperó a Lin y a su padre. Media hora después, estaba en la silla de montar y partió con una escolta de 12 hombres.

El cuidado de Mulán

Mulan se despidió de él, aún medio dormida, y no comprendía por qué se había marchado tan repentinamente; luego volvió a sumergirse en sus sueños febriles. El médico la atendió, acariciando su cuerpo desnudo bajo la manta. «Probablemente no sea consciente de ello», le dijo a Lin, «pero su cuerpo sí; está registrando estas señales positivas que le indican que está a salvo y que todo está bien». Lin asintió; le pareció correcto. «El trabajo del médico no termina, al parecer, una vez que se aplica el vendaje». El médico asintió. «Es una bendición poder acompañar a la paciente física y sexualmente durante su necesaria fiebre».

Lin estaba asombrada. "¿Sexualmente?" "Absolutamente", dijo él. "Las chicas, al igual que los hombres, experimentan sentimientos e impulsos sexuales muy fuertes e intensos cuando tienen fiebre. Ven, siéntate frente a mí y pon tu mano debajo de las sábanas." Lin hizo lo que le dijeron. Sus dedos guiaron los de ella a lo largo de la vulva de Mulan hasta su clítoris. Un ligero escalofrío recorrió la espalda de Lin; nunca antes había tocado el clítoris de otra chica. El clítoris de Mulan estaba erecto y completamente rígido. "Me preguntaba por qué el doctor puso su mano debajo de las sábanas", dijo Lin, sonriendo. Sintió con sus dedos cómo uno de los dedos del doctor frotaba suave y rápidamente la punta del clítoris, el glande. Mulan tembló ligeramente y se estremeció por un momento. Lin sintió que el clítoris se relajaba un poco.

Cuando está en un sueño tan profundo y febril, su clítoris lo exige constantemente. En la segunda mitad de la noche, la fiebre disminuye un poco y entonces el clítoris lo exige con mucha menos frecuencia. Pon tu dedo sobre su clítoris; lo sentirás inmediatamente cuando lo necesite. Pero no la masturbes como te masturbas a ti mismo; en mi experiencia, eso le resulta desagradable. Solo toca la punta con mucha suavidad, ¿de acuerdo? Lin asintió. Mantuvo su dedo sobre su clítoris y observó atentamente para ver si Lin lo estaba haciendo correctamente. «Nunca he masturbado a otra chica y la he llevado al orgasmo», susurró Lin, y asintió.

Lin sintió que el clítoris palpitaba y se hinchaba un poco más. Lin asintió al médico y luego giró suavemente la punta de su dedo sobre el clítoris de Mulan. Mulan tembló levemente y se estremeció casi imperceptiblemente una vez. El médico asintió satisfecho: "Así mismo, pequeña Lin". Retiró la mano y se frotó los dedos. "Bastante agotador", dijo sonriendo. "He estado haciendo esto durante horas, así que me alegra que continúes y yo pueda relajarme un poco". Lin sonrió y se sonrojó profundamente. "Normalmente me masturbo con mucha intensidad, y esto no es nada en comparación".

Ella se sonrojó profundamente. —¿Me condenas? —preguntó, y él la miró asombrado—. ¿Por qué debería? —preguntó él—. Porque me masturbo mucho todas las noches, y porque se considera indecente e impúdico, señor. Él negó con la cabeza. "Ya tengo 104 años, señorita Lin, y probablemente he visto todas las maneras en que la gente intenta menospreciarse mutuamente. Hoy en día se considera elegante eructar después de comer; hace 15 años, te miraban raro. Hoy, la posición de follar a una mujer por detrás como un perro a cuatro patas es totalmente tabú; hace 20 años, era perfectamente respetable. Es como los sombreros, que en realidad son solo tocados, y ahora mire a su alrededor. Cuanto más loco, más extravagante, más infla el ego. Y si apareciera con un sombrero como lo hicieron hace tres años, las risas burlonas serían interminables. No deje que nadie le diga lo contrario, señorita Lin; cuándo y con qué frecuencia su clítoris quiere ser masturbado no es asunto de nadie. Es algo que solo le concierne a usted y a su clítoris. Y en mi opinión, ¡ustedes dos deberían llevarse bien! No llevarse bien sería indecente e "impuro, en mi opinión". Lin sonrió aliviada. "¡Qué hombre tan sabio es usted!"

Lin estuvo muy sensible al respecto todo el día. Dijo: "Una mujer puede hacerlo mucho mejor que un hombre. Los hombres no son ni de lejos tan buenos ni hábiles para masturbar a una mujer, por mucho que la amen. Una mujer puede masturbar a cualquier otra mujer perfectamente bien porque ya conoce muy bien la masturbación por su propio cuerpo". Lin pareció asombrado. "He visto a una chica masturbar a otra mil veces, pero nunca a un hombre", dijo pensativa. Hizo una pausa y luego le preguntó.

“Casi siempre, cuando veo a una chica masturbando a otra, mi clítoris se pone duro y exigente. A menudo me pregunto cómo sería que una chica me masturbara. Lo que intento preguntar es, ¿acaso soy lesbiana?” Él movió la cabeza de un lado a otro. “Pero te gusta que te follen los hombres, ¿verdad?” Y ella asintió de inmediato. “Sí, especialmente el que está en mi corazón. Con otros, obviamente tengo sexo con placer físico, pero echo de menos el amor que lo hace tan especial.” Él sonrió amablemente. Probablemente no seas lesbiana, al igual que la mayoría de las chicas no lo son si disfrutan de que otras chicas las masturben. Las mujeres suelen descubrir que son lesbianas cuando, primero, disfrutan de que otras chicas las masturben, y segundo, cuando se sienten genuinamente atraídas por otras chicas y buscan activamente tener relaciones sexuales con ellas. Estas tres cosas te dirán inmediatamente si eres lesbiana. Te diré dos cosas más. Primero, no tengas miedo de dejar que una chica te masturbe. Es placer físico, no drama. Segundo, son los dioses quienes nos ponen en este mundo al nacer, seamos del sexo opuesto o del mismo. Así que maldice a los dioses, no a los humanos, porque es solo la insensibilidad de los dioses la que decide nuestras vidas, ya que probablemente no somos más que hormigas para ellos. Tenlo en cuenta y serás menos infeliz en tu vida.

La pobre Mulan llevaba diez días en un sueño febril, y el médico estaba complacido. Lin quería apartar el dedo de su clítoris, pero Mulan le dijo que lo dejara ahí; se sentía realmente bien, y en su delirio febril, a menudo soñaba con tener un orgasmo maravilloso. “Lo sé”, dijo Lin, sonrojándose, y Mulan volvió a dormirse. Se despertó y miró a Lin con una mirada lasciva. “¿Me masturbarías?”, susurró, y Lin asintió. Estaba masturbando a una chica como es debido por primera vez. Después de su orgasmo, Mulan susurró: “Gracias, gracias”, e inmediatamente volvió a dormirse. Lin no estaba seguro de si Mulan estaba completamente despierta mientras la masturbaba; probablemente no. Mulan normalmente solo se despertaba unos minutos, pidiendo chai y harlúr y si Lin tenía tiempo para acurrucarse en sus brazos. “Por supuesto”, dijo Lin, “el médico a menudo me alivia, ¡y luego follo a mi harlúr con el mayor placer!” Mulan no sabía cómo contarle a Lin que había pasado una tarde y una noche en brazos de Haraldur, sin saber entonces que él le pertenecía a Lin. Comió un bocado, bebió un sorbo de té y volvió a dormirse.

En la Corte Imperial

Chai llegó al Palacio Imperial y envió a sus hombres a la Casa de Japón, donde podían pasar la noche, y así sucesivamente. No tuvo que esperar mucho; el Emperador canceló o pospuso todas las reuniones y citas. Mandó servir la merienda en el jardín y ordenó a la guardia personal que no dejara entrar a nadie. El Emperador Long intuyó que Chai no había venido a charlar. Esperó en el banco de piedra en medio del jardín, donde era difícil oírlos. Chai se acercó, hizo una reverencia y se postró a sus pies. Al Emperador Long no le gustaron tales gestos y lo levantó. "Ayer, Capitán, su mensajero vino a decir que todo estaba tranquilo, excepto por algunas disputas insignificantes en Qin. ¿Qué lo trae por aquí?" Chai siguió la señal y se sentó junto al Emperador. "Emperador Xingyung Long", comenzó, y el Emperador levantó la cabeza de golpe. "Así es como solo mi madre me llamaba cuando quería ser oficial. Xingyung Long, Dragón de la Suerte, ¡sí, así es como ella me veía!"

Chai continuó: «Los mensajeros necesitan diez días, y en diez días pueden pasar muchas cosas. ¡Y han pasado muchas cosas, Majestad! En unos días, otro mensajero vendrá de mi parte, pero soy más rápido que él; su mensaje estará desactualizado». El Emperador escuchó atentamente. «No me dejes en suspenso, hermano Chai, ¡nos conocemos desde hace media vida!». Chai habló rápidamente, con precisión militar y sin la menor floritura. «Así es, mi señor y Emperador, me han proclamado rey, y les dije: "Muy bien, muy bien, pero sigo al servicio del Emperador, y segundo, el Emperador debe decidir si puedo convertirme en vuestro rey o no"». Chai permaneció en silencio, al igual que el Emperador Long.

El emperador se puso de pie y caminó de un lado a otro durante un rato. Luego se detuvo frente a Chai. "La respuesta es simple. No me gusta perder a uno de los mejores de mi ejército. Como estratega, seguramente lo entiendes; pensarías exactamente igual en mi lugar. El Reino de Qin había prosperado durante décadas, el comercio era excelente y el rey gobernaba bien y con mano firme. Era viejo, pero siempre un verdadero amigo y hermano. Ser decapitado por una turba miserable... ciertamente no se lo merecía. Estoy convencido una

vez más de que eres uno de los mejores. No esperaste 20 días por mi respuesta como otros oficinistas, sino que reconociste que no había un minuto que perder. ¡Recuérdame que ascienda a Haraldur a general con efecto inmediato! Y en cuanto al Rey de Qin, soy un hombre afortunado, verdaderamente el afortunado dragón Long, porque te nombro Rey de Qin, aunque solo sea por mi propio beneficio. Un buen hombre en el trono, a quien conozco y valoro. Alguien que entiende cómo pienso. Alguien que puede pensar y actuar como un general. "Me entristece que el viejo rey y su familia hayan... "Ha sido asesinado, pero soy el dragón más afortunado porque un buen hombre lo sucederá." El emperador se enderezó y luego gritó en voz alta: "¡Escriba, ven a mí inmediatamente, corriendo!"

El emperador dictó al escribano un simple documento que indicaba que el comandante Chai solicitaba su baja porque se convertiría en rey de Qin. Un gran certificado ricamente decorado que indicaba que Chai había sido nombrado rey de Qin. Y haz un certificado magnífico, muchacho, porque adornará su sala del trono". Chai susurró: "Haraldur, general, paga completa". "Y luego una carta de nombramiento que indique que Haraldur fue nombrado general con efecto inmediato". "Entonces, tres documentos, ¡deben estar listos para el desayuno de mañana!" El escribano hizo una reverencia bastante descuidada, murmuró: "Así será, ¡los animaré a que se pongan manos a la obra!" y luego corrió al palacio. El emperador dijo que tenían tiempo para hablar de asuntos personales, algo que no habían hecho en años. Hizo una seña a un sirviente. "Un buen y abundante refrigerio y té, una habitación para el nuevo rey, y la señorita Ling debería embellecerse; ¡Hoy estará acostada con el rey! —El sirviente se apresuró a marcharse—. Señorita Ling —comenzó Chai, pero el emperador lo interrumpió—. ¡Es una orden, maldita sea! —y le dio una palmadita afectuosa en el hombro.

La segunda emperatriz

"Y ahora, amigo mío Chai, hablemos con franqueza, de hombre a hombre, ¡dejando al emperador y al rey fuera de esto! Realmente quiero saber cómo fue con mi segunda emperatriz. Solo me acosté con ella una vez, en nuestra noche de bodas, y después de eso se confirmaron mis prejuicios, evité su cama. Por supuesto, supe desde el primer día que estabas con ella, casi todas las noches durante cuatro largos años. La dejé regresar con sus cuatro hijas y las colmé de regalos. Ella debió haber tenido a sus otras tres hijas contigo, porque ni yo ni nadie más se acostó con ella. Así que cuéntame, ¡pero desde el principio!"

Chai reflexionó un momento y comenzó a contar. El emperador había mandado decapitar a su primera emperatriz por alta traición. Uno de sus amantes era un espía enemigo y fue decapitado dos minutos después. La corte, por supuesto, ya tenía en mente a una nueva emperatriz; ella traería un pequeño archipiélago como dote, lo que le daría al imperio una ventaja estratégica. El emperador estuvo de acuerdo; aunque era muy joven e inexperta sexualmente, estaba de mal humor e instó a que se diera prisa. La muchacha, por supuesto, estaba eufórica: ¡era emperatriz!

El emperador solo se dio cuenta en su noche de bodas de que ella era precisamente el tipo de mujer que no quería. Tenía el problema recurrente de eyacular inmediatamente después de desflorarla.

El emperador Long se dio una palmada en los muslos y rió: «Lo recuerdo. Después de eso, solo desfloré a chicas que sabían perfectamente lo que hacían. Hace apenas un año, tuvo a una virgen así en su estera, pero la jovencita había visto a sus padres, a los invitados de su madre y a sus parientes teniendo relaciones sexuales durante años, y sorprendió gratamente al emperador porque follaba como una campeona mundial. El emperador la retuvo casi tres meses; normalmente, una chica no se quedaba más de una o dos noches. Pero continúa, querida Chai».

Bueno, esto es lo que me contó la joven emperatriz, y no tenía motivos para dudar de sus palabras. Tenía menos de 14 años en su noche de bodas; no sabía nada de sexo, no sabía masturbarse y ni siquiera había presenciado el acto sexual. La sirvienta la iluminó literalmente en el último segundo, media hora antes de que llegaras. Le había contado a la niña todo tipo de cosas, pero seguramente olvidó contarle muchas otras. Entraste en la habitación, la desfloraste y eyaculaste inmediatamente. La chica gritó porque nadie le había advertido sobre la ruptura del himen. Inmediatamente echó a su nuevo esposo de la habitación y lloró desconsoladamente con la sirvienta. No quería volver a ver jamás a ese bruto que la había lastimado tanto en la cama. La sirvienta sabía qué hacer: le dirían al emperador que estaba embarazada y que se sentía tan mal que ya no se le permitía visitarla.

—¡¿Qué?! —exclamó el emperador Long—. ¡¿No estaba embarazada en absoluto?! Chai asintió. —Sí, así fue, Su Majestad. Le mintieron descaradamente. El emperador se dio una palmada en los muslos, riendo. —Tenía muchos problemas entonces y me alegré de no tener que lidiar con esa arpía. Chai también rió y continuó: —La sirvienta se acordaba de mí; solía acostarme con ella cuando la emperatriz llegaba tarde. El emperador preguntó: —¿Así que te acostaste con la primera emperatriz? ¡Eres un sinvergüenza! Chai se dio cuenta de que el emperador quería oír una buena historia y que no estaba enfadado con él en absoluto. —Sí, Su Majestad, regresé de Japón con el pecho inflado de orgullo, me habían ascendido a samurái y... —El emperador lo interrumpió de nuevo—. Lo recuerdo vagamente; me lo leyeron de su expediente personal, pero no le presté mucha atención. ¡Cuénteme!

El samurái

Chai sonrió; al emperador le gustaría eso. Al finalizar mi entrenamiento, el maestro de esgrima quedó muy impresionado con mi habilidad; después de todo, un intenso rayo de luz lo iluminaba. Me engatusó una y otra vez, y yo fui uno de los quizás cien extranjeros que se convirtieron en samuráis y recibieron un terreno. Había encargado estas dos espadas, que siempre llevo conmigo, al mejor herrero de la zona, en nombre del emperador. El herrero forjó este par de magníficas espadas con especial esmero; han demostrado su valía durante los últimos veinte años y siguen tan afiladas como el día en que fueron hechas. Me las entregó en nombre del Emperador de Japón. Desde entonces, he reflexionado profundamente sobre ello y estoy seguro de que el emperador no sabía nada de mí y, de haberme conocido, habría preferido clavarme una espada en la garganta. Habría esperado un regalo tan valioso de su emperatriz, ya que me hacía entrar clandestinamente en su habitación una vez por semana y solo me dejaba salir al amanecer. Tuve que apoyarme mucho en mi bastón de combate de camino a casa. "¡Apoyo, si entiende lo que quiero decir, Su Majestad!"

Debo decirles que todas las leyendas sobre esposas fieles en Japón son simplemente falsas. Mientras una mujer japonesa es virgen, no tiene deseo sexual, salvo la masturbación. Pero una vez que pierde la virginidad, algo cambia en su cabeza y quiere tener sexo como si no hubiera un mañana. Esto también se aplica a la Emperatriz, razón por la cual me convocó, entre otros, para tener sexo con ella.

El emperador rió y se dio una palmada en los muslos: "¡Sinvergüenza en casa y en el extranjero! Pero dime, ¿no te dieron un pedazo de tierra?". Chai sonrió de oreja a oreja. "El maestro de esgrima me había preparado bien. Me dieron una parcela de tierra en la finca de la Emperatriz, justo en la costa rocosa, un pueblo llamado Shi Shi Ma, con 469 habitantes y campos de menos de 8 kilómetros cuadrados. ¡Pero era mío, mío, mío, maldita sea! El maestro de esgrima me acompañó con un séquito. Presentó mi escritura, firmada por la Emperatriz, a los aldeanos, y luego los aldeanos dejaron que sus esposas desfilaran ante nosotros. Mi derecho sobre la tierra no estaba com-

pleto hasta que hubiera pasado una noche con una de mis súbditas. Como señor del pueblo, tenía derecho a elegir a cualquier esposa. ¡Majestad, fue la mayor deshonra de mis 23 años! ¡Piedad, dioses!, grité una y otra vez. La buena gente no entendía chino, y mi maestro de esgrima deseaba poder hundirse en la tierra. ¡Majestad, agárrese fuerte! Primero pasaron los de 60 años, luego los de 65, y luego los de 70. "Pasaron junto a nosotros." Me pasaron parpadeando. Le dije al maestro de esgrima que rompería el contrato y volvería a casa con las manos vacías. Estaba verdaderamente derrotado, el invencible maestro de esgrima. Pero se levantó; no se rindió. Indignados, los aldeanos nos presentaron a tres jóvenes, de unos veintitantos años. Las miré con esperanza. Dos estaban muy embarazadas y eran feas como el pecado. ¡Me habrían vendado los ojos, Su Majestad, pero realmente quería convertirme en un verdadero samurái! La tercera, sin embargo, parecía bastante presentable, bastante delgada y musculosa por trabajar en el campo. Asentí al maestro de esgrima, y él comenzó un discurso de media hora. No entendí mucho, prácticamente nada, excepto que se trataba de dinero. El maestro de esgrima me susurró que el precio de la novia ya estaba acordado, que ella solo llevaba dos meses casada, y que su marido se sentaría fuera de la puerta toda la noche, con un hacha en los muslos, por si ella pedía ayuda. Él mismo solo anotaría la hora en que yo debía verla. Tendría que jurar ante notario cuando yo entrara en la casa y cuando saliera por la mañana. Si jugaba a las cartas con la joven o si realmente teníamos sexo era irrelevante. Entramos en la casa, el maestro de esgrima lo anotó y desapareció en la posada del pueblo. El hombre se sentó frente a la casa, sin hacha, por supuesto, y le hablé con dulzura, le mostré la bolsa con la dote. Estaba a punto de llorar, pero asintió y nos hizo un gesto con la barbilla para que entráramos. Sentí cierto respeto por este sencillo terrateniente sentado afuera bajo la lluvia, escuchando para asegurarse de que su esposa no sufriera ningún daño. No era particularmente bonita, pero de ninguna manera fea. Tenía 18, casi 19, dijo, eso lo entendí. Puso mi mano sobre su vientre, pregunté "¿Hijo?" y asintió. "Por favor, dame un hijo", dijo varias veces, si la entendí bien. Tuvieron sexo casi sin parar hasta el amanecer; Ella emitía esos suaves maullidos de gatita. Como todas las mujeres japonesas, le encantaba el sexo y tenía una sed insaciable. Alcanzaba el orgasmo con mucha facilidad y con una frecuencia increíble. Su marido siempre entraba cuando ella gemía suavemente durante el or-

gasmo, pero ella le gritaba furiosa y lo echaba de inmediato. No me importaba que la estuviera mirando. Sospechaba que no era un buen amante y que ella ansiaba tener buen sexo. Al amanecer, ya había tenido suficiente y fui a su encuentro. Le di la bolsa de dinero porque, como un extranjero ingenuo, no podía saber que el dinero le pertenecía a ella. Salió completamente desnuda. Metí la mano en mi cartera y conté una, dos, cinco monedas de oro más y las metí en la bolsa. Me acompañó a la posada del pueblo, donde recogimos al maestro de esgrima y a nuestros compañeros. No sé de qué habló el marido con el maestro de esgrima durante tanto tiempo, pero parecía apaciguado e incluso me estrechó la mano con una sonrisa al marcharnos.

Cabalgamos tranquilamente de regreso a casa, y naturalmente le pregunté al maestro de esgrima qué le había dicho el marido. Pensó un buen rato y dijo que le había dado su palabra de no contarme nada. Pero estaba hablando con mi caballo, así que podía oír. El marido se sorprendió de que le hubiera dado cinco monedas de oro extra; con ellas podría comprar diez lechones para engordar o dos vacas lecheras, pero tendría que pensarlo. Simplemente había dejado la puerta entreabierta y había visto el sexo toda la noche. Le había molestado la pasión con la que su joven esposa follaba mi gran pene; después de todo, no podía evitar tener uno más pequeño. Estaba muy molesto porque su esposa se masturbaba a escondidas durante mis descansos, lo cual era muy indecente y muy impúdico. Él sabía cómo masturbarse, por supuesto, ya que su madre se había escondido a escondidas en el establo con los animales de su padre para masturbarse en secreto. La había observado repetidamente desde el pajar, donde se escondía con la criada. La criada también estaba muy disgustada por lo que hacía la madre, porque esta se presentaba ante el mundo exterior como respetable y muy casta. La criada decía lo impuro que era que una mujer se masturbara sola para su propio placer. Ella nunca lo hacía; después del coito, solo se tocaba el clítoris durante unos minutos para llegar al orgasmo. Él la había visto hacerlo muchas veces, y no era impuro. Y, querido caballo, quería seguir hablando de sus primeros encuentros sexuales con su casta madre, pero no teníamos tiempo para eso ahora, dije. En cualquier caso, se sintió muy decepcionado cuando su esposa le confesó al nuevo samurái que se había masturbado todas las noches desde la infancia, y que desde que se casó, lo hacía en secreto por la noche en cuanto él se dormía.

Pero lo que más le preocupaba era que su esposa le había rogado repetidamente al samurái que le diera un hijo, porque su marido —es decir, él, su marido— no podía concebirlo con sus breves relaciones sexuales. Estaba muy triste. Eso es todo, caballo, ¡pero guárdatelo para ti! El emperador Long se dio una palmada en los muslos y se rió como no se había reído en mucho tiempo.

Ayla y la Bruja

Chai recordó entonces preguntarle al Emperador por su madre; la cortesía así lo dictaba. «Y, Majestad, ¿puedo preguntar cómo está la Princesa Ayla? Espero que se encuentre bien». El Emperador se puso serio. “Es precioso que te acuerdes de ella, querido Chai, querido Rey. Por desgracia, lleva años sin estar con nosotros; falleció hace cinco años. Era la mejor madre del mundo, fue mi esposa toda la vida, eso no era ningún secreto. Desde pequeño, me chupaba el pene y me dejaba eyacular dentro. A los nueve años, me enseñó todos los secretos del sexo. Incluso en mi vejez, me escabullía hacia ella cada mañana antes del amanecer porque no dejaba que nadie más se ocupara de mi erección matutina, ¡la buena mujer! ¿No te he contado ya cómo me hizo el pene? ¿No? Bueno, yo tenía unos doce años, y a ella no le hacía ninguna gracia el pene de mi hijo. Un día, trajo a casa a una bruja anciana, que me preparaba un té horrible dos veces al día con varias hierbas. Su condición era que tenía que follarme a la bruja dos o tres veces al día delante de mi madre, porque así era como la bruja comprobaba el progreso de su cura y qué hierbas tenían el mismo efecto.” Tuvieron que dosificarlos. Después de seis meses, ella quedó satisfecha y desapareció. Mi pene había crecido y se había vuelto más grueso; se había transformado en un pene carnoso. La bruja le había explicado a mi madre por qué no podía estar satisfecha con mi pene. Estaba hecho de una esponja que se llenaba de sangre durante el sexo y se vaciaba después de la eyaculación. Mi madre fue lo suficientemente tonta como para creerse ese cuento de viejas. Pero una cosa era cierta: con mi nuevo pene, Ayla casi siempre llegaba al orgasmo, y yo podía follar toda la noche, sin importar cuántas veces eyaculara. Ayla me había dado este pene, y todavía hoy le estoy agradecido por ello.

Chai expresó sus condolencias; nunca había conocido a Ayla personalmente y solo sabía de ella por los chismes de la corte. “¿Y aún conserva sus tierras en el Imperio Nihon?”, preguntó Long, queriendo cambiar de tema. “Creo que sí, Su Majestad. Se las confié al maestro de esgrima en aquel entonces, y hasta el día de hoy recibo un puñado de plata cada año de mi banquero, aunque el maestro de esgrima murió hace mucho tiempo, como me escribió uno de sus hijos.

Pero nunca he vuelto a Japón, y ni siquiera sé si tuve un hijo con aquella muchacha sedienta de entonces”.

El destino de la emperatriz

El Emperador había estado paseando de un lado a otro durante un rato y ahora se detuvo. «Nos hemos desviado bastante; querías contarme qué le sucedió a mi Emperatriz». Chai apartó de su mente los recuerdos del niño sexualmente voraz en Japón y retomó el hilo de sus pensamientos. «Cuando me enteré de todo durante nuestra primera conversación tomando el té, y lo comprendí todo en un instante, le aconsejé que desterrara inmediatamente a los estúpidos sirvientes a la cocina y que eligiera a dos sirvientas de mi elección: muchachas decentes, inteligentes y leales que la acompañarían hasta el final. No, Su Majestad, en aquel entonces yo aún no era el amante de la Emperatriz».

Me invitaba a tomar el té todos los días, y solo hablábamos de sexo y de follar. Me quedé atónito; ¡la guapa muchacha no tenía ni idea, Su Majestad, ni idea! Sabía con qué diligencia Su Majestad buscaba aventuras sexuales, y quería poner a su esposa al día primero, para poder servirle indirectamente. En ese momento, solo llevaba unas semanas a su servicio, y lo amaba como a su súbdito más leal porque veía sus acciones y decisiones a diario. Protegía su cuerpo con mis espadas, pero nada me quedaba oculto.

Tras la primera semana de instrucción teórica sobre el sexo, la Emperatriz exigió ver mi pene. Le dije que solo si era recíproco. A regañadientes, accedió, examinó mi pene minuciosamente y le expliqué todo. Tomé su dedo y la dejé explorar su vagina y clítoris, explicándole también todo.

Durante unos días, ella guió mi pene milímetro a milímetro dentro de su coño, queriendo acostumbrarse a la sensación física. Solo después de 12 o 14 días se aventuró con cautela a tener relaciones sexuales, y solo después de haber explorado todo se permitió ser penetrada. Quería ir despacio; cuando eyaculé, sacó mi pene tanto que pudo ver la eyaculación con claridad. Quedó embarazada enseguida, y follamos tan a menudo como el tiempo nos lo permitía. Yo era muy estricto en no perderme ni un solo momento de mi turno y a veces la hacía esperar, pero ella entendía mis prioridades.

Desde el principio, le enseñé a alcanzar el orgasmo durante el sexo, no con los dedos, sino con la mente. Aprendió con entusiasmo, ¡Majestad! Convoqué a sus sirvientes y les ordené que masturbaran a la Emperatriz cinco veces por la mañana y cinco veces por la tarde, para que se lo demostrara y la dejara intentarlo ella misma. Insistí en que, al cabo de un mes, la Emperatriz debería ser capaz de masturbarse a sí misma y a un sirviente tras otro con facilidad. Y lo logró; ni siquiera tardó un mes.

Su Majestad, su primera hija no era suya, ni tampoco las otras tres. La Emperatriz nació para dar a luz; parió a sus cuatro hijas casi sin dolor y en menos de 20 minutos. Estuvo embarazada durante los cuatro años y fue la única de mis amantes de entonces con la que me acosté todos los malditos días.

Le estoy profundamente agradecido, Majestad, por no haber revelado su infidelidad y por haberla enviado de regreso con sus padres, no en desgracia ni vergüenza, sino con todos los honores y espléndidos obsequios. Me habría sentido devastado si la hubiera expuesto al ridículo público y a algo peor. La amaba profundamente, pero jamás olvidé que era la Emperatriz y su esposa. Chai guardó silencio, y el Emperador tomó el hilo entre sus manos.

"Mi querido Chai, ¡cuán agradecido estaba entonces de que me liberaras de la carga de la vida matrimonial! Te conocía muy bien y sabía que cumplirías bien con la tarea incluso sin mis órdenes. Tenía libertad para mis aventuras sexuales; tenía las manos llenas con el gobierno. Desde el primer día, prohibí a mis loros indagar en la vida amorosa de la Emperatriz o espiarla. No me permitiría verme envuelto en interrogatorios, comentarios de mal gusto o explicaciones; necesitaba libertad de acción. Y tú contribuiste significativamente a ello. No te envidié ni por un segundo el trabajo de acostarte con una niña inexperta. Me parecía que ella, y tú también, lo disfrutaban bastante. Nunca me sentí como un marido traicionado; al contrario, ¡qué difícil habría sido para mí ordenarte a ti o a cualquier otro que se acostara con la Emperatriz día tras día!"

"Ahora tengo dos hijos, querido amigo; quizás sea su padre. Al fin y al cabo, ya he engendrado más de cien bastardos y pago por su

bienestar. Mi hijo mayor, de dieciséis años, aún es bastante inmaduro; todavía duerme con su madre y solo se atreve a acostarse a escondidas con alguna sirvienta. El otro hijo tiene solo catorce años, pero me cae de maravilla. Desde los ocho años duerme con su madre para aliviar su semen cinco veces al día, pero es increíblemente curioso. Constantemente me pide que le busque otro maestro. Aprende como una esponja. Observo su progreso con gran orgullo; será un buen emperador, y si no muero a tiempo, le daré un reino para que aprenda las dificultades de gobernar."

Por ejemplo, hace una semana me arrastró por la manga al jardín, donde es difícil que alguien nos oiga. Les hice una señal a mis guardias para que no dejaran entrar a nadie y le pregunté: «¿Qué te preocupa, hijo mío?». No dudó ni un segundo. ¿Acaso sabía que se acostaba con mamá? Me reí y le dije: «Claro que sí, hijo mío, para eso están los cientos de loros de la corte, para informarle de todo al Emperador». «Bueno», dijo, «llevo seis años acostándome con ella. Pero solo dormimos cinco veces al día; ella no quiere más porque prefiere masturbarse una docena de veces al día. Claro que quiero acostarme con ella más a menudo, pero se resiste, y la quiero muchísimo y no quiero hacerle nada. ¡Quería pedirte consejo, padre!». Sonreí con suficiencia y dije: «Por supuesto, como Emperador, podría darle una orden a mi concubina, que ya no es Emperatriz, ¡y ella, maldita sea, obedecería! Pero sería un grave error táctico. Será mejor que aprendas a...» usar los hechos a tu favor. Así que quieres follar más a menudo, de acuerdo, es un hecho. Ella se masturba una docena de veces al día, de acuerdo, es un hecho. ¿Se encierra o puedes observarla? Oh, dijo, le gusta dejarme observar porque le parece muy excitante. Pero rara vez me quedo; se vuelve aburrido después de un tiempo, Padre. ¡Despacio, hijo mío, despacio! Quédate con ella, observa atentamente cuando comience la recta final. El punto en el que se olvida de todo a su alrededor y simplemente corre hacia su orgasmo, ¿entiendes? ¡Siempre me doy cuenta de eso, Padre! Bueno, entonces ten en cuenta esto: cuando una mujer está en la recta final, no mira a izquierda ni a derecha, solo hacia adelante. Pon tu polla en su recta final; definitivamente no te detendrá. Ahora fóllala como es debido; todas las mujeres tienen un mejor orgasmo cuando están folladas durante el orgasmo. Por eso la primera emperatriz, que era hija y esposa del primer emperador, introdujo la costumbre de que las chicas se

masturbaran mientras las follaban. ¡Ya verás, te permitirán follártelas una docena de veces, hijo mío!

—Sabio consejo, Majestad, pues yo también conozco bien este fenómeno desde hace mucho tiempo. —El emperador Long sonrió levemente y se acarició la barba—. Chai, mi querido amigo, me alegra mucho que seas el rey de Qin. Espero que tengamos muchas más conversaciones tan sabias e ingeniosas como esta. —Se acercó un sirviente. Los cocineros estaban listos; la emperatriz ya estaba presente. El emperador y Chai paseaban tranquilamente por el jardín—. Tengo curiosidad —dijo el emperador—, ¿qué te parece la nueva emperatriz? Lleva siendo mi emperatriz ocho meses; es una fiera en la cama y me deja espacio para respirar. —Supongo que para aventuras sexuales, Majestad —dijo Chai, y el emperador Long asintió. «No me importa cuántos bastardos tenga. Aparte de la Emperatriz, verás a mis dos hijos y a mis cuatro mejores consejeros. Te llevaré aparte después de los postres; me interesa tu opinión. Y, por supuesto, la señorita Ling estará sentada a tu izquierda; la he reservado para que te la folles. Creo que no te decepcionará». Chai hizo una reverencia al marcharse, tanto en agradecimiento como para expresar que comprendía la orden.

El banquete

El banquete fue excelente, y el emperador Long lo presentó a todos como el nuevo rey de Qin. Chai evaluó a cada uno en segundos; sabía que rara vez se equivocaba. El hijo mayor era un don nadie superficial, y a pesar de sus esfuerzos, no se entabló ninguna conversación. El hijo menor era brillante e inteligente, y rápidamente cautivó a Chai con preguntas sobre lo que emprendería como nuevo rey. Mencionó algunas cosas, pero luego cambió sutilmente de tema. El muchacho estaba pálido y nervioso, como muchos jóvenes que se masturban o tienen relaciones sexuales en exceso. Bajó la voz y le confió al muchacho que había tenido demasiadas relaciones sexuales a su edad y que, afortunadamente, se había dado cuenta a tiempo de que necesitaba controlar su eyaculación, de lo contrario perdería de vista sus objetivos. Quería entrenar para la famosa Guardia Real a toda costa. Dejó el tema y al muchacho cuando se dio cuenta de que el joven tenía algo en qué pensar.

Saludó a la Emperatriz con impecable formalidad. Un auténtico mujeriego, muy superficial y deseoso de coquetear con él. Se mantuvo cortés y a distancia; por suerte, los cuatro consejeros del Emperador se acercaron y lo llevaron aparte. Pronto se entabló una interesante conversación, pues los consejeros querían saberlo todo sobre la rebelión y le hicieron preguntas incisivas, a las que solo pudo responder parcialmente. Se mantuvo firme; llevaba solo unos días en Qin y no sabía nada concreto sobre esto o aquello, salvo en asuntos militares, donde podía mantener su postura clara y firme. Pero una cosa era segura, y se la había prometido al Emperador Long con un apretón de manos: la economía, el comercio y los proyectos conjuntos continuarían y se expandirían sin interrupción. Qin no era un estado extranjero, sino un reino leal del Imperio bajo el Cielo. Había servido a varios emperadores durante más de 20 años, y no iba a cambiar eso. Pidió tiempo para familiarizarse con el reino, pero agradecería que los consejeros le informaran a tiempo de cualquier problema o duda, antes de que un grano molesto se convirtiera en un tumor. Finalmente, el hombre de mayor rango le pasó el brazo por los hombros a Chai, y supo que los consejeros estaban dispuestos a cooperar con el nuevo rey. Tras un gesto del emperador, todos se dirigieron a

la mesa. Abrió los ojos de par en par cuando la joven, Ling, se sentó a su lado. El emperador Long no había exagerado; la joven era de primera, inteligente y de una belleza deslumbrante. Era evidente que tenía una buena educación y era una dama de compañía del más alto rango. Nunca interrumpía ni se entrometía en su conversación, pero aprovechaba los momentos para susurrarle. «Ya me conoces, rey Chai», comenzó con voz muy suave, dirigida solo a sus oídos. «Sin embargo, en aquel entonces eras Chai, el guardaespaldas del emperador». Intentó recordar su rostro, pero fue en vano. "Días después de que la Emperatriz fuera enviada lejos de la corte, me acosté contigo." Una imagen surgió en su mente; ahora estaba clara. "Eras la joven Ling, de 13 años en aquel entonces, y te acostaste conmigo durante dos semanas. Me consolaste y me animaste porque la partida de la Emperatriz me afectó mucho." Ella asintió, con los ojos brillantes. "Sí, Chai, fuiste mi primer hombre. Yo ya tenía 13 años, y me trataste como a una princesa. Con alegría te entregué mi virginidad e hicimos el amor durante dos semanas. Al despedirte, me dijiste que debería leer muchos más libros antiguos, no la basura que devoraban las damas aburridas de la corte. Me lo tomé en serio y leí más que mis maestras. Me convertí en una dama de la corte, y el Emperador Long reconoció el tesoro que tenía entre las orejas. Me permitieron acompañarlo en muchos viajes y calentar su estera; lo consideré un honor." Él la miró y ella sonrió. —Mi querido amigo, la Emperatriz claramente está intentando coquetear contigo y se está retorciendo para mostrarte su coño. —Asintió, diciendo que tenía que presentarle sus respetos, y se volvió hacia la Emperatriz. Fingió mucha sorpresa y levantó las cejas varias veces, como si nunca hubiera visto un coño antes. Sus ojos coqueteaban, pues sin duda era la única criatura deseable entre aquí y el Mekong. ¿Cómo iba a saber que se cortaría quién sabe qué antes de traicionar al Emperador? Le siguió el juego un rato, pero el hijo menor lo distrajo, preguntándole si de niño le habían permitido acostarse con su madre. Mintió y dijo que solo hasta que entró en la Real Academia. Negó con la cabeza casi imperceptiblemente para indicar que ese no era un tema de conversación en la mesa. El chico se sonrojó levemente y se volvió hacia la Emperatriz, pues ya había logrado su objetivo: acostarse con ella. Su madre lo regañó severamente, pero la emperatriz, con una amplia sonrisa, le permitía tener relaciones sexuales con él cada vez que se frotaba contra sus piernas como un gato. A la emperatriz le resultaba divertido

acostarse con el pequeño de vez en cuando, casi como un tentempié. Él la penetraba con su dulce pene durante no más de dos minutos, la besaba en la mejilla y salía corriendo.

—¿Conoce bien a la Emperatriz? —le preguntó a Ling en voz baja, recorriendo con la mirada al grupo—. Bueno, es toda una libertina; prefiere a los pajes y a los muchachos menores de quince años. Pero se acuesta con todos los que le interesan, incluso con los ancianos, claro. Ahí es donde encuentra sentido a ser Emperatriz; no se involucra en política ni en intrigas. Jamás lucharía por un amante, ¿para qué? Es como un pez que pone sus huevos en la arena y sigue nadando. Chai le besó la punta de los dedos mientras el Emperador la miraba y luego sonrió satisfecho. Ling susurró: —Al Emperador le encanta su cuerpo y su técnica, pero pronto la degradará a concubina, y una nueva estrella brillará en el firmamento. Así es él, así era, así será siempre. Sigue siendo un muy buen gobernante y tiene un historial considerable.

Chai le besó las yemas de los dedos otra vez y la miró fijamente. —Querías decirle algo a la Emperatriz —susurró. Ling sostuvo su mirada con firmeza. —Tenemos sexo de vez en cuando; a ambos nos gustan las chicas, pero no somos lesbianas, al menos yo no. Ella es una de las pocas mujeres de la corte que domina el sexo clitoriano con clitoriano. Chai murmuró que sabía lo que era; lo había visto antes. Ling asintió y continuó: —Ella, como yo, tiene un clítoris ideal para ello, y nos turnamos para dominar, volviéndonos locos el uno al otro. Es pura actividad física; tenemos niveles de educación muy diferentes y no podemos mantener una conversación coherente.

Después de un rato, Chai dijo: “Nuestras vidas han sido muy diferentes desde entonces. Ahora soy rey, y tú eres una dama de compañía perspicaz e inteligente de primer rango. Llevo un tiempo preguntándome si el emperador, sabiendo de nuestro breve romance de entonces, ordenó esta noche”. Ling lo pensó. “No puedo descartarlo, porque tiene espías por todas partes, especialmente en la corte. Sin embargo, me parece más probable que le gustes de alguna manera y quisiera poner a alguien a quien admira en tus brazos. Me valora porque le dejé claro enseguida que estoy encantada de acostarme con él si nos conviene a ambos, pero que no estoy dispuesta ni por un se-

gundo a ser una más de sus conquistas. Lo recordó; eso le demostró cierta resistencia, y fue lo mejor que pude hacer por él. Creo que quería darte un regalo especial, algo fuera de lo común".

Chai asintió y se despidió; había visto la mirada del emperador. Siguió al emperador a una pequeña habitación y cerró la puerta tras él. Sin esperar las preguntas del emperador, comenzó su informe, enumerando uno tras otro, terminando con la emperatriz. Mencionó que era muy coqueta, pero no pudo entenderlo. El emperador asintió, "¿Y Ling?" Dijo que era impresionante y que obedecía con gusto las órdenes del emperador. Long chasqueó la lengua como hacen los reclutas cuando ven un trasero bonito. "Ling es una verdadera tigresa, amigo mío. ¡Estarás animando, gritando y viniendo a desayunar con un bastón! ¡Quiero que te sientas bien, y eso no se puede ordenar!" Pensó un momento. "¿Qué me aconsejas que haga con el hijo mayor? Está llegando a una edad en la que debería estar haciendo algo." Chai pensó durante un buen rato. «Su Majestad tiene razón, el joven es mucho más apto para gobernar. Le daría un puesto o un departamento donde, por un lado, pueda sentirse como el hijo del emperador, pero donde, por otro lado, una decisión equivocada no cause grandes daños, donde haya expertos sensibles que puedan guiarlo. Ministro de Pesca. Nada político, nada militar. No es mala persona, pero no es su vocación. Si yo fuera religioso, culparía a los dioses; para eso están». El emperador Long lo miró fijamente durante un buen rato. Encogiéndose de hombros, dijo: «Dioses». Bajó la mirada. «Sigue durmiendo con su madre, no mira a nadie más. Encontrará un puesto donde su madre pueda acompañarlo. Al menos ella tiene los pies bien puestos en la tierra. El menor es de otra pasta, se está liberando poco a poco del abrazo de su madre, se lía con sirvientas, damas de compañía, ¡y últimamente hasta con la sexy emperatriz! ¡Bien por él, el mundo es amplio e ilimitado, no se acaba en las faldas de mamá!». Él asintió, la conversación había terminado. Regresaron a la fiesta.

Una noche especial

Para Chai y Ling, fue una noche especial. Ambos habían bebido poco vino, queriendo vivir la noche plenamente, y Chai había guardado dos botellas más bajo el brazo, por si les daba sed. La contempló desnuda, pero ahora era una mujer adulta, ya no la temblorosa niña de trece años que había querido entregar su virginidad al famoso guerrero. No recordaba el cuerpo de la joven, ni el momento de su desfloración, ni todo el acto sexual que siguió. La sostuvo en sus brazos mientras ella se acostaba a su lado. Le dijo que apenas lo recordaba. Ella asintió, y él sintió el movimiento de su cabeza contra su pecho. “Era mi primera vez, fue mi propia decisión, y aun así temblaba como una hoja de álamo temblón de miedo y anticipación. Eras uno de los pocos hombres sensibles con los que me he acostado. Me preparaste para perder mi virginidad con palabras suaves y fuiste increíblemente gentil, a pesar de que en realidad es un acto agresivo. Después de solo unos segundos, ya no sentía ningún dolor y susurré que debías follarme y que podías correrte dentro de mí porque aún no sangraba. Mi coño se adaptó bien a tu polla, y tuve mis primeros orgasmos durante el sexo. En aquel entonces, solo conocía los orgasmos de la masturbación, y estos eran de alguna manera diferentes, más suaves por un lado, pero poderosos por el otro. No he olvidado mi primera vez; fue un evento que puso mi vida sexual patas arriba y me abrió la puerta a un mundo nuevo. Aprendí que uno puede querer follar por enamoramiento o por cálculo, para lograr algo. Que uno puede follar porque se lo ordenan, o cuando uno ha apretado el cuerpo de una chica contra su pecho y se deja llevar por la lujuria.” “Tenía que follar. Follar a veces era como una moneda; te pagaban o comprabas algo.”

Se quedaron en silencio un rato; el sexo podía esperar un poco. Ella acarició suavemente su clítoris, que, como tantas veces sucedía, estaba adormilado y aún no del todo despierto. “Lo segundo importante, mi amor, fue que me diste una patada en el culo. Mi abuelo me enseñó a leer durante diez años, el buen hombre. ¿Y qué hice con ello? Leí las novelas baratas de las damas de compañía. Me abriste los ojos. Había que darle una patada en el culo a la estúpida mula. ‘¿Qué quería?’, le preguntaste a la pequeña de trece años. ‘Es algo es-

pecial poder leer; miles no pueden'. '¿Y qué vas a hacer con este don?' Nunca he olvidado esa frase. '¿Qué vas a hacer con este don?' Lo entendí. Fui directamente al archivero, y me preguntó qué quería leer: ¿leyes, relatos de viajes, astronomía? Dije: 'Algo para entender mejor el mundo'". Así fue como llegué a los filósofos, y tuve que leer muchas cosas en voz alta tres veces y pensar en lo que intentaban decir. Me volví más sabio semana tras semana; leí a los grandes sabios y a los líderes religiosos. No esos libros que el sacerdocio había escrito sobre superstición y cuentos fantásticos." para consolidar mi comprensión de los espíritus y los dioses. Inmediatamente reconocí lo que los filósofos habían advertido: un pueblo estúpido sigue más fácilmente a un seductor estúpido al abismo. El archivero tenía dos o tres obras interesantes que me explicaron claramente las leyes y el funcionamiento del imperio. ¡Qué época tan loca viví!; estrictamente hablando, solo había dos cosas: leer y follar. Hice ambas con total dedicación. Me hice conocido porque había alcanzado cierta maestría en el sexo y porque, durante los descansos que un hombre necesita, asombraba a hombres en altos cargos, incluso a los consejeros del emperador, con mi conocimiento. Después de diez años, el emperador Long se fijó en mí. Encanté al hombre hastiado con la naturalidad que encendiste en mí, la cual nunca perdí. Me negué a ser degradada a un ridículo agujero de mierda como las demás, ni siquiera por el emperador. Fui recompensada con un lugar en la primera fila de las damas de la corte y lo acompañé en muchos viajes y asambleas. Exigí ser follada como es debido por él, y no solo de pasada, era tan terca como una mula. Él, a su vez, aprovechó la oportunidad para tumbarse desnudo junto a su amante desnuda, cuestionando cosas y reflexionando sobre ellas en su mente, cosas que no se permitía hacer con los consejeros sin que su autoridad fuera cuestionada. Nunca me atreví a gobernar a través de él. No soy tan estúpida. Pero aconsejarle, porque tenía preguntas que responder, eso sí lo hice. Él también fue quien me presentó a la nueva emperatriz hace un año. Nunca le oculté que también tenía maravillosos romances con chicas. Preguntó: "¿Incluso con follar, clítoris con clítoris?" Tuve que admitir tímidamente que solo había hecho intentos torpes. Se rió a carcajadas y se golpeó los muslos; Por fin, podía enseñarle algo nuevo a una amante —¡palabras textuales!—. Tenía a una chica —la actual Emperatriz— en su repertorio; ella sabía follar perfectamente clítoris con clítoris; le había dejado mirar cientos de veces, y el viejo voyeur a

veces se arrastraba entre sus cuatro muslos para verlo de cerca. Me presentó a la chica; ella me enseñó el arte supremo, la perfección del follar clítoris con clítoris, y desde hace más de un año follamos de vez en cuando. Es completamente diferente a follar con un hombre, y sin embargo bastante similar. Empieza suave y tiernamente, se vuelve cada vez más salvaje, y al final, uno folla al otro hasta el punto de la locura.

Chai se excitó profundamente con las imágenes que pintaba; su clítoris ya estaba completamente despierto, y follaron hasta después del amanecer. Ella había combinado la experiencia de follar con la tímida niña de 13 años con la de una experimentada amante de 28. Él se entregó por completo, continuando el acto sexual incluso cuando ya no podía eyacular, y ella le daba breves descansos antes de volver a atacarlo. Los primeros rayos de sol los impulsaron a terminar. Se despidieron como amantes, sabiendo al mismo tiempo que solo los separaban diez días de viaje.

El emperador Long ya estaba desayunando cuando Chai bajó las escaleras con paso ligero, luciendo renovada. Ling llegó 15 minutos después. El emperador les hizo señas para que se acercaran, y los tres desayunaron juntos. “Se ven tan frescos, como si no hubieran estado despiertos toda la noche”, bromeó, pero los dos solo se sonrieron y luego miraron al emperador. “Eso no es lo que acordamos, Su Majestad. ¡Solo le presté a mi señorita Ling, no se la regalé!” Chai sonrió en voz baja, y Ling dijo que el señor Chai solo había recibido el regalo de una noche, pero el sol había salido implacablemente, y los dioses habían ignorado sus plegarias pidiendo un respiro. ¡Dioses, en efecto! El emperador rió y se dio una palmada en los muslos. Ling se secó las lágrimas de la risa con un pañuelo y dijo que tal vez deberían llamar a los bufones de la corte. El emperador no pudo contenerse más; rió tan fuerte y con tanta ganas que los sirvientes quedaron verdaderamente asombrados. Después del desayuno, Chai recibió sus documentos y se despidió cordialmente del Emperador y Ling, sin un beso. Sus hombres ya habían salido de Japan House hacia la puerta de la ciudad y se marcharon. Chai le preguntó al capitán qué tal eran las habitaciones. El capitán no se inmutó. «Este es el burdel más prestigioso del reino, mi rey. Te bañan, te engrasan y te perfuman delicadas manos de mujeres, y un arroyo recorre cada habitación; te re-

vuelcas directamente desde la estera al agua». Chai dijo: «¿Y qué?». El capitán permaneció en silencio y rió para sí mismo, con el rostro inexpresivo. El guerrero que estaba junto al capitán gritó: «¡¿Qué?! ¡Nos la pasamos como locos, bebimos buen vino y nos intercambiamos mujeres para el próximo duelo! ¿Quién ganó? ¡No lo sé, pero yo sin duda los vencí a todos!». Los hombres gritaron y aullaron hasta que el capitán intervino. «¡Gracias, mi rey, las habitaciones eran realmente estupendas!». Cabalgaron y cabalgaron y durmieron tres horas al mediodía, y luego continuaron su camino.

Mulán despierta

Mulan ahora permanecía despierta durante unas horas seguidas. El médico le sirvió una ración doble de carne o pescado con el arroz, ya que había perdido mucha sangre. La primera vez que recuperó la consciencia, tomó las manos del anciano y le agradeció por haberla salvado. Él la ignoró; la había salvado un guerrero que afirmaba que ella estaba en su corazón. Mulan se quedó sin palabras. El médico dijo que era un guerrero experimentado; no le había arrancado la punta de la lanza presa del pánico, pues habría muerto al instante. Le había sujetado la herida con un trapo de su camisa hasta que él, el médico, llegó. Había realizado la operación siguiendo las instrucciones del médico, ya que no tenía la fuerza suficiente para hacerlo él mismo. Había limpiado la herida minuciosamente; eso no requería fuerza en sus dedos. El guerrero había cauterizado vigorosamente la herida con una hoja al rojo vivo y le había colocado la pinza, usando solo sus fuertes dedos. «Hablando de pinzas, ¡déjame ver tus pechos vírgenes!», dijo Lin, quitándole la sábana del torso y levantando el brazo de Mulan. El médico palpó los bordes de la herida con los dedos, comprobó que la pinza estuviera bien sujeta y la miró a los ojos. «Me temo que te quedará una fea cicatriz bajo el brazo, hija mía. La herida es muy profunda; llegó hasta el costado del pulmón, pero sanó primero. Al menos no se dañaron costillas ni huesos, ni siquiera por milímetros. Tu valiente guerrero te quitará la pinza cuando regrese». Mulán se incorporó y el anciano murmuró: «¡Te lo dije, vírgenes!».

Mulan preguntó: “¿Dónde está? ¿Dónde está el señor Chai?”. Lin le tomó la cara entre las manos. “Por favor, no te preocupes. No sufrió ni un rasguño en la pelea. Los dioses lo protegieron. Haraldur tiene un chichón en el cráneo, ¡y solo podemos follar como ancianos, despacio y con cuidado!”. Mulan insistió: “¿Dónde está Chai?”. Lin sonrió. “¡El consejo y el pueblo lo han proclamado rey! ¡Imagínate, rey! Y fue directamente al emperador para pedirle permiso, y debería regresar en seis o siete días. ¡Rey!”. Mulan se dejó caer sobre la almohada. “Pensé que lo había soñado. ¡Rey! ¡Por el emperador!”. Lin trajo agua y trapos para lavar a Mulan. Lin la desnudó por completo y comenzó a lavarla con cuidado. El doctor dijo: “¡Tu clítoris ya está puntiagudo y rígido otra vez!”. Mulan se sonrojó desde la frente has-

ta la parte superior de los pechos. “¡Puedes masturbarte si estás muy desesperada!”. Anunció: «La señorita Lin y yo siempre nos hemos ocupado de eso por ti, ¡pero ahora puedes hacerlo tú misma!». Lin se puso roja como un tomate y tartamudeó tímidamente: «¡Lo necesitabas desesperadamente, al menos cinco veces por hora!». El doctor intervino diciendo que era por la fiebre y el té de hierbas, ¡así que no armara un escándalo! Colocó su mano sobre la vulva de Mulán y un dedo sobre su clítoris rebelde. «¿Quiere follarme, señor, ahora mismo?», gritó Mulán, sin estar segura de si realmente lo deseaba. El doctor retiró su mano, Lin separó los labios de Mulán con los dedos y frotó su vulva con fuerza, de modo que Mulán comenzó a temblar de lujuria. Solo se detuvo cuando Mulán, con el rostro rojo como un tomate, llegó al orgasmo.

La historia del doctor

—¡Oh, hija mía, no me he acostado con una chica en quizás 50 años! —exclamó el doctor—, ¡no desde que murieron mi esposa y mi hermana! Lin preguntó con compasión: —¿Ambas? Él negó con la cabeza. —¡Mi hermana también era mi esposa! Lin y Mulan contuvieron la respiración, luego Lin preguntó: —¿No nos lo va a explicar, nos va a contar más? El doctor se recostó en su silla. "Fue hace 100 años. Mi hermana pequeña y yo éramos huérfanas, y una tía muy querida nos acogió; tenía una habitación libre. Venía a verme todas las noches y se acostaba a mi lado. Le había explicado a mi hermana que eso era follar, que eso era lo que hacían los adultos. La tía era una mujer muy vieja y fea que, por supuesto, pensaba que era maravilloso no solo masturbarse, sino también ser follada por un buen chico. Mi hermana vigilaba atentamente y me preguntaba sobre esto y aquello al día siguiente. Aprendió a masturbarse solo observando a la tía. Su marido era un capitán retirado; solo se acostaba con la tía de vez en cuando, cada pocos meses. Pero ella seguía teniendo mucha pasión, y el arreglo era realmente bueno para todos. Yo ya había empezado mi formación médica a los 13 años, era bastante buena en herboristería, y los profesores estaban muy contentos. Mi hermana se sentaba en el regazo del capitán y aprendía a leer con entusiasmo. Él sabía leer bien, pero no escribir; ella podría aprender eso más tarde." Aprende en otro sitio. Él manoseó a mi hermana mientras leía, pero no me importó. Le dije que debería enseñarle cómo masturbarla hasta el orgasmo. Lo aprendió con mucha dificultad; le llevó meses. Yo estudiaba obsesivamente; quería convertirme en médico cuanto antes. Los años transcurrieron tranquilamente y sin incidentes. Mi hermana tenía 11 años, casi 12, cuando el «Verano de las Diez Mil Tormentas» se desató sobre nosotros. Seguro que has oído hablar de él; había tormentas día y noche, lluvia interminable, relámpagos cada minuto, truenos retumbando en nuestros oídos. Mi tía sabía que los dioses estaban en guerra, y se paraba bajo la puerta y gritaba las peores maldiciones a las nubes de tormenta hasta que cerraba la puerta por la noche, ronca o sin voz, empapada hasta los huesos. Se cancelaron las clases; ninguna persona sensata se aventuraba a salir con la lluvia y las inundaciones hasta las rodillas. Mis profesores tra-

bajaban día y noche, yo yacía perezoso y enfadado en la cama, y mi hermana se acostó a mi lado, temblando de miedo, y se acurrucó contra mí. Me preguntó si podía tocar y examinar mi pene. Me encogí de hombros con indiferencia, ¡maldita sea, sí! Examinó y exploró, y se incorporó con curiosidad cuando me masturbaba. Estaba tan concentrada que se olvidó de los relámpagos y los truenos. Lamió el semen con un dedo, "¡Mmm!" "¡Esto sabe tan bien!", exclamó, y yo, con 18 años, a dos años de mis exámenes finales y ya terriblemente listo, le dije que todas las mujeres se dejaban rociar con semen en la boca y se bebían el buen líquido. Tenía experiencia en eso; ya me había acostado con dos docenas de chicas y lo que parecían mil mujeres casadas y viudas. Definitivamente era un chico malo, por así decirlo. Mi hermana pequeña, prendada al instante, se dejaba rociar con semen en la boca varias veces al día. Los relámpagos y truenos fueron ahogados por la masturbación, la eyaculación y la ingestión de semen. Durante semanas, las tormentas nos azotaron; mi tía, con todos sus gritos y maldiciones, había enfadado a los dioses y contrajo una terrible neumonía. Ya no podía tener sexo, así que me masturbé una y otra vez y eyaculé en la boca de mi hermana. Cumplió 12 años; no pudimos celebrar su cumpleaños. Mi tía yacía en la cama con fiebre y tosiendo, y su marido estaba sentado a su lado. Estaba bebiendo. Mi hermana quería probar si mi pene entraba en su vagina, y me reí porque solo podía introducirlo hasta el himen. Lloró de rabia, ¡maldita sea, ¿por qué no entraba?! Un relámpago cerca, un trueno que pareció partir nuestra casa en dos, y mi hermana, sobresaltada, empujó su vagina contra mi pene con un tirón. Se rió a carcajadas, "¡Está dentro!" "¡Completamente!" Ella me folló enseguida, igual que había visto hacer a mi tía, y desde entonces follamos cada minuto libre. El verano llegaba a su fin, las tormentas cesaron de repente. Había un silencio sepulcral en la casa grande. Corrí al apartamento de mi tía; yacía muerta en la cama, mirando con curiosidad hacia la otra vida. Su capitán yacía a su lado; había muerto de borracho. Su rostro estaba sobre su cuello, una última y última muestra de ternura. La enterramos llorando; yo lloraba porque no sabía cómo íbamos a seguir viviendo los dos. El asistente del alcalde vino a vernos; la buena gente nos había legado la gran casa, dos puñados de monedas de plata y la pensión del capitán durante siete años. Mi hermana seguía llorando, pero yo me reía camino al banco. Mi educación estaba asegurada; como médico, podría mantenernos bien a los dos. Continué mis estu-

dios, mi hermana se encargaba de la casa y follábamos tan a menudo como podíamos.

Yo era un médico verdaderamente bueno, exitoso y muy trabajador. La gente venía de cerca y de lejos, y pude salvar y curar a casi todos, amasando una pequeña fortuna, modestamente. El rey era un paciente frecuente, al igual que los cortesanos. Pero aparte de mis buenas obras, yo era y seguía siendo el mismo chico malo que había sido durante mi formación. Me acostaba con todas las chicas que me dejaban. Me acostaba con todas las esposas y pacientes que me gustaban. ¿Cuántas veces el estúpido marido se sentaba junto a la cama de su esposa, tomándole la mano, mientras yo, por razones médicas, por supuesto, la follaba sin piedad? Muchas parejas sin hijos hacían sacrificios en el templo porque la esposa finalmente quedaba embarazada después de mi tratamiento médico. Solo los dioses saben cuántos de mis bastardos crecieron en la ciudad y sus alrededores. Me acostaba con todas las damas de la corte, sin excepción, por supuesto; la mayoría no estaban realmente enfermas, sino que sentían curiosidad por el viril doctor. La reina siempre sufría de fuertes dolores de estómago; yo le sacaba la flatulencia con una follada salvaje. Después de follarla, coloqué un brazo extendido sobre sus intestinos y el otro bajo sus nalgas, presionando los dos puntos de acupuntura para flatulencias que tenía encima. Con una flatulencia atronadora, expulsó su dolor de estómago. Durante su posterior parto, el nudo en sus intestinos se deshizo aparentemente; se tiraba pedos constantemente y por todas partes, lo que le valió el apodo popular de “Reina del Azufre”. Pero nunca más volvió a tener dolores de estómago y no necesitó un médico para curarla. Había estado enferma con tanta frecuencia antes y yo la curé milagrosamente que, a petición de la reina a la que había follado a fondo, el rey tuvo que nombrarme segundo médico de la corte. Tras la muerte del antiguo médico personal, me convertí en primer médico de la corte y médico personal de ambas Majestades.

La reina estaba embarazada. Le aconsejé que sedujera al rey de inmediato para que se sintiera como el padre. La reina y yo juramos un juramento sagrado de no revelar jamás mi paternidad. La complací durante todo su embarazo porque la pobre mujer estaba rebosante

de deseo. Tuvo gemelas, dos dulces niñas a las que el rey llamó Xin y Xan, idénticas y vivas como la reina. Estaba eufórico.

Serví fielmente al rey; él, su familia y toda la corte gozaban de una salud excelente. Dediqué gran parte de mi tiempo a atender gratuitamente a los pobres en nombre del rey. Le complacía mi creciente popularidad en el campo. Yo era y seguí siendo el malo, tal como me crearon las diosas. Me viene a la mente una anécdota, queridas hijas; se la contaré para ilustrar quién era el malo.

Una niña de 13 años de una familia sumamente pobre había sido picada por un escorpión mientras trabajaba en el campo; tenía dolor y fiebre. Una picadura de escorpión no suele ser un problema grave para un médico, pero le pregunté a la madre por qué la niña aún no era mujer, por qué seguía siendo virgen; era muy inusual. La madre se sintió muy avergonzada; su marido no podía tener relaciones sexuales, eyaculaba en cuanto penetraba. Ella no había tenido relaciones sexuales desde que perdió la virginidad a los 12 años, pobrecita. La hija dijo que su padre era muy cariñoso y que llevaba casi un año intentando desflorarla, como era costumbre. Pero sucedió igual que con su madre: la penetró hasta el himen, eyaculó inmediatamente y ahí terminó todo. El padre no estaba descontento; al fin y al cabo, eyaculaba dentro de la pequeña vagina de su hija todas las noches y la abrazaba con mucho cariño. ¿Qué podría hacer más feliz a un hombre? La niña dijo que no se había atrevido a preguntar, pero que anhelaba ser una mujer de verdad. Asentí y le pedí a la madre que desnudara a la encantadora niña. También debía acostarse desnuda junto a su hija y ayudarme. La madre no conocía la palabra; era una mujer sencilla con una perspectiva muy limitada. Le pedí que separara los labios de la niña con ambas manos y desfloré a la jubilosa niña. La madre quería soltarla, pero exigí que mantuviera las piernas abiertas. Follé a la feliz niña con gran placer, luego le dije a la madre lo grande y rígido que estaba su clítoris. Dijo muy tímidamente que esto a veces sucedía, pero que siempre se calmaba solo. Le pregunté a la hija si no debía follar también a su madre. Ella asintió con entusiasmo; la madre no había tenido sexo desde la infancia, y quizás por eso su clítoris estaba tan rojo y rígido, porque había observado con anhelo el hermoso acto sexual de su hija. La madre bajó la mirada tímidamente y susurró: “¡Pero date prisa, antes de que llegue mi mari-

do!". La hija la besó en la mejilla, "¡Mamá, es maravilloso!" y me puse a trabajar. La madre gimió, se quejó y se regocijó como un ruiseñor durante el sexo; explotó en un orgasmo tremendo y mi polla salió disparada. La dejé retorcerse y estremecerse en el primer orgasmo de su vida, seguí follando a la hija y me corrí poderosamente dentro de ella. Escribí dos recetas para el farmacéutico: una pomada para el veneno del escorpión y un té de hierbas especial para papá. Tenía que beber dos tazas del té amargo todas las mañanas, le dije a la hija, durante cinco meses, y que debía dejar que lo probara todas las noches para ver si ya podía follar bien. En la receta, escribí al farmacéutico que eran gente pobre y que si no podían pagar, debía pasarle la factura a la granja. Visité a la madre y a la hija durante semanas después para comprobar la recuperación de la picadura del escorpión y para follarlas bien a las dos. Sí, mis queridas niñas, así era yo, un chico malo.

La tragedia ocurrió mientras acompañaba al rey durante cuatro semanas como su médico personal. Al regresar a casa, mi hermana llevaba días muerta. Casi pierdo la razón; la enterramos y juré no volver a acostarme jamás con una muchacha ni con una mujer. Los dioses me habían castigado por mi presuntuosa y traicionera relación con cientos de muchachas, cientos de esposas castas y fieles, ¡y ahora quería expiar mi culpa! Cumplí mi promesa durante 54 años, con una sola excepción.

Al rey le encantaba la caza y la lucha, pero tenía poco interés en el sexo. Jamás consideró desflorar a sus hijas gemelas, las que yo le había dado a la reina, en su duodécimo cumpleaños. Ahora tenía una magnífica oportunidad de casar a sus hijas de catorce años con dos príncipes de la corte real: ¡una gran ventaja para el reino de Qin! Pero estaba preocupado, porque en esa corte solo las niñas mayores de doce años seguían siendo vírgenes, y eso conllevaba un estigma. Los príncipes habían visitado a las novias, y todo había sido hermoso, maravilloso y radiante. El rey, sumido en una profunda depresión, reflexionaba sobre cómo resolver el problema; no podía dejar la desfloración en manos de un cortesano de dudosa reputación. Le ofrecí una solución médica, ¡y se le iluminó la cara! Pedí encerrarme en la alcoba de las princesas durante tres días; era un procedimiento delicado. Y así se hizo.

Cerré la puerta con llave y me acosté con mis hijas alternativamente durante tres días seguidos, casi sin descanso. Mis hijas vitoreaban mientras eran desfloradas y me follaban con éxtasis jubilosos, pasando de orgasmo en orgasmo. Estaban encantadas de cambiar la aburrida masturbación por el mucho más excitante sexo. Nunca hablamos abiertamente de ello, pero mis astutas hijas habían sospechado durante años que yo era su padre. Al comienzo de esos tres días, simplemente me preguntaron por qué Papá Rey no lo hacía él mismo, ya que normalmente era el padre quien desfloraba a sus hijas. Confirmé que era la costumbre, pero no fui más allá. Había roto mi juramento; no volví a acostarme con una niña ni con una mujer durante 54 años. Esa es mi historia, mis queridas hijas: media vida de lujo y juerga, la otra mitad de vergüenza y penitencia.

El regreso del rey

Lin entró en su habitación; el capitán estaba quitando la pinza del cráneo de Haraldur. La profunda herida había cicatrizado bien, y la larga y fea cicatriz anunciaba a todos los enemigos que su cráneo vikingo podía soportar golpes. Lin abrazó al hombre de sus sueños y le susurró al oído que por fin podrían volver a tener sexo como es debido y con pasión.

Mulan se puso de pie por primera vez ese día. El viejo doctor la sostuvo solo brevemente, luego ella lo sostuvo a él. Examinó la herida; estaba sanando bien, y esperaron a Chai, quien iba a quitarle la grapa. El viejo doctor le palpó los pechos, queriendo ver si la cicatriz había afectado el lado izquierdo. Presionó, apretó y tiró. Pero no se esperaba ningún cambio significativo. Mulan se excitó bastante; con las orejas y las mejillas rojas, se escondió bajo la sábana. Fue principalmente el té de hierbas, bromeó el doctor, lo que hizo que la sábana se moviera durante minutos. Mulan simplemente no pudo evitarlo; simplemente tenía que masturbarse más a menudo que nunca.

Chai llegó al mediodía del día 20. Saludó brevemente al padre y a Lin y corrió a la habitación de Mulán. La abrazó y la besó; ¡ahora todo estaba bien! Ella le mostró la cicatriz y él se alegró. Los bordes de la herida habían sanado perfectamente. «Puedes abrir la pinza y quitarla», dijo el médico al fondo. Chai se giró y le agradeció de nuevo por cuidar tan bien de su amiga; se lo recompensaría con creces. Con cuidado, abrió la pinza y la quitó. Sí, dejaría una cicatriz de unos cinco dedos de largo. Chai tenía prisa; los jinetes esperaban fuera de la casa y seguramente ya habían anunciado su llegada a los concejales.

Chai se sacudió el polvo y entró en la sala del trono. Los consejeros se pusieron de pie y algunos ciudadanos curiosos ofrecieron un breve aplauso. Cada vez se congregaban más ciudadanos; la noticia había atraído a todos. Chai tomó la bolsa de viaje del capitán y sacó la carta imperial, que presentó al Primus. El Primus la leyó en voz alta y la pasó para que todos los consejeros pudieran examinarla. El Primus miró a su alrededor y luego gritó: «¡Larga vida a nuestro rey, el rey Chai!». Los ciudadanos respondieron a gritos, creando un gran

revuelo durante varios minutos. Chai esperó y luego alzó la mano. Pronunció un breve discurso, tras haber tenido 20 días para prepararlo cuidadosamente. Veinte minutos después, estallaron los aplausos entusiastas; había hablado directamente a sus corazones, así como a su sentido común. Solo en un punto se hizo evidente su severidad: ningún rebelde podía esperar clemencia. La horca o la espada, ni prisioneros. Ni indultos.

Los artesanos y sirvientes repararon los daños del palacio, y los cuerpos fueron enterrados sin mayor ceremonia. Habían sido mordidos por la mano benevolente del gobernante. El solemne entierro de la familia real, los guerreros y los ciudadanos asesinados tendría lugar en diez días. Chai solicitó tres días de descanso al consejo tras el largo viaje. Pasó tiempo con su padre, relatándole todo con minucioso detalle, pues su padre era perspicaz y se interesaba por todo lo importante y esencial. Podía decirle a su hijo con precisión en qué consejeros confiaba plenamente y de cuáles no estaba del todo seguro de que fueran los hombres adecuados. También nombró sin rodeos a los dos en quienes tenía buenas razones para no confiar. El viejo jinete aún sentía un gran orgullo por su hijo; no podía ni quería ocultarlo. Chai insistió en que llevaran a su padre a las ceremonias fúnebres en una litera, pues sus pies ya no le respondían.

Chai le entregó a Haraldur la carta del Emperador. ¡General Haraldur! Estaba profundamente conmovido y sabía que Chai no le había dejado otra opción al Emperador. Hablaron mucho sobre el futuro. Ambos rondaban los 40 años, habían luchado en muchas batallas, y Haraldur no podía imaginarse haciendo otra cosa que no fuera blandir su espada. Chai analizó algunos aspectos de la revolución. Por muy valientemente que hubieran luchado los Reales, tras el envenenamiento de la Guardia, el palacio estaba indefenso. Los Reales eran poco más que una torre de vigilancia. Eso tenía que cambiar. Chai deseaba que Haraldur asumiera la difícil tarea de ayudar al comandante superviviente de la Guardia a reconstruir y transformar a los Reales en una guardia “pequeña”, manteniéndolos activos. Haraldur inicialmente no se mostró muy entusiasmado. Podía alistarse como general en cualquiera de los siete reinos como general imperial; esa era la alternativa, dijo Chai. Y no, no necesitaba una guardia personal como la del Emperador; la guardia, tanto la grande como la pe-

queña, se turnarían para encargarse de eso. Haraldur quería pensarlo bien. Chai no le puso fecha límite. Simplemente debía tener en cuenta el futuro de Lin; ella se lo merecía.

Los sueños de Mulán

Mulan estaba deprimida; el viejo doctor también poseía el difícil arte de la iridología. “¿Cuántos años tienes, muchacha Mulan?”, le preguntó. “23, casi 24”. El doctor la miró a los ojos una segunda y una tercera vez. “¡Tienes un cuerpo sano, un cuerpo maravilloso, muchacha!”, exclamó. Tomó sus manos entre las suyas. “¿No es cierto? ¿Nunca has tenido la menstruación?”, observó. Mulan asintió con asombro y acuerdo. “Bueno, así seguirá siendo, a menos que me equivoque terriblemente”. Mulan bajó la mirada. “Y, señor, ¿es eso importante? ¿Es bueno o malo?”. El doctor la miró de reojo; ella no parecía ver las consecuencias. “Solo una mujer que menstrúa regularmente puede tener hijos. Las mujeres mayores pierden la menstruación y ya no pueden tener hijos”. Mulan levantó la vista. “Sin menstruación, no hay hijos”. Él asintió. Puedes adoptar niños y darles el mismo amor que a los tuyos. O puedes planear tu vida sin hijos; esa también puede ser la decisión correcta. ¡El mundo entero está ante ti, hija! Mulan sintió la calidez y la confianza del doctor. Lo pensaré muy seriamente, padre. Mi futuro apenas comienza, y seguiré tejiendo con esmero el hilo de las diosas. Gracias por confiar en mí y permitirme vislumbrar el futuro. ¡Gracias!

Mulan se lo contó a Chai. Él asintió. «Saber algunos datos es una ventaja. Adivinar lo complica todo». Hablaron durante horas, porque su vida estaba dando un giro radical. Todo estaba cambiando para él. Ella quería acompañarlo adondequiera que fuera. No quería decidir de inmediato si quería ser reina; necesitaba pensarlo. Quería estar con él, ya fuera a la guerra o a un palacio. Como amante, concubina o concubina, no parecía importarle. «¿Ni siquiera sé si el viejo rey dejó alguna concubina o concubina?», se preguntó. «Las recompensaré generosamente, sea cual sea la decisión del consejo, y las dejaré ir. Nunca antes había tenido esposa, concubina ni concubina; hasta una hoguera puede calentar a un soldado. Al menos, eso era cierto hasta el último terremoto. Ahora estás conmigo, y eso es mucho mejor que cualquier hoguera».

Mulan dijo que había soñado mucho durante su fiebre, pero un sueño se repetía una y otra vez. Luchaba junto a Harald Hardrada

contra cientos, miles de rostros grotescos. Harald Hardrada, alto como una torre, los abatía con su espada ancha como un segador cosechando el grano. Ella, pequeña y ágil, agachada, atacaba y cortaba los rostros grotescos con su lanza. Era evidente que soñaba la batalla final una y otra vez. Pero era como si, por primera vez en su vida, sintiera que estaba en el lugar correcto, en la posición correcta. Como si se sintiera verdaderamente completa. Cuando estaba medio despierta entre sueños, sentía que no solo pertenecía a sus libros, sino que tenía que sostener la lanza en su mano. Le preguntó a Chai qué pensaba al respecto. Él negó con la cabeza. Por supuesto, existían las bellas leyendas sobre princesas guerreras que, milagrosamente, podían luchar como las mejores guerreras en un instante, abatiendo fácilmente dragones y usurpadores, y finalmente conquistando al príncipe y su reino. Leyendas, decía. Qin no tenía enemigos inmediatos a quienes masacrar. Creía sin dudar que Mulán había aprendido el arte de la guerra y viajaba de ciudad en ciudad como mercenaria, pues la había visto luchar. Pero, según su código moral, los mercenarios no eran más que asesinos a sueldo. Y él no los consideraría “nada más”; los despreciaría con absoluto asco.

Por supuesto, Mulán no quería eso. Le sonrió. «Durante el día, quiero explorar la biblioteca del palacio; aún sé muy poco del mundo y no llegaré muy lejos solo con Lin Po Po. Por la noche, quiero preparar el lecho para mi amado, y quizás también para mi rey. Eso es planificar la vida a pequeña escala, pero no quiero construir castillos en el aire, ni quiero planificar sin pensar hasta mañana por la mañana. Necesito tiempo, necesito ideas y necesitaré tu consejo. Como mi esposo, no como mi rey».

Comienza el trabajo

Haraldur aceptó y se dispuso a reclutar y entrenar nuevas tropas. Sin embargo, dedicaría más tiempo a practicar con su espada y menos a tareas administrativas. Por supuesto, todo tendría que acordarse previamente, pero entonces podrían ponerse manos a la obra. Chai le dio las gracias y asintió. «Discutiremos juntos los aspectos básicos; la ejecución y el diseño corren por tu cuenta. Te presentaré como el general Haraldur, Comisionado de Asuntos del Ejército, como Ministro de Guerra o como el Primer Espadachín y Luchador de Qin; lo que prefieran oír». Haraldur sonrió de oreja a oreja. «¿Y por qué no lo dijiste antes?».

Chai preguntó con mucha cautela si lo había hablado con Lin. «Por supuesto», dijo Haraldur, «menos mal que no nos llevamos bien. En mi opinión, un guerrero debe salir al mundo, matar dragones y usurpadores en masa, y de vez en cuando acostarse con una princesa. Lin me deseó buena suerte con mis dragones y demás, pero se quejó un poco del tema de las princesas. Por lo demás, nos llevamos de maravilla». Chai comprendió que Haraldur y Lin tendrían que discutir un rato antes de que Haraldur estuviera listo para dar el paso definitivo. Se apresuró a entrar en la sala del trono.

Chai era un líder nato, una cualidad muy valiosa para un rey. Trataba a sus consejeros con respeto y les otorgaba considerable libertad para desempeñar sus funciones. Había contratado cocineros de pueblos vecinos y agasajó al pueblo durante todo el día mientras el anciano rey era enterrado con todos los honores. El anciano rey no había dejado ni esposas ni concubinas, así que Chai pudo respirar tranquilo.

Se sentó con Haraldur y los comandantes de la guardia durante días, y al final todos quedaron satisfechos. El rey quería que la magnífica guardia recuperara su antiguo esplendor, e incluso un 20% más. La guardia debía proporcionar guardaespaldas. Y los guardias reales debían ser entrenados como la guardia subalterna y ejercitarse día tras día. “Sé que esto les supone más trabajo, caballeros, pero no quiero volver a ver otro desastre como el levantamiento. Si no entre-

nan un día, no hay comida ni paga, así de simple. No veo a la Guardia como porteros arrogantes y con poca habilidad con las armas. Son soldados de élite, exploradores, tácticos y combatientes cuerpo a cuerpo invencibles con cualquier arma. En el campo, en el bosque, en el pantano e incluso en el Palacio de Mármol. Cada uno de ellos debe infundirme temor; no exijo menos. Luché codo con codo con el general Haraldur durante 30 años; espero que les enseñe todos los trucos del oficio, porque es muy capaz, aunque no sepa pelear con un palo. Sean duros con los hombres y échenle la culpa de todo al rey; puedo soportarlo. Sean duros y patéenles el trasero hasta que se les rompan las botas. Pero conviértanlos en luchadores de élite, porque eso es exactamente lo que quiero." "Lo hice por el Emperador hace 20 años."

Chai interfería muy poco en el trabajo de los consejeros. Tenían que presentar las tareas y soluciones de forma breve y concisa, pues él quería estar al tanto de todo. No entendía casi nada de la mayoría de las cosas, ni de comercio, ni de agricultura, ni de pesca, ni de silvicultura, pero para eso estaban. Discretamente permitió que dos consejeros se jubilaran, como le había aconsejado su padre. Nombró a Primus consejero principal; no se trataba simplemente de un título y un mejor sueldo. Sabía lo capaz que era y solo le exigía que mantuviera a los consejeros activos. Primus sonrió porque el nuevo rey estaba haciendo los ajustes correctos y no gobernaba como el antiguo, que había dejado que las cosas siguieran su curso con benevolencia.

Chai exigió al coronel una nueva ley, con una regulación nueva y justificada. Hasta entonces, el botín y los impuestos habían ido directamente a manos del rey. Esto era injusto. El botín, las ganancias y los impuestos debían ser responsabilidad del tesorero, y el rey debía recibir un salario como todos los consejeros, por ejemplo. El coronel reflexionó un momento y asintió. «Lo solucionaremos, Su Majestad. Quedará satisfecho».

Chai volvía a casa todas las noches. El palacio aún no estaba terminado, y Mulan estaba bastante contenta con eso. Ambos sabían que algún día se mudarían. Así eran las cosas. Chai no les había dado a los constructores más especificaciones que la de que quería un dormitorio para el rey y la reina, no dos. Visitaba las obras, pero solo pa-

ra dejarse ver. Asentía, los elogiaba y los animaba, pero no tenía ni la más mínima idea de lo que estaban haciendo. Sin embargo, los consejeros estaban muy contentos con sus visitas porque les levantaban la moral. El consejero principal sonrió; el rey también estaba haciendo lo correcto. El constructor no necesitaba saber colocar azulejos.

Chai y Mulan dieron dos vueltas al palacio de Qin a caballo. Habían pasado cinco meses; en veinte días, todo el trabajo estaba terminado. Recorrieron las habitaciones privadas. Al marcharse, él susurró: «¡Ni siquiera la emperatriz tiene una habitación tan magnífica!». Mulan sonrió. Claro, él lo sabía. Ella lo besó en los labios. «¡Seguro que me sentiré muy a gusto aquí!».

Una de las noches siguientes, ella le dijo que tenía una buena idea de lo que quería hacer en el futuro.

Escuchó con mucha atención.

• • •

LIBRO III:
En el Castillo Encantado

von Jack Faber © 2024

El anciano narrador regresó al pueblo y enseguida fue rodeado por niños. Decían que probablemente tenía cien años, pero no era cierto. Era ciego y palpaba los cuerpos de las niñas con las manos. Les susurraba, preguntándoles si querían recostarse en su regazo mientras les contaba sus historias. La mayoría sabía a qué se refería, y solo unas pocas asintieron con entusiasmo. Entonces, sus dedos volvieron a tocar los pequeños senos de esas mismas niñas, explorando sus vulvas y clítoris con detenimiento.

Mientras contaba su historia con voz fuerte y sonora, una tras otra, las chicas se recostaban en su regazo. Los espectadores soltaban fuertes suspiros y gemidos mientras él desvestía por completo a la chica, le abría vigorosamente las piernas y luego acariciaba su cuerpo desnudo durante un largo rato. La chica escondía su rostro avergonzada contra su cuello mientras él mostraba a los espectadores su pequeña vulva, cubierta solo por un ligero plumón. Solo los que estaban cerca podían ver sus dedos mientras extraían su clítoris de su escondite y lo estimulaban durante un buen rato hasta que se ponía erecto, si no era demasiado corto. Miraba con ojos blancos como la leche a los de la primera fila, pues solo ellos podían ver que estaba frotando y estimulando el clítoris y, a medida que la historia se desarrollaba, llevando a la chica al orgasmo suave y sutilmente. Suspiraban y gemían junto con la chica en su orgasmo; el anciano era realmente muy hábil para llevar a la chica al orgasmo suavemente mientras contaba su historia. Después de su orgasmo, se puso de pie y, con una expresión ligeramente avergonzada, se dirigió a las últimas filas. La siguiente mujer se acostó en su regazo y la historia continuó. Años atrás, una mujer particularmente descarada había comenzado no solo a acostarse en su regazo, sino a agarrar su pene y forzarlo dentro de su vagina antes de recostarse y dejar que la acariciara y la masturbara hasta el orgasmo frente a todos, con su rostro avergonza-

do escondido en su cuello o detrás de su barba. Desde entonces, todos lo habían hecho de esa manera, pero nadie podía decir si él eyaculó dentro de ella mientras se contaba la historia. Hubo un murmullo y un susurro en la primera fila; algunos afirmaron haber visto su pene bombeando dentro de ella. Los que estaban sentados justo delante podían ver su pene dentro de su vagina, su dedo acariciándola y finalmente masturbándola hasta el orgasmo. Después, ella se puso de pie y la siguiente mujer se acostó en sus brazos. Él tenía un oído excelente; Podía oír a las mujeres de las últimas filas suspirar y gemir cuando el hombre sentado detrás de ellas las agarró por detrás y las sentó en su regazo. Las mujeres se colocaron de manera que los hombres que deseaban se sentaran detrás de ellas, hombres que anhelaban pero que rara vez tenían. Sin protestar, el elegido penetró a la mujer sentada desde abajo y la folló en silencio mientras ella permanecía sentada. Aunque allí reinaba la oscuridad, nadie se desnudó ni se acostó para follar; todos fingían escuchar al narrador, mientras sus penes buscaban las vaginas ocultas bajo las faldas. El narrador sonrió, porque la mujer sería luego entregada al hombre sentado a su lado y follada. Tanto hombres como mujeres lo sabían y venían solo por eso. Muchas mujeres fueron folladas por una docena de hombres o más durante la narración, observó con una sonrisa. La última chica lo acompañaría a su lugar para dormir y se acostaría a su lado. Él solo se dejaba montar, pues era un hombre verdaderamente viejo.

¡Y ahora, escuchemos su historia!

* * *

Pyi despertó con un fuerte dolor de cabeza. Un rostro familiar estaba a su lado. “Mei Ling”, carraspeó. “¡Mei, hermana mayor!”, susurró, “¡Me alegra tanto que estés aquí!”. Mei le acarició la cabeza. “¡Lan, la hermanita Lan, también está aquí!”. Miró más allá de Mei, y allí estaba sentada, Lan, sonriendo dulcemente. “¡Hermanita Lan, tengo un dolor de cabeza terrible!”, dijo entre lágrimas. Lan se acercó y se sentó a su lado en la cama. “¡Estábamos tan preocupadas! Dormiste durante varios meses; no sabíamos si despertarías. Te quitaron la venda y las grapas hace unos días. Gemías y te quejabas, y nos sentamos a tu lado esperando que despertaras”. Pyi se agarró la cabeza. Ahí estaba, la dolorosa cicatriz, más larga que un dedo y perfecta-

mente recta como una raya. “¡Debo haberme golpeado la cabeza muy fuerte!”, exclamó, y Mei y Lan asintieron.

Se tocó la colita por debajo de la sábana. “Está completamente rígida”, le dijo con voz lastimera a Lan, “¡está tan rígida que empieza a doler un poco!”. Lan asintió. “Mei y yo la hemos estado lamiendo y chupando una y otra vez, eso alivió la presión y sonreíste tan feliz”. Lan intercambió una larga mirada con Mei. “¡Te lameré ahora mismo, si quieres!”.

Lan lo descubrió, y allí estaba él, rígido y orgulloso. Puso su mano sobre la cabeza de Lan mientras ella se inclinaba y tomaba su pene en su boca. “Eso se siente tan bien”, le susurró a Mei, “¡eso se siente tan bien!” Lan lamió y chupó su pene, que tenía completamente en su boca, durante quizás veinte minutos. Se excitó bastante cuando Mei tomó sus testículos en su mano. En el momento en que Mei tocó su ano con un dedo, estrellas explotaron detrás de sus párpados, un breve destello de fuegos artificiales. Lan sacó su pene de su boca y apretó y presionó su glande. Unas pocas gotas pálidas rezumaron de la cabeza. “No pasará mucho tiempo antes de que nuestro pequeño pueda disparar de verdad”, murmuró Mei. Su pene se encogió, y Lan lo cubrió de nuevo. “Gracias, hermana”, respiró, y ella sonrió, “Mei y yo ya te hemos lamido cien veces para aliviar la presión”. Pyi contó que vio fuegos artificiales y relámpagos, y lo maravilloso que fue. Quería dormir; Lo último que vio fue que Lan tenía los pechos mucho más grandes que Mei. Luego se quedó dormido.

Pasaron días o semanas, y Pyi a veces dormía con Lan, a veces con Mei. Presionaba su cuerpo contra Mei o Lan; eran tan suaves, su piel tan delicada. Su pene se ponía rígido cuando acariciaba a su hermana, y ella lo chupaba y lamía en su boca, llevándolo al clímax, generalmente dos veces, antes de quedarse dormido. Solía despertarse medio dormido cuando Mei se frotaba vigorosamente entre las piernas. Se despertaba y abrazaba a Mei, pero ella seguía frotándose y exhalando profundamente. “Mi fuego artificial”, susurró Mei, “¡este es mi fuego artificial!”. Se quedaban dormidos.

Una noche, después de que Lan le hiciera una felación durante los fuegos artificiales, él le contó que Mei se contoneaba todas las noches

durante los fuegos artificiales. “Yo también lo hago hasta que empiezan los fuegos artificiales”, dijo Lan en voz baja, “¿te gustaría mirar?”. Pyi asintió; por supuesto que quería verla contonearse durante los fuegos artificiales, porque sus hermanas no tenían cola. “Si tuvieras una cola como la mía, ¡te haría una felación durante los fuegos artificiales!”, susurró, y Lan sonrió dulcemente. Se descubrió y se giró ligeramente para que Pyi pudiera verlo todo a la luz de la antorcha.

Ella temblaba por completo y se masturbaba el clítoris con fuerza, luego se estremeció con un espectáculo de fuegos artificiales. Él le preguntó si podía mirarla de cerca. Ella asintió y le explicó todo. El pequeño arbusto negro era su descarado peinado, sonrió con picardía, labios, pliegue vulvar, clítoris y la profunda vagina. El clítoris era un poco como el pene de una niña; había que frotarlo hasta que ella llegara al orgasmo. Ella ensanchó su vagina con los dedos; era muy profunda. Él miró dentro lo mejor que pudo. Lan dijo que ahí es donde el amo follaba y eyaculaba; eso es lo que hacen los adultos. Él la miró asombrado. Ella susurró tímidamente que el señor Hiro venía cada pocos meses a follarla a ella y a Mei. “¿Es el señor Hiro tu marido?”, preguntó, pero ella apartó la mirada. “Ambas le pertenecemos, Mei y yo. Nos folla porque es nuestro amo; nos folla porque le pertenecemos”. Fue una respuesta muy extraña, pero él no hizo más preguntas.

—¿Te folla con su polla? —preguntó con cautela—. Sí, así es. Me mete la polla en la vagina y entra y sale un buen rato. Luego tiene que correrse, y se corre a chorros calientes dentro de mi agujero hasta que termina. Se corre dentro porque quiere darme un hijo, pero yo no quiero un hijo con él porque no lo amo con todo mi corazón. Normalmente me folla tan fuerte que siento fuegos artificiales cuando me folla, y le estoy muy agradecida por eso. Pyi guardó silencio, al igual que Lan. —¿Puedo verlo follándome alguna vez? —preguntó tímidamente, y ella solo asintió con vacilación—. Tal vez, no lo sé.

Pyi también habló con Mei, diciéndole que Lan le había mostrado y explicado todo. Los ojos de Mei se abrieron de par en par. “¿Lan te enseñó cómo lo hace con su clítoris, con su dedo?” Confirmó que ella le había estado dejando mirar durante unos días. ¿Estaba mal? Mei

negó con la cabeza. “No, no, por supuesto que no está mal”, dijo, “pero es inusual, porque es raro dejar que alguien te vea masturbarte”. Inmediatamente dijo que él también quería mirarla. Mientras la miraba, su pene hormigueaba de una manera muy placentera, y realmente deseaba que le chuparan el pene. Así que sucedió que Mei también le permitió mirar. Su orgasmo duró mucho más que el de Lan. Él le preguntó qué tal le parecía tener sexo con el Sr. Hiro, pero ella estaba muy malhumorada. Tenía que dejar que él tuviera sexo con ella y eyaculara dentro de ella porque él era su amo, pero tampoco quería tener un hijo con él. Ella pertenecía al Sr. Hiro igual que Lan y tenía que dejar que él tuviera sexo con ella cuando quisiera. No le gustaba mucho, y no sentía la misma excitación que Lan durante el sexo. El señor Hiro siempre le ordenaba que se masturbara después, y él lo disfrutaba. Por eso no le gustaba nada que nadie la viera. Pero él era su pequeño tesoro, lo amaba con todo su corazón, y por supuesto que tenía permiso para observarla. ¿Podría él también observarla teniendo sexo con el señor Hiro? Mei pensó durante un buen rato: «Sí, pero tenemos que ser muy astutos. ¡Tal vez finjas estar dormido, eso podría funcionar!». A Pyi también se le permitió observar de cerca la vagina de Mei; se veía exactamente igual que la de Lan, tal vez un poco más grande. Se le permitió tocar y sentir el clítoris de Mei. Ella le dijo que lo observara con atención; crecería un poco y se pondría muy rígido como un pequeño pene. Y eso fue exactamente lo que sucedió cuando él continuó frotando su clítoris, y luego ella le mostró cómo masturbarse de nuevo, haciéndolo exactamente de la misma manera que Lan.

Un día, después de practicarle sexo oral, Mei comentó que ya había eyaculado un poco, lo cual era muy bueno porque era mayor de ocho años y ya debería poder eyacular. Aún tenían que practicar mucho y practicarle sexo oral repetidamente antes de que pudiera eyacular de verdad. ¡Para un niño, eyacular con fuerza y potencia era fundamental! Lan también notó que ya podía eyacular un poco y se alegró.

Pyi solía mirar por la ventana, pero solo veía una llanura que se extendía hasta el horizonte. A veces, un grupo de gacelas cruzaba la estepa a saltos, y Lan reía a carcajadas mientras señalaba con entusiasmo a los animales. «Hoy comemos carne de gacela con arroz»,

dijo riendo, «¡los cocineros deben haber cazado una, y ahora las demás están huyendo!». Esta vasta tierra, dijo, es China, nuestra patria. Y justo en medio de ella, en la estepa, se alzaba el Castillo Encantado, este de aquí. Él asintió; ¡así que era así!

El señor Hiro había llegado. Mei tenía el corazón en el pecho; ¿echaría al pequeño Pyi? Pero el señor Hiro no lo echó. Mei acostó al niño "dormido" al pie de la cama. El señor Hiro dejó su ropa y la gran espada en el armario y se metió en la cama con Mei. Era un gigante, de casi dos metros de altura, atlético y delgado, y tenía un pene enorme. Pyi yacía justo debajo de los pies de Mei y podía verlo todo perfectamente; miraba directamente entre sus piernas abiertas, a su hendidura. El señor Hiro se arrodilló, Mei agarró su pene y lo colocó. "¡Estoy lista, señor, puede follarme ahora si quiere!" Los ojos de Pyi se abrieron de par en par mientras Mei le abría el coño con los dedos y el señor Hiro la penetraba lentamente. El corazón de Pyi latía con fuerza en su pecho, porque el señor Hiro la penetraba lentamente, y el coño de Mei se estaba adaptando a su gran y grueso pene. El señor Hiro embistió lentamente al principio, luego más rápido. Pyi oyó a Mei jadear y supo que estaba a punto de correrse. Pero entonces el Sr. Hiro eyaculó, penetrándola con fuerza una docena de veces. Se sentó junto a Mei y le ordenó que se masturbara. Mei obedeció en silencio, masturbándose con mucha contención, como Pyi notó de inmediato. Pero su cuerpo temblaba y se estremecía; se masturbó con creciente devoción y, después de un largo rato, tuvo un orgasmo palpitante y explosivo. El Sr. Hiro se había puesto muy duro mientras la observaba y la penetró inmediatamente cuando ella se corrió. La folló con fuerza y brutalidad, pero ella le sacó el pene antes de que pudiera eyacular y se lo frotó ella misma hasta correrse en segundos. "Acabo de masturbarme y no quiero que te corras dentro de mí ahora mismo. ¡No quiero tener un hijo tuyo!". Apartó la cara porque el Sr. Hiro le había dado una bofetada sonora. El Sr. Hiro se vistió y se fue sin despedirse.

Pyi esperó unos minutos, luego se acostó junto a Mei y la abrazó. "Fue muy excitante, hermanita", dijo, "¿pero por qué te pegó?". Mei le devolvió el abrazo y lo besó en la boca. "Él desea desesperadamente que tenga un hijo suyo, pero yo no quiero nada. Me ataría a él; ten-

dría que convertirme en su esposa. No lo permitiré; prefiero soportar las bofetadas".

Lan lo recostó al pie de su cama y le guiñó un ojo con complicidad. Esperaron hasta que el señor Hiro entró. Pyi fingió estar dormido, justo cuando el señor Hiro gruñó con satisfacción. Lan claramente prefería follar con el amo que con Mei, el chico lo notó de inmediato. Ella también hablaba más con su amo. "¡Vamos, mi señor, vamos, apretaré tu magnífico pene con mi boca, vamos!" "Señor, tengo su pene en posición, ¡puede empezar ahora mismo!" Lan tenía una vagina mucho más pequeña que Mei; después de todo, era unos años más joven. El amo la penetró muy lentamente, y Pyi observó cómo el agujero de Lan se ensanchaba y se adaptaba al grueso pene. "¡Te sientes genial hoy, bien apretada!" comentó el amo. Hablaba poco y rara vez, al menos durante el sexo. Folló a Lan brutal y rápido; ella lo disfrutó inmensamente, y se la podía oír gemir y gritar de placer, "¡Sí, vamos, hazlo realmente bueno para mí!" Hizo sentir su presencia una y otra vez. Se aferró al cuerpo del Sr. Hiro como un monito a su madre, jadeando y gimiendo de excitación. Su orgasmo estalló con una gran explosión, y él continuó follándola en medio de los fuegos artificiales, aunque casi la destrozaba. Ella lo soltó, aflojó su agarre y se relajó. Bajó la mano y frotó vigorosamente la base de su pene mientras él se corría. El Sr. Hiro dejó su pene dentro de ella y continuó después de recuperar el aliento. Lan estaba disfrutando del sexo mucho más que Mei; Pyi podía verlo. Su excitación llegó muy rápido de nuevo esta vez, y una vez más se aferró a él con fuerza, dejando escapar un pequeño sonido cuando su orgasmo la golpeó como un rayo. Cayó sobre la almohada, completamente relajada, y dejó que él terminara de follarla. El Sr. Hiro se levantó rápidamente después de eyacular, se vistió, asintió con la cabeza y se fue sin decir palabra. Pyi se acurrucó junto a Lan, lo besó en la boca y le preguntó si lo había visto todo. Él asintió y murmuró que él también quería follarla. Lan rió alegremente y dijo: "Más tarde, cuando seas mayor. Mei puede decidir eso; ella es la mayor".

Pyi ya tenía 10 años; por fin podía eyacular. Tenía que eyacular muy a menudo, y Mei decía que era bueno para su virilidad eyacular mucho y con frecuencia. Hasta diez veces al día, le lamían el pene, se lo chupaban y eyaculaba dentro. Mei estaba parcialmente satisfecha,

pero no del todo. Todavía tenía que practicar mucho más. Y lo hacía, porque tanto Mei como Lan lo lamían maravillosamente; veía chispas, estrellas y fuegos artificiales, y eyaculaba tan profundamente como podía en la boca de su hermana. Se tumbó encima de Lan y le metió el pene en la vagina, pero ella negó con la cabeza con firmeza; Mei aún no se lo había permitido. Mei no le dejaba entrar en su vagina en absoluto; pensaba que eso tendría que esperar. Razón de más para que le instara a practicar la lectura y la escritura; todavía tenía que aprender más de 40.000 caracteres. Al menos ahora podía leer muchos libros de historia; era como una esponja, absorbiendo agua. Mei solo pudo decirle que, más allá de la vasta sabana que se divisaba a través de las ventanas, había muchos pueblos y ciudades, y que China era un país enorme, repleto de gente. Pero debían permanecer en el castillo; Lord Hiro así lo había ordenado. Mei no sabía cuándo podrían salir a ver China. Los tres pertenecían al amo y debían obedecerle.

Mei le había enseñado cómo se abrían y encuadernaban los libros antiguos, rollos de bambú. Al fondo de la biblioteca, descubrió un cajón oculto con la etiqueta “Cerdo” o “Suciedad”. Leyó todo lo que había dentro. Un libro se llamaba “Mil puntas de espárragos”. Un científico había medido 1000 clítoris. Había hecho un palo con pequeñas marcas para medir. Insertó el palo en el mismo punto exacto junto al clítoris y registró su medición. Una medición antes del sexo, una después del sexo, una 10 minutos después de comenzar la masturbación y una en el momento o poco después del orgasmo. Había dibujado los 1000 clítoris con gran realismo y anotó la medida junto a cada dibujo. Pyi estaba muy emocionado; ¡el científico había tenido sexo con 1000 mujeres en nombre de la ciencia! De los 1000 clítoris, 13 se consideraron enormes, 143 bastante grandes, 207 del tamaño normal de una uña y alrededor de 600 pequeños o muy pequeños. Otro libro, “Mil maneras de pelar frijoles”, enumeraba todas las formas en que las mujeres se masturbaban. La mayoría simplemente se masturbaba con uno o más dedos; en el campo, casi todas las mujeres se insertaban una zanahoria o un pepino, lo que aumentaba la intensidad de su orgasmo. Solo un pequeño porcentaje de mujeres permitía que otra mujer las masturbara. Había un libro sobre sexo y las diferentes posiciones, y otro sobre mujeres rurales que tenían relaciones sexuales con caballos y burros. Inmediatamente rechazó los libros sobre pede-

rastia porque le parecía repugnante, aunque aparentemente estaba muy extendida.

Pyi casi siempre observaba cuando Mei y Lan eran violadas por el amo. El señor Hiro rara vez se quedaba más de tres o cuatro días y solo regresaba después de meses. Mei no sabía qué hacía, y Lan pensaba que estaba luchando, pero no sabía dónde ni contra quién. No encontró nada en los libros de historia; los pocos sirvientes permanecieron en silencio o tampoco sabían mucho. Se escapaba repetidamente de la vigilancia de las hermanas y se acercaba sigilosamente a las sirvientas más jóvenes. Las atraía a lugares apartados, levantaba las faldas de las chicas tímidas y sonrojadas, y las masturbaba con una sonrisa culpable. No se atrevía a violarlas; Mei aún no le había dado permiso. Algunas chicas frotaron su pene contra sus labios y le permitieron eyacular en sus bocas. Mei parecía saberlo todo; no lo regañaba mucho, más bien le divertía. Después de todo, tenía que demostrarles a ella y a Lan que realmente podía masturbar a una chica correctamente, de lo contrario no lo habrían creído. Mei se dio cuenta cada vez más de que era inevitable.

—Quieres tener sexo de verdad, ¿no? —le preguntó una noche—. Ya has visto cómo se hace mil veces. Él asintió, con un nudo en la garganta. —Todavía no me lo has permitido, así que no he tenido sexo con Lan ni con las criadas. Nunca, ni una sola —dijo valientemente—. ¿Pero sí quieres tener sexo conmigo, Lan y las criadas? Pyi asintió con tristeza. —¡Sí, claro! Tengo que esperar a que sea más grande —dijo Lan—. Pero me permiten meterle el pene en el agujero y esperar a que eyacule, pero claro, no me permiten tener sexo de verdad con ella. —Bajó la cabeza, pues estaba realmente triste—. Dime, ¿cómo funciona meterlo? —preguntó Mei con severidad. Él se encogió y le contó todo. Durante semanas, o meses, le habían permitido meterle el pene en el agujero de Lan, y ambos esperaban a que él eyaculara por sí solo. Si no funcionaba, Lan se frotaba con fuerza la base del pene; eso siempre daba resultado. “Yo también quería hacerlo contigo”, dijo con desánimo, “pero nunca me dejaste”.

Mei sonrió dulcemente, le acarició el cabello y lo besó en la boca. “Hoy cumples 11 años, ¡a partir de ahora te permito que me folles! Fóllame todo lo que quieras, también puedes follar a todas las cria-

das, y ellas tienen que dejarte follarlas, esa es la ley. Tú eres su amo, igual que nosotras tres somos propiedad del señor Hiro. Tenemos que dejar que nos folle también."

Mei lo folló tan a menudo como pudo esa noche. No se dio ni un minuto de descanso, manteniendo su polla dentro de ella, y tan pronto como pudo respirar con normalidad de nuevo, continuó follándola con una sonrisa dichosa hasta que eyaculó todo su semen dentro de ella. Después de la larga follada, ella lo apretó contra su pecho, agarró su polla blanda con el puño, retrajo el prepucio por completo y giró su pulgar exigentemente sobre el glande. Prefería follar con él que con el amo, dijo, mirando su glande donde su pulgar giraba. Lo amaba mucho, con todo su corazón, dijo en voz baja; solo amaba al amo un poquito, un poquito, porque de lo contrario no podía dejar que la follara en absoluto. Sonrió, porque su pobre glande se estaba poniendo rígido y rojo oscuro bajo su pulgar giratorio. Dejó caer una gota de saliva sobre su pulgar. Él tomó una respiración profunda. "Lan, ¿puedo follarla bien ahora?" Ella asintió, al igual que su glande bajo su pulgar. "Pero claro, ella realmente lo desea, me lo ha dicho una y otra vez." Tomó aire hondo, su glande bailando salvajemente bajo su pulgar. "¿Y las chicas, las criadas, también?" Su pulgar ahora giraba muy rápido. "¡Claro, también, todas! Algunas son todavía muy jóvenes, y tienes que desflorarlas antes de follarlas." Contuvo la respiración con lujuria; estaba a punto de eyacular si ella seguía así con su pulgar. "¿Qué tengo que hacer para desflorarlas?" logró decir, con la voz tensa. "Tienes que penetrar muy fuerte la primera vez, eso romperá el himen. Apenas le duele. Todas las chicas tienen que ser desfloradas al menos una vez." Contuvo la respiración, su semen salió disparado en un pequeño chorro. Ella asintió satisfecha, "¡Todavía quedaba un poquito dentro, lo sabía!" Respiró con dificultad, "¿Las mayores también?" Ella rió y se lamió el pulgar. "Pero claro, todas son tuyas, y casi ninguna tiene más de 35 años, ninguna tiene 40. Tómate tu tiempo y follátelas a todas, dejaremos de estudiar si se te pone dura, ¿de acuerdo?" Él asintió, "¡Está bien!", luego se recostó y se durmió.

Pyi follaba a Mei y Lan incansablemente todas las noches, estudiaba con ellas con la misma intensidad durante el día, y entretanto desaparecía un rato para follar con alguna criada en un lugar apartado.

Fingía estar dormido cuando el señor Hiro aparecía para follar a Mei y Lan. Ahora podía calcular mucho mejor cómo se sentían Mei y Lan al ser folladas. Mei ya no era tan desagradable con el señor Hiro; a veces le acariciaba la nuca cuando eyaculaba. Pero si se había masturbado, no le dejaba eyacular dentro de ella otra vez. Ambos sabían que ella no quería un hijo suyo. Lan no amaba al amo más que Mei, pero le encantaba ser follada bien y tener un buen orgasmo. A veces sacaba la lengua después de que la puerta se cerrara tras el señor Hiro. En realidad no lo amaba.

Antes de que terminara el año, Pyi se había acostado con todas las criadas; ninguna se resistió. Algunas simplemente se sorprendieron cuando él siguió acostándose con ellas. Lo interpretaron como una señal de que el joven amo les había tomado cariño. Pero él solo estaba enamorado de Lan y Mei, de sus cuerpos, de sus vaginas y de la increíble relación sexual que tenía con ellas. Podía notar que se acostaban con él con mucha más pasión y cariño que con el señor Hiro. Estaba muy orgulloso de ello, aunque su pene era mucho más pequeño que el del amo.

Lan practicó con él durante todo el año, aprendiendo a follar a una chica de tal manera que ella llegara al orgasmo. Ella tenía orgasmos cada vez con más frecuencia mientras follaba con Pyi, e incluso Mei, que nunca había tenido un orgasmo mientras follaba con el Sr. Hiro, jadeaba con fuerza y sonreía al final del encuentro; ¡estuvo a un paso del orgasmo!

Nunca antes había hablado con el señor Hiro. Pero una mañana, se acercó a Pyi mientras Mei practicaba el alfabeto con él. Leían, escribían y sus significados. “¡Así que aquí está, el príncipe Pyi y la princesa Mei!”, dijo con su habitual algarabía, dándole una palmada jovial en el hombro al chico de trece años. “¡Veo que estás aprendiendo a leer y escribir, bien! ¡Pues entonces no te molestaré más!”, y se marchó dando pisotones, espada en mano. Pyi esperó a que el caballero bajara las escaleras y luego se enfrentó a Mei. ¿De qué estaba hablando? ¿Princesas, príncipes?

Era evidente que Mei estaba luchando por encontrar las palabras adecuadas. “Bueno, es cierto y no lo es. En los viejos tiempos, en el

tiempo que no recuerdas desde tu lesión en la cabeza, eras un verdadero príncipe y Lan y yo éramos verdaderas princesas, como las de los libros de historia. El señor Hiro nos trajo aquí y cuidamos de tu cabeza. Desde entonces, ya no somos princesas ni príncipes; pertenecemos al señor Hiro, así que se acabó lo de ser príncipes. ¿Lo entiendes?" Pyi asintió, aunque tenía mil preguntas. "En realidad se estaba burlando de nosotras", dijo Pyi enfadado. "¿Y qué?", dijo Mei. "Solo se acuesta con Lan y conmigo porque quiere demostrar quién manda. No nos trata como a las chicas de las que está enamorado. Desde su perspectiva, Lan y yo somos como tus sirvientas. ¿Y tú estás enamorado de una sola chica? ¡Pues ahí lo tienes!" Aquello era mucho en lo que pensar para Pyi. ¿Por qué el señor Hiro se acostó con sus hermanas? ¿Por qué se acostó con las criadas? ¿Ambas cosas estaban igualmente mal?

¿Y cuánto tiempo transcurrió antes de la lesión en la cabeza?

Lan y Mei unieron sus labios. Ninguno quería hablar de aquel momento. Él estaba molesto, pero no obtuvo respuesta. Folló con la misma lujuria y pasión de antes, pero sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza. Estaba tan confundido que interrogó a las criadas después de tener sexo. Las jóvenes no sabían absolutamente nada; a menudo acababan de llegar al castillo cuando él ya estaba allí. Las mayores tampoco sabían nada, pero pensó que las criadas más ancianas podrían saber algo. Se dirigió a las de 35 años; follaban mucho, mucho mejor que las jóvenes, pero no podían decir qué había pasado "antes". La mayor ya tenía más de 40. Casi había perdido la esperanza de que el chico de 14 años viniera a ella. Lo tomó en brazos con ternura maternal; era una amante experta y, naturalmente, se aseguraba de tener sus orgasmos. El entrenamiento con Lan dio sus frutos; cabalgaba de orgasmo en orgasmo, gritando y vitoreando. Tras tres horas, se recostó, satisfecha antes que él, a pesar de que él ya estaba exhausto. Por supuesto, ella ya estaba allí cuando sus hermanas llegaron al castillo con su hermano herido.

Yü, ese era su nombre, lo recordaba todo a la perfección, y estaba dispuesta a hablar, aunque eso fuera castigado con la muerte. Pyi yacía en los brazos de Yü como un bebé; a ella le encantaba cuando él jugaba a ser bebé y le mamaba y lamía el pezón. Él también lo disfru-

taba; Yü estaba un poco loca, pero le dejaba mamar como una nodriza y le frotaba el pene lentamente. Había vivido allí durante siglos, en el Castillo Encantado, y había dejado que todos los niños pequeños y los hombres adultos la follaran porque tenía poco que hacer y mucho tiempo para follar. Ese era prácticamente el único pasatiempo disponible en ese castillo si no sabías leer. Pyi la escuchaba pacientemente; él le lamía y le mamaba el pezón, y ella le frotaba el prepucio sobre el glande con largas caricias, sin intentar masturbarlo realmente. Él dormitaba en sus brazos, ella recordaba el maravilloso sexo, especialmente cuando se le permitía seducir a jóvenes vírgenes, algo que había amado por encima de todo.

Se despertó sobresaltado al oírla contar cómo dos princesas y un príncipe herido habían llegado al castillo. Había habido una rebelión en algún lugar más allá del horizonte; lo único que sabía era que las princesas venían de la ciudad imperial de Guang'an. Yü era la que tenía algo de formación en curación. El principito, de unos siete u ocho años, había recibido un espadazo en la cabeza. Por suerte, el cráneo no se había roto, solo la piel. Lord Hiro lo había golpeado por error en la cabeza con su espada, dijeron las princesas entre lágrimas. Había estado inconsciente durante días. Yü limpió la herida con una infusión curativa y le puso una venda. Luego, por si acaso, le aplicó una pomada que se suele usar para caballos heridos, pero no había nada más disponible, ni un médico que pudiera haberlo hecho mejor. Le hizo una buena venda. Vigilaba a "su" hombre enfermo, y cuando no había nadie más cerca, le lamía y le chupaba la erección porque le impedía curarse. Las princesas fueron violadas sin piedad por Lord Hiro y sus guerreros durante tres días, y luego se marcharon. La princesa más joven era virgen, y Lord Hiro se encargó de desflorar a la valiosa rehén, o más bien prisionera, y ser el primero en acostarse con ella. Ella, Yü, ya había tenido que acostarse con Lord Hiro antes, pero en su opinión, él no era un amante particularmente bueno. Cuando los guerreros se fueron, las princesas fueron directamente con su hermano y les explicaron por qué habían chupado y lamido el pene del hombre inconsciente. Las princesas lo entendieron de inmediato, y las tres se turnaron, sin dejar a su hermano solo ni un instante. Incluso la hermana menor aprendió a lamerle el pene; Yü no podía creer al principio que nunca antes hubiera lamido un pene. Pero

las hermanas eran expertas en chuparle el pene y no le permitieron sufrir la erección ni un solo momento.

Yü se inclinó hacia adelante; a pesar de sus suaves caricias, Pyi se había puesto duro, y Yü le rogó que se lo chupara. Él hubiera preferido follar, pero asintió, ¡aceptó! Continuó chupando con fuerza su pezón, que se había endurecido y puesto erecto como la punta de un lápiz mientras ella tomaba su pene en la boca. Yü era una verdadera maestra en el arte de chupar penes, pero se lo tomaba con calma; quería saborear cada momento. Lo chupó y lamió durante lo que pareció una eternidad; él ya estaba a punto de correrse.

Ya le había mordido el pezón hasta dejarlo en carne viva y ahora se llevó el otro pezón a la boca con la mano; era igual de duro y rígido que el primero. Ella gimió de placer y lujuria mientras él tomaba el segundo pezón en su boca. Lo manejaba con cuidado, tan tentado estaba de morderlo. Yü se frotó el clítoris intensamente y chupó, lamió y mordisqueó su pene. Le tomó un día más que una eternidad; le gritó, jadeando con fuerza, que mordiera más fuerte el pezón, ¡estaba a punto de correrse! Y en efecto, se corrió con su clítoris y dejó que él eyaculara profundamente en su garganta. Ella lamió y chupó hasta la última gota. “¡Mmm! ¡Esto sabe tan bien!” exclamó mientras tragaba su semen.

Le hizo dos preguntas más. ¿De verdad Lord Hiro había herido al príncipe con la espada? Yü asintió al instante; eso era lo que habían dicho las dos princesas. Llorando, añadió Yü. Y segundo, ¿eran realmente rehenes, prisioneros? Yü pensó un momento. Lo había oído; tal vez incluso Lord Hiro lo había dicho, pero no estaba segura. Sin duda lo había oído, pero no estaba segura de quién lo había dicho. En aquel entonces, el mayordomo del castillo aún vivía y le habían ordenado vigilarlos de cerca. En realidad, debería haber sido el propio Lord Hiro quien le diera la orden al mayordomo. Por desgracia, llevaba años muerto. Yü también tenía una pregunta: ¿sabía él qué había sido del principito y las princesas? Solo bajaba a la cocina una vez al día, cogía algo de comida y charlaba un poco. Por lo demás, simplemente se tumbaba en su estera y se masturbaba cuando le apetecía, y la mayoría de las veces lo hacía, Yü rió entre dientes. Pyi dijo que no tenía ni idea de qué había sido de ellos.

Durante las siguientes semanas, Pyi estuvo muy pensativo, reflexionando sobre lo que Yü le había contado. Puede que Yü se hubiera vuelto un poco excéntrica, pero recordaba prácticamente todo lo que había oído en aquel momento. No les contó nada a Mei ni a Lan sobre la conversación con Yü; le avergonzaba profundamente haberse acostado en su regazo como un bebé, succionando y mordisqueando su pezón. Era vergonzoso porque lo había experimentado sexualmente y lo había disfrutado.

Como de costumbre, se acostaba con Mei, Lan y las criadas, y siempre estaba en la cama cuando el señor Hiro venía a acostarse con Mei y Lan. Siempre observaba el acto sexual muy de cerca; nada escapaba a la mirada del voyeur. Las hermanas se entregaban; nada indicaba que fueran prisioneras ni que Hiro hubiera violado a su amada Lan años atrás. Cumplió 15, luego 16 años. Sabía leer y escribir los 40.000 caracteres; había leído cientos, quizás miles, de libros, sobre todo de historia, pero también obras de filósofos y sabios. La aritmética, las matemáticas y la astrología no le interesaban en absoluto.

Se había acostado con todas las mujeres y muchachas del castillo e incluso había visitado a Yü muchas veces, pues el sexo con ella era depravado y perverso. Incluso había seducido a las mujeres gordas de la cocina y las había llevado a la despensa para acostarse con ellas. Aparte de sus hermanas, con quienes se acostaba todas las noches, se había acostado con todas incontables veces; sentía una extraña sensación en el estómago, como si todas le repugnaran.

Lan lo sorprendió después de que tuvieron relaciones sexuales con la noticia de que estaba embarazada. Lógicamente, no podía ser el Sr. Hiro; él no había estado en el castillo en ese momento. Lo pensó durante un buen rato y no pudo llegar a una conclusión, pero sintió ganas de tener relaciones sexuales con Lan. Estaban en medio de ello cuando la puerta se abrió y Mei entró sigilosamente. “No dejen que los interrumpamos”, dijo suavemente y se acostó junto a ellos, “¡terminen en paz!”. Los abrazó a ambos y los apretó con fuerza mientras continuaban teniendo relaciones sexuales. Lan tuvo un orgasmo maravilloso, luego se quedaron jadeando uno al lado del otro. Era la primera vez que los tres estaban juntos. Mei rompió el silencio. “Yo

también estoy embarazada", dijo muy bajo. Pyi se incorporó emocionado. ¿Qué? ¿Los dos? ¿Embarazados? Y el Sr. Hiro no podía ser el padre, ambos coincidieron. Quería hacer algo, ¿pero qué? Los dos rieron dulcemente. —No tienes que hacer nada, solo sigue follando con nosotras hasta que vuele el polvo —rió Lan—. Y le diremos al amo que estamos embarazadas; era como un demonio que quería tener un hijo con él, así que tendrá dos. Mei era la alta y sensata. Continuó diciendo que solo ellas sabían que Pyi era el padre, y que lo que pensara el amo era completamente irrelevante.

Una alegre sorpresa rompió su silencio. Pyi soltó una carcajada. "¡El maestro se desmoronaría si supiera que sus rehenes, sus prisioneras, se han quedado embarazadas, todo sin el gran pene de su guerrero!" Las hermanas palidecieron. "Está recuperando la memoria", susurró Mei. Él asintió frenéticamente. "Vi a ese canalla de Hiro violarte y desflorarte, pequeña Lan. ¡Se arrepentirá de esto!" La mirada de horror en los ojos de Lan lo decía todo. "Vi cómo él y sus guerreros las violaban a ambas durante tres días seguidos, mientras el villano Hiro ordenaba al guardián del castillo que nos protegiera, a nosotras, sus rehenes. No recuerdo bien por qué me cortó el pelo con su espada, y francamente, no me importa. Simplemente no sé contra quién luchaba, ni cómo logró que ronronearas como gatitas solo porque este criminal puede follártelas".

Mei fue la primera en recuperarse. "Lord Hiro, es decir, Hiro, lleva diez años luchando contra el emperador, intentando derrocarlo. Ha conquistado una parte considerable del país, pero no puede acercarse a la ciudad imperial a menos de un día de viaje. Mantiene cautivos a nuestros padres y a nuestras dos hermanas menores en otro castillo, obligándonos a comportarnos como amantes. Nuestra madre fue la favorita del emperador hace muchos años, y por eso nuestros padres son una importante moneda de cambio contra él. Las dos hermanas tienen ahora 12 y 13 años; él desfloró a la de 13 hace seis meses y se la folla cada vez que pasa. Lo sé por uno de sus fieles compañeros, que no puede resistirse a mis muslos blancos. No, nunca le he dejado eyacular dentro de mí, ¡te lo juro, querida Pyi! También supe que Hiro separó a las hermanas de sus padres hace un año, pero pueden verse y hablar entre sí a través de un pasillo. A la hermana menor se le permitió ver cómo desfloraban y follaban a la mayor, y aparente-

mente ella “Lo disfruta.” Que Hiro también la convertiría en mujer. Estos son los últimos mensajes que recibí de mi espía enamorado hace 3 meses.”

Pyi dijo que le cortaría la cabeza a Hiro. Mei y Lan no lo detendrían, pero no debía ponerse en peligro. Acordaron esperar la oportunidad adecuada; sin duda se presentaría. Pyi suspiró aliviado; el nudo en su estómago había desaparecido. Dijo que debían dormir juntos a partir de ahora, y se acostó con ambos alternativamente hasta la madrugada. Sin duda, fue el mejor momento para los tres.

El señor Hiro llegó y estaba absolutamente encantado. ¡Dos niñas, simplemente fantástico! Mientras Hiro y Pyi estaban con Lan, Mei tenía sexo con su espía. Finalmente, ella le permitió eyacular dentro de ella, una y otra vez, y recibió los mensajes más calientes. Hiro también había desflorado a la niña de 12 años y ahora tenía sexo con ambas niñas alternativamente. La mayor era tímida y llena de vergüenza cuando la follaban; miraba con lágrimas en los ojos a la menor, quien miraba con lujuria salvaje a su hermana siendo follada y se tiraba y frotaba el clítoris con excitación. La menor era mucho más promiscua; se dejaba follar apasionadamente y siempre se decepcionaba cuando él eyaculaba demasiado pronto. Él, el espía, también se había follado a ambas niñas cuando Hiro no estaba presente. Había varias personas del círculo de Hiro que se follaban a las niñas, y Hiro probablemente incluso lo sabía, y si lo sabía, no parecía importarle. Hiro se fue, pero seguramente volvería en 4 semanas para follar a sus esposas embarazadas.

Pyi admiraba los vientres de sus hermanas; era evidente que eran aún más voraces en la cama durante sus embarazos. Ya no se acostaba con criadas; Mei y Lan necesitaban toda su virilidad y cada gota de su semen. Estaba bien con eso; sus hermanas dormían mejor que cualquier criada. Hiro llegó puntual, como prometió. Fue primero a ver a Lan, como siempre. Le importaba un bledo la joven de 17 años, que yacía “dormida” de lado a los pies de la cama. Lan estaba completamente en silencio y vio su oportunidad cuando Hiro y Lan, jadeando, se acercaban al final. Se levantó en un instante y fue al cofre, tomó la espada envainada y se puso junto a ellos. Lan lo vio de reojo; presionó ambas manos contra el pecho de Hiro para que se sentara

derecho. Se sentó para eyacular; no vio ni oyó nada más. En ese instante, Pyi arrancó la espada de su vaina, la agarró con ambas manos y, en un mismo movimiento, le cortó la cabeza a Hiro. La sangre salpicó a Lan, su cabeza golpeó el suelo de piedra con un sordo ruido, y Lan gritó como una loca porque el hombre sin cabeza seguía derramando sangre dentro de su ano. "¡Sigue derramando, Dios mío, sigue derramando!"

—¿Estás herida? —le preguntó a Lan, pero ella negó con la cabeza. Consideró tomar la espada por un momento, pero la dejó caer al suelo; no tenía ni idea de esgrima. Fue desnudo a la puerta de Mei y borró su señal secreta. Lan se metió rápidamente en la bañera y se lavó la sangre. Pyi les instó a irse de inmediato. Mei asomó la cabeza por la puerta y comprendió la situación al instante. Dejó que el espía durmiera y barricó la puerta desde afuera. Se vistió en un instante y estaba lista. Se escabulleron a la cocina, robaron algo de comida y un par de botellas de vino. Luego corrieron a los establos y escogieron tres caballos. Pyi tomó un cuarto, por si acaso. Luego dejaron las puertas de los establos abiertas de par en par y abrieron los boxes. Ninguno de ellos sabía montar, pero se subieron a los caballos sin silla y los animaron. Pyi miró hacia atrás brevemente; el castillo estaba en un silencio sepulcral, y los primeros caballos se asomaban por la puerta, confundidos y curiosos. Esperaba que todos los caballos se escabulleran. Mei se detuvo. Se quitó la camisa. «Mejor una quemadura de sol en el pecho que carne picada entre las piernas», le gritó a Lan. Lan lo entendió al instante y se quitó la camisa; ahora estaba completamente desnuda. Patearon a los caballos en el costado. Como los caballos no sentían ninguna fuerza de dirección, siguieron obedientemente el camino conocido. Pyi rió con amargura. «¡Los caballos están viendo a una jinete desnuda por primera vez, y luego a una cuyos hermosos pechos se balancean al ritmo de los movimientos del caballo!»

Los caballos corrieron velozmente, luego caminaron despacio un rato antes de volver a correr. Detrás de ellos, a unos cien metros de distancia, se encontraba toda la manada de caballos sin jinete, que curiosamente se unieron a la inesperada excursión.

Mei contó que su madre había sido la amante del emperador durante muchos años. La llevaban dos o tres veces al mes en una litera y la traían de vuelta a casa después de dos o tres noches. A los catorce años, confrontó a su madre, quien simplemente se encogió de hombros. “¿Y qué? ¡El emperador es un hombre como cualquier otro!”. Mei pronto descubrió que a su padre no le importaba en absoluto; después de todo, su madre había sido la favorita del emperador durante años. Mei le preguntó, con los ojos brillantes, si era la hija ilegítima del emperador. Su respuesta aún la asombraba. “¡Esos dos pequeños son definitivamente míos!”, había exclamado.

Alrededor del mediodía llegaron a un pueblo, acompañados por los cuarenta y tres caballos que los habían seguido en silencio y con curiosidad.

Pyi se daba la vuelta y se reía a carcajadas cada vez que veía los caballos.

Lo primero que quiso preguntarle a su padre fue si él también era un bastardo del Emperador como Mei y Lan.

• • •

LIBRO IV:
La Dama del Dragón Negra

von Jack Faber © 2024

El chico no era de por aquí. Llevaba años siguiendo al cuentacuentos a cada pueblo. Caminaba junto a la niña que guiaba al cuentacuentos ciego de un lugar a otro, tomándola de la mano. Tendría unos 13 o 14 años, muy joven, solo unos años menor que él. La ayudó a preparar su lugar para dormir. La ayudó a cocinar, y los tres comieron en silencio. El anciano se tumbó en la estera e hizo una seña a la niña. Solo sentía ganas de que la niña lo follara cada pocos días. La niña sacó a tientas el pene semi-erecto del anciano y se lo metió en la boca. Lo chupó y lamió hasta que, después de unos minutos, estuvo completamente erecto. Ágilmente, se subió la falda y se sentó sobre él, introduciendo simultáneamente el viejo y nudoso pene en su boca. Era muy hábil y tenía mucha práctica cabalgando el pene rápidamente. Después de apenas tres minutos, el anciano gimió y eyaculó laboriosamente en la pequeña y apretada vagina de la niña. Ella desmontó y besó al anciano en la mejilla. Él, a su vez, le acarició el cabello, la cabeza y la mejilla. “Eres una buena niña”, dijo, y ella asintió agradecida. Sabía que era su hija, así como el niño era su hijo. Se volvió hacia el niño. “¿Montando o acostada?”, preguntó, y él murmuró: “¡Acostada!”. No necesitaron discutirlo mucho; ella se acostó boca arriba y él se acostó encima de ella. “Concéntrate bien, ¡quizás tengas un orgasmo!”, dijo suavemente y comenzó a follarla. La folló durante más de quince minutos sin parar. Tuvo que eyacular tres veces seguidas de nuevo hoy porque su pequeña y apretada vagina ordeñó con avidez su jugo de su pene. Solo con la tercera eyaculación su erección disminuyó. “Quizás funcione mañana”, susurró la chica, que una vez más no había tenido un orgasmo. Él asintió y se durmieron. Calentó a la chica por un lado; Ella se acurrucó en los brazos del anciano y lo calentó.

El niño se sabía de memoria todos los cuentos del narrador. En aquellos tiempos, la mayoría de la población era analfabeta; no exis-

tían registros escritos. Cuando el anciano falleció, quiso ser el siguiente narrador. Solo tenía la palabra de su madre en su lecho de muerte de que el anciano era su padre, y desde entonces lo había seguido de pueblo en pueblo, aunque solo tenía nueve años. Observaba con mucha atención cómo se desarrollaba todo. Las jóvenes de la primera fila se habían quitado los velos; estaban desnudas bajo sus faldas. Normalmente, una niña llevaba un trozo de tela para cubrirse la vulva. Deslizaban una mano por dentro de la cinturilla de la falda desde arriba, y sus dedos jugaban con su clítoris, sin pausa, hasta el final de la noche. De esta manera, aprendían muy pronto a ocultar sus orgasmos a la vista de los demás. Siempre había una niña, ya desflorada, tumbada boca arriba en el regazo del narrador. Ella tenía el pene del viejo, más o menos oculto bajo su falda, dentro de ella, y sus dedos acariciaban suavemente su clítoris. El viejo, con astucia, lo calculó para que, en un momento subido de tono de la historia, cuando todos reían y aplaudían, eyaculara rápidamente un poco en la vagina de la chica, ya que otros esperaban para sentarse en su regazo. Por supuesto, el viejo sinvergüenza sabía que ya había engendrado cientos de bastardos de esta manera, pero no le importaba.

En las últimas filas, en la oscuridad, la follada estaba en pleno apogeo. El chico se sentó entre los jóvenes humeantes. Observaba, por supuesto, con interés científico, cómo follaban a las mujeres. El hombre en cuyo regazo ella estaba sentada de espaldas, escuchando la historia, le había agarrado las nalgas y la había levantado ligeramente. Los hombres follaban muy despacio para no llamar la atención, aunque todos sabían que estaban follando. La mayoría de las mujeres se habían metido una mano bajo la falda, su dedo bailando sobre su clítoris. Si observabas con mucha atención, podías saber por el temblor de sus muslos o nalgas cuando estaba a punto de tener un orgasmo. La mayoría de los hombres levantaban a la mujer unos centímetros más cuando, como conejos en el clímax, la follaban furiosamente rápido desde abajo y eyaculaban dentro de ella. Esperaban solo unos instantes, luego sacaban sus penes y empujaban a la mujer al regazo de un vecino que esperaba. El chico había estado participando durante mucho tiempo. Al principio, antes de eyacular, introducía su pene en la vagina de la mujer, pero no llegaba a tener relaciones sexuales. Rodeaba su ano, que era más o menos grande, y la masturbaba con el dedo. Le llevó bastante tiempo dominar esta técnica. Más

tarde, pudo eyacular y entonces tuvo relaciones sexuales como los demás hombres. Normalmente solo se acostaba con tres mujeres a la vez; después, ya era suficiente. La mayoría de las mujeres eran gordas y pesadas, y lo sepultaban bajo sus masas de carne, algo que no le gustaba nada. Aunque precisamente esas mujeres gordas eran las que mejor lo hacían.

Hacia el final de la noche, el chico se sentó en la segunda fila, extendió la mano hacia las chicas de la primera fila y dejó que su dedo danzara sobre sus clítoris; a todas les gustó.

¡Que comience la historia!

* * *

Min estaba sentada en las aguas poco profundas del río, refrescando su herida. Había luchado contra un guerrero corpulento, clavándole la daga en el costado del cuello y desenvainándole la espada con fuerza. Al caer, el moribundo le había rozado las costillas con la espada. No era una herida mortal, pero era profunda y le llegaba hasta las costillas. El sastre del pueblo se la había cosido, y ella apretó los dientes. Eso había sido hacía cuatro semanas; ahora estaba sentada con el agua hasta la cintura, aliviando la herida, la dolorosa cicatriz.

En un principio no era una revolucionaria; nació como la princesa Min en la corte de la dinastía Ma'ang y se esperaba que algún día se casara con un funcionario de alto rango. Pero su vida tomó un rumbo muy diferente.

Comenzó a aprender a leer a los cinco años y pasaba muchas horas en la biblioteca. Las niñas y princesas de aquella época eran vistas como meras reliquias; lo único que debían aprender era a tener sexo. Min aún no había descubierto su sexualidad; prefería leer. Solo una vez al año venía el famoso cuentacuentos al pueblo, e incluso de niña, Min lo escuchaba alrededor de la fogata. Los cuentos del cuentacuentos siempre eran picantes, y no se rehuía a ningún acto sexual. El anciano ciego seguramente no tenía ni cien años, como muchos susurraban, pero aquellas noches rebosaban de sexo. Las chicas más guapas se sentaban en la primera fila, sin usar pareos, y se metían las

manos dentro de las faldas desde arriba, mientras sus dedos se acariciaban el clítoris. Min podía ver debajo de muchas de sus faldas y observar sus dedos sobre el clítoris. Así, aprendió a masturbarse desde muy joven y lo hacía todas las noches antes de dormirse después del orgasmo. Sus amigas le habían dicho que así era como se suponía que despertaba la sexualidad. La niña anhelaba esto con todas sus fuerzas. Había leído tanto sobre el amor que ansiaba la intimidad física.

Una jovencita siempre se sentaba en el regazo del viejo cuentacuentos, con su viejo pene metido bajo su falda y dentro de su coño. Min podía ver con bastante claridad que de vez en cuando él se esforzaba y eyaculaba un poco dentro de ella. Pero solo quienes estaban sentados justo enfrente podían verlo. Él jugaba con el clítoris de la chica, y cuando ella llegaba al orgasmo, le daba las gracias al viejo y dejaba sitio a la siguiente. Las chicas disfrutaban mucho exponiéndose ante los ojos de unos pocos elegidos; seguía siendo lo suficientemente íntimo y no tenía la mala fama del sexo en público.

A medida que Min crecía, se interesó más en sentarse en las últimas filas. Ahí era donde ocurría la verdadera follada. Min se sentaba entre dos hombres o jóvenes increíblemente atractivos que subían a la mujer sentada delante de ellos a sus regazos. Todos eran mujeres respetables y castas; Min conocía a la mayoría. El joven apartaba su falda en cuanto ella se sentaba en su regazo. La mujer cerraba los ojos y suspiraba avergonzada mientras él deslizaba su pene dentro de ella desde abajo. Estas mujeres no eran ni promiscuas ni zorras; eran tímidas, castas y devotas a sus maridos. Pero la noche del narrador era su única oportunidad de ser folladas por una docena de extraños al amparo de la oscuridad. Así que Min sabía lo que era follar desde esa perspectiva; observaba atentamente cómo sus compañeros de asiento follaban en secreto a las mujeres sentadas. Nadie follaba abiertamente y sin restricciones. La niña Min le preguntaba a la mujer si podía mirar y sostener su cara debajo de su falda. El hombre sostenía a la mujer por las caderas, con su pene profundamente dentro de ella. Ni el hombre ni la mujer se movían mucho; La mayoría de las mujeres se estimulaban el clítoris con los dedos, y Min sabía perfectamente por qué. La mujer reprimió su orgasmo lo mejor que pudo. Los hombres se movían con mucho cuidado, y Min pudo ver el

pene entrar y salir durante un buen rato. Luego, levantó ligeramente las nalgas de la mujer y comenzó el clímax. Su pene ahora entraba y salía a la velocidad de un conejo, se arqueaba y eyaculaba violentamente en su vagina. La mujer suspiró satisfecha, pensando en su marido, a quien engañaba con una docena de hombres hambrientos en esta situación, más o menos tolerada.

Min aprendió rápidamente cómo se veía cuando el pene bombeaba y bombeaba y bombeaba. La mujer levantó el trasero y fue arrastrada hasta el regazo del vecino más cercano. Min se sorprendió mucho, porque estas mujeres estaban siendo folladas por al menos 10 o 15 hombres durante la historia; le parecía perverso. Pero Min también aprendió lo importante que era para estos hombres y mujeres follar, y que no importaba en absoluto con quién.

Min solo tuvo que extender la mano y tocar las nalgas de las mujeres. Palpó sus vaginas porque quería saber cómo era ser penetrada. Colocó su mano sobre sus penes para experimentar la eyaculación de cerca. El hombre y la mujer estaban demasiado ocupados como para prestar atención a los dedos curiosos de la niña. Así fue como Min aprendió a tener sexo desde muy pequeña.

Min tenía ocho años cuando su hermanastra mayor le explicó el himen. Era muy importante; solo su padre, el príncipe, tenía permitido desflorarla, a los doce o trece años, tal vez. De lo contrario, sería una terrible deshonra para el príncipe; incluso podría perder la cabeza. Esto tuvo un efecto profundo. Min podía hablar con su hermana de cualquier cosa. ¿Tenía permitido ser penetrada analmente? Lo veía todo el tiempo, a los chicos mayores follando a los más jóvenes. Los más jóvenes eyaculaban solos; solo unos pocos necesitaban ser masturbados para eyacular. La hermana mayor se rió; por supuesto que tenía permitido, solo tenía que vigilar como un águila para asegurarse de que nadie le rompiera el himen. Así fue como Min se ganó la atención de todos; se convirtió en la más popular en el sexo anal y en el centro de atención. Chicos grandes, hombres jóvenes, incluso hombres adultos venían. Dejó que una docena de chicos y hombres la follaran por el culo mientras el cuentacuentos narraba su historia. Esto solo cambió cuando su hermano la desfloró. Entonces tenía rienda suelta y se acostaba con cualquiera que se lo permitiera. No

solo se acostaba con los que su padre le enviaba amablemente. Para cuando se enamoró a los 19 años, ya se había acostado con cientos, incluso con el viejo cuentacuentos.

En aquella época, aproximadamente entre 300 y 400 años antes de nuestra era, las mujeres en las zonas rurales estaban completamente sometidas a los hombres. Gracias a Dios, las enfermedades de transmisión sexual no estaban muy extendidas o simplemente no existían. Una orden tajante bastaba para tener relaciones sexuales con una mujer, incluso si no eras su marido. Y la mayoría de las mujeres se sometían a esta cultura degradante debido a su profunda superstición. Fantasmas, genios y almas de los muertos estaban por todas partes, obligando a las mujeres a abrir las piernas para tener sexo y someterse en silencio a sus deseos. Los hombres solteros, jóvenes y viejos, naturalmente se aprovechaban de esto. Se acercaban a las mujeres dormidas por la noche, fingiendo ser fantasmas o genios. Las mujeres se asustaban, se daban la vuelta boca abajo y escondían la cara en las almohadas. Exponían las nalgas y las sacaban para permitir que el hombre poderoso las violara. En aquellos tiempos, esto era una verdadera plaga. Solo en raras ocasiones el marido despertaba y expulsaba al fantasma, que volvía al cabo de un tiempo y violaba a la esposa. Las mujeres enterraban sus rostros en las almohadas, pues no se debe mirar directamente a un fantasma. Los fantasmas violaban igual que los hombres. Cuando el fantasma exigía la eyaculación, ella enterraba aún más su rostro en las almohadas y extendía la mano hacia atrás para frotar con fuerza el pene del fantasma para que pudiera violarla una vez más. Nueve de cada diez mujeres del campo experimentaron esto, muchas durante años o toda la vida. Fue un milenio salvaje y desenfrenado. Cientos de miles de mujeres fueron violadas noche tras noche por un fantasma, ya fuera el amable vecino, un soltero con mucha libido o un viajero cualquiera. Todos violaban a las aterrorizadas mujeres y niñas a su antojo. Muchas mujeres estaban tan condicionadas que, al menor ruido en la puerta o la ventana, se tumbaban inmediatamente boca abajo, enterraban sus rostros en las almohadas y levantaban sus nalgas desnudas. Quienquiera que fuera podía follarlas de inmediato y en completo silencio. Abuelos, suegros, tíos y hermanos, incluso sus propios hijos, se beneficiaban de este abundante suministro. Tras la muerte de Min, la moral empeoró. Se generalizó la tolerancia y aceptación de niños, ado-

lescentes y, posteriormente, adultos, que se masturbaban en público, tanto chicos como chicas. La moral se deterioró progresivamente; ya no era necesario fingir ser un fantasma. Hombres y mujeres mantenían relaciones sexuales en público sin importarles los espectadores ni el pudor. Los maridos cerraban la puerta con llave por la noche si honraban y protegían a sus esposas, pero no eran muchos. La sexualidad era pública, libre y ya no tenía nada de especial.

Min cumplió 12 años, luego 13, y el viejo príncipe, su padre, seguía sin tomar ninguna medida para desflorarla según la costumbre. Cuando ella tenía 14 años, su padre comprendió dolorosamente su deber y encargó a su hijo mayor de su primer matrimonio que desflorara a la princesa Min.

El hermanastro ya tenía treinta años y estaba casado, pero obedecía a su padre, el príncipe. Le habló con cariño y seriedad a la joven, Min, preparándola para lo que estaba por venir. Min, por supuesto, ya lo sabía, pero era maravilloso e íntimo hablar con su hermano mayor sobre perder la virginidad y tener relaciones sexuales, sobre el clítoris y el pene. Ocultó su decepción porque él solo quería cumplir con su deber paternal y no tenía intención de tomarla por esposa. Sin embargo, preparó meticulosamente su habitación, sábanas nuevas y muchas velas para iluminar su primera noche con un hombre. Luego, tomó a su hermano de la mano y dejó caer su vestido al suelo.

Ella lo desnudó y sintió cómo su pene se endurecía; la simple visión de la hermosa chica desnuda lo excitó, sin que hubieran dicho una sola palabra. Era muy delgada, sus pechos aún pequeños como los de una virgen, y su zona púbica completamente depilada; nunca le había crecido vello púbico en toda su vida. Su vulva parecía tan intacta y tierna como la de una niña de diez años. Él la abrazó con cariño y le susurró que tendría mucho cuidado. Min sonrió agradecida y se acostó en la cama, tirando de él hacia abajo con ella. Él la penetró suavemente, y Min sintió solo un pequeño pinchazo. La penetró profundamente hasta que su pene tocó su cuello uterino. “Ahora eres una mujer de verdad, y quiero follarte como es debido”, susurró, y ella susurró: “Sí, adelante, correte dentro de mí; ¡todavía soy demasiado joven para recibir!”. Él era un follador experimentado y la folló lentamente, aumentando gradualmente el ritmo. Ella se calentaba

cada vez más, pero en toda la excitación, no podía llegar al orgasmo. Se incorporó después de 15 minutos. “Tengo que venirme ahora, hermanita”, jadeó, y ella asintió. Él vino maravillosamente, y ella sintió cada chorro dentro de ella. Después, la abrazó y le besó la mejilla. “¡Eso fue maravilloso, hermanita, y lo atesoraré en mi corazón!” Susurraron un rato más, pero él negó con la cabeza. “Estoy casado, pequeña Min. Amo a mi esposa con todo mi corazón. Ella aceptó cuando nuestro padre me lo ordenó en su presencia. Le pertenezco, así que por favor no estés triste por eso. Le informaré a nuestro padre, ¡y él se asegurará de que siempre tengas un buen hombre con quien follar!” Y así se separaron, y Min lloró sobre su almohada.

El padre, el príncipe, se aseguraba de que Min casi nunca durmiera sola. Constantemente tenía invitados y los llevaba a casa de Min. Ella conoció a muchos hombres, la mayoría de los cuales no eran muy buenos en la cama. Sin embargo, sobre todo cuando el príncipe quería recompensar a uno de sus oficiales, ella conseguía un buen hombre para tener sexo. Por supuesto, tenía que informar a su padre después de al menos uno de sus invitados. El padre escuchaba con rostro impasible; el aspecto político era importante para él, el aspecto sexual le interesaba poco. Sin embargo, Min nunca se sintió como una prostituta de la realeza; tenía sexo por el bien de su padre. Sirvió a su padre de esta manera durante cinco años, noche tras noche teniendo sexo con todos los que él le enviaba. Pero a los diecinueve años, se enamoró perdidamente.

A los 19 años, ya no era una niña; incluso se había recostado varias veces en el regazo del viejo cuentacuentos y le había permitido eyacular dentro de ella, completamente cautivada por sus dedos sedosos sobre su clítoris. Entonces, un día conoció a un oficial, sus miradas se cruzaron, ¡y su clítoris gritó de placer! Lo invitó a tomar el té en el jardín. Se llamaba Kai, y era un oficial de enlace del reino vecino de Xin. Solo se quedaría tres meses, dijo con pesar. Después de su intensa conversación, ella le preguntó si dormiría con su esposa esa noche. Kai sonrió. No estaba casado y se acostaba con alguna chica de la corte, como todos los demás oficiales. Todos los oficiales tenían una esposa con la que acostarse, y nadie esperaba más. Min era una mujer educada e inteligente y tomó las riendas de su destino. Acompañó a Kai a su alcoba.

Fue la noche más maravillosa de su vida hasta el momento. Kai era atlético y deportista, y ella experimentó su primer orgasmo durante el sexo. Tuvo otro más tarde, y así tomó su decisión. Pasó todas las noches durante tres meses con Kai, quien demostró ser no solo un buen y considerado amante, sino también un compañero culto e igualitario. Después de tres meses, fue con él a ver al príncipe, su padre, y le pidió que acompañara a Kai al reino de Xin. Su padre sabía que, si bien Kai sería general en Xin, no era una buena opción ni política ni económicamente. Min se mantuvo firme; iría con Kai, y lamentaba no ser una princesa fácil de casar, según su príncipe. Pero como su padre, solo podía darle su bendición; no había otra opción, dijo con firmeza. Recibió su bendición.

El rey de Xin era un anciano amargado que había tenido malas experiencias en el ejército. Su esposa se había fugado con un joven oficial tras veinte años de aburrimiento. Así que le prohibió al general Kai casarse con una princesa extranjera. Kai se rió; le daba igual si se le permitía casarse o no. Min vivía con él; no deseaba nada más. Se amaban con todo su corazón, y eso les bastaba. Ambos despreciaban al rey gruñón.

Kai le hizo un regalo especial. Un tatuador japonés le tatuaría la espalda. Min, enamorado de ella, aceptó de inmediato. Kai se sentó a su lado mientras ella yacía desnuda sobre el asistente del tatuador, quien le tatuaba la espalda con dolor. Para distraerla del dolor, el asistente introdujo su pene en su vagina y mantuvo la erección durante tres o cuatro horas. Min estaba confundida y desconcertada al principio, pero Kai quería que se tatuara, y esto era parte del proceso. El hecho de que el asistente la estuviera follando no le molestaba en absoluto. Min ya se había acostado con cientos de hombres, pero follar mientras la tatuaban era algo realmente especial.

El pene del asistente estaba deformado, pero en cuanto estuvo dentro de ella, se sintió maravilloso, llenando su coño con firmeza y belleza. Cualquiera que fuera la razón, él podía follarla lentamente de orgasmo en orgasmo durante tres o cuatro horas sin interrupción. Ella yacía inmóvil sobre el asistente, quien se encargaba de todo. Desnuda sobre él, se dejó follar de orgasmo en orgasmo, por lo que sintió muy poco dolor. Sonrió, pues nunca había experimentado a un

hombre con tal resistencia. Kai le tomó la mano y le sonrió dulcemente mientras se sentaba a su lado, observándola orgasmo tras orgasmo; estaba genuinamente feliz por ella.

El tatuaje duró medio año. Todos los días, Min yacía desnuda sobre el asistente, todos los días guiaba alegremente el pene del asistente hacia su vagina y se dejaba tatuar y follar. Después de tres o cuatro horas, el asistente ya no podía contenerse; la agarró de las caderas y jadeó al eyacular. Ella permanecía tumbada sobre el asistente, porque el maestro la montaba por detrás cada vez. La follaba con mucha suavidad porque ya era un hombre mayor; le acariciaba el clítoris y eyaculaba dentro de ella por detrás. Esto ocurría todos los días.

El tatuaje cubría toda su espalda, desde la línea del cabello hasta los talones. Un dragón negro como la noche, en un frenesí de pasión, le clavaba los dientes en el cuello durante el apareamiento. Sus garras y patas se aferraban a su espalda en el momento de la eyaculación. Solo su cola era de un rojo ardiente, brotando dentro de su vagina. Esta fue una de las partes más difíciles; el propio tatuador folló a Min durante varios días, frotando expertamente su clítoris de orgasmo en orgasmo para determinar la posición de la cola del dragón. Min gritaba de lujuria mientras los dos hombres japoneses se turnaban para follarla. Pero el tatuador encontró los puntos correctos, usando tinta rojo cardenal para tatuar la cola del dragón en sus nalgas, sus labios, su clítoris y el capuchón del clítoris. Tatuar el clítoris fue muy, muy doloroso, incluso aunque el asistente lo masturbaba vigorosamente al mismo tiempo. Un día, el tatuaje estuvo terminado. Kai estaba casi sin aliento, la imagen era tan vívida. Cuando Min dio un paso, el dragón la penetró por detrás, su ardiente pene rojo eyaculando en su vagina. Pocos presenciaron la obra maestra, y casi nadie supo después que su apodo, “Dama Dragón Negra”, no provenía de su capa negra con el dragón dorado.

Durante cinco años, Min disfrutó de su felicidad con Kai. Kai estaba harto del mal gobierno del rey y se dejó seducir fácilmente por los revolucionarios. Un día, abandonó su puesto y desapareció con Min. Min había estudiado las demandas de la revolución y animó a Kai. El viejo rey gobernaba mal y con mucha brutalidad. Era justo que el

pueblo se sublevara. Ella vivió como una soldado en una tienda de campaña; durante tres años vagaron y asaltaron a las fuerzas reales siempre que se presentaba la oportunidad. Cada mañana, Min iba al río y presentaba a su dragón a cuestas a los soldados que se sentaban en la orilla y se masturbaban al verla. Se lavaba a conciencia para que el dragón pudiera follarla como es debido. Miraba por encima del hombro para ver a los hombres eyacular en altos arcos en el río, una y otra vez. Luego volvía a la tienda, sonriendo satisfecha. Kai también sonreía; era un cambio bienvenido para sus hombres. Min le era físicamente fiel, al igual que él a ella. Cuando sus hombres atravesaban una aldea y violaban a todas las niñas y mujeres, él no participaba. Los dos se querían mucho. Entonces fueron capturados.

Antes del amanecer, las tropas reales asaltaron su campamento, hiriendo a algunos de sus hombres y capturando a Kai y Min. Las tropas imperiales cabalgaron todo el día con los dos prisioneros entre ellos. Se detuvieron en un lugar seguro. Durante días debatieron si entregar o no al general Kai al rey. Pero los demás se impusieron. Al amanecer, obligaron a Kai a arrodillarse en la plaza. Le permitieron despedirse de su esposa. Ambos estaban atados y no podían abrazarse; un último beso fue todo lo que pudieron hacer. Entonces Kai tuvo que arrodillarse. El capitán alzó su espada, la propia espada de Kai, y le cortó la cabeza. Min gritó como una loca, pero no ocurrió ningún milagro; los dioses, cobardes, no intervinieron. La cabeza de Kai yacía a sus pies, sus ojos vacíos mirando hacia el futuro lejano, y sus labios sonreían. Tal vez había vislumbrado el futuro y se sintió orgulloso de su esposa.

Min estaba sentada en un rincón, con el rostro impasible. Cayó la noche y llamó a uno de los guardias, exigiéndole que le desatara la mano; por supuesto, insistió. «Es asunto de mujeres», dijo Min con astucia. El buen hombre, sin querer hacer nada malo, le desató una mano. Se dio la vuelta, pues, en efecto, era asunto de mujeres. Min le rodeó el cuello con la cuerda atada a su otra mano y lo estranguló. Se liberó con la daga, tomó su espada desenvainada y desapareció en la oscuridad.

Como un fantasma, apareció por la noche junto a los soldados y les cortó la garganta en silencio. Cuando nadie estaba de guardia,

mató a todos los que dormían. Un instante de descuido y los cuarenta miembros de la realeza yacían muertos. Min buscó al líder, tomó la valiosa espada de Kai y su capa negra con el dragón dorado bordado, y encontró el cuerpo de Kai. Cavó una tumba y la cubrió con piedras. Ahora podía llorar, y lloró por su amado, por su esposo. Caminó por el bosque sin mirar atrás. Cuatro semanas después, llegó hasta los hombres y les contó todo. El hecho de que se hubieran encontrado cuarenta miembros de la realeza asesinados ya se había difundido, por supuesto, y no había mejor razón para su respeto. Se sentó con ellos alrededor de la fogata y simplemente escuchó. Claramente, la pregunta era quién los lideraría. En la tercera noche, se levantó y fue al centro, al fuego. "Yo los lideraré", dijo en voz baja, envolviéndose en la capa negra que usaría a partir de entonces, convirtiéndola en su sello distintivo. Al instante, se hizo el silencio, un silencio sepulcral. «¡Yo os guiaré!», repitió, un poco más alto. Nadie se movió. Entonces alguien gritó: «¡Viva nuestra líder, la princesa Min!», y se desató el caos. Los hombres la alzaron sobre sus hombros y la llevaron alrededor de la hoguera.

Y así sucedió que Min dirigió a los hombres con astucia, habilidad y sagacidad, y el rey fue perdiendo tropas una a una. Los revolucionarios sitiaron la capital, liderados por una mujer. En la capital la llamaban simplemente la "Dama Dragón Negra" porque siempre vestía una capa negra bordada con un dragón dorado. Era dura, brutal y astuta. Ninguna trampa, por muy ingeniosa que fuera, se cerró, ningún ataque tuvo éxito, porque los revolucionarios se habían posicionado a tiempo. El rey, desesperado, pidió ayuda al emperador. El viejo emperador Wu Chun envió a regañadientes unas pocas tropas, nada más. Min le envió un mensaje al emperador: no tenía ninguna disputa con él; simplemente eliminaría al viejo rey. Punto.

Por supuesto, el emperador no respondió. "¿Princesa Min, la Dama Dragón Negra"? ¿Quién podría ser? Molesto, tiró el mensaje. Min esperó cuatro semanas y luego marchó sobre la capital con 750.000 hombres; nadie pudo detenerla. Acampó con su ejército frente a las puertas de la ciudad imperial de Guan'ang. Esa noche, partió con tres hábiles guerreros. Dejaron inconscientes a los guardias cuando fue necesario, pero no mataron a ninguno. Así, Min entró en el palacio imperial. Los guardias temblorosos le mostraron el camino antes de

quedar inconscientes ellos mismos. Min llegó a la cámara más interna, la alcoba del emperador. Pero el emperador no estaba allí.

Min se asomó tres veces desde su escondite. No se trataba del emperador Wu Tschün; era un muchacho, no un hombre de 70 años teniendo relaciones sexuales con una mujer mayor y atractiva. Min esperó en su escondite y acordó con sus compañeras esperar hasta el final; entonces ella misma iría. Las compañeras sonrieron de oreja a oreja ante las explícitas señas sexuales de Min. Esperaron.

El joven eyaculó después de 10 minutos, y Min se acercó en silencio. Él y su acompañante la miraron, desconcertados. Ella se puso frente al joven desnudo y dijo: "Soy la princesa Min, también conocida como la Dama Dragón Negro. Vine aquí para hablar con el emperador Wu Chun, cara a cara. ¡Me convocaron aquí!". Antes de que el joven pudiera decir nada, su acompañante se colocó detrás de Min y, gritando, levantó una daga. "¡La Dama Dragón Negro! ¡La Dama Dragón Negro!", gritó, abalanzándose sobre Min. Min esquivó el ataque, la daga le cortó la camisa sin rozarle el cuerpo. La mujer que gritaba se desplomó muerta; uno de los acompañantes de Min le había clavado el cuchillo en la espalda, atravesándole el corazón.

El joven se dejó caer sobre las almohadas y lloró en silencio. Señaló a la mujer muerta. "¡Esa era mi madre!", susurró en silencio, secándose las lágrimas. Min dio un paso hacia él. "Lo siento, pero estos hombres solo me están defendiendo. ¡Lo siento por su madre, señor!". Min le dio un minuto. "He venido a hablar con el Emperador, cara a cara". El joven se puso de pie y enderezó la espalda. "Soy el Emperador, el Emperador Teng. Mi tío, el Emperador Wu Chun, lleva muerto dos semanas; su esposa lo envenenó. He sido nombrado nuevo Emperador. ¡Soy el Emperador Teng, Princesa Min!". Habló con tal dignidad que Min se inclinó inmediatamente hasta el suelo. "¡Saludos, Su Majestad! No estaba preparado para esta situación; solo quería resolver el asunto con el Emperador, pero ahora está muerto. ¡No tengo ninguna disputa con usted, Su Majestad!", dijo Min, inclinándose, con la frente tocando el suelo. Miró a uno de sus acompañantes y le hizo un gesto para que retirara a la mujer muerta.

El Emperador reflexionó. “Bueno, ahora que estás aquí y has matado a mis guardias…” Min interrumpió bruscamente. “No matamos a ninguno, Su Majestad, solo los dejamos inconscientes. ¡Vinimos con un mensaje, no con sangre en nuestras manos!” El Emperador Teng ordenó a Min que se sentara en un cojín. “Ahora que has venido pacíficamente, Princesa Min, habla e infórmame. Todavía no sé nada de tu asunto.” Min colocó la espada de Kai en el suelo y se sentó como se le ordenó. El Emperador Teng tomó la espada en su mano, la sacó tres centímetros de su vaina y asintió con mirada experta. “Una espada del Herrero de los Tres Caballos de Japón. Yo también tengo una suya. Ahora, ¿qué es, Princesa?” Min le contó sobre la rebelión contra el antiguo rey de Xin, las razones del levantamiento y cómo su esposo, el General Kai, se había convertido en uno de los líderes porque se había puesto del lado del pueblo. Había sido decapitado por las fuerzas reales dos años atrás, y desde entonces ella dirigía el ejército acampado a las afueras de la ciudad. «Eso era lo que quería conversar con el antiguo emperador».

Habló con el joven emperador durante más de dos horas. Él no derramó ni una lágrima por su madre. Ella lo había llevado a su cama cuando tenía doce años y le había enseñado a tener relaciones sexuales. Ahora tenía veintiocho, y ella simplemente no lo dejaba ir. Nunca se había acostado con otra mujer en su vida, y desde que se convirtió en emperador, ella lo gobernaba como si fuera su pupilo. Eso nunca habría terminado bien, dijo el emperador Teng.

Acordaron una solución pacífica. El Emperador llamaría al Rey, primero a través de un diplomático o, doce horas después, mediante un asesino. Min debía retirar sus tropas y enviarlas a casa; el pueblo podría nombrar un nuevo rey, independientemente de a quién eligieran. El Emperador rebuscó en un joyero. Le entregó a Min un broche de oro y le pidió que regresara en seis semanas para presentarlo como prueba de su estatus. Si deseaba continuar la conversación con él, no era necesario que regresara. Min lo consideró por unos instantes. «Concédame ocho semanas, Majestad. Debo elegir un rey, disolver las tropas y decidir si deseo volver a hablar con usted. ¿Le parece bien?». El Emperador Teng hizo una leve reverencia. «Como usted ordene, Princesa. Le deseo éxito en todo esto. ¡La espero en ocho semanas exactas!».

Min regresó a Xin. Un hombre popular y culto fue elegido rey e informó al emperador. El viejo rey, que naturalmente se negó a abdicar a pesar de la petición del emperador, fue enterrado tres días después sin pompa alguna, y a su familia se le permitió exiliarse sin sufrir daño alguno. Min envió a las tropas a casa; habían ganado. Muchos de los revolucionarios querían servir en el ejército bajo el mando del nuevo rey. Min se despidió de todos y desapareció una mañana.

El emperador Teng esperó a la princesa el día señalado. Ella mostró el broche a los guardias y le permitieron el paso sin preguntas. El emperador le indicó la silla y Min se sentó. Se había arreglado, bañado, perfumado y maquillado con esmero. Ya no era una comandante militar; era una princesa de una tierra lejana. El emperador Teng se aclaró la garganta. «Has nombrado a un nuevo rey, princesa; ahora hay paz en el Reino de Xin. Has enviado a las tropas a casa, una decisión acertada. La vida en el reino puede volver a valer la pena. ¿Pero qué hay de ti? ¿Qué será de ti?». Min sonrió; llevaba semanas buscando la respuesta a esa pregunta. «Enterré a mi marido yo misma hace dos años. No he tenido pareja desde entonces, no me he acostado con nadie. Es hora de encontrar a un nuevo hombre; solo tengo 27 años y estoy cansada de ser viuda». Min sabía lo deslumbrante que podía ser su sonrisa. Sonrió con una alegría inmensa.

Min alzó la cabeza. «Querías que volviera. Aquí estoy, devolviéndote tu broche. Si debo quedarme más tiempo, debes asignarme una habitación antes de que regrese a Xin». El emperador Teng mandó traer limonada y fruta, y luego despidió a los sirvientes. «Sí, quería hablar contigo, princesa. Quería conocerte y hablar contigo en privado. Despedí a todos para que pudiéramos hablar con tranquilidad y sin interrupciones». El emperador admitía a un ministro cada hora, con quien conversaba durante cinco minutos mientras Min se refrescaba y los sirvientes traían limonada y fruta. Luego, el emperador despidió a los sirvientes y se dedicó exclusivamente a Min.

Contó cómo su madre lo tenía bajo su control. Cada noche, ella tomaba el pene de su pequeño hijo en su boca y lo chupaba hasta que se ponía completamente rígido y palpitaba intensamente; a él le encantaba inmensamente. Después, ella le frotaba el pene durante un buen rato, aunque él no podía eyacular entonces. Ella lo chupaba y lo

frotaba cada noche hasta que, después de años, finalmente pudo eyacular. Ella lo dejaba eyacular en su boca durante muchos días hasta que pudo eyacular correctamente. Ahora tenía permiso para follarla cuando quisiera. El emperador se sonrojó al admitir que durante la pubertad, la había montado una docena de veces o más al día, pero ella sonrió y lo siguió con la corriente. Poco a poco creció y quiso una esposa, pero su madre se lo impidió. Después de mucho tiempo, ella le permitió follar un poco a una u otra de las sirvientas en su presencia; ella insertaba su pene en la vagina de la sirvienta y dejaba su mano allí para comprobar su progreso. Después de unos minutos de follar, tenía que montar a la madre, follarla y completar el acto. Cada vez con más frecuencia, ella perdía el momento y, con una sonrisa desagradable, lo dejaba eyacular en el agujero de la sirvienta. Ahora finalmente se le permitía follar a las sirvientas, y por supuesto, seguía follando a la madre; ella insistía. En los últimos años, había follado a todas las sirvientas del palacio de principio a fin, a la mayoría de ellas varias veces. Ignoró las miradas venenosas de la madre, folló a la chica vigorosamente y eyaculó felizmente dentro de ella. Min bajó la mirada. Sabía que la madre lo vigilaba como una gallina clueca y quería cogobernar con él al menos por un tiempo. Había mandado decapitar a la esposa y al hijo de su tío porque no podía tolerar el asesinato de un emperador. No podía liberarse de su madre por sí solo.

Min también le contó todo. Sobre la masturbación, que había aprendido observando al narrador y que aún necesitaba cada noche. Le habló de su medio hermano, que la había desflorado como un caballero cuando tenía 14 años. De su padre, que le enviaba a un invitado de estado o a uno de sus oficiales para tener sexo con él cada noche. Del general Kai, a quien había seguido al Reino de Xin, y cómo su esposa vivía con él. El tatuaje japonés y las horas de sexo con el asistente y, después de que él eyaculara, con su amo. El emperador Teng la interrumpió; ella tuvo que describirle el proceso de tatuaje de seis meses de duración con gran detalle. Él quería verlo de inmediato, pero ella solo dijo: “Más tarde”. Su tiempo juntos en la rebelión, la exhibición del dragón desnudo para los soldados. El emperador Teng se golpeó los muslos con la risa, “¡Debo ver al dragón!” Min asintió y dijo: “¡Más tarde, Su Majestad!” Le contó sobre su captura y la muerte de Kai. Su venganza contra la realeza. Su escape a través del bos-

que. Cómo llegó a ser la líder. Y que no se había acostado con nadie desde la muerte de Kai.

Min se puso de pie. “Te mostraré mi dragón si tú me muestras el tuyo”. A Teng le tomó unos segundos comprender. Asintió, y Min dejó caer su vestido al suelo. Se quedó desnuda frente a él, y él casi olvidó que era su turno. Min lo ayudó a quitarse la túnica; ahora ambos estaban desnudos. Ella le tocó el pecho, y él se dejó caer en el sofá. Ella sonrió al mirar su pene; era una pieza hermosa y bastante funcional. Luego se giró y dio unos pasos. El emperador dejó escapar un sonido de asombro. ¡El dragón se movió y estaba follando a Min por detrás! Min se inclinó y tocó su pene con el dedo índice. Se puso erecto, y ella asintió con satisfacción. Recogió su vestido y se vistió. “¿Continuamos mañana, Su Majestad?”, preguntó, y entonces él la dejó ir.

Durante los días siguientes, volvieron a hablar durante horas sobre los asuntos que les importaban. Min logró hacerle comprender que, como emperador, debía hacer todo lo posible para evitar la rebelión del pueblo, siempre y cuando no se recurriera a la violencia. El emperador ahora estaba mejor informado sobre las funciones de su consejo y de los emperadores locales. Por supuesto, la visión de Min chocaba con la corrupción rampante. La aboliría, le dijo a Min, pero llevaría mucho tiempo y costaría muchas lágrimas. Min asintió. «Lo sé, por eso alguien tiene que dar el primer paso. Y luego dos más, y solo medio paso atrás». Teng asintió en señal de acuerdo.

A Min no le importaba mostrarle su dragón todos los días. Él no tenía permitido tocarla, aunque ambos estuvieran desnudos. O solo de forma recíproca. Ella levantó una pierna y le mostró la cola roja y ardiente del dragón, que se introducía en su vagina. Le mostró que cuando su clítoris se erguía por la excitación, la punta de la cola era visible. El maestro japonés le había tatuado un orificio tridimensional, como el pene de un hombre, en su clítoris rojo ardiente con tinta negra. Min se rió mientras Teng le frotaba el clítoris con los dedos, dejando al descubierto el orificio. “¡La cola del dragón no puede eyacular correctamente! Pero cuando camino, puedo sentir cómo se introduce en mi vagina con cada paso. ¡Es el regalo más hermoso que me ha dado mi esposo!”

Ahora ella tocó su glande, ya que se había acordado la reciprocidad. Su pene se puso erecto, y después de un rato el emperador jadeó y eyaculó sobre su mano. “Mi madre también lo hacía, durante años”. Min asintió; estaba bien. En la tercera semana, el emperador Teng preguntó si era agradable eyacular todos los días, pero su deseo era tener relaciones sexuales. Min se incorporó bruscamente. “¡Yo no soy así! Yo también quiero tener sexo, Su Majestad, pero quiero ser una mujer honorable, no una prostituta barata o cara. ¡Entiéndame bien, Su Majestad! Tuve sexo con mi esposo porque era mi esposo. ¿Quiere usted tener sexo conmigo honestamente?”. El emperador Teng se retiró. “¡Esto debe considerarse cuidadosamente!”, dijo, y no continuó. “Quiero ser una mujer honesta y casta, Su Majestad, por favor acéptelo. Quiero ser una esposa, no una amante”.

Pasaron otras tres semanas hablando y acostados desnudos, tocándose, todo de forma recíproca. Él podía frotarle el clítoris hasta que su vulva quedara al descubierto y sus muslos temblaran de orgasmo. A cambio, ella podía frotarle el pene con firmeza con el puño hasta que él eyaculara en su mano. Pero no fueron más allá; solo se masturbaban mutuamente.

El emperador Teng abrazó a Min después de eyacular. “¿Quieres ser mi esposa, princesa Min?”, preguntó, y ella lo miró a los ojos. Él hablaba en serio. “Eres diferente a cualquier mujer que conozco en mi corte. Eres culta e inteligente, tan inteligente que recurriré a tu consejo cuando seas mi emperatriz. Eres tan hermosa como un diamante pulido de la India, deslumbrando con tu belleza. Y eres una mujer experimentada en asuntos sexuales, que valora la decencia y la fortaleza por encima de la lujuria y el deseo. ¡Te quiero como mi emperatriz!”

Min había logrado mucho más de lo que se había propuesto. Con gusto se habría convertido en la amante del Emperador si él se lo hubiera ordenado, pero su carácter era puro, más puro que cualquier cosa que su madre hubiera imaginado. Min lo abrazó y lo besó en la boca. «Con mucho gusto seré tu esposa, tu Emperatriz. Te amaré, esposo mío, mientras vivamos, y no me entregaré a ningún otro a menos que tú lo ordenes expresamente. Trabajaré a tu lado por el bien-

estar del pueblo, en la medida de nuestras fuerzas. Te daré hijos, muchos, muchos hijos».

El emperador ordenó que la boda y la coronación se prepararan en 10 días. El maestro de ceremonias se arrancó los pelos; ¡se necesitaba un año de preparación! El emperador sonrió: «¡10 días, y solo has perdido medio día!». El maestro de ceremonias corrió como si le fuera la vida en ello. El antiguo palacio imperial cobró vida; todos corrían, se apresuraban y gritaban confusos. El emperador invitó a todos los reyes... ¡en 10 días! ¡Aunque tuvieran que viajar día y noche, en 10 días!

Min era la imagen de la calma. No permitía que las doncellas ni las costureras la presionaran ni la obligaran, y mucho menos que la pusieran nerviosa. Seleccionó con serenidad las telas y las joyas, sin soltar ni una risita nerviosa. La mayoría en la corte se asombró de la elección del emperador. ¡Había tantas nobles guapas, inteligentes y sexualmente aventureras, con caderas tan femeninas! ¿Por qué, entonces, una extraña, una princesa de la baja nobleza de un reino diminuto e insignificante? Solo el rey de Xin, que había luchado junto a Min durante años, sonreía de oreja a oreja. «Yo te guiaré», había dicho ella, «¿lo recuerdas? ¡Esta es nuestra princesa Min, ella te dirá qué hacer!». Se dio una palmada en los muslos y se rió. «El emperador se está casando con una verdadera joya. Esperemos que lo recuerde si alguna vez quiere contradecirla. Porque si se descuida, ¡su gatita se convertirá en una tigresa!». ¡Maldita sea, estaba muy feliz por la felicidad de Min! ¡Se lo merecía! Fue al taller del orfebre para ver cómo iba la elaboración de su regalo de bodas.

Min tomaba el té con el Emperador, como todos los días. Evitaban los encuentros íntimos, pues él le confiaba todos los asuntos de Estado. Estaba decidido a nombrarla corregente sin formalidades. Ella había aprendido mucho durante la rebelión; era una veterana militar. Sabía lo importantes que eran la diplomacia y la planificación a largo plazo, y lo inútil y absurdo que era un conflicto armado. Tenía un instinto infalible para reconocer las redes de mentiras tejidas por cortesanos y ministros. No solo era inteligente, sino también astuta, y desentrañaba sin esfuerzo las artimañas ajenas. El Emperador tenía muy claro que había encontrado una fortuna y debía mantenerla

e incrementarla. Rezaba y hablaba con los dioses, agradeciéndoles a diario y manteniendo encendida la vela de su altar día y noche. Antes no había tenido mucha fe en los dioses, pero no podía negar que lo amaban. Impulsado por este profundo sentimiento, rechazó toda tentación de participar en negocios turbios y desagradables. Quería ser un emperador íntegro y orgulloso, y no tenía necesidad de sucumbir a tales tentaciones.

Los novios intercambiaron sus votos en voz baja, audibles solo para ellos dos. El emperador alzó la voz y coronó a Min como su emperatriz. Las festividades duraron tres días y tres noches; el emperador fue generoso y agasajó al pueblo con comida y bebida. Hubo malabaristas, magos y obras de teatro, todo en diez días. Las mujeres se dejaron violar, más o menos públicamente, por cualquiera que quisiera. Así era siempre en tales celebraciones grandiosas; cada mujer se sentía triunfante y orgullosa cuando se dejaba violar a la vista de todos. El embajador de Nihon, el emperador japonés, trajo como regalo dos espadas de estilo chino, forjadas por el Herrero de los Tres Caballos: el "Gran Rayo de la Tormenta" y su contraparte más pequeña, "El Pequeño Rayo de la Tormenta", ya que se sabía que la emperatriz era espadachina. Ambas eran excelentes obras maestras.

Min tomó el Gran Rayo en su mano y lo blandió. "Este me queda bien. ¿Cómo te queda el Pequeño Rayo, Teng, mi querido?" Min rió alegremente; era solo una broma. El regalo del Rey de Xin fue admirado por todos. Era una réplica de 100 kilogramos del dragón copulando que el rey había admirado cientos de veces en la espalda de Min. La joven emperatriz se sonrojó cuando se lo presentaron. Por supuesto, el Emperador Teng también reconoció al dragón; para todos los demás, era simplemente un dragón en pleno éxtasis sexual. El Emperador Teng lo mandó colocar en el centro del gran salón de mármol.

Min podía llorar de felicidad. Teng resultó ser un buen amante, algo que había sospechado desde el principio. Cada vez que lo llevaba al orgasmo, lo pensaba. Era un amante maravilloso. Ahora la tomó en sus brazos y la penetró con amor. Cuando se sentía juguetón, la penetró por detrás en la postura del perrito y gruñó: "¡Ahora! ¡Ahora tu dragón va a eyacular!", y ambos rieron después. En realidad, solo

tenían relaciones sexuales por placer, porque la emperatriz Min nunca se quedaba embarazada. Cuando tenía cuarenta y tantos años, esto se le hizo evidente. Entonces mandó construir un salón donde hasta 400 huérfanos podían comer y dormir. Creía que los niños no tenían la culpa de no tener padres. Fueron estos pequeños pasos los que les granjearon al emperador y a la emperatriz una gran popularidad.

La emperatriz Min era una excelente política. En los primeros tres años, los corruptos, los traicioneros y los intrigantes desaparecieron del palacio sin que ella tuviera que mandar matar a ninguno. Fueron reemplazados por gente buena y confiable. El emperador se benefició de esto; pudo concentrarse en avanzar y no perdió tiempo valioso con los indignos. Pero nada escapaba a la atención de Min. Teng le era leal, pero después de tanto tiempo, sus ojos se desviaban cada vez más hacia los senos y las caderas de la generación más joven. Min misma no tenía ese deseo y amaba a Teng con todo su corazón. Mandó construir una ampliación justo al lado de los aposentos. Teng preguntó al respecto, y ella respondió que estaba construyendo un aposento para mujeres. No dijo nada más.

El burdel estaba terminado. Min le dijo a Teng que la cena se serviría allí esa noche para la inauguración. El emperador Teng recorrió el burdel asombrado. “¡Hay 40 habitaciones!” exclamó Teng. Min sonrió, “¡No te permitiré más de 40!” y el pobre hombre no entendió. “¿Qué? ¿Permitir 40? ¿Qué quieres decir?” Min puso su sonrisa, la que los diplomáticos extranjeros odiaban como la peste, pues esa sonrisa era su sentencia de muerte. Sonrió levemente. “40 concubinas al mismo tiempo, mi querido, ¡no te permitiré más!” Ahora Teng sonrió como un colegial sorprendido en el acto. “¿40 concubinas? ¿Para follar?” y Min asintió, esta vez seriamente. Teng no hizo más preguntas; llegaron a la sala principal. Allí, alguien ya estaba sentado a la mesa puesta.

El emperador Teng estaba realmente sorprendido. Esta era la chica a la que había estado mirando fijamente durante días. ¿Cómo era posible...? Pero, por supuesto, Min no se perdió nada. Min le susurró que la pequeña ya tenía 13 años y seguía siendo virgen; había pagado la iniciación sexual de su padre. Se llamaba Wi Ju y era bastante en-

cantadora, pero al parecer ya había probado algo de vino tinto. Los tres cenaron juntos. El emperador intentó entablar conversación con Wi Ju, pero la niña era demasiado joven para una charla seria; se reía mucho. Min le susurró a Teng: «Nos acostaremos los tres juntos. La desflorarás y te acostarás con ella, porque presiento tu deseo. Si quieres acostarte conmigo después, depende completamente de ti. Tú decides cuánto tiempo se queda en la casa de mujeres, una noche o un año. Yo lo he decidido así, ¡y es una buena decisión!».

Los tres se tumbaron en la estera. La niña, Wi Ju, estaba un poco ebria y muy excitada. Min le preguntó si quería convertirse en mujer. La niña sonrió, con los ojos brillantes. "¡Sí, por supuesto! Llevo meses insistiendo a papá, y me dijo que pasaría este año, ¡antes de cumplir 14! ¡Y cumpliré 14 en un mes!". Min y Teng sonrieron y abrazaron a la niña. Luego Min la soltó y le dejó que la excitara. No hizo falta mucho; ella lo deseaba, y el vino tinto también, desesperadamente. Teng se tumbó encima de la niña, y Min le agarró el pene. Lo introdujo, y el himen se rasgó. Sintió cómo se estiraba el himen y luego, con un empujón firme, hizo que el pene de Teng lo atravesara. Wi Ju soltó una risita suave, pero no pareció dolerle mucho. La cola de Teng se movió hacia adelante, y solo entonces Min retiró la mano.

Teng sintió la mano de Min; ella la agarró con firmeza y guió su pene. Vio que Min se había inclinado y ahora empujaba su pene hacia adelante con un tirón. Naturalmente, sintió cómo se estiraba el himen. Min empujó su pene hacia adelante con un tirón rápido, y el himen se rasgó. Empujó más profundamente, y Min soltó su pene. La vagina de la chica no estaba tan apretada como había esperado; la de Min era mucho más estrecha y firme. Pero se sentía increíblemente bien. Wi Ju cerró los ojos cuando Teng comenzó a empujar. Empujó y empujó durante unos diez minutos, luego sintió el impulso de eyacular en sus ingles. Sacó su pene por completo y eyaculó su semen sobre la vulva de la chica. Su mirada se encontró con la de Min. Ella comprendió muy bien que le había costado un esfuerzo, pero él no quería engendrar un bastardo con un hijo.

Apoyó el rostro en los pechos de Min y jadeó. «Fue hermoso», susurró con dificultad. «Puedes ir a tu habitación, Wi Ju, ¡ya eres toda una mujer!». Wi Ju se marchó en silencio. El emperador había per-

manecido recostado sobre el pecho de Min durante unos diez minutos. «Viste a la bestia salvaje en mis ojos, señora, ¡y la alimentaste hasta saciarla!». Min sonrió y le acarició el cabello de la nuca con cariño. «Siempre alimentaré a la bestia salvaje, mi señor y amo, ¡para que no se coma a los niños pequeños!», dijo en voz baja. «Solo duele un poco que tu propio marido se acueste con otra mujer. Pero puedo vivir con eso».

El emperador Teng era un buen emperador, un buen esposo y un hombre justo. Al día siguiente, Min se sorprendió mucho cuando, después de la cena, un soldado alto se les acercó. "¿Sabes lo que se espera de ti?", preguntó el emperador, y el gigante hizo una reverencia, tocando el suelo con la frente. "¡Sí, mi señor, Su Majestad! ¡Debo follar a la emperatriz hasta que las estrellas brillen en sus ojos, Su Majestad!" El soldado se enderezó. "¡Eso es más o menos lo que ordenó mi capitán! ¡Lo de las estrellas!" El emperador asintió satisfecho y le dijo que se desnudara. Min, que había estado observando en silencio, abrió mucho los ojos. ¡El joven tenía un pene enorme, realmente enorme! El emperador le quitó la capa. El pene del soldado se estremeció al ver los hermosos y voluptuosos senos de la emperatriz. Min no se inmutó; este era el espectáculo de Teng. Se deslizó hacia atrás, apoyando la cabeza en un cojín de seda. El soldado respondió que se llamaba Cheng, y luego se acostó con cuidado sobre la emperatriz. Con destreza, metió la mano entre sus muslos y guió el pene del gigante hacia su vagina. Lo había hecho mil veces antes, pensó, y le sonrió a Teng. «¡Tu venganza es dulce, mi amante!», susurró, concentrándose en el acto sexual.

El pene del tipo le llenó la vagina por completo, sintió su glande contra su cérvix. No era un follador refinado; embestía y embestía, y Min se concentró en dejar que su orgasmo explotara. Un pequeño grito escapó de su garganta, miró triunfante a los ojos de Teng y saboreó el orgasmo al máximo. Cheng siguió follándola, el orgasmo no le impidió embestir como un toro. Min permaneció muy excitada después del poderoso orgasmo y tuvo un pequeño orgasmo tras otro. "Tengo que correr, Su Majestad", jadeó Cheng, y el Emperador asintió. "¡Sí, por supuesto, déjala descansar!" Cheng agarró las caderas de Min aún más fuerte y medio pavoneó. Rugió y eyaculó, desplomándose sobre la Emperatriz. Se giró de lado, jadeando. El Empera-

dor acarició la mano de Min. “¿Has visto las estrellas, mi señora?”, preguntó suavemente, y ella asintió. “Sí, todas las estrellas de tu imperio”, añadió, “¡todas ellas!”

Esto resultó muy fructífero para su vida amorosa. Hacían el amor cada noche como recién casados, pero ninguno revelaba de antemano si el regalo sería una virgen o un oficial. El emperador Teng se convirtió en un gobernante muy hábil; tenía la mente despejada durante el día y no perdía mucho tiempo mirando a las muchachas. Min interpretaba con precisión sus miradas y las conducía hacia él. Rara vez eran vírgenes a quienes Min desfloraba con un rápido movimiento de su mano; a menudo eran las recién casadas quienes cautivaban su mirada. Ninguna podía resistirse al deseo de la emperatriz. Min sabía cuánto le atraían las mujeres tímidas, castas y reservadas. Sin embargo, estas esposas no eran prostitutas; bajaban la mirada, pues era infidelidad, todas lo sabían. Estaban unidas a sus nuevos maridos, y la fornicación seguía siendo fornicación. Pero era un gran honor ser amadas por el emperador. Teng engendró muchos hijos ilegítimos de estas aventuras, quienes crecieron espléndidamente en familias nobles.

Min no era infeliz, pues su marido siempre le correspondía con un amante viril. Ninguno de los dos era infiel, ya que siempre estaban presentes cuando el otro se acostaba con su pareja. Eran tiempos agradables y tranquilos. Ambos gobernaban el país con mano firme y benevolente, y la economía y el comercio florecían. Estos diez años del reinado del emperador Teng fueron aclamados, con razón, como una edad de oro.

Pero las Nornas estaban furiosas; ¡nada las irritaba más que un emperador bondadoso y amado! Así que, en un arrebato de ira, le arrebataron la vida al emperador Teng. Una mañana, después del desayuno, se desplomó. Incluso antes de que llegara el médico de la corte, Min supo que su amado había sido envenenado. Todo sucedió muy rápido; menos de quince minutos después, el emperador estaba muerto. Min sostuvo la cabeza del emperador muerto inmóvil en su regazo durante unos veinte minutos. La película de sus diez hermosos años como emperatriz al lado del emperador Teng se reproducía en su mente. No, solo lloraría cuando hubiera expiado la traición. Le-

vantó la vista y ordenó que se sellara herméticamente el palacio y que se convocara a los mejores detectives de la policía.

La emperatriz vestía un vestido de color claro y, en señal de luto, se había cubierto el cabello con un chal blanco como la nieve cuando los detectives entraron en el Salón de Mármol. Miró a los ojos de los ocho hombres, pasando la mirada de uno a otro. «Uno de ustedes será el líder», exigió con firmeza. Todas las miradas se dirigieron a un anciano de cabello blanco. Dio un paso al frente e hizo una profunda reverencia. «Mi nombre es Chang, Su Majestad», dijo con voz clara. «Encontraremos a los responsables y no dormiremos ni un minuto hasta que los tengamos». Min asintió aliviado. «Maestro Chang, pongo la responsabilidad en sus manos. Haga lo que sea necesario; tiene total libertad. No preste atención al rango ni al nombre, pues probablemente fue un alto funcionario quien, cobardemente, mandó asesinar a mi esposo y a su Emperador». El anciano señor Chang hizo una reverencia hasta el suelo.

Chang dio sus órdenes, asignando una tarea a cada detective. Regresó con la Emperatriz; quería interrogarla personalmente. Min arqueó una ceja. «Sin importar rango ni título», susurró el viejo detective. Min se relajó, por supuesto. Chang interrogó meticulosamente a la Emperatriz sobre las últimas horas del Emperador. Min dijo que habían pasado la noche juntos con la esposa de un cortesano, desayunaron juntos por la mañana y luego el Emperador se desplomó. Chang quería saber exactamente cómo se había producido el trío. Min había hablado con el joven esposo, quien inicialmente se había sorprendido, pero luego había accedido; después de todo, era el mayor honor. No, Min no tuvo la impresión de que el esposo guardara ningún resentimiento. Su esposa también se había mostrado inicialmente sorprendida y tímida, ya que se habían casado hacía poco. Era una esposa casta, pero no inexperta. Chang levantó la cabeza con curiosidad. «Participó activamente desde el principio», dijo Min. «Rápidamente dejó de lado su timidez y reserva y simplemente quería tener buen sexo». “Se acostó con el Emperador con gran habilidad y maestría, no tan torpemente como una virgen. Y cuando el Emperador necesitó un descanso después de la primera vez, me folló clítoris con clítoris.” Chang estiró el cuello. “No muchas mujeres tienen sexo con otras mujeres, pero ella era una que lo hacía con bastante natu-

ralidad. Después de todo, yo también lo quería." Chang se encogió de hombros. "¿Lo haces con todas, Su Majestad?" preguntó. "Con la mayoría de las mujeres experimentadas, sí. Nunca con mujeres inexpertas", explicó Min. Chang quería saberlo todo al detalle. Cómo dormían, quién dormía con quién. Min se había quedado dormida en los brazos del Emperador, como siempre, después de masturbarse. La cabeza de Chang se sacudió de nuevo. "¡Me masturbo todas las noches antes de irme a dormir, Maestro Chang!" dijo Min con firmeza. "El Emperador me sostendrá en sus brazos hasta que esté lista." Min luchó por contener las lágrimas, y Chang miró por la ventana, sin querer verla llorar. Min describió con todo lujo de detalles cómo se habían despertado y vestido, y cómo el Emperador le había dicho al sirviente que estarían listos para desayunar en cinco minutos. Min tuvo que describir cada movimiento, cada bocado del desayuno. Cómo el Emperador se había agarrado el cuello y se había caído de la silla. La espuma blanca en su boca. Cómo su amante común había corrido a la puerta y dado la alarma. Chang asintió satisfecho. Se despidió con una profunda reverencia. Min permaneció sentada. Tenía 34 años, era viuda y emperatriz. Tenía que decidir adónde irían.

Min había convocado al Gran Consejo. «Soy la Emperatriz y asumo todas las funciones oficiales de inmediato. Ha habido muchas Emperatrices antes que yo, ¡así que no se pongan tan tristes! Voy a hacer que se investigue el asesinato del Emperador Teng, mi querido esposo, y no se removerá ni una piedra. Les digo, y ustedes se lo dicen a su pueblo, que todos deben estar preparados para la investigación, ¡sin objeciones! Y una cosa más…» Min hizo una pausa para crear expectación y caminó de un lado a otro frente al trono.

«Sé muy bien que en el fondo anhelas un emperador. Lo tendrás. Como viuda, guardaré tres meses de luto, tras los cuales buscaré un marido, y quizás incluso un emperador, entre tus hijos. No me envíes hijos con dedos gotosos o rostros criminales; ya tenemos suficientes aquí. Pero te doy mi palabra». Min volvió a caminar de un lado a otro y luego se detuvo.

«Enterraré a mi esposo, nuestro Emperador, en 12 días. Vengan en gran número, traigan a sus seres queridos, a su gente. El Emperador Teng se lo merece». Min vaciló; no iba a romper a llorar allí, de-

lante del consejo reunido. Uno de ellos se puso de pie. «¡Querida Emperatriz, Su Majestad! Hemos llegado a quererla al lado de nuestro Emperador, y unánimemente aceptamos aceptarla incondicionalmente como nuestra gobernante. Y sí, le enviaremos a nuestros mejores hijos para una entrevista porque con gusto la obedecemos a usted y a sus órdenes. Y tenga la seguridad de que la Emperatriz Tschü reinó durante casi 60 años; lo sabemos y le deseamos un reinado igualmente largo y respetado». Todos los consejeros golpearon la mesa con los puños en señal de aplauso.

El emperador Teng fue sepultado en una solemne ceremonia, con cientos de miles de personas presentes para brindarle a la benevolente gobernante una digna despedida. Al finalizar el funeral, el grito de "¡Viva la emperatriz Min!" resonó entre cientos de miles de voces.

Min dormía en los brazos de su criada favorita y mejor amiga. La criada le brindaba el calor y la cercanía que toda persona afligida necesita, pero también la intimidad sexual que permite olvidar la desgracia, aunque solo sea por unos instantes. Ni la criada ni Min eran lesbianas, pero se masturbaban mutuamente con cariño y se follaban clítoris con clítoris hasta la locura. Durante los siguientes cuatro meses, ningún hombre entró en su habitación; solo dormía en los brazos de su criada. El amo Chang se acercó a ella; tenía un resultado.

Había encarcelado a once personas, desde el cocinero sobornado hasta el cerebro del crimen. El noble, conocido pero de escasa influencia en la corte, confesó todo. Durante veinte años había albergado un profundo resentimiento contra Teng, quien aún no era emperador. Teng lo había golpeado brutalmente en aquel entonces porque había violado y deshonrado repetidamente a su madre contra su voluntad. El consejo se reunió y condenó a muerte a los once. La emperatriz Min permaneció impasible ante la plataforma donde serían decapitados. El brazo del verdugo se hizo pesado; ya había decapitado a diez seguidos. Solo quedaba el principal culpable. La emperatriz se levantó y subió a la plataforma. Tomó la espada de la mano del verdugo, colocó la cabeza del asesino sobre el tajo y la cortó. Luego, con serenidad, regresó a su asiento. La injusticia había sido expiada.

Tras cuatro meses, Min se quitó el velo de luto y recibió a los hijos de la nobleza. A cada uno se le dio la misma oportunidad de conquistarla en la cena y luego en la cama. Algunos se quedaron solo una noche, otros varios días. A un joven de veinte años lo retuvo durante diez noches; era culto e inteligente, y sus caricias la excitaban. Min estaba a punto de casarse con el apuesto joven y convertirlo en emperador cuando oyó cosas que al principio se negó a creer, pero las hizo investigar a fondo y lo despidió.

Aun así, fue una buena decisión. No tenía prisa por casarse y compartir el poder. Solo tenía 34 años y un gran deseo de follar y ser follada. La corte, la nobleza y los patricios enviaban a sus hijos a follar con ella, y ella los recibía a todos. Le encantaban los penes pequeños, medianos y grandes. El tamaño rara vez era el factor decisivo; follar era un arte conocido solo por unos pocos maestros. Memorizó los nombres de estos maestros para poder invitarlos una y otra vez, usando excusas endebles. Follar le sentaba de maravilla. De hecho, muy bien.

A pesar de toda su diplomacia y sus costosos regalos, la emperatriz Min no pudo impedir que los Han buscaran la guerra en el norte y atacaran en el sexto año de su reinado. La conmoción inicial duró solo un instante, luego lanzó su ejército contra los Han. Por suerte, ¡había tenido relaciones con muchos oficiales a lo largo del tiempo! Pronunció un discurso inspirador y miró a estos oficiales a los ojos. Marcharon a la batalla pensando en ella. Después de cuatro semanas, el ejército Han estaba diezmado, y la emperatriz ordenó la liberación de los soldados rasos, capturando solo a los oficiales. Luego envió a sus mejores diplomáticos y negociadores al derrotado reino de Han. Les había dado un marco de actuación claro.

La emperatriz no tuvo un hombre en su cama durante un mes durante la guerra; su dama de compañía durmió con ella, calentándole el corazón, el alma y el clítoris. Luego recibió a los generales victoriosos, a quienes felicitó públicamente y recompensó generosamente. Despidió al público y se quedó a solas con los orgullosos guerreros. Les dijo que les concedería a cada uno una noche de amor y que debían acercarse. Unos 30 se acercaron, unos 15 no. Caminó entre la fila de 15; todos eran hombres viejos y cansados. Les dedicó a cada

uno una sonrisa radiante y les estrechó la mano. Dos eran aún jóvenes, pero al preguntarles, dijeron que no les importaban las mujeres. Sin embargo, recibieron una sonrisa radiante y un cálido apretón de manos. Luego caminó entre la fila de 30 y los examinó superficialmente. Uno levantó la mano y dijo que su amigo estaría allí a su lado si no estuviera en el hospital. "¿Luchó valientemente?" "¡Tan valiente como cualquiera aquí!", preguntó la emperatriz, y el general asintió enfáticamente. Le envió un mensaje al hombre herido indicándole que reclamara su recompensa cuando se recuperara. Les pidió a todos que se pusieran de acuerdo para ver quién la visitaría para cenar esa noche. Min, por supuesto, sabía que podían conseguirla con cualquier prostituta del pueblo, pero creía firmemente que acostarse con la Emperatriz era algo especial, y probablemente tenía razón. Los treinta guerreros recibieron su recompensa.

La emperatriz inspeccionó a los oficiales Han capturados en el calabozo. Llamó al carcelero principal. Los enfermos y los heridos graves serían ejecutados al día siguiente. El carcelero debía enviarle cada noche al prisionero más fuerte para cenar.

Min recibió al prisionero con amabilidad y le pidió que dictara una carta de despedida a sus seres queridos al escribano. Cenaron en paz; la emperatriz no entabló conversaciones triviales, sino que los interrogó con suavidad. Si se negaban a responder, ella lo reconocía. Al final, les ofreció una última noche de amor, y casi todos aceptaron el regalo. Solo unos pocos estaban tan abatidos por su muerte inminente que se negaron a tener relaciones sexuales; ella los envió directamente al verdugo. Condujo a los demás a su alcoba. Los condenados tuvieron sexo como hombres que se ahogan jadeando por aire. Esto fue algo extraordinario; la muerte impulsó a los oficiales a un rendimiento máximo, y Min fue follada con más vigor que en mucho tiempo. Por la mañana, lo envió al verdugo. Después de unas semanas, la mazmorra estaba vacía; ella había follado a los guerreros con todo su gusto y los había hecho ejecutar al día siguiente.

La emperatriz Min reinó durante otros 25 años, aún buscando marido y acostándose con los hijos de la corte, la nobleza y los patricios. Envejecía cada año, pero sus amantes permanecían jóvenes y se entregaban por completo al acostarse con la anciana; al fin y al cabo, to-

dos anhelaban ser emperadores. Su dama de compañía favorita y mejor amiga había fallecido. La había reconfortado en cada noche solitaria, la había amado y abrazado, y le había estimulado el clítoris. Como ninguna otra, podía enloquecer a Min frotando su clítoris contra el suyo. En los primeros años, los sirvientes se quedaban alrededor de su cama, observando cómo la dama de compañía se frotaba vigorosamente el clítoris hasta que se erguía como una espuela de batalla. La dama de compañía encontraba el pequeño clítoris de Min y presionaba el suyo, rígido y más grande, contra él. La penetraba con fuerza y rapidez, como un hombre. Min gritaba de deseo antes de llegar al orgasmo y se aferraba a su amiga hasta que el clítoris disminuía. La criada continuó hasta que ella misma tuvo un orgasmo terriblemente intenso. A Min le encantaba; era un buen sustituto de acostarse con hombres, aunque ninguna de las dos era lesbiana. Min le ofreció un funeral digno de un pastor o un concejal.

Min envejeció, tenía 65 años, y cada noche se dejaba follar por nobles de entre 13 y 18 años. Le encantaba especialmente que la follaran muchachos muy jóvenes que nunca habían estado con nadie más que con su madre. Todos estos muchachos seguían con su madre y la follaban sin cesar. Los muchachos eran curiosos y lujuriosos; tenían que seguir follándola una y otra vez hasta eyacular todo su semen. Siempre lo habían hecho con sus madres y ahora hacían lo mismo con la anciana emperatriz. La vagina de Min se había vuelto cada vez más estrecha con los años, de modo que podía disfrutar plenamente de los penes de los adolescentes.

En los últimos años, también había encontrado a un joven al que propuso al consejo como su sucesor. Estaba muy complacida, pues era bastante bueno en la cama, pero lo que más la impresionó fue su carácter. El hombre fue investigado a fondo y recibió la aprobación del consejo. Todo estaba resuelto; Min no quería dejar rastro de caos a su paso. El día antes de su muerte, pronunció un discurso ante el consejo, un discurso de despedida. Sabía que le quedaba poco tiempo y reflexionó sobre sus más de 40 años como emperatriz. Les contó al consejo sobre su vida; había sido una vida larga y llena de acontecimientos.

Décadas, incluso siglos después, la gente seguía hablando de ella, de la buena emperatriz Min.

• • •